
La
esposa
que no
deseaba
amar
JENNIE GOUTET

La esposa que no deseaba amar

JENNIE GOUTET

Copyright © 2026 por Jennie Goutet

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Original Title: *His Disinclined Bride*, 2020

Traducido por L.M. Gutez

Editado por Mercedes Peña Gómez

Diseño de portada por Shaela Odd de Blue Water Books

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Epílogo

Otras Obras de Jennie Goutet
Acerca del Autor

1



Octubre, 1810

Un fuerte vendaval azotaba Royal York Crescent, en Bristol, haciendo que las hojas marrones y amarillas se esparcieran por la calle y atravesaran las verjas de hierro forjado, donde se acumulaban debajo de las ventanas y la puerta de las dependencias del servicio. Phineas Stropford, vizconde de Hayworth, llamó al número 17 y presentó su tarjeta. Al mayordomo le bastó un vistazo para relajar su mirada intimidatoria y abrir la puerta de par en par para dejar entrar a Phineas.

—El señor Stokes le está esperando, lord Hayworth. Le avisaré de su llegada. Adelante, por favor. ¿Me permite coger su sombrero y su abrigo?

Phineas se despojó de ellos y esperó mientras el mayordomo se dirigía con pasos rápidos a una habitación más alejada en el pasillo. Phineas no estaba nervioso; no podía permitírselo, a pesar de que estaba allí para sellar irrevocablemente su futuro. Se alisó las arrugas de las mangas y bajó la mirada. Sus pantalones color crema estaban impecables, pero tenía una mancha de barro en las botas. Eso lo irritó, pero ya no podía hacer nada al respecto. Además, supuso que no necesitaba impresionar a Erasmus Stokes.

El mayordomo regresó en unos minutos.

—El señor Stokes lo recibirá. ¿Quiere seguirme, por favor? —Condujo a Phineas al estudio de su amo, y Stokes se puso de pie en cuanto entró.

—Adelante, milord —Stokes hizo una reverencia y avanzó para recibir a Phineas, que echó un vistazo a la habitación.

Había un imponente escritorio en un extremo, donde había estado sentado Stokes, y una mesa Sheraton detrás de él que lucía un intrincado modelo a escala de una fragata. Dos sillas poltronas, tapizados en brocado verde y dorado con reposabrazos de caoba, estaban cómodamente colocadas frente a la chimenea, y un gran cuadro que Phineas supuso que era de Joseph Turner colgaba sobre la repisa, representando una balandra perdida en un mar tempestuoso. Se preguntó si los gustos de Stokes eran naturalmente elegantes o si había amueblado su casa con la intención de impresionar a sus invitados.

—Veo que está mirando el Turner. No fue fácil conseguir uno, pero estaba decidido a tenerlo. Solo quiero lo mejor —Stokes se frotó las manos mientras reía entre dientes, y Phineas obtuvo su respuesta. Stokes dominaba el arte de impresionar.

Phineas se giró y respondió al comentario de Stokes con una inclinación de cabeza. El sirviente esperaba junto a la puerta, y Stokes le ordenó a gritos que trajera brandy y luego le indicó a Phineas que se sentara en una de las sillas frente a la chimenea.

Así lo hizo, y Stokes ocupó la otra silla.

—No le ocultaré nada, milord. Me complació enormemente que se dignara considerar mi oferta, una vez supe que estaba buscando esposa —Stokes frunció el ceño repentinamente y, con la torpeza que Phineas esperaba de él, se apresuró a continuar—. No es que me esté haciendo ningún favor, para que lo sepa. Kitty no es fea, y he endulzado el trato hasta un punto que debe admitir que es generoso. Es más, cuando le dije a mi socio lo que iba a pagar…

—Espero que no esté difundiendo el nombre de su hermana de forma tan pública. Le aseguro que no estoy acostumbrado a que se hable de mí tan abiertamente —Phineas apartó la mirada de Stokes por temor a que su disgusto por la naturaleza de sus tratos se hiciera evidente.

—No. Es decir… —Stokes titubeó—. Se lo he contado a uno o dos de mis socios más cercanos, pero no diría que lo estoy difundiendo.

—Le agradecería mucho que mantuviera en secreto los detalles de nuestras negociaciones. Puede utilizar mi nombre en sus transacciones comerciales, ya que estoy seguro de que tiene todo el derecho a hacerlo. Al fin y al cabo, lo que ha comprado es mi nombre —Phineas hizo una pausa. Todo esto le resultaba desagradable, pero por una vez sería franco—. Sin embargo, me gustaría estipular que mi vida privada, incluso cuando se una a la de su hermana, no estará abierta al escrutinio público.

—Por supuesto, milord —respondió apresuradamente Stokes. Se aclaró la garganta y frunció el ceño al cuadro mientras un silencio incómodo se instalaba entre ellos.

Al abrirse la puerta, Stokes se levantó de un salto e hizo un gesto al mayordomo para que colocara la jarra de cristal de fondo plano sobre la mesa frente a ellos. Phineas estudió el extraño diseño y llegó a la conclusión de que tal vez había sido diseñada para que los capitanes de barco la utilizaran y evitaran que se volcara con el movimiento del mar.

Stokes cogió la copa de brandy servida por su mayordomo.

—Cuando la frontera francesa aún estaba abierta, compré suficientes botellas de estas como para llenar una bodega. No quedan muchas, pero creo que no le parecerá mal, milord.

—En absoluto —dijo Phineas, dando un sorbo y luego otro—. Está bastante bueno. Yo no tengo nada parecido, aunque creo que mi padre tiene unas cuantas botellas —esto pareció complacer a Stokes. Se alisó el bigote, ocultando una sonrisa en el proceso.

Aunque Phineas había recibido informes periódicos de su hombre de negocios, había estado intentando evaluar a Stokes desde que este había entrado por la puerta. Al fin y al cabo, esta primera y última reunión sería determinante para la felicidad futura de Phineas. Llegó a la conclusión de que Stokes solo era feliz si podía presumir de poseer más que los demás, y frunció los labios al pensarlo. *Y yo no soy diferente.*

—Ha tenido oportunidad de revisar el contrato y, dado que está aquí, supongo que todo está en orden y es válido —dijo Stokes,

colocando una mano adornada con joyas sobre el reposabrazos—. Kitty no está aquí, como le advertí, pero estoy seguro de que tendrá algunas preguntas para mí. Es una buena chica. No se arrepentirá del acuerdo.

Acuerdo. Era una palabra tan fría para referirse al matrimonio, incluso cuando los matrimonios eran casi siempre un evento arreglado. Su padre habría hecho lo mismo por Phineas si él lo hubiera permitido, pero no era una marioneta de su padre. O, al menos, después de casarse con la señorita Stokes, no lo sería.

—No tengo ninguna pregunta. Ninguna que se me ocurra —admitió Phineas.

—Bien. Entonces está decidido. Ese es el tipo de hombre con el que deseo hacer negocios. Yo mismo soy así. Mi palabra es mi compromiso. Soy un hombre en el que se puede confiar —Stokes se alisó la corbata alrededor de su grueso cuello y luego dio unos golpecitos con la mano en el reposabrazos de su silla—. Kitty está en Bath, visitando a nuestra hermana, pero aquí tengo un retrato suyo en miniatura. Puede echarle un vistazo —Stokes hizo ademán de levantarse, pero Phineas extendió una mano para detenerlo.

—No será necesario. Mi agente ha hecho todo lo necesario para asegurarse de que su aspecto y su figura son adecuados. No necesito nada más.

Stokes frunció el ceño.

—¿No desea ver su retrato? No soy de los que invierten sin ver antes el objeto de su inversión.

Phineas cerró el puño contra su costado y lo abrió cuando se dio cuenta de que estaba dejando ver su enfado.

—Como he dicho, he dejado el asunto totalmente en manos de Carter. Lo conoce y sabe que es un hombre capaz, creo. Dejaremos el asunto así.

—Muy bien, milord —Stokes acarició el borde de su copa de brandy—. ¿Y los papeles de sociedad?

—Carter se encargará de que se publique el anuncio y de que se lean las amonestaciones. Su participación en esto ha terminado.

—Excepto presentarme en la abadía de Bath el ocho de noviembre con su novia del brazo.

Phineas asintió con la cabeza. Bebió otro sorbo de brandy, más por cortesía que por verdadero deseo de beber. Tenía el estómago revuelto de una forma desagradable. Necesitaba dar por terminada la visita.

—Si no hay nada más… —Phineas se puso de pie.

Stokes se levantó de un salto y golpeó la mesa, casi derramando el brandy de Phineas, que apenas había tocado. Quizás había otra razón para la jarra de barco. Phineas reprimió las ganas de sonreír con suficiencia.

—Hay otro asunto, milord —dijo Stokes, con un ligero rubor ascendiendo por su piel sobre la impecable corbata.

Phineas se volvió y arqueó una ceja.

—¿Y bien? ¿Qué pasa?

—Me gustaría llamarte Hayworth y que me llamaras Stokes —dijo con tono apresurado—. No quedaría bien llamar «milord» a mi propio cuñado.

Phineas asintió de nuevo.

—Muy bien —cualquier cosa con tal de salir de esta habitación sofocante y respirar aire fresco, aunque se preguntó en qué pacto diabólico se estaba metiendo.

—Bien, entonces —le siguió otra risa nerviosa—, nos veremos dentro de un mes y tendré a tu nueva esposa esperándote. Estoy seguro de que no tendrás motivos para quejarte.

—Excelente —Phineas tuvo que esforzarse para pronunciar la palabra. Extendió la mano y se encontró con la mano cálida y carnosa de Stokes en la suya. Phineas no tardó en irse, y mientras salía y bajaba las escaleras hacia donde estaba el mozo de cuadra de su padre con los caballos, respiró profundamente—. Ringham, vámonos.

El mozo de cuadra le entregó las riendas y subió al escalón detrás del faetón, y se pusieron en marcha.

Phineas pronto salió de Bristol, pero tardó algún tiempo en poder relajarse. Esto era solo una parte de la batalla: humillarse y buscar una esposa con el único propósito de construir su fortuna. Oh, tal vez también con el propósito de asegurar un heredero, pero eso aún no merecía la pena pensarlo. Si iba a ser codicioso, bien podía dejar

de lado cualquier posibilidad de arrepentimiento y aceptar el trato tal y como era. Confiaba en que Carter hubiera hecho lo necesario para asegurarse de que ella fuera lo suficientemente agradable a la vista. En cualquier caso, lo hecho, hecho estaba.

Ahora Phineas solo tenía que dar la noticia a sus padres, que actualmente residían en su casa de Bath. Necesitaría todo el tiempo que le llevaría el viaje a Bath antes de estar listo para esa reunión, a fin de armarse de valor. Phineas estaba impaciente, deseando que todo esto terminara para poder establecerse en su nueva vida con la novia que había elegido. Ella traía consigo una dote lo suficientemente generosa como para liberarlo por fin de las ataduras impuestas por su padre. Le repugnaba que la elección de una esposa se redujera a algo tan materialista, pero era la pura verdad.

Phineas llegó a la casa de sus padres a las cuatro y media, obligándose a respirar de forma tranquila y constante para calmar sus nervios antes de que el mayordomo abriera la puerta principal.

—¿Dónde puedo encontrar a mis padres? —preguntó Phineas, evitando la mirada de Seamus—. Deseo hablar con ellos —se quitó el sombrero y los guantes y se los entregó al mayordomo.

—Lord Midlington está en su estudio, pero Lady Midlington está bebiendo aguas en el salón de las aguas en Bath—respondió Seamus, dejando el sombrero y los guantes sobre la mesa y ayudando a Phineas a quitarse el abrigo.

Esto no sorprendió a Phineas, pero sí que supuso un obstáculo para sus planes de superar la desagradable conversación que les esperaba. Hizo una pausa y el mayordomo esperó sus instrucciones, que Phineas no dio con la suficiente rapidez.

—¿Anuncio a lord Midlington que desea verlo?

—No, no es necesario anunciar mi presencia al conde. Me cambiaré la ropa de viaje y esperaré a que madre regrese —le dijo Phineas a Seamus. Subió las escaleras y se dirigió a la habitación que le reservaban cuando se alojaba en Bath. Aquella cuyo empapelado verde se curvaba por los bordes, sin haber sido cambiado ni una sola vez en toda su vida. Pronto tendría su propia casa en Bath y no tendría que pasar el tiempo en casa de sus padres como un pariente indigente. *De hecho*, pensó con satisfacción, *no*

necesitaría venir a Bath en absoluto. Podría quedarse en la finca heredada de su abuela en Castle Combe o comprar una residencia en Londres.

Cuando Phineas oyó llegar a su madre, pidió a un criado que solicitara a sus padres que le honraran con su presencia. El criado regresó poco después con la noticia de que lo recibirían en el salón y que se serviría el té. Todo se comunicó del modo adecuado, por supuesto.

Cuando entró en el salón, sus padres estaban sentados uno frente al otro en perfecto silencio. Su madre se miraba las manos en el regazo y su padre abría y cerraba su tabaquera con clics rítmicos.

—Supongo que tienes algo que anunciar —dijo lord Midlington, levantando la mirada cuando Phineas entró. Su madre comenzó a servir el té de la tetera que había estado reposando, añadiendo azúcar mientras su padre continuaba. —Espero que hayas venido con una explicación para los campos que se dejaron sin cultivar, tal como te indiqué en Midlington.

Phineas negó con la cabeza y respiró hondo para comenzar, pero su madre le entregó una taza. Solo pudo asentir en señal de agradecimiento y sentarse en el sofá, esperando a que su padre terminara.

—Aunque no pretendo entender por qué necesitas que tu madre esté aquí para decírmelo —su padre extendió la mano para coger el té que ella le había servido, sin apartar la mirada de Phineas.

Rara vez veía a sus padres juntos en la misma habitación, pero eso no le sorprendía, ya que sabía que ninguno de los dos sentía mucho afecto por el otro. Phineas sorbió el té y lo dejó en el platillo, con movimientos deliberados para ocultar su nerviosismo. No debía dejar que se notara. Al fin y al cabo, un hombre de veintiocho años debía saber cómo dirigir su propia vida.

—Tengo noticias, y no tienen nada que ver con los campos. Investigaré ese asunto tal y como prometí, pero quizá no tan pronto como te gustaría. También hay trabajo que hacer en Giddenhall.

El rostro de su padre se endureció.

—¿Y con qué dinero piensas llevar a cabo el trabajo en Giddenhall? Hijo mío, si algún día vas a heredar mi finca, tendrás

que aprender cómo funciona. Cuando te digo que investigues un asunto, es por una buena razón, y espero que lo hagas. Habrá tiempo suficiente para ocuparse de los asuntos de Giddenhall, que se encuentra en un lamentable estado de caos.

Phineas observó las hojas de té que se habían escapado del colador y quedado en su taza. Sintió un fuerte impulso de responder con dureza, de decirle a su padre que ya no necesitaría su apoyo económico y que, por lo tanto, no tenía por qué considerarlo asistente del administrador. Pero Phineas había decidido hacía tiempo que sería mejor hombre que su padre y controlaría su temperamento. Cuando levantó la mirada, estaba casi seguro de que su expresión no revelaba ninguna de sus emociones. Los pocos amigos que decían conocerlo habían hablado de su aspecto hostil.

—Di mi palabra de que consultaría al administrador sobre ese asunto, y así lo haré —respondió Phineas con deliberada calma, a pesar de que el pulso le latía con fuerza en la garganta—. Pero no tendré tiempo para llevar a cabo una investigación exhaustiva, ya que voy a casarme.

La taza de té de su madre tintineó sobre el platillo y su padre levantó las pesadas cejas con sorpresa.

—Te habría agradecido que me hubieras dado una señal de que pensabas pedir la mano de Lady Jane antes de que yo hablara con su padre. Sabías que había quedado en discutir los términos con lord Leighton la próxima semana —lord Midlington se movió en su asiento y dirigió una mirada de complacencia poco habitual a su hijo —. Sin embargo, me complace que hayas llevado el asunto por tu cuenta. No es bueno que un joven sea obligado a casarse. Nuestras familias se beneficiarán de esta unión, y tú has demostrado ser sorprendentemente obstinado en el pasado. Invitaré a los Leighton tan pronto como sea posible. Y haré que Parkson envíe una carta a *La Gaceta.*

Phineas había esperado algo así, y si su visita a Stokes había sido desagradable, este encuentro era, con mucho, más difícil.

—Padre, creo que tienes una idea equivocada. No he pedido la mano de Lady Jane. Te dije que no era mi intención hacerlo. He contraído una alianza con la señorita Katherine Stokes…

—La señorita Katherine Stokes… —su padre se quedó boquiabierto mirando a Phineas durante varios segundos, como aturdido—. ¿Quién es ella?

Phineas continuó como si no hubiera sido interrumpido.

—Y ya le he pedido a mi administrador que publique una nota en los periódicos de la sociedad. Me encargaré de que las amonestaciones sean leídas sin demora para que podamos casarnos en un mes.

—La señorita Stokes no pertenece a la *alta*. ¿Quién es? —preguntó de nuevo su padre, con el rostro teñido de un tono púrpura—. ¿Es un matrimonio por amor? Muchacho *tonto*. Te dije que nada bueno sale de eso.

Phineas miró de reojo a su madre, pero no leyó nada en su expresión. Sabía que esas palabras solo podían herir, pues el suyo había sido un matrimonio por amor al principio. Si necesitaba algo para reforzar su determinación de concertar un matrimonio de conveniencia, la "unión por amor" de sus padres era prueba suficiente.

—No, padre. No es un matrimonio por amor. Nunca he conocido a la chica. Su hermano, Erasmus Stokes, dirige la mayor empresa de transporte marítimo de Bristol. Carter ha concertado este matrimonio para mí, y la dote no es nada despreciable. Me dará lo que necesito para arreglar Giddenhall.

—¿Qué tipo de chica es…? —comenzó su madre.

—¿Qué se supone que le voy a decir ahora a lord Leighton? —Su padre se levantó bruscamente—. Estarán esperando tu propuesta para casarte con Lady Jane.

—No digas nada, padre. Te dije que no tenía intención de pedir la mano de Lady Jane, y si los Leighton albergan expectativas, no es por algo que yo haya dicho. Si he buscado en otra parte, es por decisión propia.

—¿Prefieres que tus ingresos trimestrales sean retenidos? —replicó lord Midlington.

Phineas se inclinó hacia delante para dejar la taza de té en la mesa más cercana.

—Puedes hacerlo si te apetece, pero no será un problema, porque, como te he dicho, la señorita Stokes aporta una dote considerable —Phineas estaba a punto de caer enfermo por el conflicto, pero no le quedaba más remedio que llevar la conversación hasta el final.

Sin embargo, su padre no parecía dispuesto a poner fin al asunto.

—Te vas a casar con una plebeya. Mancillando tu sangre por dinero. Habrías tenido tanto el linaje de la nobleza como una cómoda alianza si me hubieras escuchado. Siempre has sido obstinado, Phineas. No te entiendo. Pero quiero que sepas que este matrimonio no me agrada. Nada.

Phineas dejó escapar un pequeño suspiro.

—No esperaba lo contrario, padre. Pero no te sorprendas si no me caso para complacerte. Ahora soy un hombre con ideas claras sobre cómo vivir mi vida. Y aunque no es mi intención ofenderte, esas ideas no incluyen vivir bajo tu control —hizo una pausa. Quizás había hablado demasiado deprisa. Necesitaba controlar su temperamento—. Me ocuparé de mi propiedad y me aseguraré de que sea rentable antes de seguir adelante. Si deseas que siga ocupándome de Midlington, lo haré con mucho gusto, ya que algún día será mío. Pero también me ocuparé de mis propios asuntos. Esta decisión no la he tomado a la ligera.

Lord Midlington se dio la vuelta, como para marcharse, pero se detuvo y apoyó las manos en el respaldo de la silla.

—Si hubieras tenido un carácter más fuerte, si hubieras mostrado un poco de temperamento, quizá nos hubiéramos llevado bastante bien. Ahora no puedo hacer nada para desheredarte, y tampoco es que quiera hacerlo, pues eso daría lugar a habladurías, pero no te ocultaré mi profundo descontento. Vivirás para lamentar este error.

Phineas se puso de pie y se inclinó ante lord Midlington.

—Lamento haberte decepcionado tanto, padre.

Permaneció de pie hasta que su padre salió de la habitación, luego se sentó frente a Lady Midlington, que no se había movido. Ella bebía su té con calma, mientras la luz de una ventana cercana jugaba con sus mechones rubios. Seguía siendo una mujer hermosa,

a pesar de haber dejado atrás hacía tiempo el primer esplendor de la juventud. Los minutos pasaban y su silencio lo decía todo: a menudo lo utilizaba como arma para expresar su descontento.

—Bueno, madre, imagino que tú también querrás reprenderme, sobre todo porque padre no te ha dado la oportunidad de hacerlo —Phineas dijo esto con una leve sonrisa, pero le costó mucho mantener el tono jocoso, cuando lo único que quería era buscar el consuelo de su habitación.

—¿Cuándo te he gritado? —preguntó ella. Aunque su madre rara vez alzaba la voz, era capaz de expresar sus sentimientos sobre un tema con fluidez sin pronunciar una sola palabra. Él esperaba que ella hubiera olvidado su pregunta, pero no tuvo suerte, pues ella volvió a preguntar—: ¿Qué tipo de mujer es? ¿Parece de buena cuna?

Lady Midlington extendió la mano hacia la taza de té de Phineas y él se la ofreció para que se la rellenara. Esperó en silencio mientras le echaba más azúcar y se la devolvía.

—No tengo la menor idea, madre. No nos han presentado.

Lo miró sorprendida.

—¿No has conocido a tu futura esposa?

Él negó con la cabeza.

—No hemos tenido la oportunidad. Ella estaba visitando a su hermana.

—¿Has visto un retrato? —insistió su madre—. ¿Qué aspecto tiene?

Phineas exhaló. Ahora le parecía un poco tonto ese capricho suyo de no mirar ni siquiera el retrato de su prometida.

—No quise ver el retrato. No lo pedí. No sé cómo es, pero creo que puedo confiar en Carter cuando dice que no es bizca y que no le faltan dientes.

Lady Midlington levantó la mirada y luego la dirigió hacia Phineas, con la boca formando una línea severa. Cuando Phineas no reaccionó a sus acusaciones tácitas, ella se lo explicó con un discurso entrecortado.

—Una chica vulgar, cuyos modales no has tenido tiempo de evaluar, cuyo rostro no has visto. Phineas, no sé qué pasaba por tu

cabeza. Me temo que todo esto será un error.

—Si es un error —dijo Phineas—, fue mío.

Bebió el té y se recostó en la silla, dominando su impulso de huir. Era mejor que su madre expusiera todas sus objeciones de una vez. Sin duda, querría volver a mencionarlas a lo largo del mes —nunca entablaba una charla trivial con Phineas sin aprovechar la oportunidad para reprenderlo—, pero él sospechaba que habría menos sermones más adelante si no le quitaba la oportunidad de hacerlo ahora.

2



Un rayo de sol atravesó el frío de octubre y acompañó a Kitty hasta la casa de su hermano, con el lacayo detrás de ella luchando bajo el peso de su equipaje. Tan pronto como los sonidos de su llegada se filtraron por la casa, una serie de pasos resonaron en la escalera.

—Kitty, mira el arco y la flecha que he tallado yo mismo. Conseguí una pieza de madera de pacana para hacer el arco, que se tensa muy bien. Y aquí —el hermano de Kitty, Samuel, le mostró una flecha con plumas en un extremo y una pieza triangular de metal en el otro—, lo até todo y le añadí plumas de urogallo. Verás cómo vuela. ¡Mira!

—Ojalá no lo hicieras, Samuel —le advirtió Kitty—. Solo conseguirás dar en el cuadro favorito de Erasmus y ganarte una fuerte reprimenda. Puedes llevarme más tarde al parque y enseñarme hasta dónde llega la flecha.

—¡Kitty! —Edward y Helen, su sobrino y sobrina, seguían de cerca a Samuel, a quien llamaban primo, aunque técnicamente era su tío. Edward le mostró un arco que también había fabricado, cuyas cuerdas colgaban tristemente—. Yo también hice uno, pero Samuel no me dio nada de su madera, así que tuve que usar cualquier rama que encontré cuando salí con Jemima. El mío no se dobla de la misma manera.

Kitty se volvió hacia Samuel con una mirada de desaprobación.

—Muy mal hecho. Estoy segura de que no compartiste tu madera con él porque sabías que Edward haría un arco mejor que el tuyo —le guiñó un ojo a su hermano para suavizar sus palabras, pero Samuel, aún lo suficientemente joven como para necesitar ganar, no quiso escucharla.

—Ya lo verás, Eddie. Te daré la misma madera y harás otro arco, pero la flecha no llegará tan lejos como la mía.

—Kitty… —la voz lastimera provenía de Helen, que sostenía una muñeca—. El vestido que le hiciste a Theodosia se ha roto. Le pedí a mamá que lo arreglara, pero dijo que no tenía tiempo y que tú lo harías cuando volvieras a casa.

Helen estaba a punto de llorar, y Kitty sabía que el sonido sacaría a su hermano de su estudio enfadado. Cogió la muñeca con cuidado.

—¡Ay, Dios mío! Theodosia ha tenido que esperar mucho tiempo para que le arreglaran el vestido. Pero me encargaré de ello en cuanto guarde mis cosas y me cambie de vestido. Sin embargo, primero me gustaría mucho que cada uno de vosotros me diera un abrazo.

Samuel se acercó de mala gana, lo cual era de esperar. Habiendo cumplido los ocho años el mes anterior, no pasaría mucho tiempo antes de que su hermano no le ofreciera a Kitty más que una reverencia superficial. Edward y Helen se apresuraron a abrazar a Kitty, lo que le reconfortó el corazón. La visita a su prima recién casada, la señora Drusilla Mardley, había sido una agradable distracción. Pero una vez que Kitty se puso al día con todas las novedades, comenzó a extrañar las voces y las charlas juveniles que acompañaban los días que pasaba con su pequeña sobrina, sus sobrinos y su hermano.

Mary Stokes bajó las escaleras con William en brazos.

—Oh, eres tú, Kitty. Erasmus me informó que hoy volverías a casa y que deseaba hablar contigo tan pronto como llegaras. He estado muy ocupada con los niños, como puedes ver. Así que no podré acompañarte a tu habitación.

—No te preocupes —dijo Kitty, abriendo los brazos para recibir a William—. ¿Puedo sostenerlo? —Su cuñada le entregó a William y Kitty le hizo cosquillas en la barriga hasta que se echó a reír. Le besó

la cabeza mientras lo abrazaba y respiraba su olor a bebé. Había sido un viaje entretenido, pero un mes era mucho tiempo y era bueno estar en casa.

Kitty le devolvió a William a su madre.

—Me imagino lo ocupada que has estado. Espero que Samuel no te haya dado muchos problemas sin mí aquí para echarte una mano.

Mary se apresuró a disipar esa idea.

—Me temo que él llevará por mal camino a Edward. Acaba de enseñarle a fabricar *flechas*. Cuando menos lo espere, Helen o William recibirán un flechazo directo al corazón.

—No creo que Samuel anime a Edward a utilizar a los niños como blancos para practicar tiro —Kitty se detuvo y buscó un tono más conciliatorio, mirando a Samuel, que la observaba con ojos hoscos desde debajo de sus rizos rubios—. Seguro que no. Ambos son buenos chicos, y también creativos.

—Quizás mi Edward lo sea —Mary frunció los labios y miró a Samuel—, pero Samuel es cada vez más difícil de controlar. Me alegraré cuando se vaya a Harrow —se volvió hacia Kitty—. Y, por supuesto, tú desestimarías mis preocupaciones sobre los niños. Siempre los has animado a ser salvajes.

Kitty esbozó una sonrisa y esperó un momento antes de responder.

—Su buen humor es simplemente una señal de salud y energía. En mi opinión, no les hace ningún daño.

Mary cambió a William a la otra cadera y ahuyentó a los niños.

—Edward, Helen, Samuel. Id a buscar a la niñera y decidle que debe cuidar de vosotros —cuando se alejaron corriendo, le lanzó una mirada de reproche a Kitty—. Creo que mi Edward sería la combinación perfecta de dulzura y vivacidad si no fuera por la influencia de Samuel.

El tema le provocó a Kitty una punzada familiar, pues su padre había muerto cuando Samuel solo tenía un año, y su joven esposa no había sido lo suficientemente devota de su nueva familia —o de su bebé—, como para quedarse y hacerse cargo de él. A los doce años, Kitty no era precisamente la persona más indicada para cuidar del pequeño Samuel, pero Erasmus y Mary se estaban adaptando a

su nueva vida como recién casados, y la responsabilidad había recaído fácilmente en ella.

Kitty reprimió un suspiro.

—Samuel pronto irá a la escuela, como has dicho. Y, como esposa de mi hermano mayor, eres tú quien ha supervisado su crianza —en cuanto las palabras salieron de su boca, se arrepintió de haberlas dicho precipitadamente. Nunca se le había dado bien controlar la lengua cuando se enfadaba.

—No tengo tanta influencia sobre Samuel como tú. Pero no diré nada más al respecto —Mary miró hacia el estudio, frunciendo el ceño—. Creo que Erasmus está listo para hablar contigo tan pronto como estés disponible.

—Dile que bajaré en cuanto me cambie. Albert, por favor, haz que alguien lleve esto a mi habitación —Kitty señaló las cajas que aún estaban en la entrada y se despidió de su cuñada con una sonrisa cordial.

Caminó hacia las escaleras con pasos mesurados, levantando su falda de percal a rayas rosas mientras subía. Había esperado una mejor bienvenida. La tensión con su cuñada había ido en aumento desde antes de su visita, pero Kitty había pensado que la distancia ayudaría a Mary a apreciarla a ella y a la ayuda que aportaba a la familia. Kitty pasaba los días entreteniendo a los niños y ayudando a Mary y a la niñera en todo lo que necesitaban. Era un pequeño precio a pagar por tener un lugar cómodo donde vivir y formar parte del crecimiento de los niños; por ver a su medio hermano teniendo una especie de hermanos de su misma edad, aunque técnicamente fuera su tío.

Kitty siempre había esperado enamorarse, casarse y tener hijos propios, aunque nunca había conocido a nadie que le inspirara un deseo más allá de una simple amistad. No poseía dote —una falta de previsión por parte de su padre que la sorprendía—, pero estaba segura de que su hermano sería generoso cuando apareciera el hombre adecuado. Sin embargo, Kitty aún no lo había conocido. Mientras tanto, dedicaría su energía a ser la mejor hermana mayor y tía y a disfrutar del afecto desinhibido que le brindaban los niños.

En la tranquilidad de su habitación, se lavó la cara y eligió uno de los vestidos que aún estaban en el armario. Los vestidos de su equipaje necesitarían una buena sacudida para eliminar las arrugas. Llamó a una criada para que la ayudara a ponerse el vestido limpio y le arreglara el cabello. Una vez hecho esto, Kitty bajó y llamó a la puerta del estudio, entrando cuando oyó que su hermano la llamaba.

Erasmus levantó la mirada de su escritorio y se puso de pie. Se acercó y le dio un beso superficial en la mejilla.

—¿Qué tal, Kitty? ¿Cómo está Drusilla? ¿Se encuentra mejor?

Kitty sonrió.

—Creo que sus náuseas matutinas están a punto de ser cosa del pasado. Cuando llegué, ella ya se encontraba mejor y no necesitó tanto mi ayuda como mi compañía. Andrew no le proporciona necesariamente ese servicio.

Erasmus le indicó a Kitty que se sentara en una de las sillas cerca de la chimenea y él ocupó la otra.

—No es tarea del marido proporcionar compañía a su esposa.

Kitty esbozó una sonrisa irónica mientras respondía.

—¿Tarea? No. Pero en un matrimonio puede haber amistad.

Erasmus se recostó en su silla y juntó las yemas de los dedos en una postura autoritaria.

—Lamento decirte esto, pero eres ingenua, Kitty. Aún no conoces cómo funciona el mundo, y te aseguro que rara vez hay amistad en el matrimonio.

Kitty apartó la mirada. Nunca estarían de acuerdo en este punto.

—Veo que has comprado el jarrón de Sèvres que te gustaba. ¿Qué más has añadido a tu colección?

—Sí, y además lo conseguí a muy buen precio —Erasmus señaló otra estantería—. Y esos dos cuencos más pequeños también —siempre le había gustado poseer cosas, por lo que era lógico que se hiciera cargo del negocio familiar tras la muerte de su padre. Erasmus había hecho que una empresa próspera fuera aún más rentable al adquirir otras empresas más pequeñas en negocios complementarios y acumular una gran fortuna con ello.

Kitty respiró hondo.

—Bueno, creo que no me has llamado aquí para presumir de tus últimas compras, y no sueles hacerlo para dar noticias familiares. ¿Querías hablar de algo?

Su hermano se ajustó el pañuelo de cuello como si fuera repentinamente sofocante. No respondió de inmediato, sino que frunció el ceño y se quedó mirando sus manos. ¿Qué demonios le incomodaba tanto? Kitty no se lo podía imaginar, y eso la inquietaba. Esperó en silencio.

—He hecho planes para tu futuro —dijo Erasmus de forma abrupta. Kitty lo miró fijamente sin pestañear, y él continuó—. He concertado un matrimonio muy ventajoso para ti. Lord Hayworth, ese es su título honorífico, Hayworth, pero el hombre es el heredero del conde de Midlington. Tiene una gran finca en Castle Combe, cerca de Bath. Una pareja ideal.

Su hermano se quedó en silencio y su mirada de incomodidad se convirtió en una de satisfacción. La indignación de Kitty aumentó.

—¿Cómo te atreves a hacer algo así? ¿Sin decirme ni una palabra sobre algo tan… tan *importante* para mi futuro como un compromiso marital? —Kitty intentó controlar su temperamento, pero sabía que su rubor la delataba. Ignoró la creciente obstinación de su hermano, con la barbilla firme—. Lamento decepcionarte, pero no me casaré con él.

Erasmus negó con la cabeza.

—Vamos, Kitty —su tono era persuasivo, pero ella percibió la amenaza de todos modos. A su hermano no le gustaba que le llevaran la contraria—. No digas palabras precipitadas de las que te arrepentirás. El contrato ya está firmado. Te *casarás* con él.

Kitty se giró en su silla y miró fijamente a su hermano.

—¿Qué te ha llevado a creer que aceptaría un plan así? Qué tontería haber firmado un contrato que luego tendrás que romper. No es un buen negocio y me sorprende que lo hayas intentado.

Ahora, la ira de Erasmus se había despertado por completo.

—Déjame dejar una cosa clara. Has estado dependiendo de mí desde que murió nuestro padre. No te quedó nada, y solo puedes culpar a padre. Pero como estás totalmente en mi poder, si digo que te casarás, te casarás.

Kitty temblaba de pies a cabeza y se puso de pie de un salto. Se le llenaron los ojos de lágrimas y se las secó con amargura. Odiaba llorar cuando estaba enfadada. *Menuda* debilidad.

—Me has vendido, eso es lo que has hecho —dijo entre dientes, intentando controlar el sollozo que brotó de su rabia—. ¿Por qué no me has permitido quedarme aquí? He sido útil para tu familia.

Erasmus no era un hombre de negocios exitoso sin motivo, y debía saber que no serviría de nada empujar a su hermana a tomar medidas desesperadas. Volvió a adoptar su tono persuasivo.

—Kitty, sabes que no te llevas bien con Mary. Ella cree que te interesas demasiado por sus asuntos y que eres demasiado autoritaria, que te entrometes en el funcionamiento de su hogar y en cómo cría a sus hijos.

—Si supieras cuántas veces me muerdo la lengua…

—Déjame terminar. Sabes que esta no es tu casa permanente, y nunca lo fue. Las jóvenes se casan y se unen al hogar de su marido —las palabras de Erasmus hicieron que más lágrimas de ira corrieran por el rostro de Kitty, y clavó las uñas en la palma de su mano para controlar el llanto—. Ya has rechazado una propuesta perfectamente aceptable y, en lugar de enviarte a trabajar como institutriz o algo por el estilo, he concertado tu matrimonio con un vizconde muy codiciado. Y créeme, he investigado bien. Hayworth no vive para las apuestas. No tiene mal genio, que se sepa, y no bebe. Es un hombre de aspecto agradable. Deberías darme las gracias.

—¡Darte las gracias! —Kitty se volvió y lo miró, aún sentado en su silla—. Me has despojado de mi libertad. He servido a tu familia como poco más que una esclava, excepto por el subsidio que me das, y lo hice por *cariño*, y pensé que tú sentías un poco de afecto por mí. Así es como me pagas. Preferiría ser institutriz —se dio la vuelta para marcharse.

—No seas tonta, Kitty —las palabras de Erasmus la detuvieron en seco—. La vida de institutriz no te conviene. Y tu comentario sobre ser una esclava es demasiado exagerado. No estás hecha para ser sirvienta, la sangre de los Stokes corre con demasiada fuerza por tus venas. Aquí tienes la oportunidad de tener tu propia familia, de dirigir tu propio hogar. Piensa en esta oferta antes de rechazarla—.

Erasmus se puso de pie—. Te darás cuenta de que sería una gran tontería hacerlo.

Kitty se dirigió hacia la puerta sin decir nada. Había algo de verdad en sus palabras, lo suficiente como para hacerla detenerse. No se atrevía a decir nada más sin volver a romper a llorar, y ya había mostrado suficiente debilidad.

—Piénsalo y verás que tengo razón.

Ella escuchó las palabras al abrir la puerta, pero no se dignó a responder. Kitty consideró que era suficiente victoria no haberle arrojado su nuevo jarrón de Sèvres al salir.



Esa noche, Kitty pidió sopa en su habitación, alegando cansancio por el largo viaje. Mary y Erasmus sabían que era mentira, pero Mary prefería que fuera así. Kitty estaba sentada en la cómoda silla con el pequeño reposapiés bordado frente a la chimenea. Era una habitación agradable, la misma en la que había crecido, porque, aunque Erasmus podría haber comprado una residencia más grande, debía de sentir cierta nostalgia. Kitty sin duda la sentía, y le gustaba la influencia tranquilizadora que le proporcionaba su espaciosa y familiar habitación.

Suspiró. Las palabras de Erasmus ya se le habían metido en la cabeza. Su rabia se había convertido en resignación. Esta no era su habitación, en realidad. Su hermano se lo había recordado, y que nada de lo que poseía era suyo. Si se casaba, no estaría mucho mejor. Se convertiría en propiedad de su marido en lugar de la de su hermano, y lord Hayworth era todo un desconocido. Kitty no podía estar segura de si él la trataría con amabilidad o si pasaría el resto de su vida en una miserable batalla de voluntades.

Se mudaría lejos y ya no vería a sus amigos. No era que *tuviera* muchos amigos ni los viera con frecuencia, ya que su sobrina, sus sobrinos y su hermano ocupaban todo su tiempo. Pero estaría aislada en una finca, en un pueblo desconocido para ella, y probablemente se esperaría que viajara a Londres y se relacionara

con una sociedad muy por encima de su nivel. Se sentiría constantemente en desventaja.

Kitty subió sus pies descalzos a la silla y los metió debajo del camisón para protegerse del frío. Se había soltado el pelo para dormir, y tiró de la gruesa trenza roja que le caía sobre el hombro. Las llamas crepitaban en la chimenea, y las miró sin pestañear hasta que el calor la obligó a cerrar los ojos. Recostó la cabeza contra la silla.

Había algo de verdad en las palabras de Erasmus. Sí, había arreglado este matrimonio para su propio beneficio, porque decir que tenía parentesco con un vizconde le ayudaría en sus negocios. Era muy parecido a su padre y no pensaba en otra cosa que no fuera aumentar su importancia. Dicho esto, habría investigado a fondo a este lord Hayworth, porque no querría verse en apuros si el hombre resultaba ser una vergüenza. Si no podía confiar en Erasmus para obrar en su favor por ella misma, podía hacerlo confiando en que obraría por el suyo.

Si Kitty decidía ser institutriz, tendría un empleador al que debería lealtad. Si se casaba con lord Hayworth, sería la señora de la finca. Su futuro marido podría ignorarla, o incluso despreciarla, pero no se desharía fácilmente de ella como si fuera un bien indeseado, tal y como acababa de hacer su hermano.

Había deseado casarse por amor, pero ya sabía que no rechazaría la propuesta de su hermano. ¡No! No era una propuesta. Su arreglo impuesto, egoísta y prepotente, acordado con un hombre totalmente desconocido para ella y sin pedirle opinión alguna. Lo aceptaría y comenzaría una nueva vida porque, en realidad, ¿qué otra opción tenía?

3



La boda se celebró la segunda semana de noviembre, y Kitty se despertó temprano, con la garganta seca al pensar en los acontecimientos del día. Aunque había pasado los últimos cuatro días en la casa alquilada por Erasmus en Laura Place, en Bath, el inminente cambio en sus circunstancias todavía le parecía más un sueño que una realidad. No ayudaba el hecho de que aún no hubiera conocido a su prometido, quien había enviado sus disculpas por estar retenido por asuntos urgentes y solo llegaría a Bath a tiempo para la ceremonia. Los sonidos de la criada llenando la bañera en la habitación contigua llegaron a sus oídos, y Kitty se sentó en la cama.

—Le traeré su chocolate, señorita —dijo la criada, asomando la cabeza por la puerta del dormitorio. Kitty asintió.

Al final, el servicio no había sido necesario. No era posible tragar más de un sorbo del espeso chocolate, y cuando Kitty se puso de pie junto a la bañera y pasó las manos por el agua caliente y perfumada, ya estaba enferma de aprensión. Durante las últimas semanas, Erasmus había estado rebosante de satisfacción por el matrimonio que había concertado. Lord Hayworth seguía vinculado a la parroquia de Bath a través del conde de Midlington, y Kitty y lord Hayworth se casarían en la abadía de Bath, un hecho que gratificaba a Erasmus, quien no dudaría en sacar el tema en una conversación con sus compañeros comerciantes a la menor oportunidad.

Se sumergió en el agua caliente y dejó que la criada le peinara su espesa melena, mientras intentaba relajarse. Kitty había podido ver a su prometido gracias a un retrato en miniatura que le había sido entregado formalmente por el hombre de confianza del vizconde, con los saludos del mismo. Era la única visita que el señor Carter había hecho a Royal York Crescent después de que Kitty se enterara de su destino. Lord Hayworth no parecía ser un hombre feo, pero desde luego no era lo suficientemente guapo como para que el gesto hubiera surgido de la vanidad. Kitty tenía que admitir que el regalo del retrato era un detalle muy considerado, pero éste no le revelaba cómo era su carácter. Y eso, al fin y al cabo, era lo que realmente importaba a largo plazo.

En silencio, la criada le levantó el pelo a Kitty mientras ella se secaba con una toalla y comenzaba a vestirse. A continuación, la criada le ató el corsé y la hizo sentarse para terminar de peinarla. Fanny seguiría trabajando para Erasmus, por lo que Kitty no tendría ninguna criada que la acompañara a su nuevo hogar, pero Mary le aseguró que tendría su propia casa con sirvientes a su disposición.

Kitty observó a Fanny en el reflejo mientras ésta le enroscaba el pelo en rizos en la parte delantera y le hacía cuatro moños en la parte trasera, que entrelazó y sujetó con horquillas. Colocó unos rizos a ambos lados de la cara de Kitty y terminó el peinado colocando un lazo de perlas blancas y flores de seda verde en el moño, rodeando la cabeza con las perlas y las flores para formar una delicada corona en la parte delantera.

No importaba que Kitty no quisiera casarse; no permitiría verse menos que perfecta y dar así a la familia de su prometido y a sus selectos conocidos motivos para despreciarla. Llevaba un nuevo vestido que mandó confeccionar en brocado de seda marfil con ribetes verde sajón, una sencilla falda caía desde el ajustado corpiño y la cintura alta, y las pequeñas mangas abullonadas bordadas que caían de los hombros tenían una ligera tela de muselina que se extendía hasta las muñecas para protegerla del frío otoñal. Su capa era de la última moda, y la llevaría puesta hasta llegar a la abadía.

Bajó con pasos renuentes la escalera desconocida hasta un pasillo resonante al final. La ausencia de una madre que la

aconsejara o de un padre cariñoso que la entregara en matrimonio era una pérdida que sentía profundamente. Erasmus no podía desempeñar ese papel de manera satisfactoria. No guardaba muy buenos recuerdos de su madre, y su padre nunca se había caracterizado por ser cariñoso. Aun así, era en momentos como este cuando deseaba… Kitty apoyó la mano en la barandilla y sus pensamientos adoptaron un tono pesimista que se apresuró a descartar. Se quedó en el pasillo, escuchando los sonidos que provenían de diferentes partes de la casa, sin saber muy bien qué hacer. Samuel apareció por la puerta que daba a la pequeña biblioteca.

—¡Kitty! —Sus ojos se iluminaron—. Esperaba verte. Quería ir a tu habitación, pero Mary dijo que no podías ser molestada. Dijo que tenías que vestirte para tu boda.

Por supuesto, Mary no había subido a ver cómo estaba Kitty.

—Mary tenía razón —respondió ella—. Pero ahora me alegro de poder hablar contigo. ¿Por qué querías verme?

Samuel examinó su aspecto. Frunció el ceño y no dijo nada durante un momento, así que Kitty se sentó en el pequeño banco del pasillo y dio una palmadita al asiento junto al suyo. Samuel se sentó y balanceó los pies bajo el banco, y ella juntó las manos en el regazo, esperando a que él hablara.

—Kitty, ¿tienes que irte? —preguntó por fin.

Ella miró al frente y tragó saliva.

—Sí, tengo que irme. Pero te echaré mucho de menos.

Samuel empezó a dar golpecitos con el talón en la pata del banco.

—Es solo que… a Mary no le caigo muy bien. Sé que es así. Y a Erasmus no le intereso. Tú eres la única persona que se preocupa por mí, y ahora te vas.

Kitty tragó duro y respiró hondo. No quería que las lágrimas cayeran y mancharan su vestido de seda. Esto era muy injusto, y odiaba que no tener elección en su propio futuro significara que su hermano pequeño tampoco tuviera elección en el suyo. Erasmus se había mostrado firme en este punto. Lord Hayworth había hecho arreglos para encontrar una esposa y no quería que un chico

problemático se entrometiera. *Además*, él había dicho, *Mary hace un buen trabajo criándolo como si fuera suyo.*

Kitty rodeó a Samuel con un brazo.

—Es muy injusto. Me gustaría mucho quedarme contigo, pero no puedo. Y tú vas a ir a Harrow el próximo año —adoptó un tono animado—. Sé que allí harás amigos y vivirás muchas aventuras.

—Pero aún faltan nueve meses. Y no conozco a nadie en Harrow. ¿Y si se ríen de mí allí? —Samuel levantó su cara pecosa hacia ella. Le faltaban dos dientes—. ¿Y si se burlan de mí porque no vengo del mismo tipo de familia?

Kitty abrazó a Samuel con más fuerza.

—Nadie se reirá de ti, Sam. No te preocupes por eso. Te han educado tan bien como a ellos, Erasmus se ha encargado de ello. Y esos chicos estarán tan nerviosos como tú —ella levantó la mirada y se quedó mirando los peldaños de madera de la barandilla, respirando hondo. Tener un vizconde como cuñado lo cambiaría todo. Samuel estaría emparentado con un lord.

Los sonidos de Erasmus y Mary alzando la voz en una discusión desde el salón, y los niños saliendo de las habitaciones de arriba con su niñera, interrumpieron el discurso de Kitty, por lo que le dio un beso en la mejilla a Samuel y lo abrazó con fuerza.

—Prométeme que te portarás bien y serás amable con tus primos. Después de todo, ellos te admiran.

Mary salió al pasillo con expresión de irritación. Erasmus la seguía y se detuvo en seco al ver a Kitty.

—Bien. Muy bien. Estás preciosa, y estoy seguro de que lord Hayworth estará muy contento. ¿A que luce encantadora, Mary?

Mary la miró antes de agacharse para ajustar mejor la pequeña capa que cubría al pequeño William.

—Encantadora, sin duda. Jemima, date prisa y ayuda a Edward y Helen a ponerse las capas, o llegaremos tarde.

El trayecto a pie hasta la abadía de Bath era corto, por eso Erasmus había elegido ese lugar. Esos pocos minutos no eran suficientes para preparar a Kitty para lo que le esperaba, y el temor no hizo más que aumentar a medida que el grupo se acercaba a su destino. En la iglesia, Kitty siguió a Erasmus aturdida a través de las

puertas de madera hasta el inmenso edificio con sus arcos de piedra y sus paredes resonantes. Caminaron por la larga nave con solo sus pasos rompiendo el silencio, y solo cuando llegaron al frente y su hermano se apartó a un lado, Kitty vio por primera vez a su futuro marido.

Lord Hayworth estaba flanqueado por sus padres, si sus edades y rasgos podían considerarse un indicio fiable. Había otro caballero más joven que probablemente estaba allí para servir de testigo. No había nadie más presente, pero ¿por qué debería haberlo? ¿Por qué debería haber una gran fiesta de boda cuando se casaba con una criatura tan común como ella?

Kitty evitó la mirada de su prometido mientras seguía a su hermano hacia los bancos donde él y Mary se sentarían. Dejó que él la ayudara a quitarse la capa de invierno y finalmente se volvió para mirar a su futuro marido. Erasmus le dio un codazo para que se colocara a su lado; ella obedeció, pero no pudo esbozar una sonrisa. Durante un breve instante, miró a lord Hayworth con seriedad y luego se volvió hacia el vicario, con las manos fuertemente entrelazadas delante de ella.



Phineas vio a su futura esposa por primera vez cuando Stokes se hizo a un lado, y una sola mirada fue suficiente para conmoverlo profundamente. Tragó saliva con dificultad, como si eso pudiera calmar los latidos que comenzó a oír repentinamente en sus oídos. Sus palmas comenzaron a sudar dentro de los guantes mientras sus ojos la seguían hasta el banco. Había lucido muy majestuosa al entrar, envuelta en una capa marrón, cuyo color armonizaba con los bancos de madera y el púlpito de la amplia iglesia, y con el cabello reflejando la luz que se filtraba a través de los vitrales y formando hermosos patrones de colores en el suelo de piedra. Pero cuando se quitó la capa y se volvió hacia él con un vestido verde y marfil, la piel radiante, los ojos marrones cálidos y el cabello de un tono entre rojo y dorado, Phineas se quedó sin aliento. Había esperado

conformarse con cualquier esposa que le proporcionara este acuerdo. No había esperado contraer matrimonio con una mujer que sería la envidia de todos los hombres de la *alta*. Ella era incomparable. La señorita Stokes le devolvió la mirada, ocultando cualquier sentimiento, y apartó los ojos rápidamente. Ella no sonrió.

Si hubiera sido miembro de la *alta*, no lo habría mirado dos veces, a pesar de su título, de eso estaba seguro. Suponía que no era lo suficientemente apuesto como para tentar a las mujeres que buscaban un buen candidato para casarse. Un matrimonio concertado por él mismo eliminaba todas las partes desagradables del cortejo, ya que le aseguraba que no sufriría un rechazo. Sin embargo, Phineas nunca en su vida había estado tan nervioso como ahora. Estaba a punto de hacer un cambio irrevocable en su ser y su comodidad. Ahora compartiría su vida y sus preocupaciones con otra persona, y su felicidad sería responsabilidad suya. Pensaba que el acuerdo les beneficiaría a ambos, pero ¿cómo podía transmitirle todo esto a su futura esposa?

El vicario les hizo señas para que se acercaran.

—¿Quiénes se casan hoy?

Tras mirar a Stokes, Phineas se volvió hacia el vicario.

—Phineas Stropford, vizconde de Hayworth, heredero del conde de Midlington.

Stokes empujó a su hermana un paso más al frente, y ella se colocó al lado de Phineas, con Stokes a su izquierda.

—Mi hermana, la señorita Katherine Stokes.

El vicario continuó:

—¿Tiene usted el certificado de amonestaciones del cura de su parroquia, señor Stokes? —Cuando el vicario recibió el certificado de Stokes y lo examinó, se volvió hacia Phineas—. Lord Hayworth, ¿da usted su consentimiento para este matrimonio?

Phineas no se atrevía a mirar a su prometida. Podía oír a sus padres moviéndose detrás de él, y sentía su descontento desde donde estaba parado.

—Sí, lo doy.

—Y usted, señorita Katherine Stokes, ¿da su consentimiento para este matrimonio por su plena voluntad?

Ella permaneció en silencio durante tanto tiempo que Phineas la miró, sintiendo un escalofrío de alarma recorriendo su espina dorsal. ¿Y si con solo mirarlo fuera suficiente para que ella dijera que no? ¿Y si Phineas quedaba en ridículo delante de sus padres y su primo, que actuaban como testigos? ¿Y si volvía a tener que obedecer las órdenes de su padre para poner en orden la finca de Midlington? No quería ni pensarlo. La señorita Stokes miró a su hermano, que tenía los labios apretados y parecía enfadado. ¿De verdad quería casarse con Phineas? No tuvo tiempo de pensar en ello antes de que ella respondiera.

—Sí, lo doy.

El vicario asintió con solemnidad y juntó las manos.

—Queridos amigos, nos hemos reunido aquí ante Dios y ante su congregación para unir a este hombre y a esta mujer en santo matrimonio, que es un estado honorable, instituido por Dios en el Paraíso, en la época de la inocencia del hombre, y que simboliza para nosotros la unión mística que existe entre Cristo y su Iglesia…

El vicario leyó la breve ceremonia, que terminó con el intercambio de votos, cuya solemnidad hizo que a Phineas se le llenaran los ojos de lágrimas, que rápidamente se secó parpadeando.

—¿Quiere aceptar a esta mujer como su legítima esposa, para vivir juntos según los mandamientos de Dios en el santo estado del matrimonio? ¿La amará, la consolará, la honrará y la cuidará, en la salud y en la enfermedad? ¿Y, renunciando a todas las demás, se mantendrá fiel a ella, mientras ambos viváis?

Phineas carraspeó. Quería que Katherine —Kitty— supiera la profundidad de su promesa. Respondió con voz resonante:

—Sí, lo haré.

Su prometida escuchó su promesa y respondió «Sí, lo haré» en poco más que un susurro. Tenía una voz suave y bonita, una voz con la que Phineas podía despertarse feliz cada día. Pero no pudo discernir alegría en su voto, ni alivio o aceptación en su tono, solo resignación.

—¿Quién entrega a esta mujer para que se case con este hombre? —Cuando Stokes respondió, el vicario se inclinó y le

susurró algo al oído a la señorita Stokes. Ella bajó la mirada y tiró de sus guantes hasta que se los quitó. Phineas se animó y se quitó los guantes, entregándoselos a su primo. El vicario cogió la mano que colgaba flácida a su lado y la colocó sobre la de Phineas. Su corazón comenzó a latir con fuerza de nuevo al primer contacto.

El vicario le indicó a Phineas que repitiera los votos, lo cual hizo, intentando capturar la mirada de Kitty.

—Yo, Phineas Stropford, acepto a la señorita Katherine Stokes como mi legítima esposa, para amarla y respetarla, desde este día en adelante, en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, para amarla y respetarla hasta que la muerte nos separe, según la santa ordenanza de Dios, y por ello te prometo mi fidelidad.

Kitty repitió los mismos votos en voz baja, con solo una o dos miradas fugaces en su dirección. El vicario dijo:

—Ahora, los anillos.

Phineas se volvió hacia su primo Bartholomew, que había aceptado ser su padrino por el bien de la familia, aunque no eran especialmente cercanos. Phineas solía preguntarse si era porque Bartholomew estaba celoso de su título y su herencia, o si simplemente era porque no habían pasado suficiente tiempo juntos. O, tal vez, Phineas no era tan interesante después de todo.

—Tengo los anillos —dijo Bartholomew, entregándole la pequeña caja y la tarifa de matrimonio que le había sido confiada para su cuidado. Phineas le entregó el dinero y los anillos al vicario, quien dejó el dinero sobre la mesa y cogió el Libro Sagrado. Le dio a Kitty el anillo de oro más grande y a Phineas el más pequeño, y les indicó que colocaran las manos con los anillos sobre la Biblia, lo cual hicieron.

A continuación, el representante de Dios le indicó a Phineas que colocara el anillo en el cuarto dedo de Kitty. Había llegado el momento. Phineas cogió su mano entre las suyas, sintiendo su suavidad mientras deslizaba el anillo en su delgado dedo. El vicario le indicó a Phineas que repitiera después de él una vez más.

Phineas no recordaba haber oído nunca antes los votos matrimoniales. O, si lo había hecho, no lo recordaba. Había algo tan

íntimo, tan puro en la declaración que debía pronunciar públicamente.

—Con este anillo, te desposo —tragó saliva cuando el vicario dijo la siguiente parte y esperó desesperadamente que su voz no se quebrara—. Con mi cuerpo, te adoro. Y con todos mis bienes terrenales, te doto. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Cuando fue el turno de Kitty, ella cogió su mano entre las suyas y le deslizó el anillo en el dedo. Rápidamente retiró la mano, y el vicario tuvo que recordarle que volviera a unir sus manos mientras pronunciaba sus votos. Entonces fueron declarados marido y mujer.

Phineas ya estaba casado. Miró a su esposa, pero ella estaba mirando fijamente al mayor de los niños, que estaba de pie junto a Stokes, con una sonrisa forzada en el rostro. No hubo vítores, solo su padre aclarándose la garganta y la niña que había venido con Stokes preguntándole a su madre si la tía Kitty ya se había casado. Su madre, sin sonreír, respondió que sí.

Comenzaron a retirarse hacia la parte trasera de la iglesia, y Phineas se sintió aliviado de que la ceremonia formal hubiera terminado. Ahora comenzaría la vida, y él podría empezar a hacer los cambios necesarios en su finca sin tener que pedirle los fondos a su padre, quien seguramente rechazaría su solicitud o le daría el dinero con condiciones.

Él y Kitty tendrían por fin la oportunidad de conocerse. Echó otra mirada a su esposa, pero ella se negaba rotundamente a cruzar la mirada con él. ¿Cómo iba a abordar el tema de la noche de bodas si ella ni siquiera lo miraba?

Conociendo la aversión de sus padres hacia la unión y su renuencia a asistir a la ceremonia, Phineas había decidido renunciar al banquete nupcial. Sus padres no se opusieron. Solo habían asistido a la ceremonia para evitar el escándalo y los rumores entre la alta sociedad. No podían permitir que se supiera que se habían opuesto a la unión. Pero invitar a esos comerciantes a su casa para compartir una comida estaba más allá de su capacidad de actuación. Phineas había eludido el problema enviando una nota a Laura Place

tan pronto como los Stokes llegaron a Bath, diciendo que los recién casados se marcharían directamente después de la ceremonia.

Era hora de recorrer la corta distancia hasta la posada, donde les esperaba el carruaje para llevar a la pareja a Giddenhall, donde comenzarían su nueva vida. Phineas no había esperado estar tan nervioso después de la ceremonia. Pensaba que, al haber organizado el matrimonio según sus propios términos, se sentiría lleno de autoridad, convencido de que todo era lo correcto. Sabría cómo comportarse con su propia esposa, que estaría tan contenta de haberse casado por encima de su condición social que se mostraría algo complaciente. Pero la señorita Stokes, no… Lady Hayworth, era reservada hasta el punto de parecer hostil.

Phineas señaló hacia las puertas de la iglesia.

—Es por aquí —no estaba seguro de haberlo dicho lo suficientemente alto como para que ella lo oyera, pero lo siguió hacia la salida llena de luz que significaba la libertad de las restricciones de la ceremonia y la familia.

4



La boda había terminado. Con la mano ligeramente apoyada en el brazo de su nuevo esposo, Kitty siguió al grupo fuera de la iglesia. La animada conversación de su sobrina y su sobrino se extendía tras ella, pero sus ojos estaban fijos en Erasmus, que iba delante de ellos y se apresuraba para alcanzar al conde. Cuando llegó junto a lord y lady Midlington, frente a las pesadas puertas de madera, dijo:

—Buenos días, milord, mi señora —Erasmus hizo una profunda reverencia y esbozó una amplia sonrisa—. Por fin nos conocemos. Es un día glorioso, ¿verdad? ¿Para su hijo y mi hermana?

Lord Midlington se giró ligeramente, pero no miró directamente a Erasmus.

—En efecto.

Para vergüenza de Kitty, Erasmus no se dejó despreciar.

—Es una pena que los asuntos de su familia no hayan permitido celebrar un banquete nupcial. Me habría encantado proporcionar comida para todas las personas que quisierais invitar. El dinero no habría sido un problema para mí a la hora de ofrecer un desayuno digno de aparecer en los periódicos de la alta sociedad.

Lord Midlington intercambió una mirada con su esposa, que permanecía con los labios apretados, y dejó que se produjera un breve silencio.

—Me temo que era inevitable —él inclinó la cabeza—. Que tenga un buen día —a Kitty se le encogió el corazón. *¿Esta* iba a ser su

familia? No se atrevió a mirar a su nuevo marido por miedo a ver la misma ironía en sus labios.

Salieron a un sol cegador, y solo cuando el frío la golpeó, Kitty comprendió que había dejado atrás su capa y sus guantes. Se dio la vuelta para recuperarlos, pero Mary estaba detrás de ella con los artículos olvidados, privando a Kitty de la oportunidad de un breve respiro en la tranquila iglesia. Mary se los entregó con una mirada más agria que festiva. Nunca había habido afecto entre ellas, pero Kitty no podía entender por qué Mary era incapaz de mostrar una pizca de entusiasmo por la boda de su propia cuñada, sobre todo porque eso la alejaría de una casa en la que la hacían sentir como un estorbo.

Kitty murmuró su agradecimiento, se envolvió en su capa marrón de lana con mezcla de fibras y se puso los guantes. El aire de principios de noviembre le quemaba el cuello y las orejas, pues estaban al descubierto. Su capota era más decorativa que cálida, y echaba de menos el sombrero más grande que la habría protegido un poco de las miradas.

Un grupo variado de personas cruzaba la plaza frente a la abadía, y algunos les lanzaban miradas antes de inclinar la cabeza. Kitty aún no había mirado a su marido con detenimiento. Sin embargo, por lo que pudo deducir de sus discretas miradas, era una cabeza más alto que ella y su figura no era desagradable. Llevaba colores serios para la boda: un abrigo gris oscuro con un chaleco plateado y pantalones gris claro. Su cabello castaño claro le llegaba al cuello y tenía unas patillas cortas que delineaban sus pómulos.

Todos los invitados habían salido ya de la iglesia y permanecían en silencio. Parecía como si todos estuvieran esperando a que lord Hayworth hablara, y él se giró ligeramente, mirando a sus padres y luego a Kitty. ¿Iba a presentarle *ahora* a sus padres después de haberse casado? ¿Por qué no lo había hecho antes? Parecía lo más ridículo del mundo.

Al parecer, a lord Hayworth también le parecía así, porque se aclaró la garganta y dirigió una mirada general a la multitud.

—Mi agradecimiento a todos por asistir a nuestra boda. Madre, padre. Bartholomew —añadió, asintiendo con la cabeza al caballero

que estaba de pie junto a sus padres. Volviéndose hacia Erasmus, dijo—: Mi agradecimiento —lord Hayworth parecía no saber qué más decir y se limitó a hacer una reverencia general a todos los presentes—. Bueno, será mejor que nos vayamos. Mis sirvientes nos esperan esta tarde en Giddenhall.

Un hombre de pocas palabras. Kitty le dio a Mary un beso por obligación, pero no se atrevió a darle uno a Erasmus. Abrazó a Samuel, Edward y Helen. Luchando contra el nudo de emoción que se le formaba en la garganta, extendió las manos hacia William y Mary se lo entregó para darle un último beso. A pesar de toda la tensión existente entre Mary y ella, su cuñada nunca le había reprochado por tener una relación afectuosa con sus sobrinos y sobrina. Al menos eso era algo por lo que estar agradecida. Kitty abrazó a William, lo meció con los labios pegados a su cabeza y luego lo devolvió sin decir nada. Era mejor así. Estaba a punto de romper a llorar allí mismo.

Kitty se volvió hacia lord Hayworth, pero fue incapaz de sostener su mirada. Era muy extraño. Ahora estaba casada con él y lo único que quería era salir corriendo en dirección contraria. No era que le resultara repulsivo. De hecho, había algo en la forma de sus labios y su nariz que le hacía pensar que quizá no sería desagradable besarlo, aunque tal pensamiento hizo que Kitty quisiera chasquear la lengua con irritación. *¿Acaso había perdido la cabeza al casarse?*

Ella nunca había sido de las que deseaban el abrazo de un hombre. Kitty supuso que era una de esas mujeres que no tenían inclinaciones románticas. Además, apenas podía discernir calidez en los ojos de lord Hayworth, y su voz había sido inexpresiva al pronunciar sus votos. Solo se podía suponer que se trataba de un hombre que no permitiría que nada se interpusiera en lo que quería, pues estuvo dispuesto a contraer matrimonio con alguien a quien no había visto ni una sola vez. Eso significaba que probablemente no consideraría en lo más mínimo sus necesidades y deseos. La idea la paralizó.

Lord Hayworth le tendió el brazo y Kitty colocó la mano allí, con la mayor delicadeza que se atrevió.

—Adiós —dijo él, dirigiéndose vagamente al grupo, y la alejó de la iglesia.

Privada del consuelo de los rostros familiares, Kitty se sintió perdida. ¿De qué podía hablar con un hombre al que no conocía? Era sorprendente lo breve que había sido la ceremonia, y ahora no habría ningún banquete nupcial para celebrarlo. Todo parecía frío y contractual, en lugar de una unión de mentes y corazones. Era evidente que su hermano sabía que no habría celebración, pero no le había dicho nada a Kitty. Ella había pensado que tendría la oportunidad de pasar unos últimos momentos con su familia antes de irse a un hogar desconocido.

No habían caminado mucho cuando lord Hayworth aminoró el paso para poder ver su rostro.

—He dispuesto que comamos algo en la posada cerca del puente Pulteney, donde me espera mi carruaje. Pero no me gustaría salir demasiado tarde —no dijo nada más, y Kitty se sintió desanimada por el tono cortés de su voz. Parecía que su matrimonio iba a ser puramente formal.

—No tengo mucha hambre —respondió ella—. Solo me gustaría refrescarme un poco y beber algo, y luego podemos partir tan pronto como usted quiera.

—Creo que su hermano envió su equipaje a mi carruaje hace un rato. La posada está justo delante —señaló un edificio de madera de dos plantas con pequeñas ventanas de cristales cuadrados—, y he reservado el salón privado para que usted lo utilice mientras compruebo que su equipaje ha llegado. ¿Qué le apetece beber?

A Kitty no le importaba demasiado, aunque esa mañana ni siquiera había podido beber su chocolate habitual.

—Un vaso de limonada, por favor.

Lord Hayworth la acomodó en el salón privado y se marchó, presumiblemente para comprobar el carruaje. Ella hizo lo necesario, bebió su limonada y se sintió un poco mejor cuando la dulce bebida cítrica le humedeció los labios y le hizo recuperar fuerzas.

Llamaron a la puerta. Kitty levantó la mirada y vio a lord Hayworth detenido en el umbral, como si esperara su permiso para

entrar. Dejó la limonada sobre la mesa y él se acercó y se sentó frente a ella.

—Su equipaje está en el carruaje. El posadero me traerá una jarra de ale y luego podremos partir —Kitty asintió con la cabeza.

Reinó el silencio mientras lord Hayworth esperaba su ale, la bebía —rápidamente, pensó ella—, y luego indicaba que se marchaban. Le entregó algunas monedas al posadero al salir y la ayudó a subir al carruaje, entró detrás de ella y luego dio un golpecito en el techo para que el carruaje se pusiera en marcha. Era un vehículo antiguo, mucho menos cómodo de lo habitual para ella, pero estaba agradecida de estar en movimiento. Cualquier cosa antes que permanecer sentada en un incómodo silencio con un desconocido al que ahora estaba unida de por vida.

Llevaban un cuarto de hora de viaje cuando lord Hayworth rompió el silencio.

—Espero que le guste Giddenhall.

Se había quitado el sombrero de castor, dejando al descubierto los ligeros rizos que empezaban a escasear en la parte posterior de su cabeza, lo que, curiosamente, no le restaba atractivo, sino que lo hacía parecer más humano. Kitty apartó la mirada.

—Estoy segura de que no habrá nada que me disguste.

El silencio volvió y lord Hayworth jugueteó con el ala de su sombrero.

—No sé si está acostumbrada… —Sus palabras se desvanecieron y ella se preguntó qué iba a decir. Volvió a abrir la boca para hablar —. En público, puede llamarme Hayworth, y yo la llamaré mi señora. En privado, puede dirigirse a mí como Phineas —la miró rápidamente y luego bajó la mirada hacia su sombrero—. ¿Y cómo debo llamarla?

Hubo un par de segundos de silencio, en los que solo el sonido de los cascos de los caballos y las ruedas del carruaje en el suelo llenaron sus oídos, antes de que ella respondiera.

—Kitty.

Era vulnerable: permitir que un completo desconocido utilizara libremente su nombre de pila. Y ahora ella debía llamarlo Phineas. Sin embargo, era una señal de progreso. Quizás su nuevo marido también se sentía incómodo con su situación y, con el tiempo,

llegarían a algún tipo de entendimiento. Quizás algún día incluso se reirían de este comienzo poco prometedor.

Se produjo otro silencio, y Kitty no estaba de humor para romperlo, mientras estudiaba la textura de sus guantes o los cojines verde botella del asiento trasero. Su nueva vida se cernía ante ella; la noche de bodas se cernía ante ella. Y si era sincera consigo misma, estaba absolutamente aterrorizada.

—No nos conocemos —observó Phineas tras un largo silencio sin conversación. Se estaba esforzando mucho por conocerla; un esfuerzo bastante notable para un marido, pensó ella—. Quizás debería haber organizado un encuentro antes de la boda —miró al frente en lugar de mirarla a ella—. Sin embargo, espero que este acuerdo sea satisfactorio para ambos. Con los fondos de su dote, podré crear un hogar cómodo para nosotros. No dependeré de la herencia de mi padre para poner en orden Giddenhall. Este matrimonio nos ha proporcionado una libertad de la que ambos nos beneficiaremos.

¿Ambos se beneficiarían? Todos los pensamientos benévolos hacia su nuevo marido se esfumaron, y una oleada de irritación brotó en el pecho de Kitty. No pudo ocultar del todo el silbido que se le escapó de los labios mientras se alisaba la falda, como para suavizarla. Nunca había sido capaz de controlar su temperamento con mucho éxito.

La miró sorprendido.

—No pareces muy contenta con este acuerdo. Sin embargo, permíteme recordarte que te has casado con alguien de clase social superior. Serás una mujer importante y estarás bien provista. Tu hermano no me dio la impresión de que tu alternativa fuera particularmente tentadora.

Kitty se volvió hacia él, levantando una ceja. ¿Creía él que debía sentirse honrada por su condescendencia? Se le escapó una risa burlona.

—¿Quién te ha hecho creer que yo necesitaba un marido con título? Erasmus se ha beneficiado del matrimonio, no yo. Has comprado tu libertad con la oferta de mi hermano, pero al hacerlo,

me has robado la mía —volvió a mirar al frente, juntando las manos sobre el regazo.

—Tendrás tanta libertad como Lady Hayworth como la tenías como señorita Stokes, si no más —había confusión en su voz—. No tengo intención de restringir tus movimientos. No lo entiendo… Deberías estar agradecida por la oferta, aunque no haya sido por iniciativa tuya.

Kitty se quedó boquiabierta.

—¿Agradecida? ¿Por haber sido vendida por mi propio hermano, por haber sido expulsada del único hogar que he conocido, por haber sido entregada a la protección de alguien a quien no conozco y de quien se espera que satisfaga todos sus caprichos? —su pecho se agitó al recordar las palabras lastimeras de Samuel esa mañana —. ¿Agradecida? Estaba perfectamente agradecida donde estaba antes, muchas gracias —para su horror, las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos.

Phineas se movió. La había estado mirando con el rostro ligeramente ladeado, girado hacia ella, como para facilitar la conversación. Pero ahora se inclinó hacia delante en su asiento y ella percibió su tensión, provocada por sus precipitadas palabras. Comenzó a arrepentirse de su arrebato. Pasó más tiempo, con ambos mirando en direcciones opuestas, y por fin oyó su voz ronca.

—Será mejor que te seques los ojos. No querrás que los sirvientes vean que has estado llorando cuando lleguemos a Giddenhall.

Kitty intentó contener las lágrimas mientras buscaba un pañuelo en su reticule. No lo encontró y se preguntó cómo había podido estar tan distraída. Kitty resopló discretamente e intentó secarse las lágrimas con la mano enguantada. Después de dos intentos, Phineas metió la mano en el bolsillo de su abrigo, sacó su propio pañuelo y se lo entregó sin decir palabra. Ella dudó y luego, muy lentamente, lo aceptó.

Usó el pañuelo para secarse las lágrimas y se limpió la nariz de una manera demasiado enérgica como para ser delicada.

—Me encargaré de que lo laven y te lo devuelvan —dijo con voz apagada.

El carruaje avanzó traqueteando hacia su destino y ninguno de los dos habló. Los pensamientos de Kitty divagaron en el silencio que surgió a continuación. Aunque se sentía aliviada de que no hubiera habido gestos amorosos —eso era uno de sus temores—, no sabía cómo resolver el distanciamiento creado entre ellos. Sería imposible pasar de esta guerra silenciosa a cualquier tipo de relación matrimonial real. A menos que los maridos pudieran cambiar tan fácilmente de actitud. Tenía que admitir que no lo sabía.

Las lágrimas habían calmado a Kitty, al igual que desahogar su ira, aunque también la avergonzaba. Sí, le había hecho saber que no estaba dispuesta a aceptar esta unión, pero ahora, ¿cómo lograr una tregua? Su corazón estaba lo suficientemente abierto a la idea de ser cortejada. Al fin y al cabo, estaban casados y en algún momento tendrían que salvar esa distancia. Si Phineas planeaba conquistar su corazón, había suficiente espacio para que pudiera entrar. Si él lo intentaba, ella sería su esposa por deseo propio y no porque su hermano se lo hubiera impuesto. Buscó una forma de iniciar la conversación.

—Parece que estamos reduciendo la velocidad. ¿Nos estamos acercando a tu finca?

Phineas se sorprendió de que ella finalmente hubiera hablado, y miró a través de la cortina de la ventana para luego asentir.

—Giraremos en la siguiente calle y eso nos llevará a mi propiedad.

Mi propiedad, había dicho él. Kitty no debería haberse sorprendido. Aunque se tratara de un matrimonio por amor, seguiría siendo su propiedad. No importaba que su hermano probablemente hubiera tenido que negociar un cuantioso acuerdo para conseguir un par como cuñado. A Kitty le parecía que Phineas consideraba que ella había aportado pocos beneficios al acuerdo, o al menos solo lo que le correspondía. Ese pensamiento disipó su deseo de seguir conversando y, aparte de las discretas miradas que Phineas le lanzaba como para evaluar cómo se sentía, llegaron a Giddenhall en silencio.

Kitty esperaba que no se notara su ansiedad por conocer a toda la servidumbre. No era que no estuviera acostumbrada a los

empleados domésticos. Con la fortuna de su hermano, tenían un gran número de sirvientes. Pero Kitty no sabía nada sobre cómo manejar una gran finca. Ni siquiera sabía a quién preguntar. ¿Cuánta supervisión requería la ama de llaves? ¿Qué grado de informalidad debía tener con los sirvientes? En casa de Erasmus, ella era bastante informal. Al fin y al cabo, no había tanta diferencia entre ellos. Solo la riqueza, y no el linaje, los separaba.

El lacayo abrió la puerta del carruaje y Phineas bajó primero y le tendió la mano a Kitty para que también descendiera. La mansión estaba construida con piedra rojiza y tenía nueve ventanas en cada piso de la fachada, algunas de las cuales eran dobles. Se podía acceder a la parte delantera de la casa por una escalera doble que bajaba a ambos lados de la puerta. Al pie de una de las escaleras había una fila de sirvientes esperando para recibir al vizconde y a su nueva esposa.

—Os presento a vuestra nueva señora, Lady Hayworth —anunció Phineas mientras los sirvientes permanecían rígidamente firmes. Llevó a Kitty delante de cada sirviente y los presentó, preguntando los nombres de algunos que parecían nuevos. Los únicos que Kitty retuvo fueron la señora Morley, el ama de llaves, y Bexley, el mayordomo. Tendría que pasar más tiempo con la señora Morley que con cualquier otra persona. Había diecisiete sirvientes en total, y Kitty apenas pudo esbozar una sonrisa. Se limitó a saludar a cada uno de ellos con la cabeza, de una manera que sabía que era demasiado rígida.

—Este es Craddock, el mozo de cuadra. Acaba de llegar, pero me han dicho que tiene un don para elegir caballos. Carter dice que viene recomendado —Phineas había terminado las presentaciones y Kitty cruzó la mirada con el mozo de cuadra, que parecía tener más o menos su edad. Él se había quitado el sombrero y, con su pelo rubio corto, su frente de porte distinguido y su barbilla cuadrada, Kitty tuvo que reconocer que el hombre que tenía delante era especialmente atractivo. Eso le produjo una sensación de inquietud. Él hizo una breve reverencia, pero cuando levantó la mirada, Kitty vio un brillo en sus ojos que le resultó demasiado familiar y que la puso nerviosa.

Kitty no quería que un apuesto desconocido se metiera en su corazón. Ya tenía un desconocido con el que lidiar. Kitty estaba casada y debía aprender a dejarse conquistar por su propio marido, sin importar que su aspecto fuera solo ligeramente superior al promedio y su carácter un poco frío. *Él* era el hombre que el destino le había deparado. Ella le hizo un pequeño gesto con la cabeza al mozo y se aferró al brazo de su marido para que él la condujera escaleras arriba. Era mejor que dejara claro de inmediato a quién le debía lealtad.

5



Tras presentar a Lady Hayworth a los sirvientes, Phineas no sabía muy bien qué hacer a continuación. Había algo delicado en el hecho de haberse casado, pero no estar *casado* en el sentido estricto de la palabra, y no era como si pudiera llevarla rápidamente a su habitación para remediarlo. Llevaban varias horas como marido y mujer y él aún no sabía cómo acercarse a su esposa. Al entrar en la casa, se dirigió a la señora Morley.

—Estoy seguro de que Lady Hayworth deseará refrescarse después del viaje. Mañana, puede mostrarle la mansión y familiarizarla con el lugar donde se guardan las cosas.

—Muy bien, milord —la ama de llaves parecía eficiente, aunque un poco rígida en su trato con él. Había sustituido a la ama de llaves de su abuela, que se había jubilado, y él solo había visto a la señora Morley en contadas ocasiones durante sus breves visitas a la finca. Supuso que ella se mostraría un poco más amable ahora que se habían instalado en Giddenhall.

Kitty echaba miradas rápidas a las habitaciones visibles desde la entrada, y él se preguntó si la casa le gustaría.

—Normalmente cenamos a las seis, pero he dado instrucciones de retrasar la cena una hora para que no tengamos prisa. Me parece que la señora Morley le ha encontrado una criada, ¿no es así? —él se volvió hacia la ama de llaves con una mirada inquisitiva y ella asintió.

—La sobrina de Bexley, Anne Sterling, viene del pueblo. Envié a alguien a buscarla tan pronto como usted llegó.

—Habría sido mejor tenerla aquí para recibir a su señora a su llegada, tal y como le había pedido —Phineas se volvió hacia Kitty—. Mi señora, debe decidir si Sterling le conviene como criada. Puede hacer cualquier cambio que desee en el acuerdo.

La señora Morley se sonrojó ante la leve reprimenda, pero no respondió. La única respuesta de Kitty fue un breve asentimiento con la cabeza. Phineas comenzó a preguntarse si él y su esposa tendrían alguna vez algo de qué hablar.

—Entonces, la acompañaré a su habitación —dijo Phineas—. Creo que los lacayos ya han llevado allí su equipaje o lo harán en breve —levantó el brazo para que Kitty lo cogiera y deseó que lo hiciera con algo más de firmeza que el contacto leve, como de pluma, que le ofrecía cada vez. Era como si no pudiera soportar tocar ni siquiera su brazo.

Kitty se levantó la falda mientras subían las escaleras y él pudo ver un delicado tobillo. No era de extrañar, ya que el resto de ella parecía igual de frágil… bueno, frágil hasta que empezó a desnudarlo con sus palabras. Subieron las escaleras de madera y giraron a la izquierda por el pasillo, en el que solo había dos habitaciones. La llevó a la más alejada y abrió la puerta, y su silencio pareció cobrar más importancia cuando se quedaron solos frente a su dormitorio.

Él se aclaró la garganta.

—Esta es tu habitación —Kitty soltó su brazo y entró, y él se quedó en el umbral—. Creo que la señora Morley enviará a la criada sin demora. Mi habitación está justo al lado, y estaré allí si necesitas algo.

—Gracias —ella se giró y le dedicó una fugaz sonrisa antes de cerrar la puerta, sellando la barrera entre ellos con un suave *clic.* Phineas recorrió la corta distancia que le separaba de su dormitorio, aquel en el que solía dormir cada vez que se alojaba allí, aunque no era tan a menudo como le hubiera gustado. La finca no podía permitir estancias prolongadas sin el dinero que su matrimonio había aportado y, de hecho, más de la mitad de los sirvientes que los

recibieron eran nuevos empleados contratados con el dinero que había aportado el acuerdo de Kitty. Además de eso, estaban las expectativas de su padre y sus frecuentes exigencias a Phineas con respecto a la finca Midlington.

Su dormitorio seguía estando muy deteriorado. Ahora que tenía una pequeña fortuna, dedicaría algunos recursos a arreglarlo, pero había esperado que su nueva esposa le diera su opinión al respecto, ya que seguramente pasarían parte de su tiempo allí. Phineas se acercó y cogió la navaja que había sobre la pequeña mesa de afeitado, pasando el dedo por la fina concha que cubría el mango. Afortunadamente, era hábil afeitándose, ya que el ayuda de cámara que se había ocupado de sus necesidades hasta hoy era empleado de su padre y se había negado a abandonar Bath.

La tranquilidad de la habitación de Phineas contrastaba con los ruidosos pensamientos que resonaban en su cabeza. Esperaba que Kitty y él pudieran ser marido y mujer de verdad, pero no sabía cómo acortar la distancia que los separaba. Era un caballero y no reclamaría un premio mediante el robo, que era básicamente de lo que ella lo había acusado. Solo reclamaría un premio que hubiera ganado de forma justa. Y aunque la encontraba mucho más atractiva de lo que había imaginado inicialmente, hasta el punto de que había empezado a esperar algo más que un simple contrato civil, estaba lejos de haber conquistado su corazón. De hecho, ni siquiera sabía por dónde empezar.

Se oyeron ruidos en la habitación contigua y pasos suaves. Se acercó a la puerta que conectaba sus habitaciones y escuchó, pero el ruido cesó, como si ella también estuviera escuchando. Sintiéndose avergonzado, Phineas volvió a su armario y eligió un abrigo para cambiarse para la cena. Tuvo dificultad para atarse el pañuelo de cuello, pero al final lo consiguió y, a las siete en punto, llamó a la puerta de su esposa. No se atrevió a utilizar la puerta contigua para tal fin, ya que era demasiado íntima. Kitty abrió, vestida exactamente con lo mismo que llevaba en el carruaje, sin importarle que el vestido se hubiera ensuciado durante el viaje.

Phineas frunció el ceño. ¿Kitty estaba intentando hacer una declaración? ¿Quería hacerle saber que no lo consideraba lo

suficientemente digno como para impresionarlo? Quizás no conocía las costumbres de la sociedad, que se esperaba que uno se cambiara de ropa antes de la cena. La idea lo desanimó. ¿Cuánto tendría que enseñarle a Kitty para que pudiera encajar en su mundo? La disparidad en su educación cultural no era un elemento que Phineas hubiera pensado en considerar al contemplar un matrimonio con fines económicos. El hecho de que la encontrara tan deseable era solo un golpe de pura suerte, especialmente después de haber visto a su hermano.

Al final, Phineas no sabía cómo abordar el tema, así que volvió a extender el brazo. Y, una vez más, ella deslizó la mano en el hueco de su codo antes de dar tres pasos y separarse.

—Si no te importa, estoy acostumbrada a caminar sola cuando estamos en interiores.

Phineas sintió cómo le subía el calor por la nuca. ¡Qué tonto era! ¿Alguna vez se sentiría cómodo con esta mujer? Solo había intentado encontrar una forma de acortar la distancia, pero ahora que ella había huido de su contacto, sus esfuerzos parecían más que inútiles: parecían un intento ridículo.

Phineas y Kitty cenaron en relativo silencio, sentados en extremos opuestos de la mesa, con solo comentarios triviales y el tintineo de los cubiertos para romper el silencio. Cuando el postre fue servido, Phineas supo que tenía que superar la barrera entre ellos, y que solo podría hacerlo entablando una conversación que fuera más allá de banalidades. Kitty era capaz de ello. Se lo había demostrado durante el paseo en carruaje, aunque hubiera terminado en lágrimas.

Sin embargo, una vez que el lacayo se marchó, Phineas se quedó sin saber qué hacer. ¿Cómo se iniciaba una conversación que llevara a conocer íntimamente a otra persona? No era un hombre de muchas palabras y, como le resultaba más fácil cultivar amistades masculinas que femeninas —algo más sencillo a sus ojos, ya que no requería ningún grado de intimidad—, permaneció estúpidamente en silencio.

Kitty mordisqueó un merengue de naranja y levantó los ojos hacia él. La luz de sus ojos no era precisamente cálida y acogedora,

pero, para su alivio, ya no era hostil, ni tenía lágrimas. Ella habló primero, liberándolo de la duda de qué decir.

—¿Dónde estudiaste?

—Estuve en Harrow y luego en Cambridge.

Ella bajó la mirada y sumergió el merengue en la copa de ratafía, y la elegancia con la que se lo llevó a los labios lo cautivó. Estuvo a punto de pasar por alto sus siguientes palabras.

—No sé casi nada sobre tu familia. Supongo que no tienes hermanos, ¿verdad?

Phineas bebió un sorbo del oporto servido. Había dado órdenes de que le sirvieran el oporto al mismo tiempo que el postre, ya que no tenía intención de quedarse en la mesa mientras su esposa se sentaba sola en el salón.

—Ninguno. Mis padres no se tienen mucho cariño —dejó escapar esta revelación con una pequeña mueca.

Kitty pareció entenderlo de inmediato y no siguió con el tema, sino que cogió otro panecillo, aunque no se lo comió. Phineas estaba tenso, buscando la manera de tranquilizar a su esposa. No lo había pensado bien, no se había dado cuenta de lo difícil que sería pasar de la ceremonia a la vida cotidiana como hombre casado. Para él, no había sido más que un acuerdo comercial del que, sin duda, no esperaba amor, sabiendo lo fugaz y esquivo que era ese sentimiento.

Sin embargo, había algo tan real en Kitty que lo atraía hacia ella. Sus lágrimas lo habían conmovido, porque sabía que no brotaban de la falsedad, sino de un corazón que latía con calidez. Cada nueva mirada a su inesperada belleza lo llenaba de deseo. *Tenía* que encontrar la manera de descubrir quién era realmente su esposa. El silencio había durado demasiado y le correspondía a él romperlo.

—Los niños que vi en tu… en nuestra boda, imagino que son hijos de tu hermano, ¿no?

Una fugaz sonrisa se dibujó en el rostro de Kitty.

—Tres de ellos lo son. Edward tiene siete años, Helen tiene cinco y William tiene uno. Sin embargo, el niño mayor que viste, Samuel, es mi medio hermano. Tiene ocho años.

Los ojos de Phineas se ensancharon. No se había percatado de que ella tenía otro hermano, aunque eso no habría importado.

Simplemente había supuesto que el único pariente consanguíneo con el que contaba era su hermano mayor.

—¿Supongo que fue tu padre quien se volvió a casar?

Kitty asintió y se frotó los dedos con la servilleta.

—Mi padre se casó con una mujer mucho más joven, que apenas había salido de la escuela. Samuel solo tenía un año cuando mi padre murió. Erasmus y Mary acababan de casarse y, cuando la madre de Samuel demostró no ser capaz de cuidar del bebé, lo acogieron en su casa.

—¿Cuántos años tenías? —en cuanto la pregunta salió de su boca, Phineas hizo los cálculos. Si Kitty tenía ahora veinte años, habría tenido doce cuando murió su padre.

Como para confirmar su suposición, ella respondió:

—Doce. Y como mi madre murió cuando yo tenía tres años, pasé nueve años sin ninguna figura femenina en casa, aparte de mi institutriz, que básicamente me crio.

Phineas arqueó las cejas ante la revelación. Así que había tenido una institutriz. Por supuesto. Tenía sentido. La elegancia de su voz y sus modales era una sorpresa inesperada y solo podía deberse a una formación adecuada.

—¿Tu institutriz se quedó para ayudar a criar a Samuel?

—No. Para mi consternación, porque le tenía mucho cariño a mi institutriz. Erasmus la despidió cuando se casó. Se pensó que Mary podría encargarse del resto de mi educación, pero creo que ella no estaba dispuesta a hacerlo —Phineas detectó un destello de algo; irritación, o tal vez ironía, en sus rasgos.

Su breve conversación fue sin duda reveladora, y Phineas se formó una idea más clara de su educación, incluso por las cosas que ella no dijo. Kitty no había expresado ninguna de las amarguras que tenía todo el derecho a sentir.

—¿Fue tu padre, creo, quien inició el negocio del transporte marítimo?

Kitty destrozó distraídamente el panecillo de merengue hasta convertirlo en polvo en su plato.

—No, fue mi abuelo, aunque ni él ni mi padre pueden afirmar que hayan construido realmente el negocio. Nadie ha tenido tanto

éxito, ni tanta pasión, como Erasmus para transformar la empresa en algo tan próspero. A él le debemos nuestra fortuna.

Phineas había terminado su copa de oporto y, como Kitty no se mostraba muy comunicativa, intentó sonsacarle más información.

—Imagino que Samuel y su primo deben de ser muy buenos amigos, ya que tienen la misma edad —Phineas casi podía sentir envidia de ellos. Él había crecido solo y, aunque tenía a Bartholomew como primo y algunas primas lejanas con las que rara vez tenía contacto, él y Bartholomew nunca habían sido especialmente cercanos. Culpaba de ello al hermano de su padre, que parecía pensar que el destino se había confabulado en su contra al darle la herencia al padre de Phineas.

Sin embargo, Kitty disipó la idea perfecta que se había formado en su mente negando con la cabeza.

—Samuel y Edward…

Hizo una pausa y respiró con dificultad, y Phineas la miró a la cara con sorpresa. Él no había pensado en sacar un tema delicado al hablar de su hermano pequeño, sino solo expresar su interés. Esperó a que ella continuara.

—No son tan cercanos como uno podría esperar. Creo que existe una gran rivalidad entre ellos, impulsada por la madre de Edward. Desgraciadamente, Erasmus considera que los asuntos domésticos no son dignos de su atención, por lo que no se involucra en la educación de Samuel como quizá debería.

—¿Tu hermano irá a la escuela? —preguntó Phineas. Era una solución fácil para un hogar infeliz. Irse a la escuela lo alejaría de las garras de un entorno familiar complicado.

—Tiene un lugar en Harrow el año que viene, así que sí, irá —había dos manchas de color en sus mejillas, y Phineas la miró con preocupación. No había sido su intención despertar las profundas emociones que ahora veía surgir—. Pero estoy muy preocupada por él. Mi hermano y yo estamos muy unidos. Y aunque quiero mucho a mis sobrinos y a mi sobrina, ellos tienen a su propia madre para velar por sus intereses. Samuel no tiene a nadie más que a mí. Y… —se detuvo con un suspiro agudo, mientras, para consternación de Phineas, las lágrimas comenzaban a brotar de sus ojos de nuevo.

Se levantó de la mesa, la rodeó y se sentó a su lado, sacando su pañuelo del abrigo.

—Te ruego que no te angusties. Solo quería entablar conversación —le entregó el pañuelo a Kitty y ella se secó los ojos.

—Es solo que… si únicamente fuera yo quien debiera sacrificarse en matrimonio para satisfacer a Erasmus, podría aceptar la decisión —hizo una pausa mientras luchaba por controlar sus lágrimas. ¿*Sacrificarse*? La palabra irritó a Phineas, ya que le parecía injusta y, al mismo tiempo, lo afectaba profundamente y lo llenaba de culpa—. Sin embargo —continuó—, en este caso, mi hermano también ha sido sacrificado, ya que no hay absolutamente nadie que vele por él. Esta mañana, antes de ir a la iglesia, me confesó su miedo y su incertidumbre por ser abandonado, y él no es de los que se dejan llevar por la histeria. Fue doloroso presenciarlo —miró brevemente a Phineas a los ojos—. Lamento mucho hacerte pasar por este mar de lágrimas, que seguro te resulta desagradable. Es solo que este cambio es más difícil de lo que había previsto.

—No hay problema —respondió Phineas, sabiendo que sus palabras eran claramente insuficientes, pero no podía hacer nada más. No podía ofrecerle alojamiento a su hermano con las relaciones tan tensas y nuevas entre él y Kitty. Necesitaba dar por terminada la cena, ya que lo único que había conseguido era recordarle sus errores al consumar el compromiso. Parecía haber pocas posibilidades de recuperación, al menos por esta noche—. ¿Nos retiramos?

La miró, seguro de que su nerviosismo era evidente, temiendo parecer ridículo. Si ella lo notó, no pudo eclipsar el propio, que era evidente. Ella tragó duro y se puso de pie.

—Parece que ahora tengo un segundo pañuelo que devolverte, lo cual haré tan pronto como sea lavado.

Phineas sabía que no debía ofrecerle el brazo, así que abrió la puerta y la dejó pasar delante de él al pasillo. Había un lacayo al pie de la escalera, pero se retiró a las sombras. Subieron los escalones y Phineas, que había estado buscando un tema para disipar la incomodidad, se aferró al primero que se le ocurrió.

—He estado pensando en plantearte un asunto, Kitty. Como norma general en la sociedad, nos cambiamos de ropa para cenar. Pensé que te gustaría saberlo para evitarte futuras situaciones embarazosas, aunque estoy seguro de que hay mucho que debes aprender sobre nuestras costumbres y no hay necesidad de precipitarse.

Su esposa se detuvo repentinamente a su lado, y él se detuvo para mirarla, sintiéndose de pronto inseguro sobre la sensatez de sus palabras. Los ojos de ella ardían de indignación.

—Te aseguro que no necesito lecciones sobre etiqueta ni sobre cómo vestirme para cenar. Mi institutriz era hija de un barón y, aunque su familia había caído en desgracia, me enseñó todo lo que necesitaba saber —los labios de Kitty se tensaron en una línea recta —. Pero me resultó muy difícil cambiarme el vestido cuando mi equipaje no apareció en las dos horas que esperé, ni había ninguna criada que me ayudara a ponérmelo. Te pido perdón por haber ofendido tu sensibilidad —continuó subiendo las escaleras y, tras un momento, atónito, Phineas se apresuró a seguirla.

—No tenía ni idea de que tu criada no había aparecido. Tenía entendido que llegaría en cualquier momento. Enviaré a alguien para averiguar qué ha pasado. ¿Y tu equipaje también? Estoy muy sorprendido y haré todo lo posible por averiguar cuál es el problema. te aseguro que no era mi intención ofenderte —las palabras de Phineas eran conciliadoras, pero su irritación aumentaba. No había esperado que le tocara una esposa tan difícil, ¡siendo él mismo de carácter tan apacible!

—Estoy segura de que no fue tu intención ofenderme —Kitty siguió caminando a paso rápido hacia su habitación, con voz suave, pero no menos enfadada—. Es solo que me consideras tan inferior a ti y tan poco preparada para vivir en tu mundo que crees que tienes que instruirme. Me cuesta creer que hayas aceptado este matrimonio. Bueno, hasta que recuerdo la cifra que te dieron por mí.

Habían llegado a la puerta de su habitación cuando ella pronunció sus últimas palabras, y Phineas sintió el golpe en su pecho. Se volvió hacia ella.

—Detente. Has ido demasiado lejos. Aceptaré la culpa de no haberme tomado el tiempo para cortejarte y de haber convertido el matrimonio en una transacción comercial, aunque eso no es nada fuera de lo común, debes reconocerlo, pero no te he sacrificado ni comprado, y no tengo intención de tratarte con menos que respeto.

Ella miró el pomo de la puerta en lugar de a él, y el silencio que siguió a sus palabras fue ensordecedor.

—Te pido perdón.

Phineas se suavizó. Si ella podía disculparse, había esperanza para ellos. Él apoyó ligeramente en su brazo.

—Yo también te pido perdón por haberte ofendido —después de un momento, añadió—: Y por no haber intentado conocerte antes de casarnos.

Ella inclinó la cabeza en señal de reconocimiento y por fin lo miró a los ojos. Él vio en ellos una profundidad de sentimientos, pasión, sensibilidad y espíritu, todo lo que podía desear. Pero también había reserva. Debido a su mala gestión y a sus palabras imprudentes, ella se había vuelto inaccesible para él. Forzarla sin su consentimiento sería traicionar esa pasión. Solo empeoraría una situación ya de por sí mala.

—Llamaré a un sirviente y llegaré al fondo de esto.

Ella asintió, vacilante, con la mano en el pomo de la puerta. Por fin, la abrió para entrar en su habitación, y la mirada de Phineas se posó en su figura. Las hojas y enredaderas verdes bordadas que cubrían las mangas de su vestido se entrelazaban en la espalda, donde unos diminutos botones de perla cerraban el corpiño. Kitty se volvió y pareció sorprendida al verlo todavía allí de pie, y Phineas se recuperó. Hizo una reverencia y se dio la vuelta.

En su propia habitación, Phineas hizo sonar la campana con fuerza y, en cuestión de minutos, llegó el sirviente, el mismo que había estado merodeando cerca de la escalera.

—¿Cómo te llamas?

—Marcus, milord.

—¿Sabes por qué mi esposa no tenía una criada que la atendiera antes de la cena? ¿Por qué no le llevaron el equipaje a su habitación?

El lacayo inclinó la cabeza.

—La señorita Sterling llegó mientras vosotros cenabais, milord. Hubo un contratiempo con el carruaje y, deseando llegar lo antes posible, se puso en camino a pie. Pero tardó mucho más de lo esperado.

Phineas relajó los hombros, aliviado de que hubiera una razón lógica para el retraso de la criada y de que no se tratara de un motín de sus sirvientes por haber traído a casa a una esposa de origen humilde.

—¿Y su equipaje?

Marcus señaló detrás de Phineas.

—Milord, le ruego me disculpe. Su equipaje está allí, junto al suyo.

Phineas se dio la vuelta y vio por primera vez el equipaje que no le pertenecía. No lo había visto durante todo el tiempo que estuvo paseándose antes de la cena. Suspiró y negó con la cabeza.

—Llévalo a la habitación de la señora. Lo está esperando allí.

Marcus obedeció y, cuando se cerró la puerta del pasillo, Phineas se sentó en el sillón junto a la chimenea. Podía oír voces en la habitación contigua, mientras su esposa daba instrucciones al lacayo y le agradecía. Oyó a la criada llamar suavemente a la puerta y, de nuevo, la dulce voz de su esposa mientras hablaban. Imaginó que la criada le estaba quitando las horquillas y cepillando el espeso cabello rojo de Kitty.

Phineas miró la mesita a su derecha. Alguien había dejado allí una botella de brandy. La abrió y se sirvió un vaso pequeño. Iba a ser una noche larga.

6



Lord Hayworth había enfadado tanto a Kitty que ella se había olvidado de estar nerviosa. Solo ahora miró el reloj y vio que aún era temprano, y que él no le había propuesto ir al salón a tomar el té o a jugar a las cartas, como habrían hecho en casa de su hermano. Ahora que estaba sola en su habitación y le habían entregado el equipaje, supuso que sabía *por qué* y qué tipo de actividad se llevaría a cabo en su lugar: después de todo, era su noche de bodas. Pero se preguntó qué podía esperar de todas las noches sucesivas. ¿Habría té y compañía? ¿Juegos? ¿Conversación… peleas? ¿Habría hijos?

Las palabras de Kitty habían sido precipitadas y Phineas se había opuesto a ellas, pero no parecía ser irrazonable. Incluso se había disculpado, lo que le dio esperanzas. Casi pensó que él le daría algún indicio sobre lo que podía esperar esa noche, mientras se inclinaba y prometía investigar la ausencia de su equipaje y la nueva criada. Al final, simplemente se había dado la vuelta y recorrido el pasillo hasta su habitación. Quizás necesitaba tiempo para hacer lo que fuera que hacían los hombres para prepararse para la noche. O quizás le estaba dando el tiempo que ella necesitaba. Miró el baúl, insegura.

Llamaron a la puerta otra vez y su corazón dio un salto por los nervios. Él había vuelto. Cuando abrió la puerta, solo era la criada, que por fin había llegado.

—Mi señora, le pido perdón por mi tardanza. El carruaje perdió una rueda y tuve que venir andando. Si lo desea, le ayudaré a quitarse el vestido.

—Sí, gracias —Kitty dejó que la criada le desabrochara el vestido y la ayudara a ponerse un nuevo camisón. Kitty lo había elegido con mucho cuidado, a pesar de lo poco que le había gustado prepararse para su inminente boda. El camisón era de algodón blanco grueso y delicado encaje, y era cálido y bonito.

—¿Le cepillo el pelo?

—No, lo haré yo misma. Gracias… —Kitty se detuvo, al darse cuenta de que no recordaba el nombre de su criada.

—Sterling, mi señora.

—Gracias, Sterling. Eso es todo —Kitty no quería que su criada siguiera en la habitación cuando apareciera su marido. Toda la situación ya era bastante incómoda, y no necesitaba público.

Cuando Sterling se marchó, a Kitty le temblaban los dedos mientras se quitaba las horquillas del pelo, junto con el collar decorativo de perlas y las flores de seda verde que habían quedado ocultas bajo su capota de novia. Al final, ese detalle adicional solo lo había visto Phineas, ya que no hubo banquete de boda en Bath. Él no había hecho ningún comentario sobre su aspecto, ni, en realidad, ningún comentario en absoluto. Ahora, su cabello caía en gruesas ondas hasta la mitad de la espalda. Se miró en el espejo y se encontró con unos ojos grandes que le parecieron temerosos.

Simplemente tengo que superar esto. No es más ni menos que lo que las mujeres han estado haciendo desde el principio de los tiempos.

Kitty oyó movimiento al otro lado de la puerta contigua, y se sentó en el borde de la cama, con las manos aferradas a las rodillas. No, eso no bastaba. Se levantó de un salto y cruzó la habitación para sentarse en la silla cerca de la chimenea, sin dejar de esperar. En la habitación de su marido se oían pasos que iban y venían, y finalmente esos sonidos se detuvieron. Le pareció oír el susurro de las sábanas… ¿Era el sonido de él acostándose? Se abrazó a sí misma y se inclinó hacia delante. ¿Por qué se metería en la cama de su habitación?

Con el ceño fruncido, Kitty se acercó a su propia cama, que le pareció de pronto bastante grande y fría. Se metió bajo las mantas y se envolvió en ellas, sentándose con las piernas cruzadas mientras esperaba, escuchando… La fría corriente de aire en su espalda pronto la hizo acurrucarse en un ovillo bajo las mantas. Seguramente Phineas vendría, ¿no? Debía de haber malinterpretado o escuchado mal los sonidos de él acostándose en la cama. Quizás vendría a verla en mitad de la noche, o poco antes del amanecer.

El agotamiento del día, la extrañeza de estar unida a alguien que no conocía, las emociones de su conversación, el largo viaje y la dolorosa cena que había soportado finalmente vencieron a Kitty. El sueño la reclamó con tanta fuerza que no tuvo tiempo de sentirse desolada. Tenía la cabeza desnuda y fría, así que corrió hacia su equipaje, sacó un gorro para dormir, se lo puso sobre el cabello y volvió a la cama. Probablemente tenía un aspecto espantoso, pero era culpa de Phineas, ya que no había acudido cuando ella estuvo lista para él. Con las mantas bien ajustadas a su alrededor y la cabeza ahora caliente, Kitty comenzó a relajarse y a pensar que tal vez todo saldría bien. Al parecer, iba a ser vizcondesa para el mundo exterior y solterona en su propia casa. Pero, después de todo, no había tanto de qué quejarse. No sería tan diferente de su vida anterior.

Aun así, el dolor interior se intensificó al reflexionar sobre la dura realidad. No tenía amigos.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, una tenue luz filtrándose por las cortinas despertó a Kitty. Y aunque se despertó mucho más alegre que la noche anterior, seguía igual de confundida. Su marido no había venido después de todo. Una momentánea sensación de bienestar se apoderó de ella mientras estiraba los dedos de los pies descalzos bajo el calor de las sábanas, antes de que un pensamiento desagradable la asaltara. ¿Phineas se había casado con ella solo por su fortuna? ¿Tenía una amante en otro lugar que satisfacía todas sus

otras necesidades? Kitty se dio la vuelta y hundió la cara en la almohada.

Solo podía deberse al hecho de que no era una dama. Debía de haberse casado con ella únicamente por el dinero, porque ninguna hija de un noble recibiría tal insulto en su noche de bodas. Y, sin embargo, Kitty debía aceptar este matrimonio falso como su destino en la vida. Por un lado, darse cuenta de ello le proporcionó cierto alivio. No tendría que preocuparse por la relación física, pero podría disfrutar de dirigir la casa, si Phineas cumplía su promesa de dejarla hacer lo que quisiera. Por otro lado, la esperanza de que algo bueno saliera de ese matrimonio ya no existía. La esperanza de tener hijos. Kitty se mordió el labio. Quizás aún quedaba esperanza de que eso ocurriera en algún momento, pero él no se había acercado a ella en su noche de bodas, ¿verdad? ¿Qué otra cosa podía significar eso?

El matrimonio había sido concertado de manera fría y calculada entre dos hombres, cada uno para lograr su propio fin.

Kitty se levantó de la cama y rebuscó en su equipaje un vestido para la mañana. Su nueva criada tendría que venir a guardar sus cosas para que pudiera encontrarlas fácilmente. Echó un vistazo a la habitación, encontró la campana y llamó. Al poco rato, apareció Sterling.

—¿Mi marido está en el comedor?

—Creo que sí, señora. Lo vi salir de la biblioteca y dirigirse al comedor cuando subía.

Kitty no quería perderse la oportunidad de verlo. Al sentirse tan fuera de su elemento, no tenía más remedio que seguir las indicaciones de Phineas sobre cómo debía pasar el día y qué papel debía desempeñar aquí. Sin embargo, a Kitty le latía el corazón con fuerza. Había algo más que necesitaba preguntarle, ya que no podía soportar seguir especulando sobre el asunto. Necesitaba saber qué tipo de matrimonio iban a tener.

—Ayúdame a ponerme este vestido rápidamente. No me gustaría que lord Hayworth terminara su desayuno antes de que yo haga mi aparición.

La criada sonrió para sus adentros, interpretando erróneamente que se trataba de un matrimonio por amor. Kitty dejaría que Sterling

pensara eso. Sería menos doloroso que la verdad, que seguramente saldría a la luz muy pronto. Los sirvientes tenían una extraña habilidad para saber exactamente lo que ocurría en la casa y, lo que era peor, siempre abundaban las especulaciones.

En poco tiempo, Sterling la ayudó a ponerse un vestido verde oscuro con mangas abullonadas cerca de los hombros y un fajín de talle imperio estampado con pequeñas flores burdeos. Kitty sabía que era uno de sus mejores vestidos. Se sentó y Sterling le recogió su espesa melena en un sencillo y atractivo moño, rizado los mechones de pelo cerca de la sien con una barra de hierro que la criada había calentado en el fuego. Era imprescindible que Kitty estuviera impecable. Phineas podría rechazar tener intimidad, pero sería consciente de lo que se estaba perdiendo.

—Organizaré su equipaje mientras desayuna, señora —dijo Sterling, colocando el cepillo y las horquillas sobre el tocador.

Kitty bajó las escaleras con sus zapatillas de satén bordadas, con mucho nerviosismo en el corazón. Abrió la sala de desayunos, donde Phineas estaba sentado con el plato casi vacío delante de él. Él levantó la mirada y… ¿era admiración lo que veía en sus ojos? *Oh, espero que lo sea.* Su marido se puso rápidamente de pie e hizo una reverencia.

—Buenos días, mi señora —esperó a que ella se acercara al aparador para llenar su plato.

—Buenos días, milord —hizo una reverencia, eligió un bollo blando y untó mermelada y mantequilla en su plato, sentándose mientras el criado se acercaba para llenarle la taza de café. Phineas también se sentó, sin apartar los ojos de ella. Kitty era tan consciente de lo incómoda que era su situación que sabía que su rostro debía de reflejarlo. No soportaba mirar al criado, que había vuelto a colocarse junto a la pared con expresión impasible. Se preguntó si todo el mundo sabía que había dormido sola esa noche.

Phineas se dirigió al criado:

—Esto sería todo. Si necesitamos algo, llamaré.

El criado hizo una reverencia y se marchó, y Kitty se quedó sola con su marido. El comedor era encantador, con una alfombra de lino bajo la mesa y varias ventanas altas que daban al césped, que tenía

toques de verde y marrón en los arbustos y la hierba cubierta de escarcha.

Kitty intentó desayunar, lanzando miradas furtivas a Phineas, que parecía tan consciente de su presencia como ella de la suya.

—Espero que hayas dormido…

—Milord, me gustaría…

Phineas sonrió, lo que lo hacía parecer más accesible que la mirada severa que le había dirigido la noche anterior, o la mirada engreída en el carruaje.

—Por favor, ¿qué es lo que deseas decir? Además, te recuerdo que puedes llamarme Phineas cuando no haya sirvientes cerca, si te parece bien.

Kitty asintió y le dedicó una fugaz sonrisa. No sabía cómo se había atrevido a mencionar el tema más cercano a su corazón. Era algo muy delicado, y la idea de expresarlo en voz alta le parecía impactante. Ganó tiempo.

—Cuando eras pequeño, ¿desayunabas con tus padres?

Phineas pareció sorprendido por su pregunta. Era evidente que esperaba que ella dijera otra cosa, pero su verdadera pregunta solo lo sorprendería más.

—No solía hacerlo —bajó la mirada brevemente mientras cortaba el último trozo de jamón, luego volvió a mirarla—. Mis padres se mantenían fieles a sus hábitos y no solían cenar juntos. Mi padre era madrugador y a mi madre le gustaba descansar hasta tarde. Así que si nos encontrábamos para desayunar era pura casualidad.

—¿Eres madrugador por naturaleza?

—Depende —respondió Phineas—. Por lo general, tengo muchas cosas que me mantienen ocupado. Pero no negaré que hay días en los que el mayor placer imaginable es pasar más tiempo en la cama y no tener que levantarme deprisa —la miró con una expresión tan significativa que Kitty se sonrojó, sorprendida.

¿Él había infundido a esa frase el significado particular que ella creía? ¿Lo había interpretado correctamente? Con una comisura de la boca ligeramente levantada, como si ocultara alguna fuente privada de diversión, él bajó la mirada hacia su plato y la mantuvo

allí. Si realmente había encontrado algo que le divertía, Kitty no estaba segura de poder compartir la broma.

Phineas había terminado su desayuno, y Kitty sabía que tenía que hablar antes de que él se marchara a hacer lo que fuera que hiciera. Era su oportunidad de enderezar su matrimonio, y ella no era de las que se reprimían a la hora de expresar lo que pensaba. Había suficiente franqueza en sus respuestas, suficiente en su expresión, como para darle esperanzas de que con el tiempo podrían conversar con más libertad.

Kitty miró hacia la puerta, esperando que no hubiera sirvientes merodeando cerca. No, no podía hacerlo sentada tan lejos de él. Estaban a una distancia respetable, en extremos opuestos de la mesa, como correspondía a un lord y una lady de una finca, supuso. Sentada así, no podía alzar la voz para hacer la pregunta que le quemaba por dentro. Sin embargo, no iba a renunciar a la oportunidad de comenzar su matrimonio de la forma en que deseaba que continuara.

—Phineas, ¿puedo sentarme a tu lado para hacerte una pregunta?

Él levantó la mirada, sorprendido, y ella creyó ver una luz de entusiasmo en sus ojos, un ligero rubor en sus mejillas y una pequeña sonrisa en las comisuras de sus labios. Pero permaneció inmóvil. La expresión era tan sutil que no estaba segura de si la había imaginado.

—Por supuesto.

Kitty se levantó, dejando el café a medio beber y el bollo sin terminar en su plato, rodeó la mesa y se sentó en la silla a su lado. Ahora estaban tan cerca que, si ambos se giraban, sus rodillas se tocarían. Ella se movió en su asiento para mirarlo y él dejó la servilleta y extendió el brazo sobre la mesa. Había algo en sus ojos que encendió en su pecho la esperanza de una conexión. Él esperó a que hablara, y ella respiró con dificultad antes de decir las palabras.

—¿Por qué no viniste a verme anoche? —Kitty lo miró a los ojos, pero la vergüenza, los nervios y el miedo le impidieron mantener la mirada. Con la cabeza baja, esperó su respuesta, víctima de la miseria y la esperanza que luchaban en su interior.

Phineas se quedó en silencio al principio, y cuando habló, su voz no tenía ni rastro de la sonrisa que ella creía haber visto.

—Dijiste que fuiste obligada a casarte. Me culpo a mí mismo por no haber intentado verte antes de casarnos para averiguar cómo te sentías. No soy un hombre que reclame un premio que no me he ganado honestamente, y no te obligaré a nada. No iré a tu cama a menos que tú me invites a hacerlo.

Los ojos de Kitty se abrieron con sorpresa y no pudo contener las palabras que brotaron de sus labios.

—Pero Phineas, debes tener un heredero. Seguramente tu propósito al casarte no era solo el dinero, sino también asegurar un heredero para la finca.

Con la mano extendida sobre la mesa, su marido cogió la servilleta y la arrugó hasta formar una bola.

—Sinceramente, no pensé tanto en el futuro cuando decidí casarme. La idea de tener un heredero no era mi principal objetivo al buscar esposa.

Una sensación de pavor se apoderó del corazón de Kitty, aunque no era más de lo que ya sospechaba. Levantó la mirada hacia su rostro y temió la respuesta a su siguiente pregunta.

—¿Y cuál era tu objetivo principal?

Phineas no parecía ver nada malo en su propio razonamiento, pues le dirigió una mirada fría y respondió sin dudar.

—Salvar mi finca de la ruina y liberarme del control de mi padre.

Kitty volvió a bajar la mirada. Las implicaciones de sus palabras le provocaron un sentimiento de fatalidad. Lo que había leído en su mirada franca al entrar en el comedor no era más que una esperanza fugaz. Este matrimonio no le traería felicidad ni amor. Ni siquiera le proporcionaría compañía. Respiró hondo, luchando contra la desesperación hasta llegar a la intimidad de su habitación.

—Sin embargo —la voz de su marido impregnada de ternura la hizo levantar la mirada—, cuando hicimos el acuerdo no pensaba en tener un heredero, pero ahora ese es mi objetivo.

El corazón de Kitty comenzó a latir con fuerza y frunció el ceño.

—Ya veo… —no sabía cómo expresar todas las preguntas que le daban vueltas en la cabeza y agitaban su corazón. Si ahora él

deseaba un heredero, ¿qué podía esperar ella de él? Un heredero requería ciertos… preparativos. Sin embargo, él había decidido no imponerse a ella. En su confusión, Kitty solo pudo repetir lo mismo —. Entonces, ¿por qué no viniste anoche? Si ahora uno de tus objetivos es tener un heredero.

—Lo decía en serio —respondió Phineas con una leve sonrisa. Miró las manos de Kitty entrelazadas sobre el regazo, luego volvió a levantar la mirada hacia su rostro, y había algo de tristeza en su expresión—. Iré cuando me lo pidas.

Kitty sintió cómo se le enrojecía el rostro mientras se inclinaba hacia delante en la silla y observaba las costuras del borde del mantel blanco. ¿Esperaba que *ella* lo invitara? ¿Cómo se le ocurría pensar que ella era capaz de hacer algo tan descarado? Era totalmente imposible.

—*Nunca* podría hacer algo así —susurró ella.

Phineas se encogió de hombros, y el gesto le pareció desolador incluso desde el rabillo del ojo. Él dejó caer la servilleta con la que había estado jugando en su plato y se enderezó.

—Entonces supongo que mi primo heredará.

7



Phineas caminaba de un lado a otro por la biblioteca en un intento por calmarse y dedicarse a pensar racionalmente. Su esposa había lucido encantadora al entrar en la sala de desayunos, y él había tenido que dejar la taza de café antes de que se le cayera sobre el mantel. Si ya le había parecido preciosa con su vestido de novia, había algo aún más cautivador en su impresionante vestido verde que contrastaba con su pelo rojo, y en la imagen hogareña que presentaba mientras se servía el desayuno. Su único pensamiento era rodear la mesa, cogerla en sus brazos y besarla apasionadamente. Por supuesto, el criado había estado allí. Y luego, por supuesto, ese tipo de cosas simplemente no se *hacían.*

Sin embargo, era una forma de tortura. Phineas aún no podía acostumbrarse al hecho de estar casado con una criatura tan exquisita. Ella no se parecía en nada a lo que sus padres le habían insinuado a lo largo de su vida: que casarse fuera de la nobleza era cortejar a la *plebe*. Kitty se había sentado al lado de Phineas como si quisiera estar cerca de él, con su aroma floral tentando sus sentidos. Entonces le había hecho *la pregunta*, lo que había llevado a Phineas a revelar la noble resolución que había elaborado la noche anterior, tras su desastrosa cena. Que esperaría a que ella diera el primer paso.

Phineas empezaba a pensar que era un auténtico necio.

¿Cómo había podido comprometerse a no acercarse a ella hasta que recibiera permiso para hacerlo? ¿Cómo se suponía que iba a cortejarla si esperaba a que ella diera el primer paso? Ningún gesto por su parte parecería inocente. Anoche, cuando todavía estaba furioso por su discusión, le había parecido una buena idea. Solo cuando vio su reacción, a la fría luz del día, entendió que le estaba pidiendo algo imposible. Ella no podía lanzar una invitación tan atrevida a alguien a quien apenas conocía, por mucho que estuvieran unidos ante Dios y el rey. Ninguna mujer de buena cuna podría hacer algo así.

Phineas se acercó a su sillón de lectura, cogió el libro que había estado leyendo con dificultad durante el último mes y lo volvió a colocar en la estantería con un empujón violento. La vida era demasiado corta para leer a Maquiavelo por placer. Solo había una cosa que podía hacer. Se sentó en su sillón y apoyó la barbilla en la mano. Tendría que conquistar el corazón de Kitty para que ella pudiera pronunciar esas palabras, o moriría de frustración. Con suerte, podría cortejarla sin exponerse al ridículo por mostrarse excesivamente vulnerable.

Hacia el final de la mañana, Kitty y la señora Morley subieron por la escalera que conducía desde la cocina, con Kitty preguntando por la variedad de hierbas secas que se encontraban en Giddenhall y la señora Morley respondiéndole. Esta segunda escena hogareña de su primera mañana como marido y mujer deleitó sus sentidos. Kitty levantó los ojos y se encontró con su mirada. Él vio vacilación en ella, pero nada de miedo o indiferencia. Eso ya era un paso en la dirección correcta. Se acercó a ellas.

—Mi señora, si ha terminado con la señora Morley, ¿qué le parece si visitamos los jardines? ¿O tal vez le apetece tomar primero un té?

Kitty negó con la cabeza.

—Estoy satisfecha con el desayuno. Sin embargo, déjeme ir a buscar mi capa, pues el aire es bastante frío. Lo he notado entrando por las ventanas de la despensa.

—Muy bien, entonces. Yo iré a buscar la mía, que está en el estudio, y así estaremos más cómodos —él sonrió y Kitty le devolvió la sonrisa antes de dirigirse a la escalera. Era realmente un placer

contemplarla, con su delicada barbilla y su cabello tan elegante como una corona. Su voz tenía un tono adecuado y delataba una buena educación. Phineas empezaba a comprender que no le había dado el crédito suficiente por su educación.

Estaba en el pasillo cuando su esposa se le unió. El lacayo les abrió la puerta y salieron, bajando la escalera circular hasta el camino de grava que había al final. Phineas se mordió el labio antes de mirar a Kitty y ofrecerle el brazo.

—Dijiste que no estás acostumbrada a caminar del brazo de nadie en interiores, pero ¿aceptarías mi brazo para nuestro paseo?

Hubo una pausa en la que él contuvo nerviosamente la respiración, pero al final ella aceptó y comenzaron a caminar. Se produjo un silencio entre ellos que Phineas estaba ansioso por romper, pero no sabía cómo empezar.

Este era el primer paso en su cortejo, ya que no podía verlo de otra manera. Si quería conquistarla, tendría que cortejarla. Cuando Phineas había concertado este matrimonio, el cortejo era algo que esperaba evitar. Después de todo, lo había evitado cuidadosamente durante todas las temporadas que había pasado en Londres. Había suficientes señuelos lanzados en su dirección para halagarlo, pero no era uno de esos galanes tan codiciados, a pesar de su título. La idea de tener que cortejar a una mujer con palabras y gestos fingidos le resultaba repugnante. Y la idea de expresar palabras que salieran directamente de su corazón, que pudieran ser rechazadas o ridiculizadas en privado, le resultaba igualmente imposible. Ahora se encontraba en la singular y poco envidiable situación de verse obligado a enfrentarse precisamente a lo que había huido.

Doblaron la esquina de la finca y Phineas levantó el brazo para señalar el paisaje que se extendía ante ellos.

—La pradera desciende hasta un arroyo que fluye al pie de la colina. El bosque que se ve al otro lado de la pradera se extiende varios kilómetros. Todo esto forma parte de la finca Giddenhall, que me legó mi abuela materna. He tenido la costumbre de ayudar a mi padre a administrar Midlington y la finca adjunta a mi título nobiliario, Hayworth. Pero esta finca es la que me interesa, porque es toda mía.

Inclinó la cabeza hacia ella.

—Si lo deseas, hoy o en otro momento, podemos dar un paseo a caballo y te mostraré a los arrendatarios que mantienen la finca —señaló más allá de la pradera—. Ahí. Al este de aquí. Espero no tocar un tema delicado al decirte que tu dote me permitirá hacer mejoras significativas en las casas de los arrendatarios, y supongo que nos recibirán con agrado cuando se enteren.

Kitty sonrió y sacudió con la cabeza.

—Creo que, en este caso, el dinero estará mejor en tus manos que en las de mi hermano. Él no tiene inquilinos a su cargo, solo trabajadores. Sin embargo, sospecho que no le preocupa demasiado su bienestar.

Levantó los ojos hacia él, y su mirada directa le cortó la respiración.

—No me quejaré del acuerdo que hiciste con mi hermano. Estaba enfadada y ayer sufriste las consecuencias. Sin embargo, entiendo el mundo en el que vivimos. Un hombre debe ganarse la vida de alguna manera, y un hombre de negocios calculador como mi hermano no perderá la oportunidad de casar a una hermana si eso beneficia sus negocios. Solo soy un peón en ese juego.

Ella volvió a avanzar y Phineas sintió una punzada de incomodidad. Nunca había pensado qué se sentiría tener muy poco control sobre uno mismo. Era cierto que a su padre le gustaba controlarlo con mano dura, pero algún día heredaría y sería conde, sin nadie que le diera órdenes. Phineas tenía que intentar tranquilizarla.

—No serás un peón en mi casa. Tendrás el lugar que te corresponde.

Ella esbozó una breve sonrisa y le devolvió la mirada fugazmente. Phineas no estaba seguro de hasta qué punto ella le creía, pero sería estúpido pensar que podría arreglarlo todo con unas pocas palabras bien elegidas en el segundo día de su matrimonio.

—¿Te apetece dar un paseo a caballo hoy? ¿Visitar a los arrendatarios? El mayordomo ha puesto en marcha los planes para comenzar las mejoras, pero sería un placer anunciarles la noticia directamente a los arrendatarios.

Kitty apartó la mano de su brazo con expresión preocupada.

—Lo lamento, milord… Phineas… pero no puedo montar a caballo.

—¿Te asustan los caballos? —Phineas no conocía a nadie que no supiera montar, incluidas las mujeres. Era esencial para alguien que vivía en una finca, aunque solo fuera para desplazarse de una parte a otra de la propiedad. ¿Quizás para una familia de comerciantes no había razón para convertirse en un jinete experto? Tenía mucho que aprender sobre el matrimonio con alguien de un círculo social diferente al suyo.

—Supongo que tengo un poco de miedo a los caballos, pero es más bien porque nunca tuve la oportunidad de aprender —Kitty volvió a colocar la mano en su brazo y avanzaron en dirección a los establos—. Cuando mi padre aún vivía, estaba más preocupado por sus negocios y por asegurarse de que Erasmus recibiera una buena educación. En lo que a mí respecta, no consideraba que montar a caballo fuera tan importante como coser muestrarios —le lanzó a Phineas una mirada irónica—. No sé qué tiene de importante coser muestrarios, pero te aseguro que poseo todo el talento que puedas necesitar en ese ámbito.

Phineas sonrió ante eso. Le gustaba escuchar el tono burlón en su voz, ya que prometía un atisbo de amistad. También insinuaba inteligencia. Las personas estúpidas no podían hacer bromas.

—Ya veo. Bueno, quizá podamos visitar los establos y elegir una yegua para ti, una que sea dócil. Mi mozo de cuadra, Craddock, ha sido contratado recientemente por la finca, así que no puedo hablar de su capacidad como profesor. Pero si se parece en algo al mozo de cuadra de mi padre, sabrá cómo darte clases —se detuvo y la miró —. Si te apetece aprender, claro.

—Creo que me gustaría —respondió, dejándose guiar de nuevo por él—. Si es algo que haces con frecuencia, me gustaría aprender más al respecto. Al fin y al cabo, venimos de mundos tan diferentes que cualquier pasatiempo que podamos disfrutar juntos debería fomentarse.

Phineas esperaba que ella no estuviera siendo irónica al hablar de sus mundos diferentes, reprochándole la imprudencia de sus

comentarios de la noche anterior. Ignoró su sospecha y se aferró a sus palabras con sinceridad.

—Muy cierto. Solo puede ser beneficioso descubrir intereses que podamos compartir. Vamos, entonces.

Entraron juntos en el establo y encontraron a Craddock alimentando a uno de los caballos y acariciándole la crin, mientras le cantaba. Levantó la mirada cuando Phineas y Kitty bloquearon la luz que entraba en el establo, proyectando una sombra sobre su rostro.

Craddock se quitó la gorra e hizo una referencia.

—Buenas tardes, milord. Mi señora —lanzó una mirada a Kitty antes de encontrarse con la mirada de Phineas. Separó las piernas en una postura cómoda y esperó instrucciones.

Phineas frunció los labios con irritación. Quizás el mozo de cuadra simplemente necesitaba acostumbrarse al funcionamiento de la finca, pero había algo en él que a Phineas no le gustaba. Estaba acostumbrado a que los sirvientes le mostraran más respeto. Sin embargo, no había sido fácil llenar la casa con los sirvientes necesarios en tan poco tiempo, y el mozo de cuadra merecía un período de prueba adecuado.

—Lady Hayworth tendrá que aprender a montar a caballo, y supongo que es algo que sabes hacer, ¿verdad? ¿Hay alguna silla de montar lateral disponible?

El mozo volvió a mirar a Kitty y mantuvo la mirada antes de asentir brevemente.

—Tengo experiencia enseñando a montar a damas. Hay una silla lateral, milord, pero es vieja. La cincha aguantará, pero no creo que a mi señora le parezca elegante.

Su esposa permaneció en silencio, así que Phineas respondió.

—Me encargaré de ordenar una silla nueva. ¿Por qué no nos llevas a ver un caballo adecuado para una dama? Estaba pensando en Fancy o Fawn.

Craddock evaluó a Kitty y le indicó que se acercara.

—Por aquí, mi señora. Fancy tiene una extraña forma de galopar, aunque en general se porta bien, y Fawn es más dócil. Quizá le convenga empezar con Fawn.

Habían llegado al establo de Fancy, y Kitty se quitó el guante y levantó la mano para que el caballo oliera su palma. Al menos tuvo el instinto de no ofrecerle los dedos para que los mordiera. Le acarició el hocico, y la yegua le dio un golpecito juguetón con la cabeza. Craddock los llevó entonces hasta Fawn, donde Kitty hizo lo mismo. La yegua la miró con sus grandes ojos marrones y esperó pacientemente mientras Kitty le acariciaba el cuello.

—Es una cob galés de carácter dócil —dijo Phineas, observando a su esposa. La yegua no se movió mientras Kitty le acariciaba la crin negra, pero sus grandes ojos seguían sus movimientos.

—Creo que tiene razón. Fawn y yo nos hemos cogido cariño. Y quizá sea prudente empezar con un caballo que *no* tenga un galope extraño —se volvió y sonrió a Phineas, y él no pudo evitar responderle. El efecto que su sonrisa tuvo en él lo dejó aturdido.

Craddock también estaba mirando a Kitty, y Phineas se aclaró la garganta para llamar la atención del hombre.

—¿Cuándo puedes empezar?

El mozo de cuadra bajó la mirada hacia sus botas y luego volvió a mirar a Phineas y Kitty.

—No hay problema. Cuando mi señora tenga tiempo, yo estaré disponible. Le pediré a uno de los mozos de cuadra que ejercite a los caballos si es necesario.

Phineas miró a su esposa con expresión inquisitiva y ella asintió.

—Creo que por las mañanas es mejor. Vendré justo después del desayuno. Alrededor de las diez.

—Sí, señora —Craddock hizo una reverencia antes de girarse para entrar en el establo de Fawn.

Phineas llevó a Kitty fuera y, cuando llegaron a la luz del sol, con el aliento saliendo en bocanadas en el aire fresco, se detuvo en seco, sorprendido por un pensamiento.

—¿Tienes un traje de montar?

Kitty bajó la cabeza tímidamente, un gesto que él no pudo evitar encontrar encantador después de la miríada de emociones que ella le había mostrado en las últimas veinticuatro horas, entre las que predominaban la hostilidad y la indiferencia.

—De hecho, sí —respondió ella—. Entre los vestidos que me había hecho preparar por si acaso, había un traje de montar. A decir verdad, supuse que en algún momento tendría que aprender a montar, ya que no todo está a poca distancia, como en Bristol. No estaba segura de si habría lugares a los que tendría que ir y a los que no se pudiera acceder en carruaje.

—Así que pensaste en cubrir todas las eventualidades.

Cuando Kitty asintió, Phineas sonrió y le ofreció el brazo para llevarla a los terrenos del lado oeste de la finca.

—Me parece una cualidad estimulante en una esposa.

8



Visitar los terrenos con Phineas había sido una experiencia agradable, para sorpresa de Kitty. Al menos, no había habido nada en su conversación que la hubiera hecho llorar. *Sin duda, un avance positivo,* pensó con ironía. Él parecía haber elegido cuidadosamente los temas con el objetivo de descubrir qué le interesaba a ella, un hecho que la conmovió, ya que ningún hombre de su familia había hecho lo mismo jamás.

El resto del día había transcurrido de forma similar al día de su boda. Por la tarde se separaron y se reunieron para cenar a las seis, donde la conversación fue forzada ante los sirvientes y fluyó con más naturalidad durante el postre, cuando se quedaron solos. Y, pese a todo, no hubo lágrimas.

Finalmente, caminaron hasta la puerta de su dormitorio, donde él le deseó buenas noches de forma cortés y se dirigió a la suya. Ella oyó crujir las tablas del suelo con los pasos de su marido en su habitación y, de nuevo, el susurro de las sábanas. Vio desaparecer la luz por debajo de la rendija de la puerta que comunicaba sus habitaciones cuando él debió de apagar la vela con un soplo. De algún modo, Kitty pensó que aún podría visitarla y, cuando no lo hizo, se sintió extrañamente inquieta entre sus sábanas mientras esperaba que el sueño la reclamara.

A la mañana siguiente, Kitty saltó de la cama, deseando lucir lo mejor posible para el desayuno. Llamó a Sterling para que la

ayudara a ponerse el traje de montar y le arreglara el pelo, lo cual la criada hizo con eficiencia. No era parlanchina, pero hacía bien su trabajo. Phineas salía del comedor y se detuvo al verla acercarse, con la mirada fija en ella. Kitty fijó la mirada en su mano, que aún sujetaba la puerta, y le dedicó una sonrisa tímida.

—Buenos días —Phineas hizo una reverencia y dejó que la puerta se cerrara, con expresión suave—. Veo que estás lista para tu lección de equitación. Me temo que no podré acompañarte esta mañana, lo cual sin duda es una pérdida para mí, pues me habría gustado mucho. Debo encontrarme con el señor Ameson, mi administrador, y me espera en casa de los inquilinos en media hora.

—Ya veo —Kitty le dedicó otra sonrisa para disimular la punzada de decepción que la invadió. Abrió la boca para preguntar cuándo estaría disponible, pero se detuvo en seco. Aquello denotaba desesperación—. Bueno, entonces no te entretendré.

Él le sostuvo la mirada un momento más antes de extenderse por encima de ella para abrir la puerta. El lacayo del comedor avanzó de un salto para realizar el trabajo, y Phineas se giró para marcharse.

—Oh, mi señora… —Kitty se giró y alzó la mirada para encontrarse con la suya, y él dijo—: No lo pensé hasta esta mañana, pero es muy posible que reciba visitas hoy. Imagino que algunas familias de la zona querrán visitarla. Me han dicho que los Dutton tienen influencia en el pueblo, y la señora Dutton probablemente dará el primer paso. Otros miembros de la nobleza seguramente también vendrán, en cuanto sepan que nos hemos instalado. Debería haber pensado en darle algunas instrucciones, pero quizá pueda aprender los nombres con la señora Morley. Si no, podemos hablar más sobre ello esta noche.

Kitty asintió, y su marido se marchó. La intimidad de encontrarse para cenar la tranquilizó. Demostraba que se pertenecían el uno al otro, y que esta nueva vida era suya. Entró en el comedor, donde comió en silencio, y notó por primera vez que la habitación olía ligeramente a pintura. Debió haber sido reformada antes de su llegada.



El aire era fresco y turbio, con un ligero aroma a humo de chimenea. Las hojas se deslizaban por el sendero antes de ser arrastradas por el viento. Kitty empezaba a ver la situación con más alegría, considerando que su nuevo esposo no parecía un tirano y, para ser sincera consigo misma, era agradable a la vista. Su expresión era habitualmente seria, con un ceño fruncido y labios firmes, pero cuando sonreía, sus ojos parecían bailar. Kitty rio ante el pensamiento fantasioso.

En los establos, Craddock ajustaba la cincha de la silla de montar de Fawn.

—Buenos días, mi señora —la miró fijamente al sonreír y no se quitó la gorra ni se inclinó ante Kitty, lo que ella imaginó que haría por alguien nacido en la nobleza. Era el mismo descaro con el que la había tratado cuando llegó a la finca y fue presentada ante los sirvientes. Ella mantuvo una expresión indiferente en lugar de devolverle la sonrisa. No podía engañarse sobre sus orígenes, pero no le agradaba que le faltaran al respeto.

—Buenos días, Craddock. Veo que tienes a Fawn lista para mí. ¿Cómo empezamos nuestras lecciones?

Craddock colocó la brida sobre la cabeza de la yegua y le puso el bocado.

—Pensé que podríamos ir al prado cercado. Le enseñaré a montar y guiaré a la yegua mientras camina alrededor del círculo, para que os familiaricéis. Cuando esté habituada a montar al paso, podremos intentar el trote y alejarnos un poco más del prado, con yo montando a caballo junto a usted, si le parece bien.

Kitty se sintió secretamente aliviada de no tener que salir a galope a campo abierto en su primer día.

—Me parece un plan adecuado.

Siguió a Craddock mientras este conducía el caballo hasta la entrada del establo. Él señaló el bloque de montar.

—Sujete mi mano, mi señora, y la ayudaré a subir. Ponga el pie aquí en este estribo y la alzaré. Deslice la otra pierna junto al caballo

y llévele hasta donde está el gancho. Pase la pierna alrededor del gancho… Eso es. Ahora siéntese con comodidad.

Kitty había montado en poni algunas veces de niña, así que algunos movimientos le resultaron familiares. Sin embargo, no podía apartar la sensación de que el caballo era una criatura impredecible que podía encabritarse en cualquier momento y arrojarla a la muerte.

—Sujete las riendas. No tenga miedo. No la soltaré —Craddock sujetó la brida y tiró del caballo unos pasos hacia adelante.

Erasmus debería supervisar la equitación de Sam mientras su hermano siguiera pequeño. Estaba ocupado con sus negocios, y ella sabía que Sam no podía recibir clases regulares mientras seguía a la niñera a todas partes con sus primos menores. Una cosa era que Kitty no hubiera aprendido a montar; otra muy distinta era que un jovencito estuviera a punto de partir hacia Harrow. Él llamaría la atención y quizá sería objeto de burlas despiadadas. Kitty le escribiría a Erasmus para asegurarse de que se encargara de ello.

Cuando Fawn empezó a avanzar, Craddock aflojó su agarre y caminó a su lado, y su corazón se aceleró.

—¿Por qué se inclina tanto el caballo? Siento que voy a caerme —no le gustaba mostrar su miedo con tanta facilidad, sobre todo ante alguien que era casi un desconocido, pero no pudo evitarlo.

—Fawn apenas se está acostumbrando a su jinete —dijo, sujetando de nuevo la brida y levantando la cabeza del caballo—. Se inclina porque es más fácil, y aún no le ha demostrado quién manda —le dedicó una sonrisa a Kitty y empezó a guiar al caballo en un círculo lento alrededor del prado cercado. La yegua adoptó un paso suave que hizo que Kitty se sintiera más segura. Caminaron así un rato en silencio—. ¿Cómo terminó usted casada con lord Hayworth? —La pregunta directa de Craddock sacó a Kitty de sus pensamientos. Bajó la mirada, dispuesta a reprocharle su impertinencia, pero las palabras se le desvanecieron al ver su expresión amistosa. Con un leve malestar, nacido de la culpa, advirtió lo atractivo que resultaba su rostro cuando se iluminaba con una sonrisa tan despreocupada. Quizá no había sido impertinencia.

Sin duda, era un gesto de amistad que ella necesitaba desesperadamente.

Kitty miró al frente, apartando la mirada de sus hipnotizantes ojos.

—Fue un matrimonio concertado entre mi hermano y lord Hayworth.

—*Hm* —el mozo de cuadra puso tal énfasis en el sonido que Kitty no pudo evitar mirarlo en busca de una explicación—. No pensé que se tratara de un matrimonio por amor —añadió.

Kitty debería desestimar tal pretensión, y sin duda lo haría. Pero ahora mismo tenía que saber por qué decía algo así. ¿Qué había entre Phineas y ella que provocaba conjeturas? ¿Y él era el único sirviente que especulaba?

—¿Por qué pensarías algo así?

—Parecen tratarse con mucha cautela, supongo.

Antes de que Kitty pudiera decirle que no era asunto suyo, él continuó con rapidez:

—Y antes de que piense que soy excesivamente impertinente para un mozo de cuadra, me gustaría decirle que usted y yo tenemos amigos en común.

—¿Ah, sí? —Lo miró con asombro—. ¿Quiénes, si puede saberse?

Los labios de Craddock se curvaron hacia arriba, formando un hoyuelo en su mejilla.

—Los Boulton. Creo que son sus vecinos de Bristol. Maria Boulton es mi prima y me escribió para informarme que su vecina se casaría con lord Hayworth.

—¡Ay, qué mundo tan pequeño es este! —exclamó Kitty. Le reconfortaba encontrar en su nueva vida a alguien que conociera la anterior. Quizás por eso su forma de hablar no era tan distinta a la de ella—. ¿Los visitaste alguna vez en Bristol? Puede que nos hayamos cruzado; no es que saliera mucho, salvo para pasear con mis sobrinos —se corrigió. Su aliento se volvía vapor en el aire frío, pero el ejercicio la mantenía caliente y no lo sentía.

—Los visité dos o tres veces, pero mis propios intereses y mi trabajo me mantenían alejado. Me habría gustado conocerla —alzó la mirada y la miró a los ojos—, en otras circunstancias.

Kitty frunció ligeramente el ceño. No estaba del todo segura de lo que quería decir, ni de si había hablado de una forma que rozaba la impropiedad. Desde luego, no podía referirse a conocerla cuando aún no estaba casada. En cualquier caso, como *estaba* casada y el asunto estaba prácticamente resuelto, no merecía la pena pensarlo.

—Bueno —dijo con voz entrecortada—, me alivia tener a alguien cercano a mi familia aquí en mi nuevo hogar —le sonrió brevemente, decidida a mantener la conversación en un tono amistoso. Después de todo, bien podría haber malinterpretado un significado más profundo cuando él solo quería ser amable.

—Tengo un plan para montar mis propios establos y comprar y vender caballos. He hecho los contactos adecuados y simplemente trabajaré aquí hasta que todo esté arreglado —Craddock chasqueó la lengua para que la yegua lo siguiera mientras daba la vuelta por el prado—. Esto es solo un trabajo temporal.

—Ya veo —respondió Kitty, sin saber qué decir. Craddock la llevó alrededor del círculo unas cuantas veces más, haciéndole preguntas sobre Bristol y su familia, y hablándole de su primo hasta que empezó a sentirse cómoda. La silla le rozaba las piernas, aunque no se lo diría a nadie.

—Creo que es suficiente por hoy, mi señora —dijo Craddock cuando se acercaron al establo, para su alivio. No darían otra vuelta —. Y si no me equivoco, tiene algunas rozaduras en las piernas, y no conviene que empeore —ella se sonrojó ante *su* comentario y no respondió.

—Te agradezco mi primera lección y estoy deseando aprender más —dijo Kitty mientras la ayudaba a bajar—. Entonces podría acompañar a mi marido a visitar a los arrendatarios —se giró para mirar al mozo de cuadra y capturó una mueca rígida en sus labios.

—Aprenderá rápido, estoy seguro, sobre todo con mi ayuda —su amplia sonrisa había vuelto a su sitio, dibujando profundos hoyuelos en sus mejillas. Se quitó el sombrero e hizo una reverencia, pero, por alguna razón, en lugar de mostrar respeto, el gesto pareció juguetón, casi frívolo.

Kitty asintió antes de darse la vuelta. No pudo evitar temer que el gesto cortés no fuera más que un simple coqueteo; y ese era un

juego peligroso del que no quería ser partícipe.

9



Phineas desmontó y le entregó las riendas a Craddock, quien las cogió sin decir palabra y condujo al semental a su cuadra. El sol comenzaba a ocultarse, y sus tenues rayos aún iluminaban el establo lo suficiente como para perfilar las siluetas de los caballos que asomaban el hocico desde sus lugares. Phineas pasó junto a ellos a grandes zancadas con la intención de asearse antes de reunirse con Kitty para la cena. Al llegar a la cuadra de Fawn, se volvió.

—¿Cómo estuvo la clase de equitación? ¿Lady Hayworth se sintió cómoda? —preguntó a Craddock, que había salido del establo sujetando la silla.

—No fuimos muy lejos, milord. Solo rodeamos el prado lejano, y caminé frente al caballo para asegurarme de que Fawn no se encabritara. Aunque no pensé que lo haría.

El mozo de cuadra volvió a entrar en el establo para desatar la brida del caballo, y Phineas tuvo la irritante sensación de haber sido despedido por un simple sirviente. No le sentó bien después del duro día intentando mejorar la habitabilidad de las casas de sus inquilinos. En lugar de soltar palabras precipitadas que habrían salido con excesiva aspereza, abandonó el establo y se dirigió hacia la mansión. Tendría que informarse mejor sobre los términos del empleo de Craddock antes de decidir si convenía conservarlo.

Phineas apenas tuvo tiempo de cambiarse antes de la cena, y el deseo de ver a Kitty aceleró sus pasos. El descubrimiento de hoy fue

angustioso, y presentía que podía confiar en su esposa y que su opinión al respecto sería valiosa. No estaba del todo seguro de por qué pensaba eso, ya que no habían tenido muchas conversaciones —y las que mantenían a menudo estaban cargadas de emoción—, pero eran auténticas, y eso no era algo que hubiera buscado en una esposa.

Phineas no se cruzó con Kitty hasta que llamó a su habitación para acompañarla a cenar. Cuando ella le abrió la puerta, la encontró deslumbrante en su sencillez. ¿Nunca se cansaría de mirarla? Bastaba con echar un vistazo a la fina calidad de su ropa para saber que su hermano era pudiente. Pero el gusto de Kitty para elegir los colores que mejor le sentaban a su tez y los diseños que él suponía que estaban a la última moda —aunque no era un experto en la materia—, era un don propio. El efecto conjunto de su elegante vestido, su figura esbelta y el moño cuidadosamente elaborado resultaba impresionante. Y cuando uno de sus rizos se desprendió del moño y le enmarcó el rostro, Phineas tuvo que contenerse para no colocarlo detrás de la oreja.

Todo había empezado bien en este matrimonio, dadas las circunstancias. Aunque no podía llamarlo amor —apenas se conocían para eso—, se sentía particularmente atraído por su esposa, y eso era algo que superaba con creces lo que había esperado. Solo faltaba un pequeño problema para alcanzar la perfección. No tenía ni idea de lo que sentía su esposa por él.

—¿Vamos a cenar? —propuso, levantando la comisura de los labios junto con su ánimo al posar la mirada en ella.

La sonrisa con la que ella respondió le pareció más abierta que cualquiera que le hubiera ofrecido hasta entonces. Tal vez lo había echado de menos ese día. Se permitió albergar la esperanza de que Kitty estuviera empezando a encariñarse con él.

En el comedor, se sentaron en sus lugares habituales, a ambos extremos de la mesa. Tras un momento de reflexión, Phineas se levantó y fue a sentarse a la derecha de su esposa. El lacayo se apresuró a acercar los cubiertos. Phineas ya no quería someterse a la formalidad de la cena mientras esperaba su postura más informal a la hora del postre. La cena se volvía interminable de esa manera.

Cuando terminaron de comer y el postre fue servido antes de que los criados se retiraran, él le ofreció el plato de pasteles de ratafía.

—¿Cómo estuvo tu clase de equitación? Le pregunté a Craddock al entrar, pero no me dio una respuesta muy detallada.

Kitty entrecerró los ojos mientras observaba los pasteles. Su mano rozó la de Phineas al elegir uno, y con el sobresalto que le produjo su toque, él casi dejó caer el plato. ¿Había sido intencional?

—No fue tan aterrador como esperaba —respondió con un brillo cómico en los ojos. Phineas rio, convencido de que eso era lo que ella pretendía, aunque su mente seguía atrapada en lo suaves que eran sus manos—. Craddock caminó frente al caballo, y no fui obligada a galopar en mi primer día.

—Espero que no te obligue a hacer tal cosa —respondió. Seguramente la caricia de Kitty había sido accidental. No debía darle más importancia—. ¿Tienes planes de volver a montar mañana?

—No lo hablamos, la verdad. Pero pienso presentarme mañana a las diez de la mañana y supongo que me estará esperando. Si no, no importa. Me entretendré con otra cosa.

—Me gustaría montar contigo, pero quizás eso deba esperar hasta que puedas aventurarte con un poco más de seguridad —Phineas dio un sorbo a su bebida—. Por ahora, desafortunadamente, las reparaciones en la sección de casas de inquilinos me mantendrán completamente ocupado. No encontré las mejoras que esperaba, o al menos no el progreso que confiaba ver.

Kitty lo miró preocupada, y sus ojos brillaron a la luz de las velas, cálidos y seductores. Su cabello rojizo y castaño relucía en la suave luz.

—¿Ha sucedido algo en particular hoy? ¿O te refieres a un problema más general?

No era propio de Phineas desahogarse con los demás. Ni siquiera en la escuela con sus amigos más cercanos revelaba mucho de sí mismo. Y ciertamente nunca les había contado nada a sus padres. La idea era risible, ya que probablemente recibiría una reprimenda o una lección. Pero había algo tan sincero en la expresión de Kitty, tan invitador, que no pudo evitar responder.

—El señor Ameson, mi administrador, no ha cumplido mis instrucciones. No ha comenzado ninguna de las reparaciones que le ordené. Es cierto que no ha pasado mucho tiempo desde que recibió mi carta. Sin embargo, cuando obtuve el dinero de tu dote… —Phineas hizo una pausa, consciente de que este podría ser un tema delicado para Kitty. Ella solo mostró interés, así que continuó—: Di instrucciones explícitas para que, al menos, empecemos a cubrir de paja los tejados, porque el frío se asentará pronto. Quiero que los inquilinos estén bien abrigados y bien cuidados. Además de preocuparme por sus condiciones humanas básicas, sé que trabajarán fielmente para la finca si están contentos.

Kitty jugueteó con la cuchara y se mordió el labio, un gesto que él encontró encantador e irresistible.

—Sí, tus inquilinos necesitan estar bien cuidados. ¿Tienen los alimentos que necesitarán para este invierno? Dijiste que la finca no había estado funcionando muy bien —mientras hablaba, se giró hacia Phineas y su rodilla rozó la suya por debajo de la mesa. Phineas tragó duro. Ella se movió de nuevo, rompiendo el contacto, y él estaba seguro de que sus movimientos no tenían ningún significado oculto, no cuando su expresión no había cambiado.

—Ni siquiera he llegado a ese punto con el señor Ameson —dijo, intentando concentrarse en la conversación y no en el rumbo que podrían tomar esas palabras íntimas si ella se lo permitía—. A decir verdad, no sé exactamente cómo están las cosas. Aunque heredé esta propiedad hace tres años, no he tenido el dinero para ponerla en orden. Además, mi padre ha sido muy exigente con el tiempo que paso en su propiedad, que algún día heredaré. Entiendo su motivación.

Phineas estudió su mano que sostenía el tallo de la copa de vino.

—Sin embargo, si conozco a mi padre, vivirá muchos, muchos años más, y no quiero estar siempre a su entera disposición. Necesito tener mi propia finca de la que ocuparme, y quiero llevar ésta a la autosuficiencia para poder legarla algún día a mi… —hizo una pausa y miró a Kitty, presa del anhelo y la ridiculez de lo que estaba a punto de decir—: heredero.

Kitty pareció sonrojarse, aunque era difícil distinguir entre la luz de las velas y el resplandor de las llamas anaranjadas que crepitaban en la chimenea. Ella sostuvo su mirada un instante, más de lo habitual, y el corazón de Phineas latió con fuerza en su pecho. Kitty apartó la mirada.

—Me parece noble que desees mejorar la propiedad. Es una lástima dejar que cualquier propiedad caiga en ruinas si existe un modo de remediarlo. Aunque no me gustó la forma en que mi destino fue decidido por alguien más que yo… —Lo atravesó con una mirada cargada de significado que rozaba la reprobación, aunque ya no sentía la ira dirigida a él. Incluso había empezado a estar de acuerdo con ella. A Phineas no le gustaba que su padre le dictara todos sus movimientos. ¿Cómo podía esperar que su esposa pensara de otra manera?

Ella continuó.

—Si mi dote es el precio de venta, prefiero que se destine a la gestión de una finca, haciéndola solvente y cuidando de los inquilinos de una manera que les dé dignidad. Después de todo, la dote podría haberse destinado fácilmente al juego y la bebida si mi hermano hubiera elegido un marido menos acertado. Cualquier heredero de un condado habría hecho.

—Eso es un gran elogio —dijo fríamente Phineas. Kitty rio, provocándole una risita. Su risa era musical y ligera, y él se detuvo a observar la diversión en su rostro hasta que ella se percató de su mirada.

Ella respiró hondo y cogió el pastel entre los dedos, pero no le dio un mordisco.

—¿Qué harás con el señor Ameson? ¿Creíste que era más serio en sus asuntos?

—La verdad es que deposité demasiada confianza en él —Phineas frunció el ceño—. Supongo que no tuve alternativa, dado el poco tiempo que tenía para supervisar la finca y el poco dinero que podía invertir. Sin embargo, ahora que puedo aportar lo necesario para las reparaciones, solo puedo ver su tardanza como negligencia. Aún no se lo he dicho, pero habrá que reemplazarlo. Supongo que tendré que ir a Bath y hablar con el hombre de negocios de mi padre

para que me ayude a encontrar a alguien de confianza, ya que mi hombre está de permiso.

Hubo un momento de silencio antes de que Kitty dijera:

—¿Te irás pronto?

Phineas creyó percibir decepción, y eso lo animó.

—La realidad es que no debería retrasar el viaje, pero creo que solo puedo quedarme una noche y volver al día siguiente. Claro, a menos que mi padre necesite mi ayuda con algún asunto. No puedo saberlo hasta que llegue —frunció el ceño y respiró hondo—. Te invitaría a acompañarme, pero me temo que no puedo entretenerte allí como quisiera, y viajar de nuevo tan pronto después de tu llegada…

—No importa —respondió rápidamente—. Me gustaría seguir aprendiendo cómo funcionan las cosas aquí. Y tu asunto no puede posponerse. Por supuesto, debes ayudar a tu padre si te necesita — Kitty se limpió los dedos y colocó la servilleta sobre el pastel sobrante. Tenía la costumbre de desmigajar los postres en lugar de comérselos—. Estaré perfectamente contenta aquí.

Phineas asintió, aliviado. Lo cierto era que no estaba listo para que Kitty conociera mejor a sus padres hasta que su matrimonio estuviera más consolidado. No estaba seguro de qué tipo de bienvenida recibiría su esposa en casa de su padre, y sus lazos maritales debían ser firmes.

Se estaba haciendo tarde, y Phineas se resistía a dar por terminada la conversación, sobre todo después de experimentar la sensación de tocar su mano desnuda y su rodilla. Kitty no había pronunciado las palabras para liberarlo de su promesa, y él creía saber qué esperar. La sugerencia de retirarse simplemente significaría el fin de su tiempo juntos por esa noche. Aun así, él albergaba un atisbo de esperanza. ¿Acaso no se estaban entendiendo? ¿Acaso no tenían una facilidad para conversar que no era un don común en todas las parejas? Las velas se consumían, y él seguía sin poder pronunciar las palabras para terminar la comida.

—¿Recibiste visitas esta tarde?

Las mejillas de Kitty se tiñeron de rojo.

—Ninguna —lo miró fijamente y esbozó una sonrisa apenas perceptible.

Phineas frunció el ceño.

—Qué raro. Pensé que las familias de la zona ya habrían venido.

Era cierto que él no tenía mucha experiencia con las costumbres de las visitas; normalmente era su madre quien se encargaba de esos asuntos, y él nunca les había prestado mucha atención. Pero él y Kitty llevaban un par de días en la residencia, y las familias más importantes no habrían tardado en conocer a su esposa. ¿Quizás no sabían que ella estaba aquí? Apenas conocían a Phineas porque rara vez visitaba Giddenhall, aunque eso cambiaría ahora.

—Habría sido mejor que las familias vinieran a dejar sus tarjetas de visita si no puedes recibirlas, antes que arriesgarte a ofenderte por no venir. Su ausencia es muy extraña.

—Quizás no estén contentos con tu elección de esposa —respondió Kitty, lanzándole otra mirada significativa. Él empezó a apreciar la forma en que ella podía mostrar sus opiniones con esa expresión en sus ojos—. Después de todo, no sé quién debería visitarme, pero imagino que son los nobles y no los comerciantes.

La miró y negó lentamente con la cabeza.

—No serán los comerciantes.

Ella arqueó las cejas y sonrió levemente.

—Me temo que ya tenemos la respuesta. *¿Conoces* a los vecinos?

—No, no muy bien —miró a Kitty por debajo de sus cejas. Ella le sostuvo la mirada, y Phineas se deleitó con la vista de su belleza sin adornos. Quería llevarla él mismo a todas las casas del pueblo solo para asegurarse de que reconocieran su valía—. Bueno, supongo que esperaremos y veremos. Tenemos tiempo antes de las fiestas de Navidad, y esa suele ser la época en que la gente empieza a ser más caritativa y acogedora —en cualquier caso, no se podía hacer nada esta noche.

El momento inevitable había llegado.

—¿Nos retiramos?

Kitty asintió, y la rapidez con la que se puso de pie borró toda esperanza. Subieron las escaleras casi en silencio, y Phineas la acompañó hasta la puerta. Se quedaron afuera, y él esperó a que

dijera algo, con el corazón acelerándose ligeramente. Estaba lo suficientemente cerca como para percibir un aroma suave e inconfundiblemente femenino y ver la curva de sus labios en la penumbra. Sus pies estaban clavados en el suelo.

Una suave sonrisa se dibujó en los labios de Kitty.

—Disfruté hablando contigo durante la cena —se giró para abrir la puerta y luego lo miró.

—Yo también lo disfruté —la miró fijamente un instante más, notando su vacilación. *¿Lo invitaría a pasar?* Cuando su sonrisa empezó a vacilar, Phineas vio que había malinterpretado su intención. Hizo una reverencia y se volvió hacia su habitación, abrumado por una sensación de insensatez por haber albergado esperanzas. Pero reflexionó sobre su conversación durante la cena. Había sido… cómoda. A Kitty parecía importarle lo que ocupaba sus pensamientos, e incluso se habían reído juntos. Por mucho que lo intentara, no podía imaginar que sus padres hubieran sido capaces de hacer algo así, ni siquiera en sus primeros momentos de amor.

10



Dos días después, Kitty logró encontrar a Phineas desayunando antes de que se marchara, llamando a Sterling una hora antes de lo habitual. Si su intención era pasar tiempo con él porque le causaba placer, se lo guardó para sí misma, usando la excusa de querer hablar sobre diversos temas, como dónde pensaba encontrar un nuevo administrador, qué hacer si ningún vecino venía de visita y cuánta ropa de cama podía reemplazar. La señora Morley se había mantenido reservada con Kitty cada vez que hablaban, pero le confesó que la ropa de cama estaba casi hecha jirones y que solo había dos juegos adecuados para recibir invitados.

—Puedes hacer lo que gustes en la casa —había dicho Phineas, sonriéndole mientras untaba mantequilla en su panecillo—. Me traerás los recibos, por supuesto, para asegurarnos de no entrar en números rojos. Pero creo que harás lo que debes —esto lo dijo con algo tan parecido a un guiño que el corazón de Kitty se alegró inconscientemente. Parecía que habían encontrado la paz por el momento, pese a los distintos caminos que los habían llevado al matrimonio, y que de ahora en adelante serían amigos. Era un atisbo de felicidad hogareña a la que ella no se había atrevido a aspirar.

Cuando llevaron el carruaje a la entrada, Kitty siguió a Phineas afuera. Él comenzó a caminar hacia el vehículo, pero se detuvo a los pocos pasos. Kitty alzó la mirada hacia él cuando se giró, se paró

frente a ella y le estrechó la mano. Él giró su mano para exponer su muñeca y le dio un beso en la piel desnuda. Cuando levantó la cabeza y estudió su rostro, ella vio que sus ojos eran más avellana que marrones.

—A menos que mi padre insista en que prolongue mi estancia, me despido por un día —Phineas hizo una reverencia, con los labios estirados en una sonrisa—. Hasta mañana.

—Hasta mañana —repitió Kitty, con el corazón latiendo con fuerza mientras él subía al carruaje y el cochero lo ponía en marcha. Phineas la había tratado con una ternura poco habitual, un cariño que nunca había conocido, ni siquiera en su casa de la infancia, y su corazón siguió latiendo con fuerza incluso cuando el carruaje desapareció.

Kitty no podía quedarse de pie en el camino de entrada como una loca, exhibiendo sus sentimientos ante todos los sirvientes. Era hora de demostrar que era capaz de dirigir la casa. La muestra de confianza de su marido en el desayuno fue un comienzo alentador, pues planeaba dejarla dirigir las cosas como quisiera. Y Kitty disfrutaba, sin duda, de dirigir un hogar. Disfrutaría especialmente del cuarto de los niños. La idea le provocó un dolor punzante de anhelo, y apresuró el paso hacia la casa.

Se distrajo de la ausencia de Phineas y de la idea de que podría enfrentarse a otro día sin visitas, buscando a la señora Morley y pidiéndole que le permitiera examinar los dos juegos de té.

La señora Morley dejó la pluma que había estado usando para etiquetar las conservas.

—Por supuesto, mi señora. Enseguida —echó un vistazo a la pila de frascos sin etiquetar, como ofendida por la demora, y caminó con paso digno hacia el estrecho pasillo que salía de la cocina y conducía al piso de arriba. Al ver que Kitty no la seguía, el ama de llaves se detuvo y se giró—. El juego de té se guarda en el mueble chino del comedor.

—Por supuesto —Kitty avanzó al instante, un tanto avergonzada. En casa, el juego de té se guardaba en la cocina para lavarlo fácilmente.

El juego de té de porcelana Spode azul y dorada era elegante y estaba en perfecto estado, salvo por un ligero desgaste en los bordes de algunas tazas y una pequeña grieta en el asa de la tetera. Examinó el juego de té de porcelana Sèvres, de un interesante color rosa intenso con detalles dorados, y este no parecía mostrar ningún desgaste.

—El Spode se suele usar para visitas menos formales —dijo la señora Morley, mientras levantaba con cuidado la taza alta de la mano de Kitty—. El Sèvres es más nuevo y tiene un juego más completo. Sin embargo, la viuda prefería el Spode y rara vez usaba el otro.

—¿Has inventariado las piezas? —preguntó Kitty, y recibió una mirada de reproche a cambio.

—Por supuesto, mi señora. Encontrará la lista de artículos aquí — la señora Morley abrió el estrecho cajón del armario y le entregó el papel a Kitty, quien empezó a comparar el juego de Sèvres con la lista, pero la mirada del ama de llaves la incomodó, así que guardó el inventario en el cajón.

—Lo revisaré en otro momento y te pediré la llave cuando esté lista.

La señora Morley cerró el armario con llave y juntó las manos frente al delantal, esperando. Kitty estuvo tentada de encogerse ante la fría actitud del ama de llaves, pero ella era la dueña de la casa, después de todo.

—Ya que he visto la platería y la ropa de cama, revisemos ahora la mantelería.

La señora Morley asintió fríamente y se giró sin decir palabra para guiarla al armario de las telas. Lo abrió y se dirigió a la sección dedicada a manteles y servilletas.

—Todo está en buen estado, excepto este juego, que comienza a estar raído. Se usa para las cenas más importantes y habrá que reemplazarlo.

Kitty tocó la mantelería perfectamente planchada y doblada del estante superior, que parecía de una calidad similar.

—¿No podemos usar ésta en su lugar? Tenemos que comprar ropa de cama, y eso debe ser primero.

—Mi señora —respondió la señora Morley con un tono que rozaba la desaprobación—. Quizás no se haya dado cuenta de que tiene hojas verdes bordadas en las esquinas. Es nuestra mantelería navideña.

—Así es —dijo Kitty en voz baja, frunciendo el ceño—. Pero seguro que eso no nos impide usarla hasta que se pueda comprar algo adecuado.

Una creciente sospecha de que su ama de llaves no estaba muy contenta con la elección de esposa del vizconde surgió en Kitty cuando la señora Morley declaró con la altisonancia de una noble:

—La mayoría de las damas saben por instinto qué servilletas deben usarse para la cena de Navidad, y que los cubiertos que muestran los escudos deben colocarse boca abajo. Pero supongo que no se le puede culpar si no sabe estas cosas.

Kitty apretó los labios. Nunca antes se había encontrado con tanta insolencia por parte de una sirvienta, pero no creía que la plena confianza de su marido en ella se extendiera a despedir a empleados fieles cuyo servicio en la finca era anterior a su llegada.

—Señora Morley —respondió con voz serena—, fui educada del mismo modo que la hija de un caballero. Simplemente no conocía las costumbres de esta casa.

Kitty no tardó mucho en excusarse de su inventario y recoger un par de sábanas que creía que podrían salvarse con un pequeño zurcido. No había deshonra alguna en realizar ella misma una labor doméstica, y era algo que, de hecho, le agradaba. La concentración que requería ayudaría mucho a calmar la irritación que se había ido acumulando durante la conversación con su ama de llaves.

Un golpe resonó en el recibidor y Kitty levantó la mirada con el corazón latiéndole con fuerza. Por fin había una visita, y alguien que, con suerte, la introduciría en la sociedad del pueblo. Kitty oyó los pasos del mayordomo cuando fue a abrir la puerta. Dobló la sábana que había estado zurciendo y la guardó con las demás sábanas, escondida tras la puerta de servicio, en un rincón. De pronto, presa de los nervios, Kitty se sentó y echó un vistazo rápido a la habitación para asegurarse de que todo estuviera en orden. Si los vecinos

habían querido hacerle saber que no era bienvenida, no les daría más motivos para cotillear sobre una casa mal administrada.

Bexley entró en el salón con una tarjeta. Se la entregó, y Kitty leyó el nombre, complacida al ver el que Phineas había mencionado. La señora Dutton y su hija, la señorita Lucretia Dutton.

—Que pasen. Estoy en casa para recibir visitas.

Minutos después, la señora Dutton y su hija fueron introducidas en el salón, y Kitty se puso de pie para saludarlas. Sonrieron e hicieron una reverencia mientras se evaluaban mutuamente, y Kitty le indicó al mayordomo que se marchaba que les trajera el té.

La señora Dutton era una mujer bajita, de busto prominente y cintura estrecha. Su hija se parecía a ella, pero más sencilla, y lucía unos dulces rizos rubios en contraste con el cabello negro de su madre, recogido bajo la capota.

—No queríamos demorarnos en venir a conocerla —dijo la señora Dutton—, pero hemos estado terriblemente ocupadas. Imagino que ha tenido poco tiempo libre con sus otras visitas —sus cejas arqueadas y su mirada penetrante parecían mostrar su esperanza de lo contrario.

Kitty consideró brevemente la idea de mentir, pero lo pensó mejor. En un pueblo tan pequeño, seguro que se correría la voz de que no había tenido visitas.

—Me temo que aún no he recibido a nadie. Sois mis primeras invitadas y me alegra mucho conoceros. Por favor, sentaos.

Los ojos de la señora Dutton se abrieron de par en par al sentarse en el sofá de seda bordada.

—¿No me diga? ¿Ni uno solo? A veces la sociedad, incluso en un pueblo pequeño como este, puede ser bastante cruel.

Kitty la observó, reflexionando, y creyó haberla comprendido. La señora Dutton estaba allí para recopilar cotilleos para el resto del pueblo y dejar, si podía, algunas púas que Kitty tendría que arrancarse dolorosamente del corazón cuando la visita concluyera. Decidió no mostrarse tan débil.

—¿Sabe por qué me están despreciando?

La señora Dutton titubeó, pues claramente no esperaba tanta franqueza. Tardó un momento en formular su respuesta.

—Me temo que no tengo ni idea. Desde luego, nada que nos impida venir, como puede comprobar usted misma —Kitty no le recordó que había tardado una semana en aparecer.

La joven señorita Dutton pareció esforzarse por suavizar las palabras de su madre.

—¿De dónde es usted, mi señora?

Kitty le dedicó una sonrisa más natural que la que le había inspirado la señora Dutton.

—Soy de Bristol, donde mi hermano dirige una empresa de transporte marítimo. Así fue como se conocieron él y lord Hayworth.

—Muy interesante, sin duda —dijo la señora Dutton, asumiendo el control de la conversación—. Estábamos seguras de que la historia de vuestro compromiso debía ser sumamente interesante para que lord Hayworth la hubiera favorecido por encima de todas las doncellas elegibles que podían encontrarse más cerca de casa. En cuanto vimos a los trabajadores llegar a la finca, comprendimos, por supuesto, que su esposa debía ser alguien de buena posición.

Kitty sostuvo la mirada de la señora Dutton. Una vez más estaba siendo evaluada, y ahora por alguien que no debería tener voz alguna en su valía: como una mercancía que uno decidía comprar o rechazar. Kitty encajaría en la comunidad o no, pero se negaba a ceder ese poder a nadie.

—Sí, supongo que desde fuera puede parecer así, pero lo nuestro fue un matrimonio por amor —Kitty tragó saliva nerviosamente, asombrada de que semejante mentira saliera de su boca, y casi sonrojándose al pensar en lo que diría su marido si la oyera.

La señora Dutton abrió mucho los ojos y exclamó:

—¡Qué maravilloso! Ninguna de nosotras lo habría imaginado. ¿Y cómo os conocisteis?

La mente de Kitty no era muy ágil, pero logró imaginar una situación muy básica.

—Fue en una reunión privada de amigos de mi hermano. Lord Hayworth estaba invitado y nos sentamos uno al lado del otro en la mesa. Nos resultó muy fácil conversar, y así comenzó nuestro cortejo.

—Es una manera encantadora de empezar un matrimonio —dijo la señorita Dutton con una suave sonrisa. Pero parecía tener poco poder al lado de la bestia de su madre.

—Qué cosa tan sorprendente —exclamó la señora Dutton, con un tono de regodeo evidente en su voz—. Soy muy amiga de Lady Leighton, de Bath, que creció en la finca más cercana a la mía. Dijo que los padres de lord Hayworth estaban simplemente asombrados de que se hubiera celebrado semejante matrimonio sin su consentimiento. Estaban seguros de que lord Hayworth tenía intenciones con… otra persona.

Kitty dirigió su mirada a la señora Dutton, con las manos apretadas sobre el regazo.

—Creo que un hombre no suele casarse para complacer a sus padres. Independientemente de las esperanzas que tuvieran puestas en él, es un hombre adulto, mayor de edad, y capaz de tomar la decisión por sí mismo, como lo demuestra su matrimonio conmigo.

Cada sonrisa se volvió más rígida. La puerta se abrió, el mayordomo apareció con la bandeja de té, y Kitty se levantó para abrir el armario de té y sacar las hojas y el azúcar. Sin embargo, la señora Dutton también se levantó, sin darle tiempo a Kitty para invitarla.

—Bueno, no nos quedaremos más tiempo del debido. En sociedad, creo que una estancia corta es preferible a una larga. ¿Está su esposo en casa ahora? El señor Dutton tenía un asunto que tratar con él. Quizá pueda saludarlo.

Kitty se apartó del armario y entrelazó las manos.

—No, lord Hayworth tenía asuntos en Bath y estará fuera estos dos días.

—¿Se ha marchado tan pronto tras la boda? Eso debe ser muy duro para usted —dijo la señora Dutton con falsa compasión—. Le diré a mi esposo que venga a finales de semana, así se asegurará de encontrarlo.

—Estoy segura de que mi esposo estará encantado de recibirlo. Comentó que le sorprendía que muy pocas personas del pueblo se hubieran acercado a felicitarlo por su matrimonio. Estará ansioso por ver a más vecinos en cuanto se puedan organizar las visitas —

sostuvo la mirada de la señora Dutton con la misma firmeza. No se acobardaría ante una mujer así.

Las tres mujeres hicieron una reverencia, y cuando las visitas se dieron la vuelta para marcharse, la señora Dutton le dedicó a Kitty una suave sonrisa de disculpa que prometía, si no paz, al menos no una guerra abierta. Cuando se fueron, Kitty no pudo volver a sentarse. Tenía la mente hecha un torbellino. No estaba acostumbrada a recibir un trato tan condescendiente. Su hermano era un miembro respetado de la sociedad de Bristol, y hasta el propio Príncipe Regente había solicitado una vez una audiencia con él por un asunto naval, aunque no había durado tanto como a Erasmus le habría gustado ni se había repetido. Siempre se había mirado a la familia Stokes con respeto por sus conexiones.

Seguramente su marido no podía haber imaginado que ella tendría que soportar un trato así, o no la habría dejado sola para afrontarlo. Aunque no había habido mucho cariño en su hogar, Kitty no había sido criada para pensar tan poco de sí misma. Se quedó mirando la puerta cerrada y escuchó los sonidos de la despedida de las Dutton. Supuso que, si no hacían amigos aquí, tampoco importaba demasiado. En cualquier caso, Midlington acabaría siendo su hogar. Sin embargo, como no esperaba un trato mucho mejor allí, la idea no la animó.

Se había olvidado de hablar con Craddock sobre su lección, y estaba a punto de hacerlo cuando el mayordomo apareció con el correo. Había una carta para ella, que cogió con entusiasmo. Nunca se había sentido tan fuera de lugar como hoy entre el trato de la señora Morley y el de la señora Dutton.

—Gracias, Bexley —Kitty se sentó y rompió el sello de la carta. La dirección estaba escrita de puño y letra de Mary, y a Kitty le pareció muy considerado por su parte escribirle. Se había preguntado si Mary encontraría tiempo para responder a su carta.

Examinó la misiva, llena de noticias sobre sus sobrinos. Al final, un pequeño espacio había sido dedicado a su hermano menor, y absorbió las palabras con entusiasmo, dándose cuenta de cuánto había extrañado a Samuel.

Mary me ha dejado muy poco espacio en su carta, decía, *y que debo usar mi mejor caligrafía. Quería preguntar si podría ir a visitarte. Creo que no seré una molestia. Y el colegio me espera hasta dentro de unos meses. Contéstame rápido, por favor. Tu hermano, Samuel.*

Kitty dejó la carta en su regazo. Con la advertencia de Erasmus, había apartado cualquier esperanza de que Samuel viniera, pero ahora que ella y Phineas habían empezado a pasar tiempo juntos… ¿Se atrevería a preguntarle a su marido? Si decía que no, su decepción probablemente los distanciaría aún más, y le parecía que habían empezado a mostrarse más cercanos, incluso amigos. Sin embargo, solo había una manera de saberlo, y era preguntar. Decidió hacerlo a su regreso de Bath.

Cogió la carta para leerla de nuevo, reconfortándose con las pocas palabras que Mary escribió, y sobre todo con la súplica de Samuel. Pasó el tiempo en sus reflexiones, y olvidó por completo la lección hasta que las sombras y el silencio la cubrieron. Kitty se incorporó sobresaltada. *¡Ay, Dios mío!* Esperaba que Craddock perdonara su olvido. Su lección tendría que quedar para otro día.

11



Phineas dejó vagar sus pensamientos al compás del balanceo del carruaje. Cuando Kitty se detuvo en el camino de entrada al despedirse, ella le estrujó la mano con fuerza; y cuando él le giró la mano para besarle el interior de la muñeca, su piel fue suave como la seda. Sus ojos se encontraron, y él vio en los de ella la misma atracción que él sentía. Bastó una sola mirada para que deseara estrecharla entre sus brazos, sin importarle los criados.

Apenas fue consciente del trayecto hasta Bath y no pensó en nada más que en Kitty: en sus gestos, en su voz, en su figura, en su risa… El deseo que sentía por su esposa podría haber parecido una obsesión de no ser porque, precisamente, *era* su esposa. No había dudas sobre si ella lo aceptaría, ni temor al rechazo. Phineas ya la había conquistado, y solo necesitaba conquistar la última fortaleza antes de que fuera suya. Ojalá no pareciera tan difícil de vencer.

¿Cómo serían sus hijos? ¿Tendrían la mirada seria de Kitty? Si era así, serían criaturas encantadoras. Tal vez su hijo heredara su cabello revuelto, con esa tendencia a erizarse en todas direcciones, pero seguro que algún día alguna mujer lo querría de todos modos, pese a ello. Phineas se rio de sí mismo por una idea tan absurda: preocuparse por si sus futuros hijos encontrarían el amor. En cualquier caso, había muchos motivos para albergar esperanza respecto a su propio matrimonio.

No se detuvo en casa de sus padres, sino que fue directamente a ver al señor Parkson, el hombre de negocios de su padre. Su propio hombre, Carter, se había tomado un permiso para cuidar a sus padres enfermos y no estaba disponible. Por suerte, Phineas conocía bien a Parkson, pues lo había consultado con frecuencia sobre los asuntos de Midlington que su padre había dejado a su cargo. Parkson le aseguró que era algo sencillo encontrar a un administrador dispuesto a trasladarse a Giddenhall, y además digno de confianza. Phineas podía dejar el asunto en sus manos, y Parkson enviaría al nuevo administrador para que se presentara la semana siguiente. Una vez hecho esto, Phineas partió hacia la casa de sus padres.

—Buenas tardes, milord. Es un placer verlo —Seamus cogió su sombrero, bastón y guantes—. ¿Puedo felicitarlo por su matrimonio? Parece que le sienta bien. Se ve muy bien.

—Gracias por tus amables deseos. Como dices, estoy bien —Phineas sonrió y añadió—: ¿Mis padres están en casa?

—Su madre está en el salón, creo, y su padre en su estudio. ¿Desea que informe a ambos de su llegada?

—Por favor. Que alguien suba mi equipaje a mi habitación y que Wilson se encargue de mis abrigos y botas. Aún no he contratado a un ayuda de cámara en Giddenhall y, debo confesarlo, su ausencia empieza a notarse —Phineas esperó en el recibidor hasta que el mayordomo regresó con la noticia de que su padre estaba ocupado por el momento. Sin embargo, su madre se alegraría de verlo en el salón.

Cuando entró, su madre ya se había puesto de pie y dio un paso al frente.

—¿Tu… esposa te ha acompañado hasta aquí?

—No, madre. No la habría traído sin avisaros primero. Solo vine por negocios y me gustaría quedarme a pasar la noche, si no supone un inconveniente.

Su madre exhaló y volvió a sentarse.

—Supongo que es bueno que hayas venido sin ella. Así podremos hablar con libertad. Por favor, siéntate. Le pedí a Seamus que nos trajera té.

Phineas esbozó una sonrisa forzada.

—Podríamos haber hablado con libertad delante de mi esposa también.

—Por supuesto. Es solo que se ha unido recientemente a la familia. No conoce nuestras costumbres, y creo que así estará más cómoda.

Phineas cruzó una pierna sobre la otra y se reclinó en la silla. No pudo resistir la tentación de hablar de Kitty.

—¿No te parece encantadora? Tiene un aire distinguido.

La mirada de su madre se dirigió a la ventana, con expresión disimulada.

—Es cierto, no parece una mercadera, como debo decir que su hermano sí. De verdad, Phineas, no entiendo cómo pudiste pedirle matrimonio sin haber visto siquiera un retrato. Bastaba con ver a su hermano para asustarte.

Phineas experimentó una extraña mezcla de ira y ganas de reír. El sentimiento de su madre solo había reflejado el suyo. Casarse con Kitty sin verla, una penitencia que Phineas se impuso —aunque Carter había investigado a fondo el enlace—, era algo que no podía explicar. Sin embargo, no le gustaba que se hablara mal de su esposa.

—Tenía mis propios motivos para querer casarme con ella, y la apariencia no era un factor. Confié en la investigación de Carter sobre el asunto. Resultó que me llevé una grata sorpresa, pues estaba dispuesto a conformarme con mucho menos —esa última frase se le escapó sin querer, y se arrepintió al instante.

Su madre negó con la cabeza.

—Ahora bien, esto es lo que no entiendo. ¿Por qué pensarías en conformarte con menos? Habíamos planeado un matrimonio muy bueno para ti: alguien cuyo rostro has visto y cuya familia has conocido. Su dote no era despreciable, aunque probablemente no era tan alta como la que ganaste al casarte con la señorita Stokes.

Phineas frunció el ceño ante la terquedad de su madre.

—*La señorita Stokes* es ahora Lady Hayworth. Y si quieres saberlo, su compensación fue el triple de lo que yo habría recibido de Lady Jane.

No pudo continuar antes de que su madre se quedara sin aliento y se llevara la mano a la boca.

—¿Tres veces? No es de extrañar que te decidieras a pedirle matrimonio.

Phineas apretó los labios y se miró las manos entrelazadas.

—No pretendía alardear de su dote. No es esa la principal razón por la que estoy satisfecho con mi matrimonio. Aunque debo decir que el acuerdo ha ayudado enormemente a mejorar la situación de Giddenhall —suspiró—. Debo admitir que no quería casarme con Lady Jane y ser esclavo de los caprichos y deseos de nuestros dos padres. Quería algo para mí, y por eso concerté este matrimonio con el hermano de Kitty. Sin embargo, mi satisfacción se debe más a mi esposa que a su fortuna.

Llegó la bandeja del té, y Phineas se libró de escuchar la respuesta de su madre, la cual difícilmente habría hecho justicia al verdadero valor de Kitty. No estaba seguro de que su madre fuera capaz de ello, considerando lo mucho que valoraba los linajes. Su padre, de naturaleza mucho más mercenaria, sin duda sabría y apreciaría lo que Phineas había logrado. El acuerdo ventajoso era la única excusa que podía dar a sus padres para que lo comprendieran. No podía decirles que, a pesar de sus pocas expectativas de que algo así sucediera, los inicios de una amistad y un interés romántico con su esposa estaban floreciendo.

Su madre comenzó a preparar el té cuando su padre entró en la habitación. Saludó al padre de Phineas con cordialidad, pero sin calidez.

—Midlington, ¿quieres té?

—Sí, tomaré una taza —miró a su hijo, y Phineas se puso de pie.

—Hola, padre. Estaré aquí hasta mañana. Necesitaba hablar con Parkson sobre la posibilidad de conseguir un nuevo administrador, ya que Carter ha ido a ver a su padre enfermo. Dijo que me enviaría a alguien la próxima semana.

—Tu visita es oportuna —respondió su padre, sentándose—. Tengo varios asuntos que tratar contigo sobre esas inversiones que no van tan bien como cabría esperar. Tenemos que decidir qué

hacer. También hay algunas cosas que debemos tratar con Parkson. Solo nos llevará un par de días cubrirlo todo.

Phineas volvió a sentarse.

—Padre, no tengo un par de días. Mi intención era volver a Giddenhall mañana —tras observar la expresión de su padre, modificó su plan. La dependencia de su padre hacia él no era algo que pudiera cambiar de la noche a la mañana—. Puedo quedarme un día más, pero no más que eso.

—Entonces, ¿supongo que Midlington ya no te interesa? —su padre logró sonar altivo y petulante a la vez—. Tendré que ocuparme de todos los asuntos yo mismo.

—Cuando todo se arregle en Giddenhall, me encantará centrar mi atención de nuevo en Midlington. Tengo la intención de seguir supervisando la situación allí para poder conocer la finca —Phineas miró a sus padres—. Solo espero que mi esposa también sea bienvenida.

Lord Midlington se arremangó el abrigo y se cruzó de brazos.

—Para ser franco, sigo irritado contigo por todo este asunto. Si hubieras hecho lo que te sugerí, ahora estarías casado con Lady Jane, una mujer que no te causaría ningún bochorno. Tal como están las cosas, ya he soportado comentarios sarcásticos sobre el matrimonio precipitado y la forma en que desaparecisteis después. Ni siquiera hubo un banquete de bodas.

Phineas miró por las ventanas del otro lado de la habitación para ocultar su enfado.

—Dijiste que no soportabas la idea de sentarte con gente como Stokes y su familia en un banquete de bodas. Y ahora me dices que la *alta* cotillea sobre la falta de celebración. Me temo que no podemos tener ambas cosas a la vez.

Su madre, dándole una taza de té a su marido, añadió:

—¿Sabías que Phineas negoció la exorbitante suma de setenta mil libras por la dote de Kitty?

Su padre dejó caer la cuchara sobre el platillo con un fuerte ruido.

—¿Setenta mil? ¿Por qué no se te ocurrió decírmelo antes? En eso, al menos, lo has hecho bien, aunque sigo diciendo que el linaje

quedará empañado por haberte casado fuera de la nobleza.

—No soy el primer hombre que se ha casado por dinero —Phineas miró a su padre y decidió decir lo que pensaba—. Y como le decía a mi madre, creo haber tenido suerte con mi elección de novia. No hay nada en el comportamiento ni en la forma de hablar de Kitty que pueda resultar embarazoso. De hecho, en muchos sentidos es superior a algunas mujeres criadas en la *alta*. Su propia institutriz era hija de un barón arruinado.

—¿Cuál? —preguntó su madre con curiosidad.

Phineas removió azúcar en su té y levantó la mirada.

—No se me ocurrió preguntar.

Su madre enarcó una ceja y colocó la tetera en el centro de la bandeja.

—Puede que todo sea una farsa para hacerla parecer más distinguida de lo que en realidad es.

Phineas bajó la taza bruscamente.

—Si no sois capaces de ver por vosotros mismos que tiene unos modales verdaderamente refinados, no intentaré convenceros. Solo deseo, si vais a recibirla, que lo hagáis con un mínimo de respeto. No merece vuestra condena.

Su padre entrelazó las manos.

—¿Cuándo planeas traerla a Bath? Supongo que tendremos que presentarla de alguna manera ante la sociedad, para que todos crean que apoyamos este matrimonio desde el principio.

Phineas apenas pudo contener su ira. Sus padres se preocupaban demasiado por las apariencias. Sin embargo, había algo de verdad en sus palabras, y Phineas no impediría que su padre hiciera algo noble, aunque fuera por motivos egoístas.

—Creo que sería una buena idea. Quizás deberíamos ir a Bath dentro de un mes para que puedas presentarla. Eso nos permitirá participar en algunas asambleas y estar en casa a tiempo para Navidad.

Su madre frunció el ceño.

—¿Entonces piensas celebrar la Navidad con ella? Siempre has celebrado la Navidad con nosotros.

A Phineas nunca le había agradado especialmente la manera fría y rígida en que celebraban la Navidad: intercambio de regalos y conversaciones forzadas durante la cena. No era la Navidad que siempre había deseado, ni la que esperaba celebrar por primera vez con su nueva esposa. Crearían sus propias tradiciones.

—Creo que la Navidad será mejor en nuestra casa, ya que es la primera que pasamos juntos. Tendremos mucho que hacer en Giddenhall, incluso fuera de las celebraciones.

Su padre sacó su reloj de bolsillo y lo miró.

—No tengo más tiempo para estar aquí charlando. Ahora que te preocupas menos por los asuntos de Midlington, tengo mucho más que hacer. Sin embargo, puedes traer a Kitty y organizaremos un baile en su honor. Debemos presentarla en el salón de las aguas termales y conseguir asistencia para los salones de asambleas. Eso demostrará a todos que estamos completamente satisfechos con esta unión y debería acallar las habladurías. Te quedarás aquí, por supuesto.

Phineas dio un largo trago a su té mientras pensaba cómo responder. Claro que podrían quedarse en casa de sus padres. Pero no tendrían la intimidad que esperaba, sobre todo si querían avanzar en su propia relación. Sin embargo, no convenía enfrentarse a sus padres.

—Muy bien.

Su padre se marchó no sin antes pedirle a Phineas que fuera a buscarlo antes de la cena, y éste pasó otra media hora conversando con su madre. Ella hablaba de asuntos tan triviales que él pudo pensar en Kitty sin perder el hilo de la conversación. Su cabello y sus ojos flotaban ante su mirada, y el corazón le dio un vuelco. Intentó recordar su aroma. Pensó en la forma de su nariz, en sus delgados dedos. Cuando sus pensamientos volvieron a llevarlo a estrechar a Kitty entre sus brazos, Phineas obligó a su mente a volver al presente. Aquella especie de enamoramiento adolescente que parecía estar experimentando a su ya madura edad —y casado—, no era productivo.

Después de que su madre dijera todo lo que deseaba decir, evitando cuidadosamente el tema de su esposa, Phineas logró

escabullirse, alegando que tenía recados pendientes.

Su razonamiento inicial para salir de la casa fue simplemente respirar aire fresco y aliviar la frustración de estar recién casado y *no* encontrarse justo ahora con su esposa. Al llegar a casa de sus padres, era como si siguiera siendo el niño al que podían dar órdenes. Como si no acabara de dar un paso monumental en su propia vida. La experiencia le resultó exasperante, por decirlo suavemente.

Caminó sin rumbo por Queen's Square y luego bajó por Wood Street sin una idea clara de adónde se dirigía. No tenía ningún deseo de ir a la sala de aguas termales y toparse con todos los personajes locales que, sin duda, tendrían algo que decir sobre su matrimonio. Al otro lado de la calle, una pareja caminaba en la misma dirección. No los reconoció, pero por su aspecto supo que eran pudientes. Tal vez no llevaban el tiempo suficiente en Bath como para haber entablado relaciones con la sociedad local. La mujer tenía la mano apoyada en el brazo del hombre, y ambos se inclinaban el uno hacia el otro mientras ella le susurraba algo al oído. La pareja rio, y Phineas vio una expresión de adoración en el rostro de la mujer mientras observaba a su marido. Solo una pareja recién casada podía mostrar semejante afecto.

La mujer se detuvo y llamó:

—Niñera, presta atención. Matthew va a mancharse los pantalones, y esta tarde vamos a visitar a su abuela y no habrá tiempo de cambiarlos.

Phineas miró al frente donde la «niñera» se ocupaba de dos niños pequeños. Así que… esta pareja llevaba ya algunos años casada para haber tenido dos hijos, el mayor de los cuales ya usaba pantalones. Y, sin embargo, marido y mujer seguían mirándose con un afecto evidente. Un deseo intenso de tener un matrimonio así se apoderó de Phineas, tan fuerte que apartó la mirada. Esa escena hogareña resultaba casi demasiado íntima para contemplarla.

¿Qué podía hacer para ganarse a Kitty? ¿Para demostrarle que ella le importaba? No importaba que se hubiera casado con ella por motivos prácticos: ahora estaba plenamente comprometido con esa

unión y no albergaba arrepentimiento alguno… ni el menor deseo de otra distinta.

—¡Hayworth!

Se acercó un hombre, a quien Phineas no pudo identificar con el sol a sus espaldas hasta que estuvo más cerca. Su rostro se iluminó con una amplia sonrisa.

—Robert Bromley —Phineas le devolvió la sonrisa—. Ha pasado una eternidad.

—Desde Cambridge. Nos mudamos aquí hace poco para que mi esposa pudiera estar cerca de su madre enferma. He oído que tú también estás casado. Permíteme estrecharte la mano —Bromley extendió la mano y estrechó la de Phineas, añadiendo—: ¿Tu esposa está aquí en Bath?

Phineas sonrió ante el placer de oír las palabras "tu esposa" y la nueva experiencia de ver a alguien feliz por él. Negó con la cabeza.

—Está en Giddenhall. No me agradó dejarla allí, pero necesitaba contratar a otro administrador y el asunto no podía esperar.

—Bueno, por suerte Bath no está lejos. No olvides llevarle algún regalo cuando regreses para que sepa que pensaste en ella mientras estuviste aquí.

Phineas levantó la mirada, sorprendido.

—¿Eso es lo que debería hacer? —las palabras salieron antes de que pudiera reflexionar, y gimió para sus adentros. Vaya manera de demostrar que no tenía ni idea de cómo ser esposo. Bromley debió considerarlo un tonto.

Su amigo se limitó a reír.

—Qué suerte que me hayas encontrado. Llevo dos años casado y tengo experiencia. Sí, sin duda, llévale un regalo. Verás que la hace feliz, y si tu esposa se parece en algo a la mía, no será el regalo, sino que hayas pensado en ella cuando estabas lejos.

Bueno… ya que estaba metido hasta el cuello, más valía aprovechar. Si Phineas iba a parecer un tonto, más le valía conseguir toda la información posible.

—¿Y qué le regalo?

—Pobre tonto —Bromley suavizó sus palabras sonriendo y dándole una palmadita en la espalda—. Te falta mucho por aprender,

pero no temas. Lo conseguirás tarde o temprano. Cómprale algo que le demuestre que has pensado en ella. Algo que creas que le gustará. Ya debes conocer un poco sus gustos.

Phineas esbozó una sonrisa. Debería conocerlos, sí, pero no estaba tan seguro de hacerlo. Al verlo guardar silencio, Bromley lo observó con más atención.

—Bueno, vas por buen camino. Las tiendas están por allá. Si buscas una modista, mi esposa cree que la señora Laurent es la mejor. Está en Union Street. Podrías probar con Franklin Morris, que hace retratos y paisajes. Tiene una galería con algunas pinturas ya hechas unas tiendas más adelante. Y, aparte de eso, no tienes menos de tres joyerías entre las que elegir.

Phineas, armado con esa información tan valiosa, sonrió con sinceridad.

—Gracias. Esto debería ayudarme. Llevaré a Kitty a Bath en un par de semanas. Quizás podamos vernos entonces, si tú y tu esposa estáis disponibles.

—Con gusto —dijo Bromley y se marchó. Phineas había oído vagamente hablar de la boda de Bromley cuando tuvo lugar, pero como algo así no entraba en absoluto en sus propios planes en aquel entonces, no le había prestado la menor atención.

Entró en la primera tienda y, cuando la modista avanzó con su ayudante, ambas observándolo con sonrisas entusiastas, sintió el impulso de salir corriendo. Se mantuvo firme.

—Me gustaría comprarle algo a mi esposa.

—Muy bien, señor. Estoy seguro de que podemos serle de ayuda. ¿Ella no vino con usted?

—No, he pensado llevarle obsequios —Phineas miró a su alrededor, esperando que algo apropiado le llamara la atención.

—Ya veo —la modista señaló una mesa donde se disponían rollos de tela que parecían ordenados según su grosor—. ¿Busca un vestido de mañana o de noche? ¿Su esposa monta a caballo?

Phineas estuvo a punto de jadear. Esa era la idea.

—Mi esposa monta a caballo —respondió con seguridad—. De hecho, me gustaría comprarle unos trajes de montar. ¿Puede ayudarme?

—¿Cuándo puede traer a tu esposa para que podamos tomarle las medidas? —la modista lo miró expectante.

Esa era una dificultad que Phineas no había considerado. Por supuesto que habría que tomarle medidas.

—Ella no está en Bath ahora mismo. Solo me gustaría comprarle algunos regalos, y cuando vengamos el próximo mes, puedo traerla para que le tome las medidas.

La modista se mordió el labio y bajó la mirada hacia la tela, pensativa.

—*Hmm.* Ya veo. Aunque no solemos dar tela para que los vestidos se confeccionen en otro lugar, podría hacer una excepción en este caso. La tienda de telas está al otro lado de Bath, y sería una gran molestia para usted desplazarse hasta allí —le sonrió—. Su esposa puede venir cuando esté en la ciudad y tomaremos medidas para el vestido que desee. Aquí tiene las telas adecuadas para montar a caballo, y si me dice cómo es su tez y qué le agrada, le haré algunas sugerencias.

Phineas explicó que su cabello era rojo, con matices castaños y dorados, y cuando llegó a describir su piel clara y sus ojos marrones, se detuvo en seco. La modista y su ayudante parecían muy serias, pero no pudo evitar sentir que se reían de él por su evidente amor juvenil, sobre todo cuando anunció que quería una tela de un color que combinara con su pelo, otra con su piel, otra con sus ojos… Juntos eligieron cinco telas diferentes para montar a caballo, y Phineas sacó su tarjeta y se la entregó a la modista.

—Puede enviar las compras y las facturas a esta dirección.

Ella miró la tarjeta y arqueó ligeramente las cejas.

—Lo haremos enseguida, milord. Si lo desea, puede comprar sombreros a juego llevando estas muestras de tela al sombrerero, que está al otro lado de la calle, un poco más adelante. Dígale que va de mi parte.

Phineas dejó a la modista con sus muestras y se dirigió con determinación a la sombrerería, donde se exhibía un surtido de sombreros y capotas. Cuando mostró las muestras de tela y explicó lo que buscaba, el dependiente encontró rápidamente sombreros atractivos a juego con todas las telas. A Phineas no le costó

imaginarse a su esposa usándolos. Estos también fueron enviados a la residencia de su padre.

Después de la sombrerería estaba la galería de arte donde, para asombro de Phineas, descubrió entre los paisajes un cuadro de Bristol con vistas al muelle. Se parecía mucho a la calle donde vivía Stokes. Lo compró de inmediato, queriendo que Kitty contemplara la escena de su infancia, para que no se sintiera sola. El cuadro era grande y difícil de manejar, y ordenó que lo enviaran también a casa de su padre.

Al salir de la galería, se sintió como un tonto. Su padre tendría mucho que decir sobre todos esos paquetes que estaban llegando a nombre de Phineas. Aun así, caminó un poco más hasta la joyería. Haría una última parada. Dentro, examinó cada juego de joyas que le mostró el dependiente y se decidió por los zafiros amarillos y verdes, cuyo tono verde le recordó al vestido de novia de Kitty. La cadena del collar era de oro, lo que le resultaría precioso en su cuello. Y el amarillo era un color otoñal que le sentaría a la perfección.

Phineas las envolvió y guardó en el bolsillo antes de dirigirse a casa de sus padres. Se estaba haciendo tarde. Había pasado todo ese tiempo al aire libre y en las tiendas, pero ahora caminaba con paso ágil para protegerse del frío. Había algo bueno y correcto en demostrarle a su esposa cuánto la valoraba. No veía la hora de que ella lo supiera.

12



La nueva vida de Kitty, como esposa de un vizconde en una finca extraña, en un pueblo extraño, no había tenido un comienzo prometedor. Se había encontrado con resistencia tanto por parte del ama de llaves como de la señora Dutton, algo que no había esperado de ninguna de las dos. Conocía bien la pérdida de libertad que probablemente le aguardaba como esposa fruto de una negociación por conveniencia y no de un matrimonio buscado por amor. Lo que no esperaba era la falta de respeto mostrado, algo que jamás había experimentado en su reducido pero respetado círculo anterior. Qué extraño que aquello que más temía —estar casada con un desconocido—, hubiera terminado siendo lo que más apreciaba. Y que aquello que daba por sentado —el respeto y cierto grado de consideración por parte de los sirvientes, al menos, si no de las familias locales—, le fuera negado.

Kitty echaba de menos a Phineas. Solo podía describir su estado de ánimo como abatido cuando él no regresó al día siguiente, como había esperado. Esa era otra sensación extraña: sentirse incompleta cuando alguien no estaba. Tal vez se debía simplemente a que él era la única persona con la que podía hablar como igual, y su conversación había resultado sorprendentemente agradable. No dudaba en mostrar interés por conocer sus opiniones, algo a lo que ella no estaba acostumbrada, pues ni su hermano ni su padre habían mostrado jamás el menor interés por lo que ella tenía que decir.

Entre la hosca ama de llaves y la disimulada hostilidad de sus visitas, Kitty no tenía a nadie que se interesara por sus sentimientos. Estaba acostumbrada a la soledad. A la animadversión, no.

Había llegado la hora de su lección de equitación con Craddock. Hasta el momento no había faltado a ninguna mañana desde su primera clase, salvo el día en que pensó que podría interferir con la partida de su marido y su encuentro con la señora Morley. Considerando cómo habían resultado las cosas con el ama de llaves, habría hecho mejor en salir a montar. Durante las lecciones, ella y Craddock se habían ido familiarizando hasta cierto punto, y el mozo había logrado hacerla reír, olvidando por unos instantes que se encontraba en una casa donde el ama de llaves no le tenía gran estima y las familias locales no estaban especialmente deseosas de conocerla.

Este día, Craddock cabalgaría junto a ella en su propio caballo, en lugar de ir a pie guiando el suyo, y se aventurarían más lejos por el sendero que serpenteaba alrededor de la finca y atravesaba los bosques que la rodeaban. Partieron a un ritmo tranquilo, y la conversación fluyó con mayor naturalidad al cabalgar lado a lado.

—He tenido noticias de mi cuñada, lo cual no debería sorprenderme, lo reconozco. Pero tratándose de Mary, sí me sorprende. No siente un afecto especial por mí.

Craddock sostenía una cuerda sujeta al jáquima de Fawn y dio un suave tirón cuando la yegua amenazó con rezagarse.

—¿Se refiere a la señora Stokes? Creo que la conocí una vez. Mi primo la invitó a tomar té cuando yo estaba allí —Craddock lanzó a Kitty una mirada escrutadora—. Parece una persona poco amable. Habló de sus hijos.

Kitty no quiso comprometer a su propia cuñada, de modo que se limitó a encogerse de hombros.

—No es tan terrible. Es cierto que se ocupa sobre todo de sus hijos y de los asuntos de su casa, pero supongo que eso no tiene nada de extraño. Sin embargo, ese interés hogareño no me incluía. Por eso me alegré tanto de recibir una carta suya con noticias de mis sobrinos, a quienes echo muchísimo de menos… y también le dejó espacio a mi hermano para escribir.

—¿Se refiere a Stokes? ¿El marido de Mary? —preguntó Craddock.

Ella negó con la cabeza. La idea de que Erasmus se tomara la molestia de escribirle le provocó el deseo de reír.

—No, hablo de mi hermano menor, Sam. El próximo otoño se marchará a Harrow y me ha preguntado si podría venir aquí de visita. Espero que podamos volverlo realidad.

Craddock señaló hacia la izquierda.

—Seguiremos este camino; es más suave y es menos probable que los caballos se asusten si un conejo cruza repentinamente o algo por el estilo.

Kitty siguió su indicación, y la conversación derivó hacia asuntos triviales mientras avanzaban por el sendero que, finalmente, volvía a rodear la finca. Ella se relajó al escuchar su acento de Bristol, apenas distinto del de Somerset y Wiltshire. Le resultaba familiar, como su hogar, y Kitty casi podía rellenar los huecos y añadir afecto donde antes no lo había habido, solo por su entonación melodiosa.

Había olvidado el tema anterior hasta que él dijo:

—¿Cree que su marido permitiría que su hermano viniera de visita? ¿Apenas habiéndose casado?

Kitty inhaló el aire fresco y miró hacia el prado que se extendía y descendía. Había una hilera de árboles a lo lejos.

—No puedo saberlo hasta que se lo pregunte. Tendré que hacerlo.

—¿Así que él sí acepta sus peticiones? —Craddock miró de reojo a Kitty, evaluándola. Comenzó a pensar que quizá esta conversación amistosa no era del todo apropiada entre ama y sirviente: hablar de los asuntos de su marido con el mozo, sin importar que fuera primo de su vecino.

—No tengo motivos para pensar que no lo haría —dijo ella, mirando al frente. Esperaba que él percibiera la impropiedad sin necesidad de ofenderlo con un desaire.

—Entonces, es un miembro inusual de la nobleza —Craddock mantuvo la mirada al frente, con postura y voz tranquilas, como si él mismo fuera un noble, o un caballero que venía a cortejarla, en lugar de un mozo—. Supuse que vuestro matrimonio era concertado,

ofreciendo pocas promesas de felicidad. Es poco probable que tenga un entendimiento como el que podría encontrar con alguien de su entorno. Seguramente habrá rechazado varias propuestas.

Kitty apretó los labios. No hablaría de sus pretendientes. Tal como estaban las cosas, solo había habido uno, y tan completamente inaceptable para ella como indeseado. En cualquier caso, no era un asunto que debiera tratarse, por muy estrecha que fuera su relación con el mozo.

Tras unos instantes de silencio, Craddock miró hacia el dosel de ramas desnudas que se extendía sobre el camino y suspiró.

—Supongo que debo pedirle disculpas. Estoy siendo impertinente con mis preguntas.

Kitty fijó la vista en la cabeza de su caballo, que subía y bajaba rítmicamente, antes de responder. Sus preguntas habían cruzado una línea, pero él se había disculpado. Parecía acercarse a ella bajo la apariencia de un amigo, y ahora tenía muy pocos.

—Eres amable por preocuparte por mí —dijo al fin—. Sin embargo, diré que no creo que mi marido sea un ogro.

—No, no lo es. Puede que no sea de aspecto distinguido, pero tampoco es tan repulsivo como un ogro —Craddock rio, y Kitty se vio sorprendida por la frialdad que se escondía bajo sus rasgos atractivos.

Kitty frunció el ceño. Supuso que, en un análisis objetivo, Craddock era con mucho el más apuesto de los dos, con sus facciones armoniosas, su mirada brillante y su mandíbula masculina. Pero Phineas sí tenía un aspecto distinguido. Tal vez su expresión natural era severa, pero cuando sonreía, el gesto iluminaba su rostro y alcanzaba incluso sus ojos. Tendría que procurar que sonriera más a menudo.

No de un aspecto distinguido. Las palabras siguieron resonando en el silencio, escociendo una herida. Quizá ese era el criterio de un hombre como Craddock, que gozaba de un atractivo físico por encima de lo habitual. Pero su marido era, sin duda, distinguido… al menos a sus ojos. No podía dejar pasar esa afirmación sin corregirla.

—No es repulsivo, no —respondió con una leve sonrisa, lo que hizo que Craddock volviera a mirarla.

Al aproximarse a los establos, él alargó el brazo y cogió las riendas, y sus manos enguantadas rozaron las de Kitty, quien sintió el impulso de apartarse, pero no deseaba montar una escena. Al fin y al cabo, él era su instructor, y no había nada abiertamente inapropiado en aquel gesto.

Ya dentro de los establos, Craddock desmontó de un salto y ató las riendas en el gancho de la puerta.

—Aquí, permita que la ayude.

Kitty permaneció sentada un instante, sin saber muy bien cómo debía desmontar. Tenía los muslos doloridos y las piernas entumecidas. Era la distancia más larga que habían recorrido hasta ahora, y no estaba acostumbrada a este ejercicio en particular. Sin embargo, no podía quedarse sobre el caballo. Cogiendo aire, apoyó la mano en la que él le ofrecía y se deslizó hasta el suelo. Con los pies ardiendo y las rodillas débiles, descubrió que no la sostenían, y tropezó hacia delante. Craddock la sujetó por la cintura.

La cercanía la dejó paralizada, y sus rodillas, aún demasiado frágiles por la cabalgata, le impidieron apartarse. Craddock inclinó la cabeza y atrapó su mirada, con una sonrisa demasiado íntima para lo que su situación permitía. Ella abrió la boca para hablar al tiempo que intentaba separarse de su pecho, pero su esfuerzo fue poco eficaz.

—Mi señora.

Una voz conocida, aunque gélida, alcanzó a Kitty. Se volvió y vio a su marido en la entrada de los establos.

¡Phineas! Debió haber desayunado temprano y salido de Bath inmediatamente después. La expresión de sus ojos era dura y brillante, completamente distinta a cualquier cosa que Kitty hubiera visto antes en él. ¿Qué debía de estar pensando su marido? Phineas dudaba de su inocencia. ¿Cómo no hacerlo, al encontrarse con una escena así? Su ceño fruncido hizo que una punzada de culpa la atravesara. Quizá no era del todo inocente, después de haber permitido que aquella familiaridad creciera entre Craddock y ella. Intentó responder con calma.

—Milord, qué alegría verlo de vuelta sano y salvo. ¿Podría solicitar su ayuda? Mi cabalgata ha sido más largo de lo habitual, y

me temo que mis piernas no me sostendrán.

Tras un instante de vacilación, Phineas hizo una leve reverencia y se dirigió hacia ella.

—Craddock —dijo secamente al pasar junto al mozo.

Le ofreció el brazo, y Kitty apoyó la mano en él. Sosteniéndose en su marido, salió de los establos con unas piernas trémulas que no se debían del todo a haber cabalgado durante dos horas.

Salieron al sol brillante. Sus pasos crujieron sobre el suelo helado, y el aire frío magulló la nariz de Kitty. Parecía que no tardaría en nevar, aunque era pronto en la estación para eso. Caminaron en silencio, y Kitty percibió la ira de su marido en la rigidez de sus músculos y en el paso rápido que ella tenía que imitar para no quedarse atrás. Debería decir algo, defenderse, pues era inocente. Phineas debió haber sacado conclusiones al verla tan cerca de Craddock, pero bien podría concederle el beneficio de la duda. Tal vez no fuera una dama en el sentido de haber nacido en la nobleza, pero sin duda había sido educada como tal.

Sin embargo, el silencio no podía prolongarse. Tenía que decir algo.

—¿Tu viaje fue un éxito?

—Lo fue.

Pensó que esa respuesta cortante sería todo lo que obtendría, pero Phineas añadió:

—Un nuevo administrador llegará la próxima semana.

Su marido redujo un poco el paso, quizá al darse cuenta por fin de que a Kitty le costaba seguir el ritmo. Ella buscó un tema que pudiera devolverlos a la conversación natural que habían compartido antes de su partida. La echaba de menos.

—Mis lecciones de equitación han ido bien. Ya he empezado a montar fuera del prado.

—Eso veo.

Su voz había recuperado el tono áspero y ahora estaba teñida de una terrible ironía.

Una oleada de irritación inundó el pecho de Kitty. Él estaba decidido a castigarla. ¿No debería un caballero confiar más en su

esposa? Aun así, se esforzó por buscar la reconciliación manteniéndose en temas más neutros.

—He repasado varias tareas de la casa con la señora Morley y he hecho algunos pequeños cambios —no creyó necesario añadir que el ama de llaves la trataba con un desdén apenas disimulado. Se acercaban a la mansión, y Kitty sintió un temor irracional: si llegaban a la casa sin haberse entendido, todo estaría perdido.

—Me alegro —fue la única respuesta que dio. Todo estaría perdido.

Subieron los escalones de piedra y, antes de llegar arriba, Phineas se detuvo y la miró. Su mirada había perdido algo de dureza, pero seguía velada y distante.

—He comprado algunas cosas necesarias para ti. Me encargaré de que el lacayo las suba a tu habitación —continuó subiendo las escaleras, y el mayordomo abrió la puerta desde dentro—. Tengo muchos pendientes. Estaré en mi estudio si necesitas algo —una vez dentro, dejó caer el brazo y se apartó de ella. El brazo de Kitty cayó a su costado.

Había estado deseando tanto el regreso de su esposo, y esta no era la bienvenida que esperaba. No sabía cómo superar la distancia. Le parecía trivial y ridículo confesar que no había pasado nada con el mozo. Casi la haría parecer culpable tener que defenderse de esa manera. Y había necesitado el apoyo de Phineas, no su condena. No; suplicar su comprensión no era algo que pudiera —ni quisiera—, hacer.

El mayordomo la miraba con extrañeza, y Kitty comprendió que estaba parada en el pasillo en penumbra, absorta en sus pensamientos. Se dio la vuelta y subió las escaleras. Quizás si hacía sonar una campana, alguien llevaría una bandeja de té a su habitación. Tal vez había al menos uno o dos sirvientes lo suficientemente leales como para obedecer sus órdenes. Poco después, Sterling apareció con una bandeja de té y galletas, y ambas cosas consiguieron que Kitty se sintiera mejor. Sterling no se mostró afectuosa, pero tampoco se rebeló abiertamente contra Kitty. Ningún lacayo había llegado con los artículos que Phineas creía que necesitaba, y ella había tenido tiempo de preguntarse cuáles serían.

Su guardarropa estaba lleno, y Kitty no podía imaginar qué creía él que le faltaba. Quizás le había comprado libros, pensando en educarla. Por lo visto, no tenía una opinión demasiado buena de ella si pensaba que era tan mal criada como para iniciar un flirteo en cuanto él se marchaba de la finca. Bajó la taza y el platillo con fuerza, y la porcelana tintineó en la bandeja.

Una hora después, Kitty oyó que llamaban a la puerta y abrió. No había uno, sino tres lacayos con paquetes para ella. Abrió los ojos de par en par al hacerse a un lado para dejarles pasar.

—Podéis dejar esas cosas en la mesa junto a la chimenea.

Los tres lacayos obedecieron y cerraron la puerta tras ellos al salir. Kitty examinó los paquetes. Uno de los objetos era bastante grande y estaba envuelto en tela. Tiró del cordón y se abrió, revelando un marco cuadrado dorado, del tamaño perfecto para la pared vacía sobre la cómoda. El cuadro era pesado, pero pudo levantarlo, apoyarlo contra la mesa y apartarse para contemplarlo. Se quedó sin aliento. Era un cuadro de Bristol, no lejos de donde vivía, en casa de su hermano: un tramo del muelle por el que a veces paseaba con Sam, sus sobrinos y sobrinas. Parpadeó varias veces, presa de una mezcla de emociones en la que se entrelazaban la nostalgia y una extraña vulnerabilidad. Su marido no había comprado algo necesario, sino un regalo excepcionalmente considerado. Y había pensado en ella durante su estancia en Bath.

Ahora, con entusiasmo, se dirigió a los otros paquetes. Había uno que contenía varios metros de tela, hecha de un tejido rígido que solo pudo suponer que se usaría para trajes de montar. Era demasiado grueso para cualquier otra cosa. Evaluó la tela y levantó un trozo tras otro. Sabía que cada color le sentaría a la perfección, pero era asombroso que él hubiera tenido tanta previsión. Y eran de una textura exquisita. Una caja contenía un sombrero atractivo que combinaba a la perfección con uno de los trozos de tela, y las otras cajas revelaban varios sombreros que cumplían la misma función. Todos eran para montar a caballo.

Kitty estaba confundida. *Él había dicho necesidades.* Era cierto que, con el tiempo, habría tenido que mandar hacer otros trajes, pues no tenía suficientes para la cantidad de equitación que estaba

practicando. Pero estos regalos eran una reflexión meticulosa, y demostraban que él aprobaba sus lecciones. Entonces, ¿por qué la había tratado con frialdad al interrumpir una de éstas, lo cual, si ella hubiera interpretado correctamente sus obsequios, era algo que él aprobaba? Fue la escena con el mozo lo que no le gustó, pero no fue culpa suya, y él debería haberlo sabido. Y Kitty no lo conocía lo suficiente como para abordar el tema.

Se sentó en el sillón tapizado, contemplando los regalos esparcidos a su alrededor, conmovida más allá de las palabras por todo el empeño que él había puesto en esto. ¿Por qué los había llamado nada más que necesidades? ¿Por qué no se los había entregado él mismo? Podría haberla visto abrirlos.

Quizá esto había sido lo mejor. No le habría gustado que él presenciara la emoción que la embargó al ver todos aquellos objetos tan preciados. Erasmus siempre le había permitido comprar lo que quisiera, pero nadie le había hecho nunca un regalo, salvo en contadas ocasiones por algún cumpleaños. Ni siquiera en todos: algunos habían sido olvidados por completo.

Su mirada se posó en una caja de terciopelo que había quedado parcialmente oculta bajo la tapa de una de las sombrereras. La cogió con manos ansiosas y la abrió; las bisagras se alzaron de golpe con un leve chasquido. En su interior reposaba un collar de diamantes deslumbrante, con piedras amarillas y verdes que supuso podían ser zafiros… o quizá zafiros y esmeraldas. Había pendientes a juego, y el conjunto entero era elegante y discreto: tal vez la joya más hermosa que había visto en su vida.

Kitty lo contempló durante varios minutos; luego cerró la tapa y presionó la caja de terciopelo contra su pecho. *Necesidades.* Negó con la cabeza.

13



Phineas se paseaba de un lado a otro por su estudio. Había sido una tortura caminar con calma y compostura con Kitty del brazo después de haberla visto en brazos de ese maldito mozo, Craddock. ¡Qué tonto había sido Phineas! Había pasado toda una tarde recorriendo distintas tiendas, reuniendo regalos para ella que, con toda probabilidad, despreciaría. Supuso que podría haberlos desechado todos, pero no era un hombre derrochador. Era probable que a ella le causara repulsión que él exhibiera sus sentimientos con tanta franqueza. ¿Quién podría saberlo? Quizás ella buscaría a Craddock y se reirían juntos del ingenuo y desdichado de su marido, que prácticamente había confesado sus sentimientos por su esposa.

En un principio, había ordenado al lacayo que llevara los regalos a su estudio. Su plan había sido invitarla a acompañarlo allí para tomar el té, pues la estancia contaba con sillones cómodos y una gran chimenea. Había pedido que llevaran el servicio de té y avivaran el fuego mientras él iba a los establos a esperar el regreso de su esposa. Sus pasos se habían acelerado al salir a su encuentro; exhalando nubes de vapor, pero apenas sentía el frío en su prisa por volver a verla.

Lo que *no* había esperado era encontrar a su esposa en brazos del mozo de cuadra.

Phineas presionó los nudillos contra sus labios. Si hubiera sido más hombre, le habría propinado un puñetazo al muy necio y lo

habría despedido acto seguido. Pero había estado demasiado aturdido para reaccionar, y su esposa, tras mostrar un instante de conciencia de la situación, se había apartado y le había pedido ayuda. Había suficiente margen para la duda sobre lo que estaba presenciando, y él no era de los que armaban escenas. Sin embargo, el paseo hasta la casa no había hecho sino endurecerle el corazón. Tal vez no estaba dispuesto a golpear a un hombre sin estar seguro de lo que había visto, pero tampoco permitiría que Kitty fuera testigo de su confusión interior.

Tardó una hora entera en reunir fuerzas para llamar al lacayo y ordenar que llevaran los regalos a la habitación de Kitty. No, no los tiraría, pero tampoco sería tan tonto como para esperar que se arrojara en sus brazos por unas cuantas baratijas traídas a casa.

No hubo noticia alguna hasta la cena, aunque tampoco esperaba nada. Se preguntó cómo transcurriría. ¿Sería tan incómoda como aquel primer día? ¿Kitty diría algo sobre los regalos? ¿Se reiría de él? No lo haría abiertamente, desde luego, pero quizá se burlaría en privado.

Phineas apretó los puños, con el ceño tan tenso como un resorte. Tal vez no estaba siendo justo con su esposa. No había habido nada en su conducta que lo llevara a pensar que ella pudiera engañarlo. Y, sin embargo…

No tenía importancia. Tendría que esperar a la cena para juzgar por sí mismo.

Como era su costumbre antes de partir hacia Bath, Phineas llamó a la puerta de Kitty puntualmente a las seis. Ella abrió y alzó hacia él sus hermosos ojos, sonriendo. La incertidumbre de esa sonrisa le provocó una mezcla de placer y dolor. Al menos demostraba que no era completamente conspiradora. Deslizó la mano en el brazo de Phineas, y su pulso se aceleró al sentir su contacto. Ella había dicho que no deseaba sujetar su brazo en el interior de la casa.

Su presencia a su lado era tan ligera como una pluma.

—Permíteme darte las gracias por tus atentos regalos. Me ha dado mucho placer contemplarlos.

El ánimo de Phineas se elevó. ¿Había pasado tiempo apreciándolos? Tal vez no todo estaba perdido. Sin embargo,

desechó esa idea casi de inmediato. No podía ignorar lo que había visto.

—No supusieron demasiado esfuerzo. Desde luego, si no te agradan, puedes prescindir de ellos. O dárselos a algún criado. No estoy muy versado en la moda femenina.

Kitty se apartó un poco para poder mirarlo.

—¿Prescindir de ellos? —repitió, sorprendida—. Aunque no favorecieran a mi tez, no los regalaría, porque son un obsequio de mi marido.

Phineas se sintió más animado al oír esas palabras, aunque su buen humor seguía empañado por el peso de la desconfianza. No lograba borrar de su mente la imagen de los brazos de Craddock rodeando a su esposa. Tenía el gran deseo de estrujar el cuello del mozo. Ni siquiera él había tenido aún el privilegio de estrechar a su esposa entre sus brazos. El pensamiento le atravesó la mente. Se preguntó qué haría Kitty si en este mismo instante la apartara a un lado y la atrajera hacia sí en un abrazo. Aceleró el paso para evitar cometer semejante torpeza.

Kitty también apuró el paso para seguirlo, aunque le lanzó una mirada furtiva.

—Aprecié especialmente el cuadro de Bristol. No sé si eres consciente de ello, pero el muelle está muy cerca de donde vivía mi hermano, y solía pasear por allí con mi hermano pequeño.

Habían llegado ya al comedor, y Phineas le indicó que entrara.

—No, pero supuse que, aun si no se trataba de un lugar concreto que conocieras, una imagen de Bristol te agradaría.

Kitty le dedicó una sonrisa.

—Me agradó muchísimo. Haré que uno de los lacayos lo cuelgue en mi habitación. Ya he decidido dónde irá.

Eso lo apaciguó ligeramente, y la bestia de los celos empezó a retirarse. Se descubrió capaz de imaginar una cena tranquila con ella, incluso de abrir la boca para mantener una conversación.

El lacayo sirvió la cena y hablaron, como de costumbre, de todo y de nada: del estado de los caminos desde Bath y de toda la información no privada, como el nuevo administrador que se

incorporaría a la casa. Cuando llegó el postre, el lacayo se retiró finalmente.

—¿No te sentarás conmigo, como hiciste antes, Phineas? —su esposa señaló con la mirada la silla vacía a su lado. Phineas dudó antes de coger su plato y sentarse cerca de ella.

Intentó pensar en qué decir sin abordar el tema que le preocupaba.

—¿Tuviste visitas en los dos días que estuve fuera?

Kitty respiró hondo con expresión controlada, y una expresión peculiar cruzó su rostro.

—Sí, la señora Dutton y su hija vinieron de visita.

—Por fin. Espero que puedan ofrecerte compañía. ¿Se quedaron mucho tiempo o hablaron de alguna invitación?

Kitty bajó la mirada hacia el manjar blanco en su plato.

—Ni siquiera se quedaron los treinta minutos de rigor, sino que se fueron en cuanto pudieron. La hija parece tener un carácter más conciliador que su madre. No hablaron de ninguna invitación, aunque quizás recibamos alguna —por su expresión, ella parecía dudarlo.

Había suficiente reserva en su voz como para que Phineas estuviera casi seguro de que la visita no había resultado bien. Se preguntó qué se hacía para fomentar las buenas relaciones en un pueblo del que tanto él como su esposa eran, en cierta medida, recién llegados.

—Ya veremos, supongo —añadió ella.

Reinó el silencio, interrumpido por el suave tintineo de las cucharas siendo sumergidas en el manjar blanco. Su esposa estaba más callada que de costumbre, y las dudas de Phineas volvieron a surgir. ¿Lo encontraría aburrido? Estaba seguro de que la mayoría de las mujeres con las que había bailado en salones lo habían pensado, incluso si lograban mostrar entusiasmo por su título.

Finalmente, Kitty levantó la mirada y dijo con cierta timidez:

—Recibí una carta de mi cuñada. No había muchas novedades, pero al final de la carta, había dejado un espacio para que mi hermano menor escribiera. Me preguntó si podía venir aquí una

temporada —presionó los labios, como si quisiera decir más pero no se atreviera.

Phineas dio un sorbo a su oporto mientras intentaba formular una respuesta. En teoría, no tenía objeción a que su hermano pequeño estuviera aquí. Entendía que Kitty echaría de menos a su familia. Pero ¿acaso esta visita acabaría con cualquier posible atmósfera de luna de miel entre ellos? Podría consolidarlos como una pareja que solo tenía un matrimonio solo de nombre, sin afecto. No habría un interludio romántico antes de establecerse y formar su propia familia. La idea entristeció a Phineas. Después de todo, ya no estaba seguro de si la relación había tenido alguna vez mucha esperanza. Se había ausentado tan pronto después de la boda que no había habido una verdadera unión; regresó para encontrarla en un abrazo íntimo con uno de los criados, y ahora ella le pedía que acogiera a su familia.

Era justo lo que se merecía por haber arreglado un matrimonio sin buscar a alguien cuyo corazón vibrara al unísono con el suyo.

—Les había prometido a mis padres que los visitaríamos antes de Navidad, pero puedo escribir para cancelar. Si lo deseas, puedes hacer arreglos con el mayordomo y el ama de llaves.

Kitty lo miró con duda, y Phineas notó que su voz había sonado dura.

—Sin duda, debemos visitar a tus padres, como has planeado —dijo, sin apartar la mirada de él—. ¿Cuándo has planeado que vayamos?

—En poco menos de un mes —dijo Phineas, lanzándole una rápida mirada. Su corazón latía con fuerza, pero accedería a su petición—. Si lo deseas, puedes organizar una breve estancia para Samuel y lo acompañaremos a Bath, donde podríamos devolvérselo a su hermano y a su esposa.

—Si estás seguro de que no te supondrá una molestia —Kitty frunció el ceño, y una parte de él deseó borrarlo. Se contuvo.

—No, ¿por qué habría de molestarme? —respondió con tono inexpresivo—. Tienes todo el derecho a esperar la visita de tu familia. Puedes hacer los arreglos cuando desees.

Cuando terminaron el postre, la acompañó a su habitación, como era su costumbre. Y cuando se detuvieron en la puerta, uno frente al otro, Phineas simplemente hizo una reverencia y se marchó. Ni siquiera abrigaba la esperanza de un abrazo.



El hermano de Kitty llegaría dentro de una semana. Mientras el día llegaba, ella había continuado con sus clases de equitación, y aunque Phineas se negó a humillarse yendo a los establos a vigilarlos, buscaba discretamente pistas a su regreso. ¿Le brillaban los ojos de emoción? ¿De amor? ¿Craddock se pavoneaba, mostrándose aún más engreído? Le había escrito a Carter para pedirle más detalles sobre Craddock, pero no recibiría respuesta pronto, pues Carter estaba de permiso durante otra semana más. Y Phineas se metería en un lío si despedía al mozo de cuadra sin tener un sustituto listo.

En una ocasión, la tentación fue demasiado grande y Phineas fue a las caballerizas en un momento inesperado, sabiendo que su esposa estaría allí. La encontró acariciando el hocico del caballo, mientras Craddock permanecía a su lado observándola. Todas las sospechas de Phineas parecieron confirmarse al ver la forma en que Craddock miraba a su esposa, aunque no estuvieran haciendo nada impropio. Cuando Kitty se volvió y vio a Phineas, su rostro y sus ojos se iluminaron con una sonrisa que calmó parte de sus temores. Nadie podía mirarlo así si era completamente indiferente. No confiaba plenamente, pero tampoco podía considerar su matrimonio como del todo perdido.

Sin embargo, cuando Phineas se dio la vuelta y regresó a la casa, apretó los dientes. Pasara lo que pasara, no permitiría que le pusieran los cuernos.

El día de la llegada de su hermano, Kitty se mostró más alegre en el desayuno de lo que había estado desde el regreso de Phineas de Bath. De hecho, no la había visto tan natural y relajada en todo el tiempo que llevaban casados. Había algo en la llegada de su

hermano que parecía bajar sus defensas y permitir a Phineas vislumbrar quién era ella en realidad.

—Creo que pronto tendré la habilidad suficiente para montar contigo —dijo mientras daba un sorbo a su café—. Tendremos que ver si Sam monta tan bien como espero. No creo que Erasmus se haya encargado de su entrenamiento, salvo por alguna que otra lección de poni en un establo vecino. Supongo que Craddock puede ponerlo a prueba y evaluarlo. En cualquier caso, dice que ha visto montar a mi hermano y que tiene aptitudes, aunque necesite lecciones.

Phineas levantó la cabeza de golpe.

—¿Craddock ha visto a tu hermano? —preguntó con profunda sospecha.

Kitty levantó la cabeza, entrecerrando los ojos, confundida por su tono. Luego, su ceño se disipó.

—Sabes, había olvidado decírtelo porque no hemos hablado de ello desde que estuviste en Bath, pero Craddock conoce a mi familia. Su primo es vecino nuestro, y aunque él y yo no nos conocíamos, ha visitado y conoce a mi hermano y a su esposa.

Phineas tuvo dificultad para controlar la respiración, y las palabras de Kitty le llegaron a través de una niebla.

—¿Lo conocías antes de venir aquí?

Esperaba con ansias su respuesta, la red de mentiras que podría tejer. Pero su respuesta fue muy natural:

—No, ni una sola vez. Pero imagina mi sorpresa al descubrir que alguien de mi calle, en Bristol, trabajaba aquí.

La mente de Phineas daba vueltas. ¿Era posible que Craddock tuviera puestos los ojos en su esposa y que hubiera buscado un puesto en su casa precisamente para estar cerca de ella? ¿Era tan buena actriz como para hacer creer que nunca se habían conocido? No estaba seguro, pero estaba decidido a averiguar cómo Craddock se había ganado un puesto en sus establos y qué tan honorable era. No importaba si Phineas terminaba rompiéndole el corazón a su esposa al despedirlo; se negaba a tener un traicionero en su casa.

—Tengo trabajo que hacer —se levantó bruscamente—. Puedes venir a buscarme cuando llegue tu hermano —Phineas se dirigió a la

puerta y no se giró para ver su expresión.

—Lo haré —la vacilación en su voz persistió y lo siguió fuera de la habitación, acosando cada uno de sus pasos. La había herido con su tono brusco. Ojalá pudiera estar seguro de su fidelidad. ¿Y si Craddock era su amante desde hacía mucho tiempo? Ideas oscuras comenzaron a arraigarse en su mente. Tal vez por eso no quería tener nada que ver con Phineas. ¿Y si Samuel no era solo su hermano? ¿Y si ella era su…?

No. Ella habría tenido doce años cuando nació Samuel. ¿Cómo había llegado Phineas a volverse tan insensato como para albergar semejantes pensamientos? Eso era lo que el amor hacía con un hombre. No era que estuviera enamorado, sino quizás más exactamente, se podría decir que era lo que el deseo hacía con un hombre. Tendría que librarse de ese sentimiento bajo. Se centraría en el matrimonio y se aseguraría de que al menos la unión se mantuviera honorable, aunque no existiera ningún afecto más elevado.

Oyó unos pasos y la puerta abriéndose. Hubo el revuelo propio de una llegada y gritos de entusiasmo, y el tono más cálido de Kitty al dar la bienvenida a su hermano. Estuvo tentado de ir a ver, pero le había dicho que le avisara cuando llegara Samuel. Poco después, llamaron suavemente a la puerta y el lacayo entró para informarle.

—El hermano menor de Lady Hayworth está aquí. Ella ha solicitado que se lo comunique, milord.

—Dile que iré enseguida —Phineas esperó unos minutos más, paseándose de un lado a otro por el estudio mientras decidía la forma más apropiada de actuar. Se preguntó cómo afectaría la influencia de su hermano a su ya frágil relación con su esposa. ¿Con una división clara en dos bandos? ¿Ella, Samuel, Craddock…?

¡No! *¡Aargh!* Phineas se reprendió de nuevo. Se estaba volviendo loco. Dio dos vueltas más mientras la charla de Samuel llenaba la entrada y resonaba en las paredes. Por fin, presa de una mezcla de inquietud y curiosidad, Phineas entró en el vestíbulo y se detuvo en seco al ver el rostro de Kitty cuando su mirada se alzó para encontrarse con la de él. Ella no apartó la mirada, y a él le sorprendió que fuera la primera vez que parecía feliz. Samuel estaba

de espaldas a Phineas mientras examinaba dos espadas que decoraban la pared.

—¿Cómo se llaman? —le preguntó a su hermana.

—Son estoques de caballero —respondió Phineas, dando un paso al frente. Como recompensa, Kitty sonrió y se colocó al lado de Samuel.

—Saluda a lord Hayworth —lo animó.

Samuel hizo una reverencia.

—Buenos días, milord —se parecía mucho más a Kitty que a Erasmus. Su cabello ondulado era rubio con reflejos rojizos, y sus ojos eran del mismo marrón, aunque sus pestañas lucían rubias mientras que las de ella eran oscuras.

Phineas asintió.

—Bienvenido a Giddenhall —miró a Kitty, queriendo proteger su corazón, para no ser alcanzado por su propia estocada si lo estaba engañando. Pero no podía, no cuando veía ese brillo en sus ojos, que mantenía fijos en él. Necesitaba irse antes de exponerse más—. Estoy seguro de que querrás verlo todo. Me encargaré de que tu cena esté preparada para las seis. Lamento no poder acompañaros esta noche.

Se arriesgó a mirar a Kitty a la cara, pero ella apartó la mirada. Hubo unos segundos de silencio antes de que ella fingiera una sonrisa y tendiera la mano a Samuel.

—Ven. Hay mucho que ver.

14



Kitty tuvo su lección de equitación, a pesar de que su hermano había llegado apenas el día anterior. Una vez que el jardinero se había ofrecido a enseñarle a Samuel cómo mejorar en el tiro con arco, no hubo manera de disuadirlo de salir a practicar ese mismo día. Ella había esperado que Phineas dedicara algo de tiempo a conocer a su hermano, pero después de que él se negara a asistir a la cena de la noche anterior, le quedaban pocas esperanzas de que eso ocurriera.

Se vistió con su hábito de montar. Su criada había estado quitando la mayor parte de la suciedad con un cepillo, y Kitty no lo había llevado puesto durante muchas horas cada día. Aun así, empezaba a necesitar con urgencia un buen lavado. Echó un vistazo a los metros y metros de tela que Phineas había traído para ella, colocados sobre una mesa en un rincón. Ya era hora de hacer algo con aquello.

Miró por la ventana, preguntándose si alcanzaría a ver a Samuel, que a esas alturas ya debía de ir de camino a practicar tiro al blanco. Kitty sonrió al divisarlo, caminando fatigosamente detrás del jardinero hacia el bosque que bordeaba el extremo más alejado de la tierra. Después del desayuno, el jardinero se había ganado a Samuel al cambiar la cuerda de su arco por una anudada en lugar de una continua. La flecha había recorrido el doble de distancia.

Kitty volvió la mirada hacia las telas y luego se dirigió a la puerta con determinación. Encontró a la señora Morley sentada a la mesa de la cocina, con una taza de té suave delante. El ama de llaves se levantó de su asiento con un sobresalto de culpa y luego entornó los ojos, como molesta por haber sido sorprendida.

—¿Sí, mi señora?

Con la esperanza de tranquilizarla, Kitty sonrió.

—Señora Morley, no me importa que se siente de vez en cuando.

La señora Morley entrelazó las manos frente a sí, con los músculos de la mandíbula tensos.

—¿Qué desea?

El corazón de Kitty se hundió. La señora Morley no había mostrado ninguna simpatía hacia ella, y estaba segura de que ahora la despreciaba aún más por haberla sorprendido en un momento de debilidad. Exhaló.

—Me gustaría saber dónde podría mandar confeccionar algunos hábitos de montar.

La señora Morley clavó la mirada en un punto de la pared más allá de Kitty.

—Me temo que no puedo recomendar a nadie de la zona —alzó la vista para mirarla con expresión hosca—. No a alguien con la habilidad necesaria para confeccionar ropa para la esposa de un vizconde.

Kitty apretó los labios para no soltar una réplica poco amable.

—Ya veo.

Se miraron durante un instante, pero Kitty no deseaba entrar en una lucha de voluntades por unos cuantos metros de tela. Hizo un gesto con la mano hacia la mesa.

—Continúe entonces.

Cuando se disponía a salir de la cocina, el ama de llaves arrojó el resto del té al fregadero y dejó la taza con un fuerte tintineo. Kitty tensó la mandíbula mientras subía las escaleras. Tendría que hablar con Phineas sobre su ama de llaves. No fue hasta llegar al rellano cuando su enfado se disipó. No podía hacerlo todavía… no cuando él se mostraba tan frío con ella.

Al entrar en los establos, Craddock estaba sacando los dos caballos, ya ensillados. Sus ojos se iluminaron al verla.

—Mi señora, lo tengo todo preparado para usted. Estoy muy emocionado por nuestra cabalgata de hoy.

La intensidad de su expresión despertó en Kitty una sensación de cautela. Ella pasó las manos por la crin áspera de la yegua mientras murmuraba algo para el animal.

—Usted y yo nos sentimos cada vez más cómodos juntos, ¿no es así?

La familiaridad de Craddock la inquietaba, y necesitaba tiempo para pensar cómo responder. Por fin, lo miró mientras ajustaba la cincha tal como él le había enseñado.

—¿Ah, sí? ¿Por qué dices eso?

La mirada de Craddock no se apartó de su rostro, y Kitty sintió su peso, lo que le dificultó respirar con normalidad. Se sentía halagada, pero había algo incorrecto en recibir ese comentario de un hombre que no era su marido.

—Conversar con usted es la parte más interesante de mi puesto aquí. Es usted una mujer fascinante.

Kitty lo miró un instante y luego apartó la vista. Había llegado el momento de frenar ese tipo de comentarios, pero no sabía cómo hacerlo. Él no había dicho nada abiertamente inapropiado; simplemente daba por sentado demasiado. Era una atención que habría agradecido si no estuviera casada, sobre todo viniendo de alguien a quien encontraba atractivo y de carácter afable. Cuando ella y Craddock montaban juntos, hablaban de asuntos muy diversos, y en muchos de ellos sus opiniones coincidían. Pero esa complicidad era justo la que ella anhelaba tener con Phineas, *su esposo*, y no estaba dispuesta a cederla a nadie más.

Abrió la boca para hablar, aún sin saber qué decir y todavía sintiendo la expectación de Craddock, cuando se vio librada de la necesidad.

Oyó movimiento detrás de ella y se volvió.

—Craddock —llamó su marido, avanzando a grandes pasos—. Montaré hoy con mi esposa. Ensilla mi caballo.

Un destello de ira cruzó el rostro de Craddock, pero Phineas lo pasó por alto. Sin decir palabra, Craddock condujo su caballo de vuelta al establo y sacó el semental de Phineas, apartando los arreos del gancho de la pared con una sola mano.

Con movimientos bruscos dejó listo el caballo de Phineas, mientras este se alejaba para inspeccionar una de las yeguas que estaba a punto de parir. Kitty continuó acariciando el hocico y la crin de su montura, dándole muestras de afecto a la imponente bestia que, con suerte, la llevaría con seguridad sin asustarse. Agradecía tener algo que hacer, pues sentía la tensión entre los dos hombres y no sabía cómo disiparla. Deseaba hacerle saber a Craddock que estaba agradecida por su amistad y por el vínculo que la unía a su vida anterior, pero que no iría más allá. Y deseaba que Phineas supiera lo contenta que estaba de cabalgar con él y tranquilizarlo, asegurarle que no tenía nada que temer. Los obsequios que él le había traído de Bath demostraban que existía un afecto latente, y eso le daba esperanza. Sin embargo, la desafortunada coincidencia de su llegada no había ayudado en nada. A Kitty le aguardaba un arduo trabajo.

Phineas se acuclilló y entrelazó las manos para ayudar a Kitty a montar, mientras Craddock sujetaba al semental. Luego Phineas subió a su caballo y avanzó, esperando a que Kitty lo siguiera. Pronto dejaron atrás los establos, y el sonido de los cascos sobre el sendero helado rompió el silencio. Cabalgaron durante un buen trecho y, a diferencia de la conversación fluida que Kitty mantenía con Craddock, este silencio era pesado, lleno de palabras no dichas. Su marido miraba al frente sin hablar, y Kitty buscó un tema de conversación. Al final fue Phineas quien habló primero.

—¿Desde cuándo tienes por costumbre salir a cabalgar? —dijo, mostrándose atractivo al girarse en la silla—. No sé si nos atreveremos a llegar hasta las tierras de los arrendatarios.

El aliento de Kitty salió en una nube.

—He llegado a montar hasta dos horas, aunque eso exige demasiado de mis capacidades.

—¿Tanto tiempo? —exclamó—. Has progresado más de lo que esperaba en tan poco tiempo. Entonces sí podremos visitar a los

arrendatarios. Me aseguraré de que regresemos antes de que seas vencida por el cansancio.

Kitty le dedicó una sonrisa tímida.

—Gracias.

—Espero que mi compañía sea de tu agrado, y que no estuvieras esperando una lección de equitación por parte de Craddock.

Phineas fijó la vista en algún punto distante en lugar de mirarla, y su voz sonó cortante.

Esta era la oportunidad de Kitty, y la aprovechó.

—Nada podría complacerme más que cabalgar con mi marido, y estoy segura de que no podría desear un instructor mejor que tú.

Lo observó mientras avanzaban y se alegró al ver una sonrisa en su rostro antes de que él volviera la mirada al frente. Cuando habló de nuevo, su voz se había suavizado.

—No puedo decir que tenga experiencia enseñando a otra persona a montar, pero sí puedo ocuparme de tu comodidad y de tu seguridad.

Kitty igualó su tono ligero, y por primera vez desde que él había regresado, la esperanza floreció en su pecho.

—No te pido nada más que eso, Phineas.

Desde su regreso de Bath, y tras haber perdido la cómoda cercanía que antes existía entre ellos, le suponía un esfuerzo no volver a decir «milord». Pero usó su nombre deliberadamente, y fue recompensada con otra mirada cálida.

Llegaron a las dos hileras de casas de los arrendatarios, y algunas mujeres salieron a observar a Kitty con curiosidad. Phineas las saludó y dijo:

—Permitidme presentaros a mi esposa, lady Hayworth. Nos hemos establecido en Giddenhall, así que es probable que nos veáis con más frecuencia.

Las mujeres hicieron reverencias, y Kitty oyó murmullos de «milady» mientras una de las madres empujaba suavemente a su hijo para que se inclinara. Las mujeres y sus hijas vestían humildemente, con popelina lisa o estampada, y los niños llevaban pantalones de paño de ratina. Su deferencia era algo que Kitty no había recibido ni siquiera de sus propios sirvientes. Sentada en lo

alto del caballo, no podía engañarse pensando que su posición era muy superior a la de ellos. Se preguntó si sabrían de dónde procedía ella.

Kitty sonrió.

—Qué hijos tan estupendos tenéis. Giddenhall tiene suerte de contar con manos tan fuertes para trabajar los campos.

Phineas vio a uno de los hombres y le hizo un gesto para que se acercara.

—Buenos días, Mills. ¿Qué te parece tu nuevo administrador?

El hombre avanzó hasta colocarse al frente del pequeño grupo.

—No tengo quejas, milord. Dijo que mi casa será la siguiente en recibir un tejado nuevo, con seis hijos como tenemos. Mantendrá fuera el frío.

—Veo que ya han empezado las obras en la casa de tu vecino. Excelente. Lo necesitaban con urgencia.

Phineas recorrió al grupo con la mirada, y Kitty se detuvo en su rostro, descubriendo por primera vez que sus rasgos no eran solo apuestos… sino nobles. Qué afortunada era de haberse casado con un hombre que se preocupaba por el bienestar de sus arrendatarios. ¿No se extendería también ese cuidado hacia su esposa? ¿Podrían tener una oportunidad de ser felices? ¿Un afecto profundo… incluso amor?

Phineas volvió a dirigirse al mismo hombre, que parecía ejercer de portavoz oficial de los arrendatarios.

—Mills, no puedo encargarme de todas las casas antes de que llegue la parte más dura del invierno, pero daremos prioridad a las viviendas donde haya niños y ancianos. Si el anterior administrador hubiera hecho su trabajo, quizá habríamos podido encargarnos de todas.

—Gracias, milord.

Hubo otra ronda de reverencias e inclinaciones, y Kitty empezó a sentir el frío por permanecer quieta, aunque no llevaban mucho tiempo allí.

Phineas la miró y luego volvió la vista al grupo.

—Regresaré para comprobar cómo marchan las cosas. Y creo que estaremos en la residencia para Navidad. En cualquier caso,

este año se repartirán cajas de Navidad.

Los arrendatarios sonrieron con mayor amplitud, y uno de ellos exclamó:

—Dios le bendiga, milord.

Los niños mayores se volvieron para susurrar a los más pequeños qué significaba aquello.

Phineas se encontró con la mirada de Kitty.

—¿Nos vamos?

Ella asintió, sonriendo aún ante las reacciones de los inquilinos. Ella podía ocuparse de las cajas de Navidad. Echó un último vistazo a la multitud reunida, absorta en sus expresiones de satisfacción. Quizás algunos se alegrarían de su llegada a Giddenhall.



Nada me complacería más que cabalgar con mi marido, y estoy segura de que no podría desear un mejor instructor que tú. Phineas reflexionó sobre las palabras después de que devolvieran los caballos a los establos, y luego acompañó a Kitty adentro. Ella lo dejó poco después, alegando tener mucho que hacer, pero la mirada con la que se despidió le dio motivos adicionales para la esperanza. Su mirada se detuvo en la de él y se apartó con una sonrisa. Seguramente, esa no era la mirada de una mujer encaprichada con otro hombre, ¿verdad?

Pero los celos no se desvanecían fácilmente. Cuando Phineas recordó que ella había cabalgado hasta dos horas con Craddock, no fue difícil imaginar lo que pudo ocurrir en ese tiempo, sobre todo si dos personas deseaban estar solas. Parecía que nunca conocería la paz con su esposa.

Esa noche, Phineas fue a la habitación de Kitty para llevarla a la cena. Samuel estaba allí describiendo con gran entusiasmo los trucos que el jardinero le había enseñado para cazar un par de faisanes. Y no, no había cazado nada, pero estaba seguro de que el día siguiente le traería suerte. Kitty miró a Phineas con una mirada divertida al salir de la habitación, y Samuel no hizo ni una pausa en

su discurso. Ella cerró la puerta tras ellos y tocó suavemente a Samuel en el hombro.

—Sam, dile «buenas tardes» a lord Hayworth.

Sam interrumpió su discurso e hizo una reverencia.

—Le ruego me disculpe, milord. Es solo que estaba muy emocionado por mi aventura de hoy —miró a Phineas con esperanza —. ¿Quizás le gustaría oírla durante la cena?

Phineas ocultó su diversión ante la naturaleza ingenua del chico.

—Me gustaría mucho. Pero quizá podrías ser tan amable de caminar al otro lado de tu hermana, para que yo pueda cogerla del brazo camino del comedor.

Mientras Samuel se apresuraba hacia el otro lado de Kitty, Phineas recordó demasiado tarde que ella había expresado su preferencia de no cogerlo del brazo en interiores. Pero desde entonces lo había hecho una vez, ¿y acaso no estaban en términos cada vez más cordiales?

Para su alivio, ella no rechazó su gesto y deslizó la mano con naturalidad en su brazo. La complicidad del día que habían pasado juntos había contribuido en gran medida a restablecer entre ellos esa sensación de naturalidad que había surgido antes de su viaje a Bath. Mientras Samuel abordaba temas como las galletas que le había dado la cocinera y la vieja armadura encontrada en el desván —reservando su relato de la aventura con los faisanes para contarlo durante la cena—, Phineas empezó a creer que no había sido mala idea acoger al hermano de Kitty. Su esposa estaba relajada y feliz, y eso lo hacía feliz a él también.

Cuando hubo una pausa en el torrente de palabras de Samuel, Kitty inclinó la cabeza hacia Phineas.

—¿Dijiste que habías planeado reunirte mañana con tu nuevo administrador?

—Sí. Por desgracia, no podré acompañarte en tu paseo a caballo, pues tenemos mucho que discutir y habíamos previsto recorrer todas las tierras de la propiedad.

Phineas permitió que su esposa y su cuñado se adelantaran al entrar en el comedor, mientras los lacayos abrían la puerta y apartaban la silla de Kitty.

Ella se sentó.

—No hay problema. Sam, vendrás a montar conmigo mañana, ¿verdad?

Sam se encogió de hombros, dejándose caer en la silla.

—Me gustaría, pero no tengo mucha experiencia a caballo.

—Es importante que aprendas —dijo Phineas—. He oído que irás a Harrow el próximo otoño. ¿Es cierto?

Samuel bajó la mirada y dejó caer los hombros.

—Se supone que debo ir, pero preferiría quedarme en Bristol con mis primos.

A Phineas no le resultó difícil recordar sus propios días en Harrow. Era hijo único y no estaba acostumbrado a tanto ruido ni a las burlas.

—Siempre es difícil al principio ir a un lugar que no conoces. Para mí también lo fue. Pero debes verlo como una gran aventura y no acobardarte. Necesitas esa educación, y creo que acabarás disfrutándola muchísimo.

Phineas se recostó en la silla mientras el lacayo llenaba sus platos.

—No estoy seguro de que en Harrow haya alguien que sea tan buen tirador como tú. Tal vez puedas enseñarles lo que has aprendido.

Samuel alzó la mirada, con los ojos brillantes.

—¿De verdad lo cree? Yo pensaba, más bien, que se burlarían de mí porque no provengo del mismo círculo social que ellos.

La puerta se abrió y entró la señora Morley.

—Milord, lamento interrumpir la cena. Debo informarle de que el venado está tardando más de lo previsto, porque la leña para encender el fuego estaba húmeda y solo producía humo. La cocinera me ha enviado con carne fría y pan, y promete enviar otros platos mientras esperan.

—Dile a la cocinera que no hay problema, y que la carne fría y el pan son más que bienvenidos por ahora. El apetito de un muchacho no espera.

Samuel sonrió con entusiasmo, y Kitty dirigió a Phineas una mirada llena de calidez. La señora Morley abandonó el comedor tras

prometer que enviaría al lacayo con los demás platos.

Phineas volvió a centrar su atención en Samuel.

—Siempre habrá abusones, vayas donde vayas. Pero tienes la fortaleza necesaria para hacerles frente, y tiempo para aprender lo que necesitas saber. Por ejemplo, debes manejarte bien a caballo. Sé que tu hermano solo te ha permitido estar aquí durante estas dos semanas, hasta que vayamos a Bath. Pero podríamos considerar que regreses en invierno, cuando podrías recibir lecciones diarias de equitación.

Kitty lo miró con ojos brillantes, y él sostuvo su mirada un instante. Phineas había hablado de manera impulsiva, pero Samuel le recordaba a sí mismo durante su partida a Harrow. Recordaba muy bien esos sentimientos, y si podía hacer algo para ayudar al muchacho a estar mejor preparado, sin duda lo haría.

Kitty alargó la mano y tocó la de Samuel.

—¿Eso te gustaría? ¿Te gustaría venir a quedarte con nosotros otra vez, y durante una visita mucho más larga?

Los ojos de Samuel se abrieron de par en par.

—¡Claro que sí! —se metió en la boca una generosa porción de ternera fría—. Aquí me lo pasaría muchísimo mejor. Puedo aprender todos los lugares donde viven los animales. Y el jardinero dijo que me enseñaría cuáles puedo cazar y cuáles no.

—Sam, no hables con la boca llena, por favor.

Kitty sonrió y cogió el tenedor, y Phineas volvió a cruzar su mirada con la de ella. Kitty trataba a su hermano pequeño con dulzura y cariño. Sería una madre maravillosa; a Phineas le habría complacido tener una madre que fuera la mitad de afectuosa. Lady Midlington nunca le había brindado demasiado consuelo, ni con palabras ni con hechos.

Se recreó un instante más en la idea de Kitty como madre, y aquello hizo que se atragantara al tragar. Para que Kitty fuera madre, tenía que estar encinta. Y ahí estaba la dificultad.

Phineas se aclaró la garganta.

—Podrás decirles a los chicos de tu escuela que pasaste el verano en casa de tu cuñado, el vizconde Hayworth. Eso debería

aclarar cualquier duda sobre el tipo de entorno social del que procedes.

Samuel lo miró con asombro.

—¡No lo había pensado! Ahora somos familia. Usted es mi cuñado. No soy tan inferior a ellos, después de todo.

Phineas negó con la cabeza.

—En absoluto. En Harrow encontrarás muchos chicos: algunos pares, otros hijos de caballeros. Y también habrá quienes procedan de un entorno comercial como el tuyo. Tú eres de los pocos que podrán relacionarse con todos. Eso te da ventaja sobre los demás.

Kitty sonrió a Phineas.

—He intentado convencerlo de lo mismo, pero creo que tú tendrás más éxito, habiendo estudiado en Harrow —se volvió hacia Samuel—. ¿Lo ves? Te dije que no había nada que temer.

Comenzando con la historia de los faisanes, la cena de los tres fue más animada que las habituales conversaciones entre solo dos. Y aunque no hubo entre ellos esos momentos de comunicación silenciosa que alimentaran la esperanza de Phineas de una mayor intimidad, lo que sí hubo fue amistad y complicidad, y un atisbo de cómo sería la vida cuando tuvieran una familia. Para Phineas, eso era casi igual de valioso.

Conservó ese ánimo jovial mientras acompañaba a Kitty y a su hermano hasta la habitación de éste, situada frente a la de ella, al otro lado del pasillo. Kitty se detuvo, posó las manos sobre los hombros de Samuel y volvió hacia él el rostro sonriente. Sin pararse a pensar, Phineas se inclinó y plantó un beso en la mejilla de Kitty. Solo cuando se encontró con la mirada inquisitiva de Samuel y la expresión atónita de Kitty, comprendió lo que había hecho.

Ejem. A Phineas pareció quedársele una pelota atascada en la garganta.

—Yo… eh… Buenas noches.

Se dio la vuelta para marcharse, no sin antes ver cómo las comisuras de los labios de Kitty comenzaban a curvarse en una sonrisa.

15



Kitty había esperado ver brevemente a Phineas durante el desayuno, pero, según le informó el ayuda de cámara, ya había salido para reunirse con el nuevo administrador. En su lugar, se acomodó para escuchar la conversación de Samuel. Aunque estaba acostumbrada a participar con entusiasmo en todo lo que lo emocionaba, esta mañana se descubrió escuchando solo a medias y pensando en Phineas.

La noche anterior había tocado una fibra sensible en su corazón, la forma en que él escuchó a Samuel y lo aconsejó. Era como si comprendiera exactamente por lo que estaba pasando. Por supuesto, eso resultaba imposible, dado que Phineas había nacido dentro de los privilegios de su clase. Sin duda, habría ido a la escuela sin ningún temor en su corazón, salvo el miedo natural a dejar lo que le era familiar.

Aunque Kitty había encontrado atractivo a Phineas desde el primer momento, su encanto creció cuanto más lo vio interactuar con Samuel durante la cena. Apenas había tenido que intervenir mientras él escuchaba a su hermano relatar sus aventuras y describir los rincones del jardín que había explorado. Phineas incluso le había sugerido otras actividades que podrían gustarle. En ocasiones, miraba a Kitty, con los ojos brillantes de alegría compartida. A veces ella pensaba que era para comprobar si la conversación le agradaba. Entonces él capturaba su mirada y le

dedicaba algo muy parecido a un guiño, compartiendo la diversión privada de escuchar el discurso sin filtros de un muchacho.

Sería un buen padre. El pensamiento hizo que Kitty se quedara sin aliento. Nada recomendaba más a un hombre ante sus ojos y, sin embargo, apenas se conocían mejor que antes. Bueno… salvo por el beso de la noche anterior. Kitty apretó los labios para evitar que se le escapara una sonrisa. ¿A qué había venido aquello? Ella no lo había creído capaz de un gesto tan furtivo. Y él debía de haber sabido que no había sido oportuno.

Kitty había enviado antes a un criado para avisar a Craddock de que Samuel la acompañaría. El camino que conducía a los establos le resultaba ya familiar, y anticipó el hundimiento del terreno que seguramente se llenaría de barro cuando lloviera. Las ramas del roble del prado estaban desnudas, pero en primavera se llenarían de brotes verde claro. Este era su hogar ahora, y estaría allí para presenciar esta nueva vida.

Después de lo ocurrido la noche anterior, la imagen de Phineas como padre no dejaba de ocupar sus pensamientos. Qué frustrante que él no hiciera ningún avance para hacer posible algo así. No podía haber hablado *en serio* cuando dijo que esperaba que fuera ella quien diera el primer paso. ¿Cómo podía pensar que ella haría tal cosa? Kitty llegó a la conclusión de que solo podía esperar a ver cómo se desarrollaba todo esto. Phineas debía de tener, tarde o temprano, un plan para su unión. Puesto que era evidente que estaba implicado en la relación, no podía permitir que las cosas siguieran como hasta entonces. ¿No comprendía lo imposible que resultaba que ella fuera tan atrevida?

Craddock había recibido el aviso y tenía ensillada a Fawn, además de su propio caballo. Junto a ellos aguardaba un poni que Phineas había adquirido antes de la llegada de Samuel, llamado Punch. Otra prueba más de la consideración de su marido.

—¡Samuel! —Craddock tendió la mano, y Samuel se la estrechó con fuerza—. ¿Cómo te encuentras esta mañana?

Craddock alzó la mirada hacia Kitty mientras se dirigía a su hermano, pero ella no quería que lo sucedido con su marido la

noche anterior estropeara sus pensamientos de esa mañana. Ella sonrió y se volvió ligeramente mientras Sam respondía.

—Muy bien, gracias.

—Tengo entendido que no tienes mucha experiencia a caballo —prosiguió Craddock—. Pero sabes subir a la silla y puedes montar un poco sin que yo sujete las riendas, ¿no es así?

—Sé montar un poco. No me considero un jinete temerario —Samuel miró a Kitty—. Incluso puedo trotar un poco. Pero me da miedo galopar.

—Te comprendo perfectamente en eso —dijo Kitty con una sonrisa.

—No galoparemos —le aseguró Craddock—. Muy bien. Súbete a la silla mientras ayudo a tu hermana… si puedes, claro.

—Si puedes acercar a Punch a un escalón de montar, podré hacerlo.

Craddock acercó el poni y Samuel montó sin dificultad. Phineas le había dicho a Kitty que era un poni de Exmoor, que sería lo suficientemente fuerte como para cargar a Samuel incluso cuando creciera. Punch era de color marrón caramelo y su copete era tan espeso que le daba un aspecto pícaro. Permaneció muy tranquilo mientras Samuel se acomodaba en la silla.

—Y ahora, mi señora, creo que es su turno —dijo Craddock al acercarse a Kitty y ayudarla a subir al escalón de montar.

Ella subió y se acomodó fácilmente. Una palmadita en su pierna hizo que Kitty diera un respingo; cuando fulminó a Craddock con la mirada, él ya se había apartado. No debía pensar que ella aceptaría semejante familiaridad por parte del mozo de cuadras… no cuando ni siquiera su propio marido había tocado su pierna. Phineas no lo había hecho ni siquiera aquella vez en que ella rozó su rodilla con la suya durante la cena.

—Ya estoy lista —anunció con voz gélida—. ¿Por qué no montas y nos guías?

Craddock sonrió, pese al reproche implícito en su tono, y Kitty se quedó momentáneamente sin palabras. Seguramente él no podía creer que su familiaridad fuera en modo alguno apropiada. Craddock montó su caballo y los tres partieron.

—Os llevaré hacia el camino público. Aún no ha explorado esta parte de la finca, y el lugar es muy tranquilo, así que no tiene por qué temer que los caballos se asusten por algo.

Kitty agradeció la presencia de su hermano. Tendría que hablar con Craddock, pero le resultaba difícil hacerlo, sobre todo por las conexiones que compartían. ¿Y si la noticia de que se había vuelto altiva en su nueva posición llegaba a oídos de su familia? La presencia de Samuel no hacía sino aplazar una conversación que sería inevitable. Mientras cabalgaban, Craddock dio a Samuel excelentes instrucciones sobre cómo manejar el poni. A pesar de los defectos que Kitty empezaba a verle, tenía que admitir que Craddock era un maestro muy competente. No solo conocía bien a los caballos, sino que sabía transmitir sus conocimientos.

Probablemente no bastaba con haberlo reprendido. Tendría que hablar con Phineas acerca de la impertinencia del mozo. Aquello la incomodaba profundamente. Podía estar arruinando el sustento de un hombre. ¿Era posible que ella estuviera malinterpretando sus intenciones? ¿Acaso confundía el pasado común que compartían como excusa para permitirse libertades que otro criado no se atrevería a tomar? Una advertencia directa era un comienzo necesario antes de acudir a su marido. Solo tenía que encontrar un momento en que estuvieran a solas.

—Cuidado, mi señora. Aquí hay una zanja estrecha, y su caballo tendrá que dar un pequeño salto para superarla. Inclínese un poco hacia delante y no tendrá ningún problema.

Craddock pasó primero, dando instrucciones adicionales a Samuel, que lo siguió y continuó al galope durante unos instantes antes de contener al poni. Su hermano miró a Kitty por encima del hombro, con las mejillas encendidas por la satisfacción. Ella espoleó ligeramente a su caballo, se inclinó hacia delante y cruzó la zanja sin dificultad. Aquello fue una victoria. Su primer salto. No había sido tan difícil como había imaginado, y Fawn había pasado por encima de la zanja con aparente facilidad.

Siguieron avanzando por el sendero hasta que se encontraron con otro jinete que venía en dirección contraria, una joven acompañada por su propio mozo. Al acercarse, Kitty reconoció a

Lucretia Dutton, montada en un gran gris moteado que dominaba con soltura. Su traje de montar azul oscuro realzaba el rubor de sus mejillas, y Kitty volvió a pensar en las telas que Phineas le había regalado, aún a la espera de convertirse en algo tan elegante como el atuendo de Lucretia.

—¿Cómo está, señorita Dutton? —llamó Kitty, de manera impulsiva, temiendo haberlo hecho sin pensarlo, pues era el primer rostro conocido que veía.

—Lady Hayworth. Es un placer volver a verla. He tenido que suplicar a mi madre que me dejara salir a montar, porque el día es precioso y un poco más cálido que los anteriores. No sé cuánto durará, pero no podía quedarme dentro ni un momento más.

La expresión de la señorita Dutton irradiaba una calidez natural, y Kitty sintió que —al margen de su relación con su madre—, podría convertirse en una amiga.

—La entiendo perfectamente. Es un día precioso. Permítame presentarle a mi hermano menor, Samuel Stokes.

—Buenas tardes, señor Stokes —dijo la señorita Dutton, posando la mirada en él. Samuel se irguió al oír que lo llamaban por un nombre tan formal—. ¿Está de vacaciones escolares?

Samuel negó con la cabeza.

—Partiré a la escuela el próximo otoño. Iré a Harrow.

—Estoy segura de que Harrow le sentará muy bien —respondió ella—. Mis primos estudiaron allí, aunque algunos de sus amigos fueron a Eton. Siempre ha existido cierta rivalidad entre ambas escuelas, y estoy segura de que pronto descubrirá cuál es su favorito.

Kitty rio.

—Estoy convencida de que así será. ¿Pasará aquí las fiestas de Navidad?

—Sí, no iré a ninguna parte antes de la temporada de Londres, a pesar de tener tres hermanas casadas. ¿De qué sirve tener hermanas casadas si no eres invitada a Londres ni presentada en sociedad? Es de lo más aburrido —dijo la señorita Dutton con un tono tan irónico que hizo reír de nuevo a Kitty.

—Quizá podamos pasar tiempo juntas entonces —dijo Kitty—. Nos marcharemos a Bath dentro de una semana, pero cuando regresemos estaré encantada de invitarla. Tenemos pensado quedarnos también durante las fiestas de Navidad.

—Será un placer —la señorita Dutton dudó un instante y añadió —: Daremos una cena formal el próximo fin de semana. Si está libre, me gustaría enviarle una invitación.

A Kitty le dio un vuelco el corazón al verse aceptada por un miembro de la sociedad, aunque ello implicara volver a encontrarse con la madre de la señorita Dutton.

—Me encantaría. Tendré que consultarlo con lord Hayworth, pero no creo que tengamos planes concretos.

—Excelente. Puede esperar la invitación antes de que termine el día —la señorita Dutton sonrió y alzó la fusta a modo de despedida.

Apenas se habían despedido cuando Craddock empezó a girar su caballo.

—Si damos la vuelta aquí, podemos empezar a regresar a la casa, para que no te agotes demasiado en tu primera cabalgata, Samuel. Podemos ir aumentando la duración a medida que te acostumbre a recorridos más largos, aunque parece que solo estarás aquí otra semana antes de marcharte de nuevo —añadió, alzando una ceja inquisitiva hacia Kitty, quien no creía que un criado necesitara conocer los asuntos de su familia.

Aun así, no tuvo corazón para desairarlo, y él acabaría enterándose de sus planes de todos modos.

—Sí. Nos marcharemos para llevar a Samuel de vuelta con mi hermano y para visitar a los padres de lord Hayworth en Bath.

—Solo espero que sea una visita cómoda para usted, mi señora —dijo Craddock.

Kitty le lanzó una mirada rápida y lo encontró observándola. Se mordisqueó el labio, preguntándose cuál era la mejor manera de manejar dicha familiaridad por parte de Craddock. El mensaje implícito era que dudaba de que ella fuera aceptada entre la sociedad de Bath. Y aunque la complicidad que él buscaba constantemente entre ambos le parecía casi impertinente —y, por tanto, era necesario reprimirla—, no podía evitar estar de acuerdo

con él. Tampoco estaba segura del recibimiento que probablemente tendría.



Samuel llevaba más de una semana en Giddenhall, y la vida de los tres había comenzado a adquirir un ritmo cómodo, con Kitty sentada al frente de la mesa, Phineas muy cerca a su derecha y Samuel a su izquierda. Si Phineas había temido que la estancia de Samuel rompiera la armonía de la relación recién establecida con su esposa, tenía que reconocer que había hecho más bien que mal. Era cierto que no existía la intimidad necesaria para cortejar a la mujer con la que estaba casado. Samuel ocupaba demasiado espacio en sus conversaciones. Cuando la mano de Kitty rozaba la suya al pasarle un plato en la mesa, solo podía suponer que era un gesto inocente y no un coqueteo, y por tanto no podía continuar con más.

Al terminar la cena, Samuel los acompañaba escaleras arriba, charlando sin parar. Ya no existía aquel momento de vacilación, aquella mirada inquisitiva cuando Phineas le deseaba buenas noches a Kitty ante la puerta de su habitación. Esto era, a la vez, un alivio —porque eliminaba la decepción de que no ocurriera nada—, y una fuente de frustración. Porque no ocurría nada.

Samuel había acompañado a Kitty en sus lecciones de equitación, lo cual tranquilizaba a Phineas, pues ya no estaba sola con el mozo de cuadras. Sin embargo, Phineas se ofreció a sustituirla y salir a cabalgar con Samuel cuando descubrió que su único hábito de montar necesitaba ser lavado y que ella no tenía intención de montar ese día. Se preguntó si quizá no le había gustado la tela que le había comprado, y si por eso aún no se había mandado confeccionar nuevos hábitos.

Phineas descubrió que Samuel era un jinete nato. Kitty le había dicho que en una sola lección había avanzado más rápido que ella y, en efecto, el muchacho ya estaba intentando dar pequeños saltos.

—Primero el corazón —dijo Phineas cuando llegaron a un seto bajo.

Al ver que Samuel lo miraba con expresión interrogante, añadió:

—Eso significa que debes decidir dónde quieres aterrizar y mostrar tu determinación para llegar allí. El poni te seguirá si haces eso. Pero si dudas aunque sea un poco, el animal lo notará y no saltará.

—Verá que estoy muy decidido —respondió Samuel.

Con un brillo de determinación en los ojos, el muchacho se lanzó hacia el seto y llevó a Punch limpiamente al otro lado. Dejó que el poni avanzara un poco antes de tirar de las riendas. Luego miró a Phineas por encima del hombro, con los ojos brillantes.

—Muy bien hecho —dijo Phineas, siguiéndolo—. Yo no podría haberlo hecho mejor. ¿Volvemos a los establos? Creo que Kitty querrá saber cómo ha ido tu lección, y podrás contarle lo del salto. Para entonces, seguro que ya habrá terminado con la señora Morley.

Samuel frunció los labios.

—No me agrada la señora Morley.

Phineas lo miró sorprendido.

—¿No? ¿Por qué?

—No es amable con Kitty. Tarda mucho en responder cuando Kitty le pide algo, y no obedece enseguida —Samuel se apartó el pelo de los ojos—. En casa, nuestros criados nunca la trataban así.

—Ah —Phineas frunció el ceño. La idea de que uno de sus criados faltara al respeto a su esposa lo llenó de indignación. Tendría que corregir eso—. Gracias por decírmelo.

Samuel asintió, y dejaron que los caballos caminaran uno junto al otro de regreso a los establos. El muchacho miraba al frente, y el sol brillaba en su pelo rojizo, muy parecido al de Kitty. Phineas se preguntó si sus propios hijos tendrían también ese tono de cabello.

—Phineas, ¿puedo preguntarte algo?

Phineas nunca le había dado permiso a Samuel para llamarlo por su nombre, pero el muchacho debía de haber oído a Kitty usarlo y la había imitado sin pensarlo. No le molestó en absoluto. Estaba empezando a apreciar a su nuevo y joven pariente, e incluso esperaba con agrado su regreso después de las fiestas, cuando —con un poco de suerte—, su vínculo con su esposa se habría fortalecido.

Miró a Samuel y asintió.

—Puedes preguntarme lo que quieras.

—¿Amas a mi hermana?

El estupor de recibir una pregunta tan directa hizo que Phineas se ruborizara de inmediato, incapaz de disimularlo. Samuel lo observaba, esperando una respuesta.

—Verás… —Phineas no sabía cómo contestar de un modo sincero que satisficiera la curiosidad del muchacho y, al mismo tiempo, le hiciera comprender que había aspectos de su relación con Kitty que no le incumbían—. El amor no es algo de lo que se hable mucho en la sociedad.

—Eso pensaba —respondió Samuel, y la naturalidad con la que lo dijo pilló a Phineas por sorpresa—. Pero creí que quizá contigo fuera distinto, porque mi hermana no es de la sociedad, y ella me dice que me ama todo el tiempo. Pensé que tal vez te lo diría a ti también.

Si Phineas ya se había sentido incómodo antes, esa confesión no ayudó en absoluto y puso su mente a dar vueltas. Así que Kitty era alguien capaz de decir «te amo». Se preguntó si alguna vez recibiría una frase así. Nadie se la había dicho nunca, y casi había llegado a pensar que no existía fuera de las novelas.

—Te diré una cosa, Sam —dijo, devolviéndole el uso del nombre de pila con el diminutivo que Kitty empleaba con su hermano—. No pienso responder a tu pregunta. Es un asunto que nos incumbe únicamente a tu hermana y a mí.

—Perdona —respondió Samuel, mirando hacia el extremo del sendero—. Allí está Kitty, caminando hacia los establos. Nos encontraremos con ella allí.

Un arrebato irracional de celos se apoderó de Phineas al verla avanzar con pasos gráciles, la cabeza cubierta por una capota que le impedía verlos u oírlos regresar. Solo podía dirigirse a los establos para ver a Craddock. No había otra explicación posible. Ante una leve presión de las riendas, el semental de Phineas aceleró el paso.

—¿Te parece que vayamos al medio galope hasta los establos? No es tan rápido como ir al galope, y creo que eres capaz.

—Estoy preparado —respondió Samuel, siguiéndolo.

Phineas estuvo a punto de lanzarse al galope para acortar la distancia. Desmontó a la entrada y condujo a su caballo por la amplia puerta. Oyó a Samuel hacer lo mismo detrás de él y se sintió satisfecho de que hubiera logrado mantener el ritmo.

—¡Craddock! —llamó, con un tono duro que no disimulaba sus celos.

Craddock estaba frente a su esposa, más cerca de lo que Phineas estaba dispuesto a permitir, pero la expresión de alivio de Kitty lo hizo detenerse. No parecía estar participando en ningún coqueteo.

—Encárgate de nuestros caballos.

Kitty dio un paso al frente.

—He venido a preguntar a qué hora habíais salido, porque me había parecido que Sam llevaba montando mucho tiempo. Craddock pensó que era demasiado para un muchacho de su nivel, y me he preocupado.

—Ahora soy perfectamente capaz de manejar un caballo —exclamó Samuel desde detrás de ellos. No había avanzado con el poni, sino que lo sujetaba por las riendas—. No deberías haberte preocupado. Phineas estaba conmigo.

Kitty miró a Phineas, sorprendida, y él no supo si era porque Samuel había usado su nombre de pila o porque el muchacho había contestado con una lógica que ella no había considerado.

—Tienes toda la razón, Sam. Ha sido una tontería por mi parte preocuparme.

Craddock avanzó para coger las riendas, y su expresión revelaba su desagrado, como si Phineas fuera quien había actuado fuera de lugar. A Phineas no le importaba qué efecto pudiera tener en el corazón de Kitty deshacerse del mozo, pero Craddock debía marcharse. Sin embargo, aún no había encontrado un sustituto, y no le agradaba la idea de dejar los establos en manos de simples muchachos, ninguno de los cuales demostraba la pericia necesaria para que todo funcionara correctamente hasta que pudiera contratar a un nuevo mozo. Esperaría hasta recibir noticias de Carter.

Impulsivamente, Phineas alzó la mano para detener a Craddock.

—Yo me encargaré de dar lecciones de equitación a lady Hayworth y a Samuel hasta que partamos hacia Bath. Quiero que

tengas nuestros caballos preparados cada mañana a las diez.

—Sí, milord —murmuró Craddock entre dientes.

16



—Señora Morley, me gustaría hablar con usted un momento.

Phineas entró en la estancia que hacía las veces de despacho del ama de llaves, al final del estrecho pasillo que se abría más allá de la cocina. Al verlo, la señora Morley se puso en pie de un salto, sorprendida.

—He recibido noticias de que no ha estado tratando a lady Hayworth con el respeto que merece.

Esperó una respuesta y, mientras observaba su expresión, creyó percibir un destello de culpabilidad.

—Milord, le ruego me disculpe si he dado esa impresión. Desde luego no es mi intención faltar al respeto —dijo la señora Morley, alisándose el delantal y dando una palmada al aro de llaves que llevaba sujeto a la cintura—. No tengo un carácter especialmente afable. Creo que por eso su esposa ha decidido hablar en mi contra.

—No ha sido mi esposa quien se ha quejado de su comportamiento. Lo he sabido por otra fuente…

—¿Quién? —la pregunta brotó de los labios del ama de llaves de forma abrupta, y pareció darse cuenta de inmediato de que se había excedido—. Le ruego me perdone, milord. Me aseguraré de que lady Hayworth no tenga motivo alguno de queja en el futuro.

—Muy bien —Phineas no había esperado con ansias la conversación, pero ahora se alegraba de haberla tenido y de que

hubiera resultado tan satisfactoria. Abandonó la pequeña estancia y regresó a su despacho.

No había sido consciente de lo difícil que era encontrar buenos sirvientes antes de establecerse aquí. Hasta entonces, Phineas nunca había tenido que cubrir todos los puestos en Giddenhall, pues estaba completamente volcado en la administración de la finca de su padre. Había confiado en Carter para buscar personal para los pocos cargos que no estaban ya en manos de antiguos empleados.

Pero ahora, con una esposa instalada en la casa, había mucho más en juego. Habían venido para quedarse durante muchos años, y los arrendatarios necesitaban ser atendidos por un administrador que cumpliera adecuadamente con su labor. Tenía una esposa hermosa, y no necesitaba a un mozo insolente que la tratara con excesiva familiaridad; tampoco su ama de llaves, tan competente como astuta, tenía derecho a tratarla con desdén. Si era necesario, Phineas sustituiría a todo el personal de la finca con tal de que su esposa se sintiera bienvenida y protegida.

Vio a Kitty subiendo la escalera. Por un impulso repentino, estuvo a punto de contarle la conversación que acababa de mantener con la señora Morley, pero decidió no hacerlo. Nunca le había dicho que Samuel había hablado en contra del ama de llaves. Era mejor que Kitty comprobara por sí misma cuán bien dispuesta se mostraba la señora Morley hacia su señora.

—Kitty.

Ella se detuvo a mitad de la escalera, se asomó por encima de la barandilla y lo saludó con una sonrisa conspiratoria.

—Phineas, no te vas a creer esto. Tenemos *visitas* —dijo en un susurro exagerado—. Es algo tan escandaloso tener visitas de verdad que no sé muy bien cómo reaccionar.

Phineas subió los escalones para reunirse con ella y estuvo tentado de devolverle la sonrisa, pero sus palabras le hicieron fruncir el ceño. No estaba seguro de si estaba bromeando.

—¿No recibías visitas en Bristol? ¿De verdad no sabes cómo atenderlas?

Aunque pensó que quizá estuviera bromeando, una súbita inquietud lo asaltó, temiendo que eso fuera otro ejemplo de las

diferencias entre sus respectivas crianzas.

La sonrisa de Kitty se desvaneció, y se llevó una mano a la cadera mientras bajaba un par de escalones hasta quedar a su altura.

—No, Phineas. ¿No ves que estoy bromeando? —su voz había perdido parte de su tono juguetón—. Claro que sé cómo recibir visitas. Es solo que hasta ahora no hemos tenido ninguna, salvo la detestable señora Dutton y su hija, Lucretia, que parece una criatura completamente distinta. Simplemente me sorprende que, por fin, alguien haya decidido venir.

El ceño de Phineas se disipó, aunque le quedó la incómoda sensación de haber perdido una oportunidad.

—Perdóname. Por supuesto que estabas bromeando.

Kitty se giró para marcharse, pero Phineas alargó la mano, cogió la suya y la retuvo, invitándola a alzar la mirada hacia él.

—Quizá ahora podamos averiguar por qué no hemos tenido visitas hasta este momento. ¿Quieres que te acompañe?

Kitty se detuvo, con una expresión de sorpresa en los ojos.

—¿Lo harías? Me gustaría muchísimo, si te apetece.

—Confieso que siento cierta curiosidad. Mis visitas anteriores siempre han sido muy breves, y no he llegado a conocer a ninguno de los vecinos. Te esperaré aquí, entonces.

—No tardaré. No me ha parecido adecuado que hicieran pasar a los invitados al salón sin nadie que los recibiera, pero necesitaba unos minutos para ir a mi habitación a recoger algo.

Phineas bajó los pocos escalones que conducían al vestíbulo. Del salón llegaban voces amortiguadas. Sería la primera vez que él y Kitty se presentaran en sociedad como marido y mujer. Phineas pasó la mano por el pomo de madera tallada que coronaba la barandilla. El pensamiento le resultó agradable.

A los pocos minutos, Kitty se reunió con él en el vestíbulo, llevando un chal ligero.

—Hace un poco de frío en el salón. Le he pedido al lacayo que avive el fuego —le dedicó una sonrisa ligeramente tímida—. Esto hará evidente, desde el primer momento, que no estamos acostumbrados a recibir visitas.

—No importa.

Phineas le ofreció el brazo, y Kitty aceptó. Lo había hecho deliberadamente, a pesar de que ella había afirmado que no cogería su brazo dentro de casa, pero él había empezado a preguntarse si en realidad no era así. Tal vez solo había necesitado mantener la distancia con él durante los primeros días de matrimonio. En cualquier caso, esta vez quería dar una imagen de unidad.

En el salón había dos damas de edad avanzada. Ambas hicieron una reverencia, y la que llevaba el cabello canoso recogido en bucles fue quien se dirigió a ellos.

—Milord, milady. Soy la señora Abrams, y esta es la señora Wallace. Ambas quisiéramos ofrecerles nuestras disculpas por no haber venido a visitarles antes. No sabíamos que se habían instalado aquí. Pensábamos que su estancia sería breve y no quisimos importunarles.

Phineas les indicó que tomaran asiento.

—Es un placer recibirlas —dijo, antes de volverse hacia su esposa —. ¿Creo que ya se ha mandado traer el servicio de té?

—Así es —respondió Kitty, dedicándole una sonrisa íntima que él encontró, en privado, irresistible. Luego se volvió hacia sus invitadas —. Nos alegra mucho recibirlas. Me complace que ya no haya confusión respecto a nuestra situación aquí. Nos gustaría conocer a la gente del pueblo, ya que este es ahora nuestro hogar —Kitty hablaba con una gracia natural. Qué sencillo era ejercer de anfitrión con su esposa a su lado.

—Milord —dijo la señora Abrams—, conocí muy poco a su abuela. Era bastante retraída y no era muy conocida en el pueblo. Sin embargo, soy la esposa del médico y tenía la costumbre de visitarla. Ayudo a mi marido a llevar medicinas a algunas mujeres, pues así aprovecho para visitarlas al mismo tiempo.

Phineas apenas había conocido a su abuela; solo la había visto en dos ocasiones. Aquellas visitas únicamente le habían servido para entender de dónde procedía la rigidez del carácter de su madre. No podía decir que hubiera sentido una pena especial cuando su abuela falleció.

—Debe de ser usted de gran ayuda para su marido en su trabajo.

La señora Abrams sonrió.

—Él dice que no sabe qué haría sin mí, pero visitar a los vecinos no supone ningún sacrificio.

La señora Wallace era la más joven de las dos, aunque empezaba a tener un aspecto de matrona, con el pecho amplio y un leve atisbo de papada. Se volvió hacia Kitty.

—¿De dónde es usted? ¿Y cuánto tiempo hace que están casados?

—Apenas unas semanas —respondió Kitty—. Soy de Bristol.

La señora Wallace arqueó una ceja.

—Un lugar muy concurrido. ¿Y cómo se está adaptando a Castle Combe? Es un pueblo pequeño. Todo el mundo se conoce.

—Me gusta mucho —respondió Kitty—. Un pueblo pequeño tiene sus propias ventajas.

Phineas se preguntó si ella se sentía realmente así. Era una región hermosa, pero Kitty no había recibido precisamente una bienvenida cálida.

—Bien, como ha dicho la señora Abrams, no sabíamos que estaban residiendo aquí —hubo una breve pausa antes de que continuara—. Pero he oído que asistirán a la cena de la señora Dutton.

Kitty intercambió una mirada con Phineas y asintió. Las noticias corrían deprisa.

—Hemos recibido una invitación y acudiremos. Me hace mucha ilusión conocer a más vecinos.

El lacayo entró con el servicio de té, y Kitty preguntó a las damas cómo lo bebían. Cuando terminó de prepararles el suyo, preparó una taza para Phineas y se la entregó.

Su esposa había prestado atención. Había preparado el té exactamente como a él le gustaba: dulce y sin leche.

La visita no se prolongó mucho, pero intercambiaron promesas de enviarse invitaciones para futuros eventos, y Kitty les aseguró que iría a visitarlas en cuanto regresaran de su viaje a Bath.

Cuando las damas fueron acompañadas hasta la puerta, Phineas cruzó una pierna sobre la otra.

—Así que eso fue lo que ocurrió… por eso no vinieron. Los vecinos no se dieron cuenta de que nos habíamos instalado aquí y pensaron que solo estaríamos de paso.

—*Hum* —murmuró Kitty, mirándolo de reojo mientras se servía una segunda taza de té y se la llevaba a los labios.

—¿No te lo parece así? —Phineas no lograba descifrar su expresión.

Kitty hizo una mueca irónica.

—No parece algo difícil de averiguar. Los sirvientes hablan. Sabrán si vamos a quedarnos un tiempo. Después de todo, ¿Sterling no era del pueblo? Es sobrina de Bexley. Y, sin embargo, dejó su casa para venir a trabajar aquí como mi criada y no ha vuelto ni una sola vez. Eso es el tipo de noticia que, sin duda, llega a los sirvientes de otras casas, siempre dispuestos a compartir cotilleos con cualquier empleador que se tome la molestia de preguntar.

—Es cierto —admitió Phineas.

Nunca había reflexionado demasiado sobre el asunto. Desde pequeño había sabido, casi por instinto, que no se hablaba de asuntos personales delante de los sirvientes. Pero no se había detenido a pensar que pudiera existir una red de información que pasara de los criados de una casa a los de otra. Otra razón más para haberse librado por fin del control de su padre y empezar a dirigir su propia finca. Era la única manera de aprender a hacer las cosas por sí mismo.

A lo largo de esa semana, Phineas y Kitty recibieron más visitas, todas con excusas similares. Y cada vez, Kitty sonreía a su marido con un brillo travieso en los ojos que lo incluía en su broma privada. Cada visitante llegaba preguntando por sus planes, aparentemente ignorando sus intenciones de quedarse. Kitty corregía pacientemente la idea equivocada, y todos prometían enviar invitaciones para próximos eventos. Phineas disfrutaba de las visitas, pues le daban la oportunidad de sentarse y observar a su esposa ejercer de anfitriona con la misma gracia que alguien nacido para ese papel.

Acababan de despedirse de otra mujer del pueblo cuando Phineas reunió valor y rodeó la cintura de Kitty con el brazo mientras la acompañaban hasta la puerta. Sintió cómo ella se sobresaltaba

bajo su contacto, pero mantuvo la mano firmemente en su sitio. Su cintura estaba cálida, y él disfrutó del consuelo de su cercanía.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, Kitty alzó la mirada hacia él con una pregunta en los ojos, y Phineas divisó un rubor más intenso en sus mejillas. Al ver que no decía nada, la soltó a regañadientes y dio un paso atrás.

—Creo que esa era la última de las mujeres del pueblo.

Kitty entrelazó las manos a la altura de la cintura, pero no se alejó de él.

—¿Cómo lo sabes?

—La señora Morley me dijo que solo quedaba una familia que aún no había venido, y que probablemente recibiríamos su visita pronto —la observó con más atención—. ¿Qué ocurre?

Ella se encogió de hombros.

—Nada. Es bueno que el ama de llaves te mantenga informado de estas cosas.

Kitty esbozó una suave sonrisa y, por fin, se apartó. Phineas la siguió con la mirada. Sonaba decepcionada, y no lograba comprender por qué.



La cena de los Dutton se celebró dos días antes de que partieran hacia Bath.

—¿Debo quedarme con la señora Morley? —preguntó Samuel—. Preferiría ir con vosotros.

Kitty apoyó la mano en el hombro de su hermano.

—Sé que aquí has tenido libertad total y me encanta tenerte con nosotros. Pero no has sido invitado a la cena, y los niños no suelen acudir a este tipo de eventos. Cuando seas mayor verás que las cenas no son tan emocionantes.

—Eso ya lo sé —respondió él, cruzándose de brazos y dando una patada al suelo con la punta del zapato—. Es solo que no quiero quedarme en casa con la señora Morley.

Kitty abrazó a su hermano, pero no intentó razonar con él. No encontró ningún argumento para hacerlo.

Kitty eligió su segundo mejor vestido después del que había llevado el día de su boda, y era uno que Phineas nunca había visto. Era de un dorado intenso, con mangas abullonadas con pliegues a los lados y una manga interior más ajustada que cubría todo el brazo. La cintura imperio estaba ceñida con una ancha cinta del mismo tono, y el vestido se abría por delante para revelar una sobrefalda de seda marfil. Sterling recogió el cabello de Kitty y dispuso los rizos de modo que enmarcaran su rostro. Y se puso, por primera vez, el collar y los pendientes que Phineas le había regalado.

La expresión en el rostro de él compensó con creces el esfuerzo que había puesto en arreglarse.

—Estás preciosa, Kitty.

Había ido a buscarla a su habitación y, cuando ella salió al pasillo, dio una vuelta a su alrededor, admirándola desde todos los ángulos. Kitty brilló bajo su elogio.

—Sabía que esos zafiros te favorecerían. El amarillo me recordó a las hojas doradas del día en que nos casamos, y el verde a tu vestido de novia.

Kitty abrió ligeramente la boca. ¿Había comprado el collar porque le recordaba a su vestido de boda? El estómago le dio un vuelco y una oleada de calor la recorrió. La sensación de ser importante para alguien le resultaba completamente ajena, e intentó no verse afectada.

—¿Nos vamos?

¿Por qué necesitaba ocultar lo que sentía cuando estaban casados? Kitty intentó encontrar la respuesta mientras Phineas la ayudaba a ponerse la capa y caminaba con ella hacia el exterior, donde la asistió para subir al carruaje. *Supongo que es miedo.* Kitty se estremeció por el aire helado que se coló en el interior. Phineas la miró más de una vez en la oscuridad, y ella se preguntó qué estaría pensando, pero no dijo nada.

La casa de los Dutton, iluminada por hileras de velas encendidas, resultaba un refugio acogedor al entrar desde el frío. Había cerca de veinte parejas invitadas a cenar, y Kitty fue sentada lejos de su

marido, lo que le dio ocasión de conversar con el señor Dutton. Al otro lado se encontraba el señor Abrams, el médico. El señor Dutton parecía poseer más sensatez y una naturaleza más cálida que su esposa, y eso ayudó a Kitty a confiar en que la aparente bondad de Lucretia era sincera. Mientras comía, Kitty lanzó miradas a través de la mesa, observando a Phineas conversar con las jóvenes sentadas a ambos lados. Parecía cómodo, escuchándolas y mostrando interés por lo que decían. Cuando él levantó los ojos y la sorprendió mirándolo, ella apartó la mirada, sintiéndose tonta.

Los hombres se quedaron para beber oporto, y las mujeres pasaron al salón, donde Lucretia no perdió tiempo en apartar a Kitty para hablar en privado. Se situaron en uno de los rincones, desde donde podían observar a los distintos grupos de mujeres reunidos por la estancia. Daba la impresión de que Lucretia había elegido ese lugar porque ofrecía la mejor vista del salón.

—Dime —dijo Kitty cuando no había nadie cerca para oírlas—, ¿sabes dónde podría mandar confeccionar unos hábitos de montar? Tengo las telas, pero necesito que me confeccionen los vestidos — Kitty había decidido de antemano plantearle la cuestión a Lucretia, ya que la señora Morley no le había sido de ninguna ayuda.

—Debes acudir a la señorita Tour. Es de lo mejor que hay por esta zona. Puedes decirle que vas de mi parte… aunque tú, casada con un vizconde, no necesitarías una presentación mía. Sin embargo, me conoce desde mi debut en sociedad.

Kitty sonrió.

—Una presentación me vendrá muy bien. Gracias. Nos marchamos a Bath dentro de dos días, así que quizá mande confeccionar dos de los trajes allí, pero estaré encantada de que el resto se hagan aquí.

Lucretia se volvió hacia ella con sorpresa.

—¿Piensas mandar confeccionar tantos? Debes de ser una amazona notable.

Kitty no pudo evitar la risa que le brotó.

—En absoluto. Es solo que lord Hayworth me ha estado animando a montar más y compró quizá más tela de la necesaria. Soy solo una principiante, te lo aseguro.

Los ojos de Lucretia brillaron.

—Entonces tenías razón al decir que fue un matrimonio por amor.

Antes de que Kitty pudiera pensar cómo corregir su propia mentira, Lucretia continuó:

—Supongo que habrás estado recibiendo muchas visitas.

Kitty se volvió hacia ella, frunciendo el ceño.

—Pues sí… ¿cómo lo sabes?

—Oh… —Lucretia se encogió de hombros con aire despreocupado, aunque los hoyuelos se le marcaban con claridad—. Fue solo una corazonada. No, la verdad es que mi madre no ha sido amable contigo. Ha retenido deliberadamente la información de que habéis venido para quedaros y, en su lugar, ha dejado correr la voz de que estabais en Giddenhall solo de paso. Se puso furiosa cuando le dije que te había enviado una invitación para la cena de esta noche, te lo aseguro. Pero no me importa. Claro está, una vez enviadas las invitaciones, el resto del pueblo tuvo que reconocerte. Por eso lo hice… quiero decir, además del placer de verte: para corregir una injusticia.

Kitty abrió los ojos con sorpresa.

—Ha sido muy amable por tu parte. ¿Por qué te has tomado tantas molestias por mí?

—Aparte de estar harta de la mezquindad de mi madre… Por favor, no te lo tomes a mal, pero estoy aburrida. Conozco a las mismas personas desde que era joven, y me pareciste encantadoramente agradable. Esperaba que pudiéramos ser amigas.

—Entonces lo seremos —respondió Kitty con una sonrisa.

Fueron interrumpidas por el sonido de los hombres entrando en el salón. No habían pasado mucho tiempo a solas con las mujeres, y Kitty se alegró de ello. Aunque había hecho una nueva amiga, no tenía ningún deseo de ser arrojada tan pronto a los lobos de la sociedad femenina.

—Ahí está usted —dijo la señora Dutton, dirigiéndose a Phineas —. Justo le estaba diciendo a la señora Wallace lo contentas que estamos de contar con nuevos miembros de la sociedad entre nosotros. Giddenhall vuelve a tener residentes permanentes —la voz de la señora Dutton resonó por todo el salón—. Nos complace

ofrecer esta cena en su honor y daros la bienvenida a usted y a lady Hayworth. Castle Combe solo puede enriquecerse con una unión así… —hizo una pausa y lanzó a Kitty una sonrisa enigmática—, especialmente sabiendo que fue un matrimonio por amor.

Kitty había levantado la taza hacia sus labios, pero al oír esas palabras, el platillo se le escapó de los débiles dedos y rebotó ligeramente sobre la alfombra. El suave golpe atrajo todas las miradas hacia ella. Phineas se encontró con sus ojos, y Kitty pudo leer la pregunta en los suyos. No necesitaba un espejo para saber que su rostro estaba encendido. Hubo un silencio incómodo, mientras los invitados parecían intuir que algo no iba bien.

Phineas desvió la mirada hacia la señora Dutton.

—¿Ah, sí? ¿Y quién le ha ofrecido una imagen tan romántica de nuestro matrimonio?

La señora Dutton tenía un brillo particular en los ojos cuando miró a Kitty.

—Pues su esposa.

Phineas volvió a mirar a Kitty, sosteniendo su mirada durante una fracción de segundo. Ella podía oír los latidos de su propio corazón resonando en el silencio de la estancia.

—Es correcto, señora —dijo él al fin—. De hecho, podría decirse que fue un matrimonio por amor desde el mismo instante en que posé los ojos en ella.

Phineas caminó hasta situarse a su lado y se inclinó para recoger el platillo. Tras una pausa de apenas un segundo, donde pareció reflexionar, cogió la taza de té de la mano de Kitty y colocó ambas cosas sobre la mesa que había detrás de ella. Kitty intentó sonreír, pero le temblaba todo el cuerpo. Phineas había mentido y había dicho que la amaba para ahorrarle la humillación. *Ojalá sus palabras fuesen ciertas.* Su marido alargó la mano y posó la de ella sobre su brazo, y el calor de su contacto logró calmarla. Al menos eran amigos.

Él apartó la mirada de ella.

—Señor Abrams, ha hecho plantar cultivos en su prado sur, ¿no es así? Creo que antes se utilizaba para el pastoreo. ¿Qué le hizo cambiar?

El doctor avanzó para responder a la pregunta de Phineas, y la conversación en la sala se animó poco a poco. La tensa mortificación de Kitty comenzó a disiparse a medida que el murmullo florecía a su alrededor. Se atrevió a mirar por la estancia y vio cómo Lucretia alzaba la mirada de la mujer con la que hablaba y le dedicaba una leve inclinación de cabeza.



Kitty temía el trayecto de regreso a casa. Se sentía abrumada por la vergüenza, aunque agradecía que Phineas la hubiera defendido y no hubiera permitido que fuese humillada delante de todos. Incluso se había quedado a su lado, y eso le había proporcionado más consuelo del que jamás habría imaginado el día en que se situó junto a él frente al vicario. Ya en el carruaje, dejó que la oscuridad ocultara su rostro y su expresión. Temblaba de frío y, sospechaba, también de la miseria de la vergüenza.

—Kitty, si tienes frío, puedes sentarte a mi lado, donde estarás más abrigada.

Kitty lo miró, pero no logró leer su expresión en la penumbra. Se deslizó hasta quedar cerca de él, y su calor alivió los temblores mientras el carruaje se balanceaba. Abrió la boca para dar una explicación, pero la cerró de nuevo, demasiado mortificada para intentarlo. Tras recorrer un breve trecho, Phineas se apartó un poco y alzó el brazo para rodearla con él; el peso le resultó extraño, pesado, pero no desagradable. Los pequeños temblores cesaron y sus músculos empezaron a relajarse uno a uno. Ninguno de los dos habló.

El vestíbulo estaba en silencio cuando entraron, y Phineas entregó su sombrero y sus guantes al criado. Kitty negó con la cabeza cuando el lacayo se ofreció a coger los suyos.

—Me quedaré con la capa puesta hasta que suba. Todavía tengo frío.

El silencio se prolongó mientras subían la escalera y, cuando llegaron ante la puerta de su habitación, ella supo que debía decir

algo. Él debía de estar esperando una explicación tras no haber pronunciado palabra durante todo ese tiempo.

—Te pido disculpas por haber mentido diciendo que fue un matrimonio por amor —dijo Kitty, deteniéndose ante la puerta y volviéndose hacia él—. No podía soportar las preguntas de la señora Dutton aquel día, ni sus insinuaciones de que, por supuesto, fue la fortuna de mi hermano lo que te tentó, aunque no dejara de ser cierto. Así que mentí, sin imaginar que llegaría a tus oídos.

Phineas la observó, y aunque no habían pensado en llevar una vela, la luz de la luna se filtraba por el pasillo desde la ventana del fondo e iluminaba el blanco de sus ojos. Ella lo vio sonreír y sintió su cercanía, envuelta por la oscuridad.

—No me importa en absoluto —dijo con suavidad—. Quizá algún día sea verdad.

Kitty alzó la barbilla e intentó descifrar la expresión de Phineas en la penumbra; cualquier palabra adicional se quedó atrapada en su garganta. Él se inclinó y se detuvo a escasos centímetros de besarla.

—Kitty, yo…

Apenas podía respirar cuando sus labios rozaron los de ella. Phineas se apartó ligeramente, y Kitty sintió las yemas de sus dedos, cálidas, en sus mejillas, antes de que él volviera a inclinarse y posara los labios sobre los suyos. Su mente terminó por comprender lo que estaba ocurriendo cuando los besos se volvieron más profundos, y estaba a punto de cerrar las manos en torno a sus brazos cuando él se apartó de forma abrupta. Ella dejó caer los brazos a los costados, con la respiración acelerada.

Se miraron durante un momento. Los ojos de Phineas estaban fijos en ella, con expresión seria. Kitty sintió la intimidad de su posición, lo fina que era la barrera que los separaba. Él esperó, y ella no supo qué quería que dijera, solo que no podía decir *eso.* En los segundos que siguieron, el pecho de Kitty latió con fuerza, resonando en su interior y alterando su mente.

Finalmente, Phineas hizo una reverencia. Se volvió hacia su habitación, y Kitty quedó sola en el pasillo, con su autosuficiencia hecha añicos. Tras ello sintió desolación. Tal vez debería haber pronunciado las palabras. Quizá no habría sido tan atrevido después

de todo. Alargó la mano hacia el picaporte y abrió la puerta; una franja de luz tenue, procedente del fuego crepitante, se extendió por la estancia para recibirla.

17



El día antes de partir hacia Bath, Phineas salió a cabalgar con Samuel una hora antes de lo habitual para permitir que Kitty supervisara la preparación de los equipajes. Samuel se había mostrado muy interesado en pasar una hora extra en la silla con Phineas, sabiendo que no tendría muchas oportunidades de montar en Bristol. En cuanto a ese asunto, Kitty estaba decidida a hablar con Erasmus cuando lo viera en Bath y convencerlo de su punto de vista al apelar a su amor por la distinción. Si Samuel no se lucía a caballo en Harrow, no dejaría en buen lugar el nombre de los Stokes, y eso era algo que a Erasmus sí le importaba.

Esa hora adicional también le dio a Kitty la oportunidad de ocuparse de una emergencia doméstica que había llegado a su conocimiento. La emergencia resultó no ser más que la mejilla de una criada, hinchada al doble de su tamaño porque necesitaba que le extrajeran una muela, y la negativa de la señora Morley a concederle tiempo libre para hacerlo. Uno de los lacayos parecía interesarse por la joven criada y habló en su favor, pidiendo que se mantuviera en secreto ante el ama de llaves. Fue un asunto delicado que no hizo que Kitty se ganara el aprecio de la señora Morley, pues Kitty ignoró su decisión y ordenó que se llamara al médico de inmediato.

Kitty se preguntó si seguiría encontrando tanta resistencia por parte del ama de llaves. El resto de los sirvientes no parecía tenerla

en tan poca estima, y todavía no había hablado del tema con Phineas. No deseaba que él supiera que tenía dificultades para ganarse el respeto del ama de llaves. Una vez resuelto el asunto, dirigió sus pasos hacia los establos, deseando estar lista a tiempo. Su esposo le había prometido que regresarían a buscarla, y Kitty ya no temía que Samuel estuviera demasiado cansado por las cabalgatas. Él mostraba más valor que ella, y más resistencia.

Kitty entró en la penumbra de los establos y oyó ruidos al fondo.

—Craddock —llamó, avanzando.

Él apareció al oír su voz, saliendo del establo con la camisa remangada a pesar del aire frío.

—Acabo de terminar de ejercitar a uno de los caballos de paseo.

Craddock dio un paso hacia ella con una sonrisa demasiado íntima, y Kitty miró más allá de él para comprobar si había otros mozos cerca.

—Me alegra no haberte interrumpido en mitad de tu trabajo —al fondo, uno de los mozos estaba limpiando un establo, aunque solo se veía su espalda—. He venido a ver si podrías ensillar a Fawn.

Craddock alcanzó una clavija de la pared donde colgaba la brida.

—Por supuesto. Me ocuparé de ello. Quizá podríamos salir a montar juntos.

Kitty esbozó una sonrisa educada que se desvaneció enseguida.

—Lord Hayworth y Samuel volverán a buscarme. No deberían tardar mucho.

El mozo le dio la espalda y entró en el establo donde estaba Fawn, frente al pequeño rincón donde se guardaban las sillas. La nueva silla de amazona que Phineas había encargado para Kitty colgaba de una gruesa clavija, y cuando Craddock la vio admirándola, se colocó a su lado, con los brazos cruzados.

—Esta silla está magníficamente hecha. Creo que estará usted mucho más cómoda, y quizá sus habilidades mejoren aún más.

Kitty pasó los dedos por la silla; el cuero rígido brillaba, liso y nuevo. Cuando alzó la mirada, los ojos de él estaban clavados en ella, con una mirada intensa. Intentó aligerar el ambiente.

—Solo puedo esperar que cualquier obstáculo en mi progreso se deba a haber tenido una silla vieja —bromeó únicamente para aliviar

la tensión, pero Craddock pareció tomarse sus palabras al pie de la letra.

—Está haciendo grandes progresos, mi señora —dijo, colocando la brida sobre la cabeza del caballo y mirándola mientras la ajustaba —. He echado de menos nuestras lecciones. Ahora que su esposo monta con usted, ya no podemos hablar de Bristol ni de la comunidad que compartimos allí.

¿Su mozo estaba flirteando con ella? Kitty empezó a preguntarse si no sería estúpida. A veces sus miradas y sus comentarios cruzaban la línea, pero no siempre sabía si lo había imaginado. Después de todo, ¿por qué iba alguien a perseguir a una mujer casada? No tenía sentido. Por un lado, un mozo de cuadra no solía decir «he echado de menos nuestros paseos», pues eso implicaba cierta complicidad o una relación distinta de la de ama y sirviente. Por otro, los mozos tampoco solían compartir conocidos con sus señoras, como ocurría entre ella y Craddock.

Sus sonrisas siempre tenían un matiz demasiado íntimo, pero Kitty albergaba las suficientes dudas como para pensar que quizá solo era su manera de ser. Tal vez sonreía así a todo el mundo. Le resultaba casi imposible ponerlo en su sitio, pues sería terriblemente embarazoso haberse equivocado al pensar que él pretendía algo más de lo que realmente era.

—Para mí, lo importante es seguir montando, para llegar a ser competente. Si lord Hayworth puede encontrar tiempo para enseñarme, me considero afortunada.

Craddock colocó la silla sobre el lomo del caballo y ajustó las cinchas. Cogió las riendas y sacó a Fawn al pasillo entre los establos que conducía a la entrada del lugar. Hizo todo eso sin responder.

Por fin alzó la mirada hacia ella por encima del lomo del caballo, con el ceño fruncido.

—¿Así que no hay preferencia? ¿Te es indiferente montar con lord Hayworth o conmigo? ¿No prefieres uno a otro? —él se detuvo cerca de la salida del establo y rodeó la cabeza del caballo, aún con las riendas en la mano. Se colocó frente a ella, alzando una ceja a modo de pregunta.

Eso fue la gota que colmó el vaso. No podía creer que sus intenciones fueran inocentes.

—Tu manera de hablar se ha vuelto cada vez más familiar —dijo Kitty con voz serena, midiendo sus palabras—. Me gustaría recordarte que soy una mujer casada.

—Estás casada, pero no eres feliz.

Craddock se inclinó hacia ella, con un tono firme y persuasivo.

—Lo veo. Este *no* es tu lugar, Kitty, y lo sabes. Hay una autenticidad en ti que admiro. Nunca he conocido a una mujer como tú. Es la razón por la que he permanecido en este puesto tanto tiempo.

—Te ruego que no…

—Permíteme terminar —dijo Craddock con rapidez, y Kitty guardó silencio. Que dijera lo que tuviera que decir, para despejar cualquier duda sobre dónde residían sus lealtades. En cualquier caso, no podía llevarse a Fawn por sí sola, y su esposo aún no había regresado con Samuel. Miró a Craddock con impaciencia, sintiéndose atrapada con él ocupando el espacio entre ella y la salida—. No quiero arrepentirme el resto de mi vida de no haberte dicho esto. Y creo que podrías arrepentirte si no lo oyes.

Craddock soltó las riendas, y Fawn permaneció pacientemente en su sitio.

—He desarrollado sentimientos por ti durante el tiempo que hemos pasado juntos, y creo que tú sientes algo por mí. Tengo un plan para criar sementales, y un amigo ha ido a Escocia para seleccionar el ganado. Quiero que vengas conmigo. Iremos lejos, hasta Leith, y nadie en Bristol, salvo la familia, tendrá por qué volver a saber de nosotros. Nuestra familia solo nos deseará felicidad. No te rechazarán por un paso que podría considerarse escandaloso en la alta sociedad. Al fin y al cabo, no somos de los mismos círculos.

La indignación de Kitty la había mantenido muda durante todo su discurso, pero ahora temblaba de repugnancia.

—Me asombra que hayas malinterpretado mi carácter de forma tan absoluta como para pensar que cometería un acto adúltero. Que huiría del hogar al que pertenezco. Y, por si fuera poco, demuestras una completa ignorancia de los valores de mi familia. Si crees que

me aceptarían de nuevo tras dar un paso tan ruinoso, estás terriblemente equivocado… incluso si me sintiera tentada a seguirte.

—*Estás* tentada. Tu mirada anhelante me lo dice. Y aunque tu hermano no deseara volver a verte, mi familia sin duda querrá verme a mí. No estamos en una posición en la que tengamos que preocuparnos por lo que opinen los demás —Craddock le tendió la mano—. Kitty, debo confesar la verdad. No necesitaba este puesto. Si lo acepté fue únicamente porque te vi en mi última visita y recibí un llamado antes de que pudiera presentarme. Me decidí por ti entonces, Kitty. No esperaba que tu hermano actuara con tanta rapidez para concertar un matrimonio infeliz para ti. Eso ha complicado las cosas, sin duda, pero no las ha hecho irreversibles. No renunciaré a ti solo porque hayas sido comprometida.

Kitty no pudo escuchar más.

—Estás loco. El matrimonio es, desde luego, irreversible a los ojos de la ley de Dios. Apártate de mi camino…

Craddock se lanzó para bloquearle el paso.

—Kitty —él alzó una mano hacia su mejilla.

—¿Kitty? —la suave voz llegó desde la entrada del establo, y Craddock apartó la mano con brusquedad. Samuel se detuvo en seco, y sus ojos se entrecerraron al mirar en dirección a Craddock—. Hemos vuelto. ¿Estás lista para montar?

Phineas entró justo detrás de Samuel y vio la cercanía entre Kitty y Craddock, que ahora había dado un paso atrás. Ella estaba segura de que tenía el rostro encendido y supo al instante qué conclusiones sacaría su esposo. Había guardado silencio demasiado tiempo sobre las insinuaciones de Craddock. Había sido una necia. Phineas no la creería ahora.

—Ya he montado todo lo que tengo tiempo de montar hoy, Samuel.

Phineas habló con un tono seco, que le indicó a Kitty que lo había visto todo. Quiso llorar de desesperación, correr hacia él y aferrarse a su brazo.

—Creo que también ha sido suficiente para ti por hoy.

Se inclinó ante ella.

—Mi señora, confío en que hará lo que considere más oportuno.

Phineas dio media vuelta y abandonó el establo. Samuel miró a Kitty con desconcierto.

—Hace un momento dijo que estaba dispuesto a montar. Es una lástima que ya no quiera hacerlo. ¿Vas a montar sin mí?

—No —mantuvo la vista fija en Samuel para evitar la mirada de Craddock—. Te haré compañía y dejaré mi cabalgata para otro día. Craddock, lleva a Fawn de vuelta a su cuadra.

Kitty pasó el brazo por los hombros de Samuel y comenzaron a caminar hacia la casa. Sentía el peso de la propuesta de Craddock siguiéndola hasta la puerta. Nadie de su entorno había roto jamás un voto matrimonial. Bueno, estaba la señora Burns, en Bristol, pero a la gente le había sorprendido más que se casara que abandonara la unión. Su nombre solo se susurraba en los salones. ¿Cómo había podido Craddock pensar que ella aceptaría algo así? ¿O que sentía algo por él? ¡No! Él había sido una voz familiar, nada más. Si tan solo su propio esposo hubiera sido la mitad de apasionado de lo que Craddock había sido… Kitty dejó escapar un siseo de frustración.

—¿Tenemos que marcharnos a Bath mañana? —preguntó Samuel —. ¿No puedo quedarme aquí contigo?

Kitty salió por un momento de su tormento interior y lo estrechó contra su costado.

—Es difícil, lo sé, mi querido Sam. Pero nuestro matrimonio es muy reciente y aún no conozco bien a los padres de Phineas. Necesito ir a visitarlos de una manera más informal que en la boda, y de verdad no puedo llevarte conmigo cuando lo haga. Pero ya oíste lo que dijo Phineas, ¿verdad? O, mejor dicho, lord Hayworth.

—A mí también me deja llamarlo Phineas. O al menos no dice nada cuando lo hago. Sí, dijo que podría volver más adelante, después de las fiestas. Pero falta mucho para ello.

—Pasará rápido.

Kitty lo condujo al interior de la casa y se detuvo para mirarlo de frente.

—Te lo prometo, Samuel: siempre serás mi familia, y siempre tendrás un lugar donde quedarte. Solo necesito tiempo para acostumbrarme a mi nueva vida aquí, ¿lo entiendes?

Samuel dudó, mordiéndose el labio, y luego asintió.

—Ahora, ¿por qué no vas a buscar al jardinero? Me dijo que quería ver cuánto has mejorado con el arco y las fechas antes de que te marches.

Samuel se animó de inmediato.

—Iré a por ellas.

Echó a correr, pero regresó enseguida y plantó un beso en la mejilla de Kitty, para su sorpresa. Nunca había hecho algo así. Al menos alguien deseaba estar a su lado. En cuanto a su esposo, no estaba segura de que Phineas quisiera volver a verla jamás.

Kitty permaneció de pie en el silencioso vestíbulo, evaluando cómo proceder. La reluciente madera oscura de la barandilla y los suelos, las paredes color marfil con los viejos marcos, los apliques de bronce… todo eso empezaba a sentirse como un hogar para ella. Un lacayo pasó por allí y se detuvo.

—¿Necesita algo, mi señora?

Ella alzó la mirada y negó con la cabeza. No podía quedarse de pie en el pasillo como una tonta. Todo el mundo se daría cuenta de que algo no iba bien. Sabía lo que tenía que hacer.

Llamó con timidez a la puerta del despacho de Phineas. No obtuvo respuesta. Se volvió para marcharse, pensando que su marido no estaría dentro o quizá no desearía ver a nadie, cuando oyó la orden seca:

—¡Adelante!

Giró el pomo de inmediato y entró, alzando por fin la vista para encontrarse con la mirada de su esposo. Estaba sentado tras el escritorio, el rostro marcado por la infelicidad. Kitty tragó saliva.

—¿Puedo hablar contigo?

—Si lo deseas —Phineas respondió con indiferencia y se puso a ordenar los papeles sobre la mesa. Al ver que ella seguía mirándolo, levantó la mirada al fin—. ¿Qué ocurre?

A Kitty le escocieron los ojos ante la aspereza de sus palabras, tan distintas de la cálida complicidad del carruaje la noche anterior. Pero necesitaba sobreponerse y demostrar su inocencia. Volvió a tragar saliva; tenía la garganta seca.

—Quisiera pedirte que despidas a Craddock. Que lo reemplaces.

Phineas alzó la mirada, con un destello de sorpresa en los ojos. La sostuvo con intensidad.

—¿Por qué?

Kitty dio un par de pasos hacia delante.

—Porque se ha vuelto demasiado descarado.

Apoyó la mano sobre el escritorio de Phineas.

—Le permití ciertas libertades en su manera de hablar porque es primo de mi vecino y no deseaba crear tensiones entre nuestras familias. Pero ha ido demasiado lejos.

Phineas se puso en pie de un salto y rodeó el escritorio hasta quedar frente a ella.

—¿Qué ha hecho?

Kitty apretó los labios. Aún no deseaba arruinar las relaciones familiares, pero Craddock le había propuesto algo impropio. No podía ocultárselo a su marido.

—No me ha tocado… —sus palabras se apagaron al recordar su mano sobre su rodilla, sus manos sujetándole los brazos para impedirle marcharse, el roce en su mejilla—. Bueno, no de una forma realmente grave.

Cuando Phineas abrió la boca, indignado, ella se apresuró a explicarse:

—Te ruego que no hagas nada precipitado. No le permití aprovecharse de la situación. Pero sí me hizo una propuesta deshonrosa, que rechacé de inmediato.

—¿La rechazaste?

Las palabras de Phineas sonaron duras, pero Kitty vio el dolor y la esperanza en sus ojos. Fue esa esperanza la que le dio fuerzas para continuar.

—Desde luego que la rechacé. Phineas, estamos casados. No tomo esos votos a la ligera. Aunque no deseo dañar mi relación con mi vecino, no veo otra opción que despedirlo y sustituirlo por alguien —frunció el ceño, buscando una palabra adecuada—, ¿mayor?

La tensión era visible en el cuello de Phineas y en la rigidez de su mandíbula, pero ante sus palabras se le escapó una carcajada. Una risa aliviada y atormentada a la vez.

—¿Mayor? —repitió.

Ella decidió mantenerse firme y asintió. También se le escapó una risa nerviosa.

—Mayor —repitió.

Phineas bajó la mirada hacia su mano, apoyada en el escritorio cerca de la de ella. Sus hombros se relajaron.

—Por la mañana ya se habrá ido.

Cuando Phineas alzó la vista y la miró, sus ojos estaban llenos de anhelo. Kitty pensó que así debía haberla mirado cuando la besó la noche anterior, aunque entonces solo pudo intuirlo en el corredor bañado por la luz de la luna. Ahora lo veía a plena luz del día. Dio un pequeño paso hacia él, deseando correr a su encuentro y que la envolviera en un abrazo, anhelando el consuelo de sus brazos… pero no se atrevió a acortar la distancia.

—No confié en ti —dijo Phineas.

Kitty bajó la mirada y se encogió de hombros son decir palabra. Ya lo sabía, y le había dolido, pero ¿qué podía decir? No estaba segura de merecer su confianza cuando no había detenido en seco las atenciones de Craddock.

—Lo siento —añadió él en voz baja.

Sus palabras suaves hicieron que Kitty alzara la mirada para encontrarse de nuevo con la suya. El momento se volvió lleno de significado y, luego, de anhelo. Kitty entreabrió los labios, pero no logró pronunciar las palabras que él había afirmado desear escuchar. Phineas era un buen hombre y se estaba mostrando como un marido ideal. Incluso trataba a Samuel como si fuera de su propia familia. En el pecho de Kitty nació el deseo de algo más que este arreglo cordial y amistoso entre ellos.

—Phineas…

La puerta se abrió de golpe.

—¡Phineas, Kitty! ¡Venid a ver! ¡He disparado una flecha a trece metros y he dado en el blanco!

Phineas dirigió la mirada hacia Samuel y luego volvió a mirarla a ella, con una sonrisa irónica flotando en los labios. Se encogió ligeramente de hombros.

—Eso es algo que no puedo perderme, Sam —pasó junto a Kitty, dejando tras de sí un aroma a sándalo y calidez.

Desde la puerta, Phineas se volvió hacia ella.

—¿Vienes?

Kitty asintió y se apresuró a alcanzarlo. Phineas no solo era más amable de lo que jamás habría esperado de un matrimonio concertado —si era sincera consigo misma, difícilmente podría haberle tocado algo mejor—, sino que además le estaba ofreciendo su corazón a su manera reservada. Tal vez no pasaría mucho tiempo antes de que le declarara su amor como toda mujer anhelaba oír de labios de su marido.

18



A primera hora de la mañana siguiente, Phineas entró en el establo. Craddock estaba de pie a un lado del pasillo, frotando una silla de montar con un paño. Alzó la mirada a tiempo de ver a Phineas y se irguió, cruzándose de brazos.

Phineas se detuvo frente a él.

—¿Has comprobado que la rueda del carruaje de viaje esté alineada, como te pedí?

Craddock se movió con incomodidad y sostuvo su mirada solo un instante.

—Así es, milord. El carruaje está listo para partir hacia Bath.

—Muy bien. Puedes enganchar los caballos y hacer que uno de los mozos lo lleve hasta la entrada de la casa —Phineas se sacudió una mota de pelusa invisible de la manga—. No acompañarás el carruaje, pues no deseo que mi esposa tenga que volver a encontrarse contigo antes de tu partida.

El rostro de Craddock se endureció con suspicacia, y retorció el paño entre las manos.

—¿Qué quiere decir… antes de *mi* partida?

—Quiero decir que ya no eres bienvenido aquí. No después de haber hecho insinuaciones a mi esposa.

Phineas se había controlado hasta este momento —se había preparado para contenerse por completo durante la conversación—,

pero un estallido de ira lo impulsó a dar un paso adelante, hasta quedar cara a cara con Craddock.

—Y aunque tengo todo el derecho a atravesarte con la espada; y no pienses que me falta el valor ni la destreza para hacerlo, no lo haré. Es suficiente con que hayas perdido. Mi esposa no tiene el menor interés en ti, y tendrás que responder ante Dios por lo que eres. En cuanto a lo demás, tu empleo en Giddenhall ha terminado. Puedes recoger tus ganancias del administrador. Y si alguna vez veo que intentas ponerte en contacto con mi esposa de nuevo, será lo último que hagas. ¿Me he explicado?

—Perfectamente —respondió Craddock entre dientes, dándose la vuelta.



Kitty ya se encontraba en el vestíbulo, encantadoramente ataviada con otro vestido de viaje que Phineas no había visto antes. En todo lo que vestía demostraba un gusto superior. Mientras ella subía al carruaje tras Samuel, él reparó en un paquete familiar en sus manos. Su doncella subió a continuación, cargando con un pequeño estuche.

Phineas se acomodó en el carruaje y se sentó junto a Kitty, con Samuel y Sterling frente a ellos.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando con la cabeza el paquete que ella sostenía.

—Son algunos de los tejidos que pienso convertir en hábitos de montar cuando esté en Bath. Los demás los mandaré confeccionar aquí, en Castle Combe, con una modista local, para apoyar el trabajo de alguien del lugar.

La mirada directa de Kitty hizo que su corazón volviera a latir con fuerza. La reserva que había existido entre ellos había desaparecido ahora que sabía que se había equivocado respecto al interés de ella por Craddock, y que ese hombre no estaría allí para incomodarlos cuando regresaran.

Y por fin pensaba dar uso a las telas que él le había comprado. Nada podía ser mejor.

—Puedo llevarte a la modista que me vendió la tela. Estoy seguro de que estará encantada de contar con tu encargo. Mi amigo Bromley me la recomendó —Phineas apoyó la mano sobre el paquete que Kitty sostenía, un pobre consuelo frente a la idea de coger su mano—. Me alegra que vayas a utilizarlas.

—¿Cómo no iba a hacerlo? Los colores me favorecen mucho, y la tela es exquisita.

Kitty se volvió para sonreírle, y él quedó momentáneamente deslumbrado. Ella apartó la vista enseguida.

—Sam, no pongas los pies sobre el asiento de lord Hayworth.

—Sam tiene permiso para llamarme Phineas —la corrigió su marido.

Ella le dedicó otra sonrisa de agradecimiento antes de que Samuel reclamara la atención de Phineas. Se lanzó a contar, apresuradamente, todo lo que había visto durante el trayecto a Giddenhall, preguntando si regresarían por el mismo camino. Phineas respondía cuando Samuel hacía una pausa para coger aire, pero su mente estaba puesta en Kitty*. Le gustan mis regalos.* Era una lástima no haber estado nunca en su dormitorio para ver si había colgado el cuadro y dónde lo había puesto.

Llegaron a Bath sin demasiadas dificultades, y Phineas indicó al cochero que se dirigiera a la casa que Erasmus había alquilado para la boda. Había recibido una carta en la que se le informaba de que Erasmus alquilaría la misma casa para la llegada de Kitty y que podrían alojar allí a Samuel. El carruaje se detuvo ante la puerta, y el lacayo fue a tocar el timbre. Phineas ordenó al cochero que llevara primero a la criada a la casa de sus padres y luego regresara a recogerlos.

—¡Sam! —Edward salió corriendo a recibir a su primo, con Helen pisándole los talones.

Kitty descendió del carruaje y apoyó la mano en el brazo de Phineas.

—¿Nos quedaremos aquí un rato o iremos directamente a casa de tus padres?

—¿Qué te gustaría hacer? —preguntó Phineas, colocando la otra mano sobre la de ella, mientras el mozo descendía para situarse junto a la cabeza del caballo guía.

—Me gustaría ver a los niños, si es posible —respondió Kitty—. ¿Quizá podríamos entrar solo a tomar el té?

Phineas asintió y modificó sus instrucciones al cochero para que llevara el carruaje a los establos después de dejar a Sterling. En el interior, se despojaron de las prendas de abrigo, y la señora Stokes se adelantó con una sonrisa que a Phineas no le pareció cargada de afecto alguno.

—Kitty, milord… Erasmus estará con vosotros enseguida. Solo tiene que terminar una carta. Os esperábamos y he mandado preparar el servicio de té. La criada lo subirá en cuanto el agua esté caliente. Por favor, pasad al salón.

Phineas siguió a Kitty al salón, donde Samuel estaba demostrando su hazaña con el arco a un primo menor que lo escuchaba embelesado en un rincón. Kitty se volvió hacia su cuñada.

—Mary, ¿podrías traer a William para que lo vea?

Mary hizo una seña al lacayo para que avisara a la niñera y luego se volvió hacia Kitty.

—Sí, ha crecido desde la última vez que lo viste, creo. Ahora es un niño bastante guapo y se parece mucho a Edward —Mary se sentó cerca de Kitty y lanzó una mirada indulgente a su hijo mayor.

—Siempre fue un encanto —dijo Kitty.

Pronto llevaron a William, que de inmediato estiró los brazos hacia Kitty. Ella se sentó y lo acomodó contra su pecho. Le susurró dulces palabras al oído, y el bebé le respondió con una amplia sonrisa; luego se inclinó para besarle el cuello, provocando la risa de William. Era un momento hermoso, aunque un tanto tortuoso de presenciar. Esta mujer estaba destinada a ser madre, y si sus hijos se parecían siquiera un poco a ella, serían hermosos. Aun así, habían hecho muy pocos avances en esa dirección.

Kitty lo miró de reojo, y Phineas apartó la mirada, temiendo que su deseo quedara escrito en su rostro. Anhelaba con todo su ser que esta mujer le diera hijos. Ella también deseaba claramente ser madre… pero ¿quería serlo con él?

Erasmus entró en la habitación.

—Hayworth.

Avanzó y le tendió la mano, y Phineas la estrechó.

Kitty dirigió una rápida mirada a su hermano, y Phineas se preguntó si se debía a que Stokes había omitido el «milord» o a que ni siquiera se había molestado en saludarla. A decir verdad, la intimidad de su nombre en labios de Stokes irritó a Phineas, pero lo disimuló. Era el hermano de su esposa, y formaba parte del trato.

Tras sentarse, Erasmus preguntó por el viaje y por las mejoras en Giddenhall, pero dirigió todas sus preguntas a Phineas. Kitty mantuvo la atención en William y no pareció notar el desaire. Por fin, Erasmus hizo una pausa y miró a su esposa.

—¿Por qué no os unís a nosotros a cenar esta semana, ahora que estáis aquí? ¿Qué noche os vendría bien?

Kitty miró a Phineas con ojos suplicantes. Él pudo ver que la invitación le agradaba. En cuanto a él, no deseaba cenar con Stokes, pero supuso que se lo debía a su esposa, ya que se alojaban con su familia.

—Creo que el próximo miércoles nos vendría bien —respondió Phineas—. Tendré mucho de lo que ocuparme al llegar, pero mi familia no puede reclamar nuestra atención todos los días.

Una sonrisa iluminó el rostro de Kitty cuando Erasmus anunció:

—Entonces cenaremos el miércoles. Bien, Samuel… —por fin se centró en su hermano menor—. ¿Qué tal tu estancia en Giddenhall?

Samuel abandonó de inmediato su conversación con Edward y se acercó, con los ojos brillantes.

—He aprendido a disparar la flecha más lejos que nunca, y he aprendido a montar a caballo.

—Eso me recuerda algo, Erasmus —dijo Kitty, girándose en su asiento, con las manos aun acariciando la cabeza del bebé—. Debes encargarte de las clases de equitación de Samuel si quiere encontrar su lugar en Harrow. Sé que no querrías que se quedara atrás en ese aspecto. Lord Hayworth fue a Harrow y puede decírtelo —ella se volvió hacia Phineas—. ¿No es así? ¿Que él necesita clases de equitación?

Phineas no deseaba decirle a otro hombre cómo criar a su propia familia, pero no pudo ignorar la súplica de Kitty en favor de Samuel.

—Es cierto. Sin ellas, estará en desventaja frente a los otros chicos. No obstante, si la idea no te desagrada, habíamos pensado invitar a Samuel de nuevo a principios de invierno para otra estancia.

Samuel seguía la conversación con atención y dirigió una mirada ansiosa a Erasmus.

Stokes se frotó la barbilla y asintió.

—Por supuesto, por supuesto. Lo que creáis mejor para el muchacho. Espero que no haya supuesto demasiada molestia para vosotros.

—En absoluto.

La conversación derivó hacia otros asuntos, y bebieron el té mientras Kitty se concentraba en mantener la taza fuera del alcance de William. Cuando terminaron, Phineas mandó llamar al carruaje antes de recorrer a caballo la corta distancia hasta la casa de sus padres.

—Me temo que tendrás que soportar otra ronda de té con mis padres —dijo en el carruaje, aliviado de volver a estar a solas con ella.

Se preguntó dónde los acomodaría su madre en la casa. Había un dormitorio más grande en el lado oeste que sería perfecto.

—No te preocupes —respondió ella, con la mente aparentemente libre de los pensamientos que a él lo ocupaban—. Aunque no estoy segura de poder beber mucho más, pues estoy a punto de reventar.

Phineas rio ante la ocurrencia, pero estaba nervioso. Esperaba que sus padres se comportaran de la mejor manera y trataran a Kitty con la calidez y el respeto que merecía como su esposa.

Seamus los condujo al salón, y los padres de Phineas se unieron a ellos poco después.

—Bien, Katherine… —la madre de Phineas frunció los labios, como si ya le resultara bastante difícil pronunciar el nombre correcto de Kitty. El diminutivo era casi imposible—. Espero que estés satisfecha con tu matrimonio hasta ahora… y con tu vida en Giddenhall.

Kitty hizo una reverencia ante lord y lady Midlington.

—Estoy muy satisfecha —había respeto en su tono, pero ninguna sumisión, y Phineas se alegró. Con el tiempo se ganaría el respeto de sus padres; no cabía duda.

—¿Y qué cambios has empezado a hacer en tu propiedad? —preguntó su padre a Phineas, acomodándose en el sillón frente a ellos.

Apenas había hecho algo más que asentir a Kitty.

Phineas comenzó a hablar de las reparaciones realizadas en las casas de los arrendatarios, mientras su madre y Kitty escuchaban la conversación. No había esperado que su primer encuentro real transcurriera de esta manera. Deseaba que su esposa y su madre descubrieran intereses comunes y mantuvieran su propia charla.

Cuando el tema de las reparaciones se agotó, la madre de Phineas se incorporó con mayor rigidez.

—Hemos decidido organizar un baile dentro de una semana. Esto presentará a Katherine en sociedad y mostrará a todos que estamos complacidos con el enlace. Es algo que deberíamos haber hecho desde el principio, pero el compromiso se llevó a cabo de manera tan precipitada…

Los ojos de lady Midlington se desviaron hacia el vientre de Kitty, y Phineas se sobresaltó. La comprensión de lo que su madre había insinuado lo llenó de conmoción y repugnancia. Ella prosiguió con suavidad:

—Si no tenéis objeciones, claro está.

Phineas no estaba seguro de si Kitty había notado la mirada y todo lo que implicaba. Ella respondió con tono sereno:

—No tengo ninguna objeción, milady. Estaré encantada de conocer a sus amistades.

La madre de Phineas frunció los labios.

—Ten en cuenta que no se trata tanto de que tú los conozcas como de que nosotros les mostremos que no hay nada malo en vuestro matrimonio. Nada podría ser peor que un escándalo asociado a nuestro nombre.

Ante esas palabras, la expresión de Kitty se ensombreció. El momento no podía haber sido peor, y Phineas lo sintió con intensidad, pero no podía evitarse.

—Os ruego me disculpéis… Madre, padre —miró a su esposa, con simpatía en la expresión—. Kitty, he concertado una reunión con Carter para ponerlo al día sobre los asuntos de la finca. No tenía intención de quedarme tanto tiempo en casa de Stokes, y ahora veo que me he retrasado. Madre, sé que harás que Kitty se sienta bienvenida mientras atiendo esta visita. Estoy seguro de que a Kitty le vendrá bien descansar tras el viaje.

Phineas se levantó y dio un paso hacia Kitty, con el impulso de besarla en la mejilla. Sin embargo, no pudo hacerlo. No con sus padres observando, y no con el recuerdo de la mirada cargada de significado que su madre había dirigido a su vientre. Abrió la boca para hablar, pero no se le ocurrió nada que pudiera mejorar la situación, así que se limitó a inclinar la cabeza brevemente y se marchó.

El silencio que siguió cuando cerró la puerta tras de sí no fue tranquilizador. Permaneció en el pasillo escuchando, pensando que quizá debería mandar aviso a Carter de que finalmente no acudiría. Eso solo retrasaría los asuntos, y tenían semanas de trabajo atrasado, pero no podía soportar que su esposa pasara por ninguna incomodidad tan pronto tras su llegada.

Al cabo de un largo momento, oyó hablar primero a su madre y luego a su padre. También escuchó la voz de Kitty. La conversación había retomado su curso en su ausencia. Eso les daría la oportunidad de conocerse con mayor libertad. Una sensación de alivio lo recorrió, y recogió el sombrero y los guantes que había dejado sobre la mesa auxiliar cuando el lacayo le abrió la puerta.



¿Había sido realmente necesario que Phineas concertara una reunión con su hombre de negocios el mismo día de su llegada? Al hacerlo, la había dejado completamente desprotegida, y la respiración de Kitty se aceleró por la irritación. Se negó a mostrarse nerviosa ante sus suegros, aunque no se sentía bienvenida. Lord Midlington se levantó de inmediato y murmuró algo acerca de unos asuntos

importantes que debía atender. Ella se puso en pie y le hizo una reverencia; luego volvió a sentarse y se volvió hacia lady Midlington, con la esperanza de encontrar algún tema en común.

—Me alegra que hayamos podido venir a Bath. Me da la oportunidad de descubrir dónde pasó Phineas su infancia.

—Pues deberías saber que Phineas se crio en la finca de Midlington. Es hijo de un conde, aunque comprendo que la importancia de eso te resulte difícil de apreciar, al no haber tenido experiencia con grandes propiedades.

El té de Kitty estaba prácticamente intacto, y aunque había vuelto a coger la taza entre las manos, la dejó de nuevo sobre la mesa.

—Es cierto. Nunca he vivido en una finca hasta mi llegada a Giddenhall, pero sí tengo cierto conocimiento de cómo se administran, por el tiempo que he pasado allí.

Lady Midlington comenzó a alinear las cucharas sobre la bandeja frente a ella.

—Sí, pero solo has pasado allí unas pocas semanas. No toda una vida, como mi hijo. Giddenhall no es en absoluto como Midlington. Es mucho más pequeña, y ni lord Midlington ni yo alcanzamos a comprender por qué decidió ir allí en lugar de continuar trabajando en la finca que un día heredará.

Kitty apretó las manos sobre el regazo. Al parecer, su cuerpo no había recibido la información de que no debía estar nerviosa.

—Perdone, pero creía que Giddenhall era propiedad de la madre de usted. ¿No le alegra que su hijo esté poniendo la finca en orden? Tenía entendido que estaba muy necesitada de reparaciones.

Lady Midlington soltó bruscamente las cucharas, dejándolas torcidas, y se recostó en su sillón.

—Sí, y se ha puesto en orden gracias a *tu* dote. Eso lo sé. A decir verdad, no siento un afecto especial por ese lugar. No crecí allí. Me crie en la finca de mi padre, y mi madre se retiró a Giddenhall cuando él murió, pero para entonces yo ya estaba casada —lady Midlington se puso en pie—. Imagino que estarás muy cansada. Ven, te enseñaré tu habitación.

No era una sugerencia. Kitty la siguió hasta la puerta, sintiéndose como un cachorro no deseado. No comprendía cómo esos destellos de humor y afecto que a veces veía en Phineas podían proceder de unos padres tan fríos.

Lady Midlington la condujo escaleras arriba. La casa de ciudad tenía tres plantas y era mucho más grande que la que había alquilado el hermano de Kitty en Laura Place. En la segunda planta, lady Midlington señaló una habitación al fondo del pasillo.

—Esa es la habitación de Phineas. No he dispuesto que te alojes allí, ya que es demasiado pequeña para dos personas y sé que él está acostumbrado a esa estancia y a su privacidad. No deseará dejarla. Además, la habitación de invitados más grande necesita reformas. Te he acomodado en una habitación del piso superior.

—Cualquier arreglo que haya hecho será adecuado para mí, milady.

Kitty no intentó seguir conversando mientras seguía a su suegra por otro tramo de escaleras. Lady Midlington abrió la puerta de una habitación de tamaño razonable y decorada con buen gusto. Un alivio repentino recorrió a Kitty al comprobar que no la enviaban a alojarse en los cuartos del servicio. Había empezado a temer que ese fuera su destino.

—Espero que estés cómoda aquí.

Lady Midlington mantuvo la mano en el pomo de la puerta de la habitación de Kitty. Su expresión era tensa, y daba la impresión de que esas palabras corteses habían sido forzadas.

Kitty no le daría a lady Midlington la satisfacción de pensar que lamentaba estar tan lejos de su esposo. Se enfrentó a su suegra en la puerta.

—Yo también prefiero mi privacidad. Esta habitación es perfecta.

19



Phineas fue conducido directamente al despacho de Carter, quien lo estaba esperando.

—Milord, me alegra verlo. Espero que la vida matrimonial le esté resultando grata.

Phineas se fijó en las arrugas de preocupación alrededor de los ojos de Carter, que antes no estaban allí, y preguntó:

—¿Cómo están tus padres?

Una expresión de dolor cruzó fugazmente el rostro de Carter.

—Me temo que mi padre ha dejado este mundo. Mi madre se encuentra tan bien como cabía esperar. Le agradezco su paciencia y comprensión, que me han permitido atender a mi familia durante este tiempo tan difícil.

—Lamento oír lo de tu padre. Y no podría haber hecho menos; me has sido de gran ayuda. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti? —permitió que su voz adoptara el tono de una pregunta.

Carter negó con la cabeza.

—No. En la vida, estas cosas suceden. Hablemos mejor de sus asuntos. ¿Qué le parecen los criados que contraté para usted?

Phineas se sentó.

—No quise importunarte con asuntos tan triviales cuando tenías otros de mayor peso entre manos, pero no puedo decir que haya tenido buena fortuna con el personal. El administrador que contrataste hace un año no realizó las reparaciones necesarias en las

casas de los arrendatarios, algo que descubrí al llegar tras la boda. Me vi obligado a venir a Bath y recurrir al hombre de negocios de mi padre para encontrar un nuevo administrador. Y Craddock; el mozo de cuadra excesivamente cualificado que habías contratado, que se presentó al puesto como si fuera obra del destino —Carter asintió y Phineas prosiguió—. Parece que tenía intenciones con mi esposa.

Carter alzó la cabeza bruscamente y apoyó ambas manos sobre el escritorio.

—¿Cómo?

—He despedido a Craddock. Tampoco estoy del todo convencido con el ama de llaves, la señora Morley, aunque no fue contratación tuya. Le he dado una advertencia. Creo que ahora tratará a mi esposa con el respeto que le corresponde.

El rostro de Carter palideció ante el número de sirvientes que no habían cumplido con su cometido.

—Le he fallado, milord. Comprenderé si desea que sus asuntos sean gestionados por otra persona.

Phineas dejó escapar una leve risa.

—No, nada tan drástico. Al fin y al cabo, en un aspecto has hecho un trabajo excelente —Carter lo miró con expresión interrogante—. Sí, has elegido muy bien a mi esposa. Estoy sumamente complacido con ella.

Carter se recostó en su silla y dejó que los hombros se le relajaran.

—Eso es un alivio. Cuando ni siquiera quiso mirar su retrato en miniatura, no pude evitar temer que no fuese de su agrado.

Phineas le lanzó una mirada irónica.

—Sabías perfectamente que lady Hayworth es una mujer notablemente hermosa y de carácter dulce. En conjunto, hiciste un excelente trabajo de investigación, y te estoy muy agradecido. Sin embargo, queda un puesto por cubrir. He venido a verte por el ayuda de cámara.

—Ya he encontrado uno, milord. Solo estaba esperando a que usted llegara a Bath para enviarlo a la casa de su padre. Confío en que sea de su agrado.

—Muy bien. Eso pondrá fin a los criados prestados por mi padre. Me dará una ruptura limpia con la gestión que él ha ejercido sobre mi vida. Has hecho un buen trabajo —con una sonrisa pícara añadió —: No tienes por qué temer por tu puesto.

—Me tranquiliza oírlo, milord —sonrió Carter.

Pasaron las horas siguientes revisando los asuntos más urgentes de Phineas y, al terminar, Carter apiló los documentos sobre el escritorio y Phineas se puso en pie.

—¿Estás casado, Carter?

Nunca se le había ocurrido preguntarlo, aunque Carter sabía prácticamente todo sobre él. Sospechaba que a Carter le iba bastante bien; sabía que vivía en un barrio elegante y que había estudiado en Oxford. Supuso que la conversación personal sobre los padres de Carter y su propio matrimonio los había acercado un poco más.

Carter alzó la mirada, sorprendido, y aunque era uno o dos años mayor que Phineas, estuvo a punto de ruborizarse.

—No, milord. ¿Había algún motivo…?

—Oh, no. *Cielos, no.*

¿Qué se le había pasado por la cabeza para empezar a hacer preguntas personales a su hombre de negocios?

—Solo me lo preguntaba.

Carter se encogió de hombros y jugueteó con la cartera de cuero en su mano.

—Mi padre me dejó algunas inversiones, y supongo que debería empezar a pensar en ello ahora.

—¿Puedo sugerir algo? —Carter alzó la vista con interés y asintió, mientras una sonrisa se dibujaba en el rostro de Phineas—. Pida a su hombre de negocios que le encuentre una esposa.

Carter rio mientras Phineas se dirigía a la puerta.

—Prometiste volver a Giddenhall —añadió Phineas—, y podría ser útil que fueras si tienes tiempo antes de Navidad. Quiero que conozcas al nuevo administrador, ya que tendrás que tratar con él en asuntos de gestión.

—No tengo nada urgente que atender antes de Navidad —respondió Carter.

Se despidieron, y Phineas regresó a la casa de sus padres. Una vez dentro, se asomó al salón, donde su madre estaba sentada, absorta en sus pensamientos.

—¿Madre? —dio dos pasos dentro de la estancia, preguntándose cómo le habría ido a Kitty con sus padres durante su ausencia. Era una tontería suponer que aún estaría sentada con su madre manteniendo una charla agradable—. ¿Dónde está Kitty?

Su madre salió de su ensimismamiento y lo miró.

—¿Ha ido todo bien con Carter? ¿Ha retomado de nuevo los asuntos de Giddenhall?

—Así es. ¿Dónde está Kitty ahora? —Phineas se sentó frente a su madre.

—Katherine está en su habitación. Dijo que necesitaba descansar antes de la cena.

Su habitación. Así que no compartirían dormitorio.

—Es una criatura bastante tímida para una vizcondesa. Espero que, tras su formación, esté a la altura de su papel.

—No es tan tímida —replicó Phineas. Desde su punto de vista, no tenía ningún problema en decirle exactamente lo que pensaba—. ¿En qué habitación está? Creí que nos pondrías en la habitación que se encuentra al oeste, la que es lo bastante grande para dos.

Se entretuvo con los puños de la camisa para evitar mirar a su madre. Lo cierto era que compartir habitación con su esposa, aun si ella se negaba a liberarlo de su juramento, habría sido una dulce tortura; pero estaba convencido de que eso los habría llevado a superar el último obstáculo para estar casados en el sentido pleno de la palabra.

—Ella no parecía desearlo. La he alojado en la segunda habitación más grande, después de la tuya.

La que está en un piso completamente diferente. Una punzada de decepción golpeó a Phineas en el pecho. Endureció los rasgos en una expresión severa para no revelar a su madre cuánto le había herido eso. *¿No parecía desearlo?*

—¿Dijo expresamente que quería su propia habitación?

—En otras palabras, sí —una ráfaga de aire hizo que las ramas desnudas de un árbol cercano arañaran la ventana, y su madre miró

a través del cristal—. Dijo que prefería tener su propia habitación, pues estaba acostumbrada a su privacidad.

—Ya veo —Phineas apoyó la barbilla en la mano, intentando digerir la noticia. Tal vez no había avanzado en su matrimonio tanto como había creído.



STERLING AVISÓ a Kitty de que la familia se reuniría para cenar. Se había acostumbrado a ver a Phineas al otro lado de la puerta cuando llegaba la hora de bajar, y el cambio la desconcertó. Era como si Kitty estuviera a la deriva, sin ancla, sin su marido allí.

Sin embargo, Phineas la estaba esperando en el salón, y al verla pareció inquieto; no perdió tiempo en acercarse a ella.

—¿Estás ya cómodamente instalada? ¿Te agrada la habitación? Lamento que mis asuntos me hayan retenido hasta ahora.

Kitty miró a su suegra, recordando las palabras sobre lo mucho que a su hijo le gustaba su privacidad. Solo había una respuesta posible.

—La habitación me viene de maravilla. Estoy muy contenta.

Ella no supo interpretar su expresión críptica. Phineas ofreció el brazo a Kitty y siguió a sus padres al comedor. ¿Qué escondía esa expresión? Parecía como si su semblante se hubiera ensombrecido. Supuso que, si valoraba tanto su privacidad, no estaba dispuesto a cambiarla por ella. Kitty no pudo evitar preguntarse cuán importante sería para Phineas mantener su propia habitación. ¿Seguiría haciéndolo si estuvieran casados en el sentido pleno de la palabra?

Una vez sentados, lord Midlington apoyó los dedos sobre la mesa mientras el lacayo intentaba servirle sin derramar nada.

—¿Ya lo has arreglado todo con Carter? ¿Tendrás tiempo de visitar a Parkson también? Hay algunos asuntos pendientes en Midlington de los que eras responsable; y otros que creo que deberías seguir vigilando, puesto que algún día lo heredarás.

Phineas dejó que el lacayo le sirviera un filete de venado y guisantes antes de responder.

—Mi visita a Carter fue provechosa, y está al día de todo lo referente a Giddenhall. Mi ayuda de cámara ha llegado y me he asegurado de que quede instalado en las dependencias del servicio.

Lord Midlington frunció el ceño bajo sus espesas cejas.

—Podrías haber seguido utilizando al ayuda de cámara que te he proporcionado todos estos años.

—Sabes perfectamente que necesitaba contratar uno propio. El tuyo no estaba dispuesto a abandonar Bath, ni siquiera para la breve estancia tras mi boda, y yo necesito a alguien que pueda seguirme a Giddenhall.

—*Hum* —lord Midlington gruñó y empezó a cortar la carne.

—Hemos decidido que la cena de gala para celebrar vuestro matrimonio tendrá lugar el próximo jueves —dijo lady Midlington—. Últimamente en Bath hay pocas fiestas, así que no creo que a nadie le importe el aviso de última hora. ¿Hay alguien a quien te gustaría invitar, aparte de nuestro círculo habitual?

Phineas alzó la mirada, con el tenedor suspendido en el aire.

—Sí, de hecho —se volvió hacia Kitty, sobresaltándola. Se había acostumbrado a pasar desapercibida en su familia—, he avisado a Robert Bromley de que estábamos en la ciudad y ya he recibido una nota suya invitándonos a tomar el té mañana. ¿Te parece bien?

La idea de salir de la casa para un compromiso social animó a Kitty.

—Me gustaría mucho —respondió.

Phineas asintió y volvió a dirigirse a su madre.

—Me gustaría invitar al señor y a la señora Robert Bromley.

Su madre entrecerró los ojos.

—¿Quiénes son los Bromley?

—Phineas hablaba de él cuando estaba en la escuela, si recuerdas —dijo lord Midlington, alzando brevemente la mirada hacia su esposa—. He conocido al padre de Bromley. Es lo bastante adecuado como para invitarlo a nuestro baile.

Los nombres de los demás invitados pasaron desapercibidos para Kitty, dejándola fuera de su elemento. Sabía que sería difícil integrarse en una sociedad que no era la suya. No era que alguna vez se hubiera sentido así en presencia de Phineas. Eran solo sus

padres… y sus criados, pensó con ironía, quienes la hacían consciente de su posición.

—Puedes darme su dirección —dijo lady Midlington—. Haré que se envíe la invitación mañana.

20



Al día siguiente, Kitty fue con Phineas a visitar a los Bromley en Great Pulteney Street. Ella le había pedido si podían pasar primero por la modista, y se alegró al ver el brillo en sus ojos ante su petición. Seguramente no habría dudado de que ella daría buen uso a esas hermosas telas, ¿verdad?

Kitty observó a Phineas a través de la abertura de las cortinas mientras le tomaban las medidas, y él aguardaba en la sala contigua. Nunca hizo nada tan indecoroso como entrar en el probador, aunque técnicamente, como su marido, no habría sido considerado como algo escandaloso. Aun así, ella lo vio dirigir la mirada una y otra vez en su dirección, para apartarla rápidamente después. En cierto momento, la señora Laurent preguntó si Phineas no querría pasar a ver cómo caía la tela sobre su esposa, pero él declinó. Kitty se sintió aliviada. No le habría gustado que la primera vez que él la viera prácticamente desnuda fuera delante de un público.

Cuando llegaron a la residencia de los Bromley, el mayordomo condujo a Phineas y a Kitty al salón, donde el matrimonio estaba sentado. Los Bromley se pusieron en pie en cuanto ellos entraron, y la señora Bromley fue la primera en avanzar y saludar a Kitty con una reverencia.

—Lady Hayworth, es un placer conocerla… y a usted también, milord. Me alegré mucho cuando Robert me dijo que se había

encontrado con un antiguo compañero de escuela. No hay muchos amigos en Bath de nuestra edad, y aún menos con los que Robert desee pasar tiempo. ¿Cuánto piensan quedarse?

Phineas sonrió.

—Solo dos semanas. El placer es mío, señora Bromley. No pensé que Robert lograra tentar a nadie para pasar por el altar, pero veo que es, en efecto, un hombre afortunado.

El señor Bromley lanzó a Phineas una mirada cargada de ironía.

—Podría decir lo mismo de ti.

Kitty reprimió una suave risa.

—Oh, lo mío no es más que un matrimonio concertado —respondió Phineas con un suspiro resignado—. Uno de conveniencia.

La franqueza de sus palabras sorprendió a Kitty y le provocó una punzada de dolor. ¿Iba a presentarla siempre de ese modo? Lanzó una mirada rápida a su marido, que parecía estar esperándola, porque le guiñó un ojo de forma exagerada. Los hombros de Kitty se relajaron al instante. Era la primera vez que Phineas bromeaba con ella, y no sabía que fuera capaz de hacerlo.

Phineas se volvió de nuevo hacia los Bromley, con la sonrisa aún en los labios.

—Por cierto, creo que recibiréis una invitación para un baile selecto que mis padres ofrecerán la próxima semana. Desean presentar a Kitty en sociedad. Y, ya que hablamos de presentaciones, ¿os parece bien que nos tratemos todos por nuestros nombres de pila? Robert y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo, y espero que esa familiaridad se extienda también a nuestras esposas.

—Bien dicho —dijo Bromley con una sonrisa.

—Oh, sí. Me parece perfecto que mis amigos me llamen Teresa. No soy dada a las formalidades, como Robert podrá deciros. Y en cuanto a la invitación, de hecho, la acabamos de recibir. Por supuesto que asistiremos.

Una vez sentados y después de que Teresa ordenara que trajeran el té, se volvió hacia Kitty.

—¿Qué tal te resulta la vida de casada?

Kitty no supo qué responder, y una sola mirada a Phineas le indicó que la pregunta también le resultaba incómoda a él.

—Me agrada bastante —respondió Kitty, devolviendo la mirada a Teresa—. Supongo que he tenido suerte en la elección de marido, aunque ya sabéis que nuestro matrimonio no fue más que el fruto de un contrato tedioso —dijo lo último con un gesto burlón que hizo reír a todos, y alcanzó a ver un destello divertido en los ojos de Phineas.

La ligereza que sentía Kitty en el corazón continuó a lo largo de la conversación. Ni siquiera cuando vivía en Bristol había encontrado una charla tan cordial como esta. Nunca antes se había detenido a pensar en la poca cantidad de amigos que tenía, incluso en el lugar donde había crecido. Y, sin embargo, allí, y en un solo día, había encontrado personas que parecían poseer la profundidad de sentimientos y la sensatez necesarias para convertirse en verdaderos amigos, pero que también eran lo bastante alegres como para entregarse a una broma ligera. Y, como esposa de Phineas, estaba siendo integrada en esa relación como si los conociera desde hacía años.

—¿Vendréis a Bath a menudo? —preguntó Robert a Phineas—. Me sorprende que no nos hayamos encontrado antes, aunque supongo que llevamos poco tiempo establecidos aquí.

Phineas consultó a Kitty con una mirada antes de responder.

—Dependerá. Supongo que vendremos unas cuantas veces al año. Debo poner Giddenhall en buen estado. Y creo que Kitty también necesitará tiempo para adaptarse a su nuevo papel allí —una idea pareció iluminarle el rostro—. Si no estáis demasiado ocupados, también debéis venir a visitarnos. No estamos muy lejos.

—Eso suena encantador —dijo Teresa—. Por mi parte, me alegra tenerlos en Bath, aunque solo sea por una estancia breve. Robert ha estado francamente decaído —Robert puso los ojos en blanco, aunque la mirada que dirigió a su esposa era indulgente—. Y a nosotros nunca nos falta una excusa para visitar a amigos en el campo.

—Aunque mi padre me tenga ocupado esta semana, seguro que nos veremos de nuevo la noche del baile —dijo Phineas.

Kitty añadió:

—Si tienes tiempo, Teresa, no me importaría venir a visitarte por la mañana.

Se mordió el labio cuando se dio cuenta de algo de manera repentina: Phineas, enfrascado en la conversación con Robert, no estaba escuchando y no podía orientarla sobre si podía recibir visitas en casa de sus suegros.

—Claro que no puedo devolverte la invitación —añadió.

—No te preocupes por eso —dijo Teresa—. Estaré encantada de recibirte. No hace falta que me envíes una invitación de vuelta.

Cuando salieron de casa de los Bromley, Kitty dejó escapar un suspiro de alivio. Era la primera relación en la que sentía que la trataban de igual a igual.

—Me agradan mucho tus amigos —dijo mientras se dirigían a casa de sus padres—. ¿De qué familia procede Teresa?

—De una familia muy antigua: los Balfour. Es hija de un conde.

Kitty apoyó la mano en el brazo que Phineas le ofrecía. Su cercanía le resultaba tan reconfortante que tuvo que contenerse conscientemente para no aferrarse a él.

—Entonces es lady Teresa. ¿Sus padres no se opusieron al matrimonio? El señor Bromley es un caballero, pero no pertenece a la nobleza.

Phineas cubrió la mano de Kitty con la suya mientras caminaban.

—Sus padres solo querían que ella fuera feliz. No pusieron ninguna objeción.

Sus palabras parecían encerrar un significado que iba más allá de los Bromley, y ella alzó la vista y lo encontró mirándola. Sus pasos se ralentizaron, y el corazón de Kitty empezó a latir con fuerza. ¿Volvería a besarla?

Él apartó la mirada y reanudó el paso. Por supuesto que no la besaría en mitad de la calle. ¿Qué estaba imaginando? Kitty suspiró en silencio, pensando en sus últimas palabras. Los padres de Teresa solo querían que fuera feliz. No pudo evitar desear que los suyos hubieran sido iguales. Aun así, la relación de los Bromley le daba esperanzas de que algo mejor les esperaba a ella y a Phineas.

El miércoles por la noche, la puerta de la casa de Erasmus en Laura Place se abrió, y a los oídos de Kitty llegaron más voces de las que esperaba para una simple cena familiar. Intercambió una mirada con Phineas y vio en su rostro la misma expresión de recelo.

El mayordomo se inclinó ante ellos.

—Les acompañaré al salón, donde se encuentran todos reunidos.

Kitty frunció el ceño.

—No había entendido que se tratara de una cena con invitados. Pensé que sería una cena familiar.

Ella no esperaba realmente una explicación a su comentario en voz baja, pero el mayordomo llevaba años al servicio de la familia Stokes y se tomó la libertad de responderle.

—Mi señora, el señor Stokes ha invitado a algunos de sus socios comerciales y a sus esposas.

Cuando miró de nuevo a Phineas, él arqueó una ceja y le dedicó una suave sonrisa. Estaba tan complacido con la situación como cabía esperar.

Al entrar en el salón, la conversación se detuvo y todas las miradas se dirigieron a Phineas. Nadie prestó atención a Kitty. Erasmus avanzó y extendió la mano.

—Hayworth, permíteme presentarte a mis socios comerciales.

Colocó la mano sobre el hombro de Phineas, y Kitty vio a su marido tensarse como si quisiera sacudírsela de encima.

—Este es el señor Menkes, el señor Browning, el señor Thrup y el señor Fudge. Y este —añadió Erasmus con un amplio gesto de brazo señalando a Phineas—, es Lord Hayworth, mi cuñado.

Los caballeros saludaron a Phineas mientras sus esposas permanecían detrás, con expresiones cercanas al embobamiento. No era ninguna sorpresa que Erasmus no hubiera considerado a las esposas dignas de ser presentadas. Kitty se acercó a Mary.

—Pensé que vería a los niños esta noche. ¿Samuel se está adaptando a estar de vuelta?

—Los niños están con la niñera —respondió Mary con más calidez de la habitual, aunque Kitty no se dejó engañar. Era por consideración a los invitados—. No podíamos tenerlos en una cena de adultos, pero puedes estar tranquila: Samuel está bien. Creo que está contento de haber vuelto con sus primos.

Phineas hizo una reverencia ante las mujeres sin mediar presentación, pero a Kitty no le pareció que Erasmus notara esa falta de cortesía. Pronto los condujeron al comedor, donde la mesa estaba dispuesta con un despliegue elaborado. Phineas quedó sentado frente a Kitty y a la derecha de Mary. Kitty sabía que este sería uno de esos acontecimientos en los que Erasmus quería demostrar su riqueza: no se conformaría con una cena sencilla de un par de servicios, sino con auténticos platos que se prolongarían bien entrada la noche. Ella reprimió un gemido interior al imaginar la velada interminable que tenían por delante.

—Hayworth —la voz de Erasmus resonó al otro lado de la mesa, dejando claro ante todos que se trataban con familiaridad—. ¿Cómo avanzan las reparaciones de tu propiedad? Espero que el acuerdo matrimonial haya sido de ayuda.

Kitty se quedó paralizada en su asiento y observó a Phineas por debajo de las pestañas. Nunca lo había visto tan tenso. Él dejó la copa de vino con cuidado en el silencio expectante.

—No estoy acostumbrado a tratar mis asuntos en público con tanta ligereza como tú. Giddenhall está en buen estado.

—Claro, claro. Así es la nobleza, ¿no? No se habla de esas cosas en público. Sin embargo, el dinero pone a todos al mismo nivel. Es algo que todos necesitamos y sin lo cual no podemos vivir —Erasmus soltó una carcajada sonora, y los demás hombres lo imitaron.

Kitty sabía, por haber vivido toda su vida con Erasmus, que era una figura destacada en el negocio naviero. Los hombres seguían su ejemplo e intentaban mantenerse en su favor. Pero esto… Quería morirse de vergüenza ante su conversación grosera sobre el dinero. Aunque rara vez se permitía mirar a su hermano con ojos críticos, ahora no podía evitarlo. ¿Cómo había podido pensar que el mundo de Phineas y el suyo podrían colisionar?

Erasmus parecía haber bebido más brandy de lo habitual antes de la llegada de los invitados. Lo hacía a veces, sobre todo cuando estaba nervioso. Tenía el rostro encendido y un aire jovial mientras continuaba con sus bromas ruidosas y unilaterales.

—Bien, entonces no te haré preguntas directas, Hayworth. No quisiera ponerte en un aprieto, ¿*eh*? —siguió otra risa—. Pero Kitty…

Ella alzó la mirada, sobresaltada, cuando todos los ojos se dirigieron hacia ella.

—Quizá ya sea hora de pensar en darle un heredero a Hayworth, ¿no te parece? Al fin y al cabo, ese era otro de los motivos por los que este enlace resultaba tan ventajoso. Mis negocios no solo me benefician a mí, aunque sepa cerrar tratos inteligentes. No engaño a mis socios, ¿verdad, señor Thrup? Usted lo sabe bien, ¿no?

El señor Thrup dedicó a Erasmus una sonrisa forzada y asintió, y Kitty casi creyó que su hermano había terminado de humillarla ante sus invitados. Necesitaría tiempo para recuperarse de la vergüenza de quedar expuesta delante de estos caballeros, y especialmente delante de Phineas. Pero Erasmus no había acabado.

—Sé que has tenido muchas ofertas, incluso algunas secretas de las que yo no tengo conocimiento, ¿no es cierto? Pero ninguna fue nunca lo bastante buena para ti. Solo aceptarías lo mejor, ¿verdad?

Kitty alzó los ojos, horrorizada ante la vergonzosa escena que se desarrollaba ante ella. ¿Cómo podía poner fin a esta escena antes de que su hermano los expusiera a todos al escarnio público? Lanzó una mirada fugaz a Phineas, cuyos ojos severos estaban fijos en el centro de mesa.

—Erasmus —respondió ella con voz tensa—, del mismo modo que lord Hayworth no desea tratar sus asuntos de negocios, yo tampoco deseo tratar mis asuntos personales.

—Pero tienes que admitir que fue un buen enlace —insistió Erasmus, alzando su dedo gordo y agitándolo ante ella—. Estabas dispuesta a hacerme pedazos por intentar juntaros, y ahora puedes ver que todo ha dado buen resultado.

Erasmus miró alrededor de la sala.

—Cuando sigo un buen instinto para los negocios, nunca me equivoco, ¿verdad?

Sus socios estuvieron de acuerdo, generosos en sus asentimientos, y sus esposas sonrieron de manera vaga. Kitty sabía que todo era pura fachada, y estaba segura de que no respetaban a su hermano tanto como él creía. No pensó que la miseria de su boda pudiera superarse, pero estaba comprobando que sí. Y este no era más que el primer plato.

Cuando, pasada la medianoche, por fin lograron escapar de la cena y comenzaron a caminar hacia la casa de los padres de Phineas, Kitty alzó la mirada al cielo brillante y estrellado; su aliento saliendo en pequeñas nubes.

—Phineas… —le costaba articular las palabras, y agradeció la protección de la oscuridad—. Lamento muchísimo lo de mi hermano.

—No hay necesidad de disculparse.

Phineas no se volvió hacia ella, y su voz fue seca. El corazón de Kitty se hundió. Debía de estar preguntándose qué demonios se le había pasado por la cabeza para casarse con ella. Pensó que él no diría nada más, pero las palabras salieron de golpe.

—De todos los insolentes, aduladores rastreros… —él aceleró el paso, soltó su mano, se quitó el sombrero y se pasó la mano libre por el cabello—. Nunca he pasado una velada más desagradable.

Kitty se apresuró para alcanzarlo. Sabía que debería sentirse indignada, pero no podía culparlo. Erasmus había sido imperdonable. Phineas pareció recobrar la compostura y redujo el paso, permitiéndole alcanzarlo. Le ofreció de nuevo el brazo, y ella apoyó la mano en él.

—No sé cómo responder —dijo, aferrándose a su brazo—. Estoy avergonzada.

Phineas ralentizó aún más el paso, y Kitty sintió cómo él acomodaba el brazo, deslizándolo alrededor de su capa para rodearle la cintura. Caminaban ahora mucho más cerca, y él inclinó la cabeza hacia la suya.

—No digas nada más. *Tú* no eres tu hermano. Tú eres infinitamente —sus ojos brillaron—, más atractiva.

Kitty rio, y eso alivió parte de la vergüenza que amenazaba con llenarle los ojos de lágrimas.

—Eso espero.

—Gracias a Dios —murmuró él, y ella volvió a reír.

Tras un instante de vacilación y otra mirada íntima, Phineas apartó el brazo de su cintura y volvió a ofrecérselo para que lo cogiera del modo correcto. Era más apropiado si se cruzaban con otras personas, aunque ella echó de menos la cercanía.

—Gracias por Sam. Gracias por permitir que viniera y por interesarte por él.

Le sonrió, y Phineas le devolvió la sonrisa, sosteniéndole la mirada hasta que un grupo de personas que salía de una casa desvió su atención.

—Sam siempre será bienvenido en Giddenhall —respondió.

A pesar de una velada que Kitty probablemente recordaría con especial humillación, el día no había sido una pérdida total. Había descubierto lo considerado que era su marido y había recibido la tranquilidad de saber que su hermano pequeño era bienvenido en su hogar. Además, era la segunda vez que pensaba que su marido podría besarla en plena calle.

Y, lo que era más importante, ella misma lo había deseado.

21



Phineas se había alegrado de despojarse de la ropa la noche anterior, entregársela a su ayuda de cámara y meterse en la cama. La velada en casa de los Stokes había sido sumamente desagradable. No podía comprender cómo Kitty podía proceder de un entorno así y conservar aun así un aire de refinamiento. Había tenido que soportar sonrisas zalameras, halagos y una familiaridad excesiva hasta casi no poder tolerarlo. Gracias al cielo no vivían en Bristol, donde Erasmus Stokes tenía su residencia. Con un poco de suerte, no tendrían que verse más de una vez al año como máximo. Y Phineas se aseguraría de que, en el futuro, esas cenas se celebraran en sus propios términos.

A pesar del mal sabor de boca que le había dejado la velada en casa de los Stokes, el paseo de regreso lo había compensado. Había podido rodear a Kitty con el brazo, y ella no se había apartado. Incluso habían reído juntos. Cualquier transeúnte casual habría podido envidiar su matrimonio afectuoso.

Phineas frunció el ceño y se frotó la barba incipiente del mentón. Sin embargo, si eran tan compatibles, ¿cómo era posible que ella durmiera en una habitación separada, en un piso completamente distinto? ¿Había sido cosa de su madre o Kitty había expresado el deseo de tener su propio cuarto? No podía preguntarle a su madre sobre un asunto tan delicado, ni podía estar seguro de recibir una respuesta sincera. Phineas apartó las sábanas. Había momentos en

los que temía no estar más cerca de lograr intimidad en su matrimonio que el mismo día de la boda.

El sol brillaba con fuerza a través de las ventanas, aunque Phineas notaba por el frío de la habitación que esa luz era engañosa. El invierno se acercaba rápidamente. Llegaron a sus oídos los sonidos de su nuevo ayuda de cámara moviéndose en la estancia contigua. Harris era discreto y eficiente, justo lo que Phineas prefería en un criado, y pronto entró para ayudarlo a prepararse para el día que tenía por delante. Esa noche sería el baile, y Phineas quería asegurarse de que nada enturbiara el disfrute de Kitty.

Subió al piso superior, hasta la habitación donde ella se alojaba, y se detuvo un momento ante la puerta, escuchando los sonidos del interior. Una sonrisa se dibujó en sus labios al preguntarse qué vestido llevaría esa noche y si resaltaría el color de su cabello, de sus ojos o de su piel, como el vestido rosa oscuro del día anterior. La frescura con la que ella se le revelaba cada día seguía dejándole sin aliento, y le costaba creer que estuviera casado con una belleza tan extraordinaria.

Llamó a la puerta, y Kitty abrió de inmediato, vestida para salir a pasear, con la pelliza colgada del brazo y una capota de copa blanda. Alzó el rostro hacia él, con una sonrisa que le levantaba la comisura de los labios. El vestido realzaba el color avellana de sus ojos.

—¿Adónde vas? —preguntó Phineas. Había albergado la esperanza de pasar tiempo con ella. Solo al verla lista para salir lamentó no haber sido invitado a su habitación. ¿Cómo no lo había pensado antes? No habría nada impropio en ello. Al fin y al cabo, estaban casados.

—Teresa me ha invitado a pasear hasta el salón de aguas termales. Voy a inscribir mi nombre en el libro de suscripciones del señor King —los ojos de Kitty brillaron con diversión—. También va a presentarme a los miembros de la sociedad que se reúnen allí.

Phineas se apoyó en el marco de la puerta, estudiando la forma en que su sonrisa alcanzaba sus ojos.

—¿Y aumentar tu círculo de conocidos entre los septuagenarios?

—Algo así —admitió ella con una sonrisa amplia—. Me ha advertido de que la mayor parte de sus conocidos en Bath son

mayores. A decir verdad, me siento agradecida de que quiera pasar tiempo conmigo, porque me gustaría conocerla mejor.

Kitty cerró la puerta tras de sí y empezó a ponerse la pelliza. Phineas se apresuró a ayudarla, y cuando ella la abrochó por delante, él resistió el fuerte impulso de estrecharla entre sus brazos. ¡Estaba celoso de una capa!

—Y si vamos a volver a Bath —continuó ella—, será bueno que aprenda a moverme. Nunca he estado aquí, salvo por una visita siendo demasiado pequeña como para recordarla.

—Y nuestra boda —añadió Phineas, alzando una ceja.

—Y eso —respondió Kitty, con los ojos centelleantes—. ¿Cómo podría olvidarlo?

—Permíteme acompañarte hasta el salón de aguas termales. Luego te dejaré con Teresa. Ahora mismo no tengo nada que hacer, y me gustaría disfrutar de tu compañía.

No era del todo cierto. Había prometido a su padre aprovechar su tiempo en Bath para revisar las cuentas con Parkson y ver en qué aspectos podían ahorrar. Pero pasear con su esposa le resultaba mucho más tentador.

—Eso me gustaría mucho —dijo ella. Caminaron por el pasillo hasta la escalera—. ¿Has dormido bien?

Bajaron la escalera y, movido por un impulso repentino, Phineas se inclinó hacia ella, con la boca junto a su oído.

—Me habría gustado que nos hubieran alojado en la misma habitación.

La sujetó del brazo cuando ella pasó por alto un escalón, y llegaron al siguiente piso. Se preguntó por qué había tropezado… *¿Ha sido por lo que acabo de decir?* Llegaron a la planta donde estaba su dormitorio y doblaron el pasillo hacia el último tramo de escaleras.

—Pero he dormido tan bien como he podido.

El rostro de Kitty había adquirido un tono más intenso. Alzó las cejas y lo miró de reojo. Él continuó:

—Aunque debería ser yo quien te preguntara cómo has dormido. Al fin y al cabo, no soy yo quien no está familiarizado con su habitación.

Kitty frunció el ceño.

—Ha sido una noche muy cómoda —abrió la boca para añadir algo más, pero en ese momento su suegra salió a su encuentro al pie de la escalera.

—Katherine, cenaremos temprano, a las seis, para estar listos para abrir el baile a las ocho. Supongo que tendrás todo lo necesario para arreglarte, ¿verdad?

Kitty tiró suavemente de sus guantes de cuero.

—Por supuesto, mi señora. Estaré lista. ¿Necesita que la ayude en algo?

—No, soy perfectamente capaz de ocuparme de todos los preparativos —su madre se dirigió hacia las cocinas y luego se volvió —. ¿Adónde vais?

Phineas respondió:

—Vamos al salón de aguas termales. Ha quedado allí con Teresa Bromley.

—Ah, muy bien. Aseguraos de volver a tiempo. Al fin y al cabo, la velada de esta noche es para vosotros, y quiero que estéis pulcros antes de presentaros.

Kitty asintió, pero Phineas notó que su expresión se había apagado. No le gustaba ver la influencia represiva de su madre sobre su esposa. Había esperado una relación más armoniosa entre ambas. ¿Es que su madre no podía ver que su esposa tenía clase, tuviera o no un linaje que lo respaldara? Escaparon al aire frío.

Las nubes eran densas y el viento lo bastante fuerte como para arrancar las pocas hojas que aún quedaban en los árboles. Phineas le ofreció el brazo a Kitty, y caminaron así, en un silencio cómodo. Se preguntó si eso era lo que se sentía en un matrimonio feliz. El brazo se sentía vacío sin una mano apoyada en él.

El silencio de Kitty se prolongó demasiado para el gusto de Phineas, y se volvió hacia ella mientras descendían la calle.

—¿Qué ibas a decir antes de que mi madre nos interrumpiera?

Kitty vaciló, le lanzó una mirada rápida y casi tropezó cuando el botín se le enganchó en un adoquín. Él la detuvo y redujo el paso.

—Es solo que tu madre dijo que querías estar en tu habitación habitual y que valorabas tu privacidad. Y hace un momento dijiste

que habrías deseado que nos pusieran juntos.

Ella no se volvió a mirarlo, y el ancho borde de su capota le ocultó el rostro.

—Creo que mi madre dispuso las habitaciones según sus propias ideas y no tuvo en cuenta lo que nosotros pudiéramos desear —Phineas fijó la mirada en los edificios al final de la calle y aspiró profundamente el aire frío—. También me dijo que tú preferías tu propia habitación y que necesitabas privacidad, así que, por supuesto, no podía insistir en que nos alojáramos juntos en la habitación grande.

No tardaron mucho en llegar al salón de aguas termales. Kitty cerró los dedos en torno a su brazo, con la mirada al frente y la capota ocultando su expresión. Phineas solo pudo deducir lo delicado del asunto por la forma en que su voz se volvió más suave.

—¿Cómo podía responder de otro modo después de que dejara claro que eres un hombre que valora su privacidad? Tenía que decir que yo era igual.

—¿Te habría gustado que nos alojáramos en la misma habitación?

Phineas sintió que sus pasos vacilaban. ¿La idea la asustó? ¿O le resultaba tan atractiva como a él?

—Supongo que es un paso bastante repentino… ¿y darlo en casa de tus padres? —la voz de Kitty era tan vacilante que Phineas dio una zancada para asomarse bajo el borde de su capota. Su rostro estaba encendido, y apartó la mirada hasta que él dejó de mirarla—. Después de todo —añadió—, ni siquiera hemos dado ese paso en nuestra propia casa.

—¿Y eres consciente de qué es lo que ha impedido que eso ocurra? —la detuvo, pues estaban cerca de la entrada, y aunque el corazón le latía con fuerza, tenía que averiguar cuál era su postura al respecto.

—Hablaste de… hablaste de invitaciones y esas cosas, pero…

—¿Crees que estás empezando a sentirte más cómoda con la idea? —preguntó Phineas con ansiedad, volviéndose ahora hacia ella.

—¿La idea? —sus ojos pasaron de él a la gente que los rodeaba, revelando el terror que le provocaba la dirección que estaba tomando la conversación.

Él sabía que debía poner fin a la conversación. No era justo presionarla cuando ni siquiera estaban en su propia casa. Pero habiendo llegado tan lejos, no podía detenerse ahora.

—Kitty —murmuró en voz baja junto a su oído—. Sabes que solo tienes que decir la palabra.

Kitty lo miró, con la mandíbula rígida.

—No puedo hacer lo que me pides. No me han educado para ser tan atrevida —había hecho añicos las esperanzas de Phineas con unas cuantas palabras.

Él tragó saliva.

—¿Qué crees que haría falta para que pudieras decir esas palabras?

Por favor, no digas que más tiempo, suplicó en silencio.

Dos mujeres, apenas salidas de la escuela si el aspecto no engañaba, pasaron junto a Phineas y Kitty, mirándolos con curiosidad. Kitty les lanzó una mirada fugaz y luego escondió su rostro de Phineas bajando la vista al suelo. Él esperó, respirando en bocanadas cortas.

Por fin, ella entrelazó las manos y habló mirando al suelo. Casi no llegó a oírla.

—Me gustaría oír palabras tiernas de ti, Phineas. Me gustaría saber cómo te sientes conmigo, que tú…

Phineas se echó ligeramente hacia atrás para mirarla fijamente. Sus palabras se apagaron, pero creyó entender lo que ella esperaba de él. Quería oír que la amaba. Sus ojos serios estaban ahora clavados en él. No era una petición que hubiese esperado encontrar cuando su matrimonio fue concertado. ¿Por qué insistía tanto en las *palabras* cuando él se lo demostraba cada día con hechos? Él inspiró hondo y alzó la vista, aún consciente del peso de su mirada.

—No creo que pueda decir esas palabras ahora mismo —murmuró, dando un paso a un lado para dejar pasar a un matrimonio de mediana edad que se dirigía a la entrada del salón de aguas termales.

Kitty bajó la mirada.

—Entonces creo que estamos en un punto muerto.

Phineas se detuvo un momento más para contener su frustración. ¿Cómo podía ser tan *obstinada*? Las palabras que ella le pedía eran mucho más difíciles que las que él le pedía a ella. Necesitaba paciencia con él. Phineas exhaló lentamente. Su siguiente reflexión fue desagradable, pues señalaba directamente a sus propios actos. Era completamente injusto presionarla para que cambiara cuando estaban en una casa que no era la suya. La tomó del codo y la condujo en silencio hacia la entrada del salón de aguas termales.

Un lacayo abrió las pesadas puertas de madera rojo oscuro y entraron. Él notó las miradas furtivas de su esposa y suavizó su expresión. No había sido su decisión más acertada abordar la cuestión de su intimidad conyugal en plena calle de Bath.

Phineas se inclinó para susurrar:

—Dejaremos el asunto por ahora.

Kitty se volvió hacia él, con expresión aliviada, y abrió la boca para hablar.

—Oh, Phineas, tú también estás aquí —Teresa Bromley estaba de pie cerca de la entrada y los había visto a ambos—. Voy a presentar a tu esposa a algunos amigos y anotar su nombre en el libro del señor King. Me dijo que aún no habías tenido tiempo de hacerlo, así que espero que me permitas serte de ayuda.

Phineas hizo una reverencia ante Teresa.

—Te estoy muy agradecido. Es algo que debería haber hecho hace un par de días, pero me vi absorbido por los asuntos de mi padre. ¿Está Bromley aquí?

—No. Solo viene al salón cuando lo arrastro… y con muchas quejas —Teresa rio—. Pero nos veremos esta noche en casa de tu familia.

Phineas se despidió, observando que el rostro de Kitty casi había recuperado su color habitual. Ella le dedicó una sonrisa tímida antes de volverse de nuevo hacia Teresa, lo que lo tranquilizó un poco. No le reprocharía haberla presionado.

Una cosa aún lo inquietaba. Afuera, una ráfaga de viento lo hizo encogerse dentro del frac. En el breve tiempo que habían pasado en el interior, las nubes se habían reunido, y parecía hacer casi el frío suficiente como para nevar. Dio unos pasos a regañadientes hacia el despacho de Parkson para revisar las finanzas de la finca de Midlington, tal como le había prometido a su padre. En realidad, no estaba de humor para ello.

Sus pensamientos volvieron a la conversación que había tenido con Kitty. Era cierto que no debería haberla presionado en tales circunstancias. Era demasiado pronto; aunque llevaban semanas casados, y no lo era en absoluto para su gusto. Pero si de verdad iba a comportarse con honor y devolverle el poder que había perdido cuando fue negociada en matrimonio, no debía presionarla antes de que estuviera preparada.

Sin embargo, ¿por qué no había confiado lo suficiente en él como para decirle que su madre la había instalado en una habitación pequeña, lejos de él, contra su voluntad? Él podría haber abordado la situación, aunque suponía que con cierta incomodidad, ya que hacerlo equivalía a forzarla a darle esa maldita invitación que él estaba esperando.

¿Y por qué no había confiado antes en Phineas para contarle lo de Craddock, ahora que lo pensaba? Se habría deshecho del mozo sin dudarlo un segundo si hubiera sabido que ese hombre había hecho insinuaciones. Ella no confiaba en Phineas. Y, sin embargo, él le demostraba día tras día que confiaba en ella con su espera. ¿Cuándo lo honraría por fin con su confianza?

22



En cuanto Phineas terminó su trabajo con Parkson, no perdió un instante en regresar a casa. No disponía de mucho tiempo antes de tener que estar listo para la cena que precedía al baile. En su habitación, Harris estaba alisando las arrugas de su levita.

—Milord, le ruego que eche un vistazo a lo que he dispuesto para esta noche y me diga si es de su agrado. Le ayudaré a vestirse en cuanto esté preparado.

Phineas miró los pantalones blancos, combinados con la levita gris oscuro. Harris había elegido un pañuelo blanco de cuello con un alfiler de ónice que resultaba perfecto. Ya no tendría que preocuparse por arreglarse de forma torpe, con pañuelos atados a toda prisa y levitas mal ajustadas. Tal vez esto supusiera una tentación añadida para su esposa.

—Está muy bien.

Una vez correctamente ataviado, bajó a reunirse con su madre, que estaba dando instrucciones a los criados para colocar las últimas velas en los candelabros de techo. No empezarían a encenderlas en el pequeño salón de baile hasta poco antes de que comenzaran a llegar los invitados.

Su madre frunció los labios mientras revisaba por última vez la lista de invitados.

—Tenemos una adición de última hora que debemos acomodar en la mesa. No sabía que el conde de Hawkins y su esposa estaban

en la ciudad. No somos grandes conocidos, pero tuve que enviarles una invitación, y han respondido aceptándola. Tendrán que tener preferencia sobre algunos de los otros invitados. Es una lástima que tengamos que colocar a tu esposa en un lugar tan destacado de la mesa, pero supongo que debemos hacerlo, puesto que el objetivo del baile es presentarla.

La voz de lady Midlington se elevó, y Phineas vio a una criada mirar en su dirección con vivo interés. Sin duda relataría la historia al resto de los criados más tarde. Phineas no podía creer lo que estaba oyendo. Cruzó la estancia para hablar con su madre en voz baja, al menos para evitar que los sirvientes analizaran una disputa familiar durante la cena.

—Madre, me asombra que digas algo así, y espero que no lo hagas en presencia de Kitty. Es mi *esposa* y merece el lugar de honor. No quiero volver a oírte decir algo así sobre ella.

—Eres demasiado sensible —replicó su madre, aunque tuvo la decencia de parecer consciente de su error—. Los hechos son los hechos, y no ocupa un rango tan alto como algunos de nuestros otros invitados. Por el amor de Dios, tenemos a la hija de un duque, casada con un barón, y debemos colocarla por debajo de Katherine. No debería ser así —frunció el ceño hacia Phineas antes de pasar los dedos por la lista—. Pero debes reconocer que estoy haciendo un gran esfuerzo por presentarla.

—Si al menos pudiera estar seguro de que ese esfuerzo no responde más a tu deseo de evitar los cotilleos que a hacerlo por ella, me daría por satisfecho.

Su madre no se dignó a responder. Phineas decidió dejarla con los preparativos de última hora, pues los invitados estaban a punto de llegar.

Kitty estaba de pie al pie de la escalera. Su vestido era blanco, con un sobrevestido bordado en verde pálido, y de sus orejas colgaban pendientes dorados que combinaban con los mechones castaños rojizos de su cabello. Phineas se acercó y apoyó la mano en la barandilla mientras la observaba. Su expresión estaba tensa.

—¿Qué ocurre?

Ella negó con la cabeza.

—No es nada. Los invitados están a punto de llegar, ¿no es así? Tu madre nos ha pedido que estemos en nuestro sitio para recibirlos.

Phineas no confiaba en que le estuviera contando todo. Había preocupación en su rostro, y esperaba que no hubiera oído las palabras de su madre. Sin embargo, el sonido de los primeros invitados al llegar lo obligó a aplazar la conversación.

—Vamos entonces —Phineas condujo a Kitty para que ocupara su lugar en la fila junto a sus padres, que se habían reunido en el vestíbulo.

Los invitados fueron llegando en un flujo constante, y Phineas se aseguró de presentar a cada uno a Kitty con algún comentario en voz baja para que pudiera ubicarlos si volvía a encontrárselos. Aparecieron Robert y Teresa Bromley, y fue la primera vez que vio una sonrisa genuina en el rostro de Kitty. Mientras los Bromley avanzaban por la línea de recepción, Phineas presentó a Robert a su padre, quien explicó cómo había conocido al señor Bromley.

No tardaron en llegar los últimos invitados, ya que el selecto baile comenzaría con una cena que no podía retrasarse. Llegó la hija del duque de la que su madre había hablado, acompañada de su esposo barón, y Phineas no creyó que a ella le importara en absoluto ocupar un lugar menos destacado. No podía decirse lo mismo de los Hawkins, que parecían esperar toda clase de atenciones, sin importar que no estuvieran por encima de los Midlington en rango.

Los últimos en llegar fueron lord y lady Leighton, seguidos de su hija, lady Jane. Phineas reprimió un gemido. Debería haber supuesto que estarían invitados, pues habría sido descortés no incluirlos, pero aun así deseó que hubiera sido posible hacerlo. Siempre había sentido la presión de cortejarla, no solo por parte de los Leighton, sino también de la propia lady Jane. No había nada en ella que lo inspirara. Su tez era pálida y su cabello, sencillo y soso. Desde luego, no era su figura delgada la que él anhelaba abrazar con locura. Su esposa sonrió al ver entrar a los Leighton, ajena a cualquier historia o expectativa entre ambas familias.

—Te presento a lord y lady Leighton, y a su hija, lady Jane —dijo Phineas.

Kitty hizo una reverencia.

—Así que esta es su esposa, ¿*eh*? No habíamos oído hablar de ningún compromiso antes de que se casaran. Debió de ser un gran secreto… o un asunto precipitado, ¿*hum*? —lord Leighton la miró de manera lasciva, lo que hizo que Kitty alzara la mirada hacia Phineas con cierta duda. Él sintió el deseo de darle una paliza a lord Leighton. Gracias al cielo había escapado de quedar unido a esa familia.

—No fue un asunto precipitado. Más bien un secreto —respondió Phineas con una sonrisa neutra—. Lady Jane.

Se inclinó ante ella, y ella miró primero a Kitty y luego a él antes de ofrecer una sonrisa rápida, cargada de reproche. A continuación siguió a sus padres al salón.

Phineas se libró de tener que explicar quiénes eran, pues los invitados fueron conducidos enseguida al comedor, donde los lacayos les retiraron las sillas. Pronto la estancia se llenó del tintineo de la vajilla y de murmullos de conversación. Al final del segundo plato, lord Midlington se puso en pie y alzó su copa en dirección a Phineas y Kitty.

—Como todos ustedes saben, este baile es para presentar a nuestra nueva hija a la sociedad. Por favor, únanse a mí para dar la bienvenida a lady Hayworth.

Todos los caballeros se levantaron y alzaron sus copas, y Phineas miró a Kitty, que inclinó la cabeza en señal de agradecimiento. Todos los hombres presentes tenían que ver qué joya tenía a su lado. Solo los más insensibles podrían acusarlo de haberse casado con alguien de inferior categoría. Era una mujer fuera de lo común.

Los caballeros se sentaron de nuevo y la conversación se reanudó. El rostro de Kitty seguía teñido de rosa. Al parecer, no era alguien a quien le agradara ser el centro de atención, y a él le parecía perfecto. Prefería con mucho sus tranquilas cenas en Giddenhall a todo este alboroto. Se inclinó hacia ella.

—Lo estás haciendo muy bien.

Ella le devolvió una mirada enigmática y dio un pequeño sorbo de agua.

—Eres muy amable.

Phineas volvió la atención a su plato, con la sensación de que su comentario había sido malinterpretado. La reacción de Kitty había sido cordial, pero no especialmente cálida. Deseó poder quedarse a solas con ella y descubrir qué se ocultaba tras su actitud reservada. Tal vez su madre había sido difícil, o quizá la tensión de conocer a tantas personas a la vez la estaba haciendo cerrarse. Era frustrante estar casado con una mujer que no compartía sus pensamientos con facilidad.

Al término de la cena, se dispuso una sala más pequeña para los caballeros que deseaban beber oporto. Phineas estaba obligado a asistir, pero permaneció allí lo menos posible antes de volver a ocupar su lugar junto a Kitty. La expresión tensa había regresado a su rostro. Se inclinó para susurrarle:

—Sabes bailar, ¿verdad?

Su expresión se suavizó. Lo miró, con los ojos mostrando una mezcla de humor y exasperación.

—Por supuesto que sé bailar, Phineas.

—Por supuesto que sí —repitió—. Seremos los primeros en salir a la pista. Olvidé decírtelo antes, pero espero que no suponga ningún inconveniente.

Ella negó con la cabeza sin decir palabra y lo siguió hasta su lugar al frente de la fila, mientras los músicos terminaban la pieza que acompañaba al movimiento de la multitud. Por fin, Phineas podría cogerla en sus brazos y no tendría que soltarla hasta que concluyera la secuencia de baile.

23



Kitty posó su mano en la palma que Phineas le tendía mientras él la conducía hasta la parte delantera del salón de baile. Otras parejas ocuparon su lugar junto a ellos, formando una fila. Kitty buscó con la mirada a la única pareja a la que podía considerar conocida, pero los Bromley se encontraban en el extremo opuesto. No se cruzarían durante el baile.

Lady Jane, a quien Phineas le había presentado mientras llegaban los invitados; y cuyo padre había hecho comentarios apenas disimulados sobre la naturaleza de su matrimonio, ocupó su puesto junto a Kitty. Comenzaron a sonar los violines y el violonchelo, y Kitty se encontró con Phineas en el centro de la fila, cogió su mano y giró a su alrededor. Aunque Phineas era alguien que, por su título, debería inspirar una confianza natural, había en él una torpeza encantadora. En realidad, era lo que más le gustaba de su esposo. Eso la había llevado a suponer que su manera de bailar iría en consonancia, pero Phineas se movía con una gracia que ella no había esperado.

El baile llevó a Kitty frente a lady Jane; cruzaron miradas y Kitty le sonrió. No obtuvo respuesta. En su lugar, lady Jane apartó el rostro en un desaire evidente. Phineas no vio el intercambio, pero la expresión consciente del caballero que acompañaba a lady Jane dejó claro que él sí lo había visto. Kitty no comprendía qué había hecho para merecer ese desplante. Se suponía que este baile era en su

honor, y lo único que deseaba era huir de allí y volver al anonimato y la comodidad de Giddenhall, con Phineas y Samuel como única compañía.

Kitty siguió los pasos de manera automática, apenas sintiendo el contacto de la mano de Phineas cuando concluyeron la danza. Tendría que hablar con su esposo y averiguar quién era aquella lady Jane y por qué estaba tan decidida a poner a Kitty en su sitio. Desde luego, no había hecho nada para merecerlo, y aun así sentía el aguijón de cada gesto hiriente con una intensidad que la señora Dutton no había logrado provocar.

Phineas condujo a Kitty a un lateral de la pista de baile y permaneció junto a ella mientras se formaban nuevas parejas para el siguiente baile.

—Imagino que habrá muchos que querrán reclamar tu mano. Me alegra haber sido el primero. ¿Puedo traerte algo de beber?

¿Cómo podía marcharse? ¿Acaso no veía que estaba angustiada? No podía permitirlo. Kitty apoyó la mano en el brazo de Phineas y lo condujo a un lugar más apartado. Tras ellos solo quedaba el pasillo vacío que llevaba a las dependencias privadas de la familia.

—¿Quién es lady Jane? Me la presentaste y su padre hizo una observación críptica sobre nuestro matrimonio. Acaba de hacerme un desaire directo durante el baile. ¿Es porque no pertenezco a la *alta sociedad*?

Las cejas de Phineas se juntaron, pero no tuvo ocasión de responder, porque lady Midlington, que se acercaba por detrás y había oído la pregunta, se adelantó a hacerlo.

—Lady Jane estaba destinada a ser la prometida de Phineas —se detuvo junto a Kitty, observando a las parejas que se abrían paso en la pista de baile frente a ellos—. Todos lo pensaban, también, pero él te eligió a ti. Creo que lady Jane no se inclina precisamente por la amistad por ese motivo.

Phineas lanzó a su madre una mirada de advertencia.

—Lady Jane no recibió de mi parte ninguna insinuación de que tal enlace fuera a producirse. Existía únicamente en los deseos de nuestros padres.

—Pero sabes muy bien que ese matrimonio habría convenido mejor a nuestras familias. Hemos sido amigos durante muchos años y pertenecemos a los mismos círculos —lady Midlington miró a Kitty, y su expresión se suavizó ligeramente—. Por supuesto, lo hecho, hecho está. Phineas está casado contigo ahora, y debemos superar nuestra decepción. Pero no es de extrañar que necesitemos cierto tiempo para hacerlo, y que lady Jane lo sienta también.

—Madre —dijo Phineas en voz baja—. Esta no es una conversación para el salón de baile. De hecho, desearía que no se hablara de ello en absoluto.

Un ligero zumbido llenó los oídos de Kitty mientras se tambaleaba bajo la letanía de insultos. Era como si lord y lady Midlington esperaran que ella se disculpara por haber frustrado todas sus esperanzas para el futuro de Phineas. ¿Y qué tenía que ver Kitty con todo eso? Todo había sido arreglado entre su hermano y Phineas. De hecho, por lo que podía deducir, había sido el hombre de negocios de Phineas quien se había dirigido primero a Erasmus. *Ella* no tenía nada por lo que disculparse.

Kitty se irguió.

—Como usted dice, mi señora, lo hecho, hecho está. Lamento mucho haber contribuido a su decepción, pero no fue obra mía. Sin embargo, sí deseo ser tratada con respeto como la esposa de su hijo. A él no le servirá de nada conformarse con menos —miró a Phineas, quien fruncía el ceño mientras la observaba, como si no lograra comprender por qué estaba alterada. Y, sin embargo, él no había hecho más que descartar las expectativas de lady Jane como infundadas y pedirle a su madre que dejara la conversación para un momento más oportuno.

—Tienes razón —dijo lady Midlington—. No sería aceptable que a nuestra nuera se le hiciera un desaire por parte de nadie de la *alta sociedad*. Hablaré con algunas de las damas presentes y comentaré lo complacida que estoy con el enlace. Eso debería poner a trabajar a las lenguas en la dirección adecuada —la madre de Phineas presionó los labios en una línea firme y se alejó con paso decidido.

Phineas le dedicó a Kitty una sonrisa tímida.

—Ella se encargará de que no recibas ese trato por parte de ningún otro miembro de la sociedad.

—*Hum* —respondió Kitty, manteniendo el gesto impenetrable.

—¿Qué ocurre?

Phineas se volvió para mirarla, y ella alzó el rostro hacia el suyo; un destello de ira le encendió las mejillas. Pero este no era el lugar para decir nada. Negó con la cabeza.

—Nada.

Phineas había sido atento al presentarle a los invitados, y había sido agradable bailar con él. Durante las figuras del baile, había tenido que admitir que lucía realmente elegante con su levita entallada y el pañuelo cuidadosamente anudado. Pero no parecía comprender su angustia. Desde luego, no podía imaginar a su *madre* como una aliada.

Kitty fue invitada a bailar en varias ocasiones, hasta que suplicó un descanso para coger un refrigerio a un lado del salón. Robert Bromley bailó con ella una vez; había sido atento y cortés, y además consiguió hacerla reír. Aunque muchos de los invitados eran tan distinguidos que Kitty sentía el abismo que los separaba, Robert era diferente. Era un mérito de Phineas haberlo elegido como amigo.

Kitty recibió algunas miradas furtivas de distintas personas presentes en el baile. Parecía que ninguna estaba dispuesta a ofender a los Midlington manifestando desaprobación abiertamente, pero un gran número encontraba en la elección de esposa de Phineas un motivo importante para el cotilleo. Aunque sabía que no era el primer par que se casaba únicamente por dinero, resultaba difícil recordarlo cuando la contemplaban como una rareza. Era como si ella lo hubiera atrapado por lo que podía ganar con el matrimonio, cuando en realidad había sido justo al contrario. Kitty dio un sorbo a su ratafía, refugiándose en la pequeña multitud alejada de la pista de baile.

—¿Qué se siente al haber conseguido arrebatar a uno de los pocos solteros codiciables de Bath? —lady Jane apareció a su lado. Aunque iba lujosamente ataviada con un vestido de seda roja, sus hombros blancos y huesudos y su escaso busto daban la impresión

de que se alimentaba más de la desgracia ajena que de comida, como la gente normal.

Kitty inhaló despacio e intentó contener su temperamento.

—Estoy segura de que a sus ojos parece que me atribuyo una victoria por haberme casado con un vizconde, como si me hubiera propuesto atraparlo. Pero le aseguro que no fue así. Él habló con mi hermano para proponer el enlace.

Lady Jane se volvió hacia ella, con los ojos muy abiertos por el interés.

—¿Ah, sí? Vaya… Yo creía que Hayworth había dicho que había sido un matrimonio por amor. O, al menos, eso fue lo que dio a entender cuando habló de mantenerlo en secreto… de por qué no pidió la mano de… alguien más cercano —abrió el abanico de golpe y comenzó a agitarlo, aunque el frío del exterior había impedido que la sala abarrotada se volviera demasiado calurosa—. Así que, en realidad, ¿fue él quien buscó el enlace a través de su hermano?

Kitty parpadeó lentamente. No se volvió hacia lady Jane por miedo a que su confusión y vergüenza resultaran demasiado evidentes. Él *había* dicho eso durante las presentaciones, y ella lo había olvidado. Una vez más, Kitty tendría que mentir sobre la verdadera naturaleza de su relación.

—Nos conocíamos, y nuestros afectos fueron creciendo. Sin embargo, no habría sido correcto pedir mi mano sin hablar antes con mi hermano.

—*Hum* —lady Jane no parecía convencida y siguió agitando el abanico con movimientos bruscos—. No parecen precisamente una pareja que comenzara por amor. ¿Ya ha empezado a agriarse su relación? —Hizo un mohín—. Imagino que debe de ser difícil mantener una unión armoniosa cuando se basa en estatus sociales tan distintos.

Otra voz se unió a la conversación, y Kitty se quedó casi sin fuerzas de puro alivio al ver que pertenecía a Teresa Bromley.

—En este tipo de matrimonios, la mayor parte del afecto se cultiva en secreto —Teresa devolvió la sonrisa de lady Jane con otra igualmente neutra—. Como bien sabes, Jane, según la sociedad me casé por debajo de mi nivel social. Sin embargo, nadie puede negar

el cariño que nos profesamos. Simplemente no lo exhibimos en público como quienes carecen de modales —Teresa se inclinó un poco hacia delante—. Debes absolver a lady Hayworth de falsificar los hechos solo porque a *ti* no te parezca que ella y lord Hayworth estén enamorados. Ellos también prefieren mantener sus asuntos privados fuera del conocimiento público.

—Lo que dice lady Teresa es completamente cierto —dijo Kitty, envalentonada—. Naturalmente, ella y yo tenemos una relación más cercana, y ha sido testigo de la calidez de mi matrimonio, que por lo demás permanece oculta a los ojos del público.

Teresa ofreció su brazo a Kitty.

—Lady Jane, espero nos disculpe. Lady Midlington está buscando a Kitty.

Permitió que Teresa la condujera a una zona del salón con menos gente, y Kitty le dedicó una sonrisa agradecida.

—No sé cómo agradecerte que me hayas rescatado ahí atrás. No sabía cómo desviar su atención innecesaria.

—Jane y yo fuimos juntas a la escuela. No es muy agradable. No me sorprende que Phineas no se enamorara de ella, pero es evidente que está prendado de ti —Teresa apretó con más fuerza el brazo de Kitty y le dedicó una sonrisa cómplice.

—Ya que estamos conociéndonos mejor, debo confiarte que las apariencias engañan. Él no ha hablado de amor —Kitty se detuvo con una sonrisa tímida, incapaz de continuar.

—Por lo general, a los hombres les cuesta hacerlo, creo yo —respondió Teresa, mirándola—. ¿Cómo surgió vuestra unión?

—Oh, no fue nada fuera de lo común, supongo. Creo que mi marido… —Kitty no pudo terminar la frase; no podía admitir que su esposo había buscado la alianza movido únicamente por una ambición mercenaria. Hacerlo lo condenaría, además de pisotear su propia reputación.

Lo intentó de nuevo.

—Erasmus, mi hermano, buscaba maneras de vincular sus… —era imposible. Nunca lograría pronunciar aquellas palabras. ¿Cómo podía referirse de manera tan ruin a un matrimonio que empezó como un acuerdo, pero que estaba empezando a ser algo más?

Teresa la salvó de responder.

—Fue un matrimonio concertado entre dos caballeros por motivos económicos, que afortunadamente ha empezado a crecer en afecto.

Kitty relajó los hombros y asintió. Teresa lo había comprendido al instante.

—Así comienzan muchos matrimonios —dijo Teresa con tono objetivo—, y no hay razón para que el matrimonio no prospere a pesar de ese comienzo.

A las dos de la madrugada, la gente empezó a despedirse. Kitty había hecho todo lo posible por sonreír y conversar con todos, aunque la reserva que algunos mantenían delataba lo que pensaban del enlace. No pudo evitar preguntarse qué esperaban conseguir al enemistarse con la esposa de lord Hayworth. ¿Acaso creían que ella soportaría ese trato en silencio? En cuanto el pensamiento cruzó su mente, la conciencia la reprendió. *Bueno… eso es exactamente lo que has estado haciendo.*

Finalmente, cerca de las mesas de refrigerios, solo quedaban lord Midlington con Phineas y Kitty, mientras lady Midlington daba instrucciones a los criados para que rasparan la cera derretida del suelo y recogieran las servilletas caídas y los restos de los emparedados que se habían servido a medianoche para reanimar a la multitud.

—Bien, ya está resuelto. Me he enfrentado a lord y lady Leighton y he dejado atrás todo este asunto tan desagradable —dijo lord Midlington, fulminando con la mirada a Phineas—. Me atrevo a decir que acabarán aceptándolo, pero no fue una treta muy amable por tu parte. Dio lugar a una conversación muy incómoda cuando tuve que ir a contarle a lord Leighton lo del enlace. Supongo que ahora podrán ver con sus propios ojos que te has casado y dejarán de insinuar un incumplimiento de contrato.

Phineas no reaccionó a las palabras de su padre, y Kitty lo miró fijamente, instándolo con la mirada a que dijera algo. Su padre había calificado su baile de bienvenida de «desagradable» y había continuado hablando de lo decepcionante que había sido tener que

explicar su matrimonio a otro par del reino. Pero Phineas parecía absorto en sus pensamientos y no le devolvió la mirada.

Lord Midlington suspiró; los acontecimientos de la noche parecían haberle soltado la lengua.

—Que se creyeran o no nuestra historia de un matrimonio por amor es otra cuestión. Claro que tampoco desearía una demostración de afecto excesiva y vulgar —lord Midlington se dirigió hacia la salida y lanzó una mirada por encima del hombro a Kitty—. Pero hemos hecho lo que había que hacer. Eso debería calmar las habladurías. Todo el mundo puede ver por sí mismo que no solo te hemos acogido como a una hija, sino que hemos celebrado un baile en tu honor. Hemos tenido este gesto contigo, Katherine. Supongo que nunca sabrás lo que nos ha costado conformarnos con algo distinto de lo que considerábamos ideal, pero no nos queda otra que mirar hacia adelante.

Phineas había permanecido en silencio, con el rostro inescrutable. ¿No veía que su padre la estaba insultando? Ella no era su persona ideal. Debería estar agradecida de que el conde y su esposa se dignaran siquiera a notarla. Kitty lo instó en silencio a que se cruzara con su mirada. Anhelaba saber qué pensaba del discurso ofensivo y extraño de su padre.

Lord Midlington se acercó a la mesa donde aún quedaban dos copas de vino intactas. Cogió una y bebió.

—Una vez que le des un heredero a mi hijo, todo se olvidará.

Por fin, Phineas miró a Kitty y sonrió.

¿*Una sonrisa*? Kitty tragó saliva y apartó la mirada. No confiaba en poder responder con la debida gracia.

Ante un público tan apagado, el padre de Phineas exhaló, como decepcionado.

—Tengo algunos asuntos que atender antes de retirarme. Buenas noches.

Lady Midlington empezó a seguir a su marido hacia la puerta, pero se detuvo justo antes de salir.

—Aun así, declararé el baile de esta noche un éxito. Aunque me habría gustado organizarlo en circunstancias distintas, te has

comportado bien, Katherine. No ha habido nada de lo que avergonzarse.

No había respuesta posible. No valía la pena que Kitty se enemistara con su suegra, aunque pensó que su marido podría hacerlo perfectamente sin perder su estatus. Él seguía obstinadamente callado, con los brazos cruzados y la mirada como si atravesara a su madre. Cuando la puerta se cerró tras lady Midlington, Phineas pareció volver en sí. Señaló hacia la salida y ambos se marcharon, subiendo las escaleras en silencio.

Kitty estaba demasiado agotada para conversar y demasiado desanimada tras la tarde que había pasado con su suegra, seguida de la velada entre los lobos de la sociedad. Phineas no había hecho sino agravar sus sentimientos al cuestionar si era capaz de bailar y al ser lo suficientemente condescendiente como para decirle que no lo había avergonzado en la cena. *Lo estás haciendo muy bien.* Una creciente irritación le llenó el pecho. Se detuvieron frente a la puerta de su habitación.

—Mis padres están empezando a aceptar la idea de nuestro matrimonio —dijo por fin Phineas, rompiendo el silencio, aunque no eran las palabras que Kitty esperaba. Una disculpa habría sido un excelente comienzo.

—No estoy tan segura —respondió con cautela—. Tu madre se lamentaba de tener que darme un lugar destacado en la mesa cuando la hija de un duque iba a cenar con nosotros.

Phineas abrió los ojos de par en par.

—¿Oíste esa conversación? —Cuando Kitty asintió, expulsó el aire con los labios fruncidos—. Eso explica tu expresión preocupada. Ojalá hubieras dicho algo entonces. Pero no debiste de oír lo que le respondí a mi madre. Sí te defendí, Kitty.

—Pero ese es precisamente el problema. Soy una esposa a la que hay que defender… porque no soy lo bastante buena para el hijo de lord y lady Midlington. Y lo que me resulta especialmente irritante es que esta noche me ha defendido con más eficacia Teresa Bromley, a quien acabo de conocer, que mi propio marido.

Phineas se colocó frente a ella y le cogió ambos brazos.

—No, no… no necesitas que te defiendan. Has estado deslumbrante esta noche. Todo el mundo lo pensaba. Y las palabras de mi padre me han alentado. Había empezado a temer que no hubiera ninguna posibilidad de que mis padres te aceptaran. Pero lo has oído: en cuanto me des un heredero, mis padres se reconciliarán con la idea de que formes parte de nuestra familia.

Kitty lo miró con los ojos muy abiertos, boquiabierta.

—¿Te han parecido conciliadoras esas palabras? A mí me han parecido groseras.

Phineas la observó con más detenimiento.

—¿Groseras? Mis padres han expresado lo satisfechos que estaban de que la velada hubiera sido un éxito.

—Para acallar a los chismosos.

Phineas frunció el ceño.

—Y han dicho que te has comportado de maravilla; ¡que es la *verdad*! Y que nadie podía decir nada negativo de ti.

Kitty lo fulminó con la mirada y se llevó una mano a la cadera.

—Porque daban por hecho que, como no he nacido en la aristocracia, no sabría cómo comportarme. Y algunos de tus propios comentarios me han demostrado que tú piensas lo mismo.

—No pienso de esa manera —Phineas sacudió la cabeza, como incapaz de comprender sus acusaciones—. Pero… pero mis padres han dicho que, una vez tengan un nieto al que colmar de atenciones, no se volverá a mencionar tu origen. Eso demuestra que hay esperanza de que todos os llevéis bien.

—Sí —Kitty le dedicó una sonrisa artificial—. Su aceptación depende de que yo te dé un heredero.

—Pero tú piensas darme un heredero, ¿no? Entonces, ¿por qué preocuparse? —la voz de Phineas se elevó un tono.

La mandíbula de Kitty se tensó de indignación, y tardó un minuto en formar las palabras.

—Si no eres capaz de entenderlo… —abrió la puerta tras ella y se giró hacia él, fulminándolo con la mirada—, te aseguro que no *habrá* heredero —cerró de un portazo.

24



Aquello no había salido bien. Los pasos de Phineas eran pesados mientras se dirigía a su habitación. Durante todo el baile había mirado a Kitty con orgullo. Qué criatura tan exquisita era: mucho más elegante que cualquier otra mujer presente; realmente no había comparación. No podía pensar en otra cosa que no fuera ella.

Después de haber inaugurado el baile con Kitty, con sus manos ligeras entre las suyas mientras ella danzaba con elegancia a su alrededor, había imaginado que su esposa estaba tan encantada con la velada como él; que la atmósfera romántica surtiría efecto y despertaría en ella el deseo de profundizar su relación. Tal como estaban las cosas, él sabía que había sido la envidia de todos los hombres presentes.

Había ignorado por completo las duras críticas; apenas había escuchado las palabras de sus padres cuando la fiesta llegó a su fin, absorto como estaba en la idea de llevar su noche romántica a un final satisfactorio. Ahora, al repasar los reproches de Kitty, las palabras de sus padres ya no le parecían tan generosas como en su momento. De hecho, cada elogio llevaba escondido un golpe. Y él no la había protegido.

Conocía a sus padres; sabía que distaban mucho de ser perfectos. Incluso sabía cuánto lamentaba la falta de amor entre ellos. Fuera lo que fuese lo que se había interpuesto entre ellos al inicio de su matrimonio, había destruido cualquier posibilidad de

afecto, y él había sido una víctima de su indiferencia. Sin embargo, habían hecho un esfuerzo por aceptar a Kitty e incluso habían dado un baile en su honor. Solo después de recibir de ella una muestra tan clara de su indignación, Phineas se vio obligado a admitir que ni el baile, ni sus padres —y no, ni siquiera él mismo—, le habían concedido el respeto que le correspondía como esposa suya.

Giró el pomo de la puerta de su conocida habitación vacía. El ayuda de cámara había encendido el fuego antes de retirarse, tal como se le había pedido. Phineas se quitó el alfiler del pañuelo, que empezaba a asfixiarlo, y lo desató. Caminó de un lado a otro, mientras el recuerdo del día en que el matrimonio de sus padres cambió —un recuerdo que había reprimido porque amenazaba con hundirlo en la melancolía cada vez que volvía a él—, se apoderaba de su mente. Solo que ahora no había nada que pudiera hacer para detenerlo.

Aquella mañana se había escapado de su niñera y había corrido a la biblioteca, ansioso por compartir su captura del estanque de truchas. Quería mostrarle a su padre el pez más grande que había pescado nunca, seguro de que le arrancaría aquella sonrisa de aprobación que valía como un tesoro, de tan rara que era.

No estaba seguro de que su madre aceptara la presencia de un pez muerto en la casa, pero ese temor era el más fácil de afrontar. El más difícil y sutil era si el pez sería lo bastante grande como para impresionar a su padre. Las voces procedentes de la biblioteca lo detuvieron en seco.

—Deseo que digas lo que tengas que decir y acabemos de una vez.

Se había asomado por la rendija de la puerta y visto a su padre, con la misma expresión que ponía cuando lo reprendía, y los brazos cruzados sobre el pecho.

—Preferirías que no dijera nada en absoluto. Preferirías que hiciera la vista gorda ante tus amoríos —su madre estaba sentada en algún lugar fuera de su vista.

—Sí, para ser sincero. Mis amoríos no son de tu incumbencia. La mayoría de las mujeres saben que no deben mencionarlos.

—Quizá la mayoría de las mujeres no lo haría, pero nosotros fuimos un matrimonio por amor, Edward. Nos casamos por amor. No esperaba que buscaras afecto en los brazos de otra mujer.

El sollozo de su madre llegó hasta sus oídos e, incluso siendo ya un hombre, Phineas aún podía recordar las punzadas de terror que le habían recorrido la espalda. ¿Por qué lloraba su madre? Algo debía de ir terriblemente mal.

—Basta ya de lágrimas, por favor. Me cegó tu belleza, pero esas cosas no duran. Me has dado un hijo, y como muchacho es francamente mediocre. No me has dado ningún otro heredero en los últimos seis años.

—Estás desperdiciando tu semilla en rameras. ¿Cómo esperas que te dé otro hijo?

Las voces de sus padres subieron de volumen y, cuando Phineas oyó a su padre acercarse a la puerta, se escondió detrás de un jarrón alto. Su padre solo salió para dar un portazo, pero aun así pudo seguir oyendo sus voces amortiguadas.

—Deberías estar agradecida. Te has casado bien y eres la envidia de muchas mujeres. Condesa, viviendo en una gran mansión. No aportaste nada a este matrimonio salvo tu belleza. Consuélate ahora con tu hijo.

—¿Phineas? —el corazón infantil de Phineas dio un brinco de alarma ante el asco que percibió en la voz de su madre—. ¿Dices que es un ejemplo lamentable de hijo? Tú no tuviste que pasar noches enteras consolándolo de pesadillas ni cuidarlo hasta devolverle la salud. Ni siquiera estabas aquí. Él no me ha traído más que problemas. Menos libertad, menos sueño, un parto doloroso del que no merece la pena hablar… Yo nunca quise hijos. Solo di a luz uno por ti, y estaba dispuesta a darte más.

—Bueno, puesto que es mi único heredero, esfuérzate, si te parece, a mimarlo menos. Jamás he visto a un muchacho más desagradable… Tendré que contratar a un tutor que consiga convertirlo en algo más parecido a un joven antes de enviarlo a la escuela.

El corazón de Phineas retumbaba con fuerza en sus oídos.

—Oh, ahora es todo tuyo. Como insinúas, el papel de una madre ya ha terminado a estas alturas. Es el padre quien lo forma, salvo que el padre esté demasiado ocupado despilfarrando la herencia del hijo en amantes.

Phineas oyó a su madre levantarse. Temió que se dirigiera hacia la escalera y descubriera que lo había oído todo. No tenía tiempo para esconderse; se encogió aún más detrás del jarrón, presionando el pez muerto contra el pecho.

Su madre abrió la puerta.

—Hagas lo que hagas, no esperes que vuelva a tu cama. No pienso compartirla con otras mujeres.

Dicho esto, dio un portazo y se marchó en dirección contraria al salón, saliendo al jardín. Phineas permaneció allí un instante más, sin atreverse a respirar. Cuando oyó a los criados subir desde la cocina, dejó caer el pez dentro del jarrón y echó a correr escaleras arriba. Su inocencia había muerto ese día, junto con la seguridad de su corazón.

Ahora, Phineas estaba sentado con el rostro hundido entre las manos. Se había esforzado tanto por ganarse a su esposa. Había seguido el consejo de Bromley y le había comprado regalos. Le había concedido pleno poder sobre la intimidad de su relación para compensar el poder que le fue arrebatado cuando su futuro fue decidido sin su consentimiento. Se había sentado con Kitty, había hablado con ella; la admiraba…

No le has dedicado las palabras tiernas que te pidió. No le has dicho que la amas.

La acusación atravesó su conciencia como un rayo, y Phineas se puso de pie de un salto. Claro que no podía decirle que la amaba. ¿Quién hacía tal cosa, salvo como una confesión susurrada y ahogada en lo más profundo de la noche, cuando ella dormía y no podía oírla? Comenzó a pasearse de nuevo y miró el cuenco de bronce para el afeitado, con un súbito impulso de arrojarlo contra el cristal de la ventana. Pero eso sería costoso de reemplazar y embarazoso de explicar. Además, podría caer sobre la cabeza de algún pobre desgraciado ahí abajo. En su lugar, agarró con fuerza el alto poste de la cama y lo sacudió, luego se dejó caer sobre el

colchón de lona sin molestarse en quitarse los zapatos. Su matrimonio estaba tan condenado como el de sus padres… salvo que ellos, al menos, habían tenido un hijo.

Un golpe en la puerta rompió el silencio, y Phineas se incorporó apoyándose en los codos antes de saltar de la cama. En pocos pasos abrió la puerta y se encontró mirando a su esposa, que sostenía una vela, vestida con una camisola y una bata azul oscuro anudada ligeramente al frente. Llevaba la cabeza descubierta, y su largo cabello estaba recogido en una gruesa trenza rojiza. Phineas tragó saliva.

Se miraron durante un momento, y la mirada de Kitty descendió hasta su cuello desnudo y la camisa abierta. Un rubor le encendió el rostro y desvió la vista hacia su barbilla, donde la mantuvo.

—Me gustaría que organizásemos un desayuno de bodas —dijo. Inhaló con rapidez—. O quizá no un desayuno de bodas en el que volvamos a ser el centro de atención. Sino una comida en nuestra propia casa, donde podamos celebrar nuestro matrimonio e invitar a las personas que nos agradan.

La mente de Phineas intentó asimilar su petición, tanto como su aparición repentina. Un desayuno de bodas era, en realidad, una buena idea, ahora que lo mencionaba. Su esposa debería haber tenido uno desde el principio. Pero ella deseaba algo lo bastante íntimo como para no sentirse observada por todos. ¿Cómo podría lograr algo así? ¿A quién invitarían?

Y… ¿por qué había vuelto después de que fallara al protegerla? Él no merecía algo así.

Kitty le dedicó una sola mirada a su rostro y a su ceño fruncido para luego mirar hacia el corredor. Finalmente, volvió a él.

—Me gustaría que el desayuno fuera en Giddenhall, solo con amigos como invitados. Y quiero reemplazar a la señora Morley. Es un ama de llaves espantosa, y no deseo ser menospreciada en mi propia casa.

—Así se hará —dijo Phineas en voz baja. ¿Eso era un gesto de paz? ¿Se ofrecían gestos así dentro del matrimonio?

—Me gustaría que me enseñaras a montar y convertirme en una excelente amazona… y acompañarte en tus visitas sociales, e incluso

en las cacerías… es decir, ¿cazas?

Phineas asintió.

—Sí —respondió, sintiendo de nuevo cómo la esperanza le inflaba el pecho. Se irguió y se apoyó en el marco de la puerta. Una sonrisa jugueteó en sus labios. *Ella había ido a buscarlo*—. ¿Alguna otra petición que pueda satisfacer, mi señora? Solo tiene que pedirla —la conciencia de que sus palabras encerraban un doble sentido no buscado le robó el aliento a Phineas. ¿Ella se lo pediría?

Kitty aspiró por la nariz y bajó la vista a sus manos antes de alzar de nuevo los ojos hacia Phineas. Brillaban, y él no supo decir si no sería por lágrimas.

—Me gustaría ser madre.

Las palabras golpearon el pecho de Phineas y lo tensaron. Como si se moviera por sí sola, su mano alcanzó la puerta y la abrió un poco más. Los ojos de Kitty se agrandaron al ver el gesto, y dio un paso atrás.

—Pronto —su voz salió como un chillido. Retrocedió hacia la escalera sin apartar los ojos de él, con una diminuta sonrisa iluminándole el rostro. Phineas vio en su mirada tanto la diversión como la disculpa. Esta mujer iba a ser su perdición.

En dos zancadas estuvo frente a ella y le cogió la mano. La sostuvo, acariciándole los dedos hasta que el destello de aprensión desapareció de su frente. Luego cogió su otra mano y la atrajo hacia sí. Ella acudió de buen grado. Deslizando las manos por sus brazos, las llevó hasta sus hombros y subió por su cuello hasta cogerle el rostro. Sus ojos se abrieron de par en par, pero no se apartó. Phineas se inclinó y la besó, atrayéndola hacia él y entregándose a su anhelo por un breve instante. Ella le devolvió el beso, y él no sintió resistencia alguna.

Pero Phineas había dado su palabra. Se apartó y dio un paso atrás, y luego otro, hasta quedar de nuevo frente a su habitación. Los ojos de Kitty se abrieron lentamente.

—Pronto —repitió él con firmeza.

Ella recorrió el resto del camino hasta la escalera con el paso inseguro, y Phineas no pudo resistirse a llamarla de nuevo, lo

bastante alto para que lo oyera, pero no tanto como para despertar a los criados.

—Lady Hayworth.

Kitty se volvió lentamente, aún con esa pequeña sonrisa con hoyuelos en su rostro.

—He decidido que será prudente regresar a Giddenhall mañana. ¿Me honrará con su presencia en el viaje?

Phineas tenía la mano en la puerta, inclinándose hacia el pasillo para robar una última mirada a su hermosa, juguetona y tortuosamente esquiva esposa, cuya visita había levantado el doloroso peso de su pecho. Su respiración se expandió y se elevó como uno de aquellos globos aerostáticos que una vez había visto en Oxford.

—Con mucho gusto, milord —Kitty hizo una pequeña reverencia y comenzó a subir los escalones.

Phineas cerró la puerta tras de sí, incapaz de comprender cómo podía pasar de un estado de amarga desesperación —un matrimonio fracasado antes siquiera de haber empezado—, a otro de tal esperanza. No pensaría en lo que podría haber ocurrido si la última petición de Kitty hubiera sido la invitación que él creyó al principio. Tal como estaban las cosas, dormir no le sería fácil esta noche.

Pero había recibido una muestra de amor y esperanza. Kitty lo había perdonado antes incluso de que él reuniera el valor para pedirlo. Y luego le había devuelto el beso. Tal vez las inclinaciones de su esposa no tardarían tanto en cambiar.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, el desayuno se sirvió tarde, y Phineas encontró a ambos progenitores sentados a la mesa.

—Buenos días, madre. Padre.

—Buenos días, Phineas. Confío en que hayas dormido bien —su madre removió la crema en el café y dejó la cuchara en el platillo. Su padre permaneció en silencio.

Phineas llenó su plato en el aparador sin apenas mirar lo que cogía. Su mente estaba ocupada por la determinación de aclarar las cosas con sus padres y no desperdiciar la rara oportunidad de encontrarlos a ambos en la misma estancia. Llevó el plato a una silla desde la que podía verlos a los dos y se sirvió una taza de café mientras intentaba decidir cómo empezar. Por fin, alzó la mirada.

—Me gustaría tratar un asunto con los dos, y considero conveniente hacerlo ahora que estáis aquí —*y Kitty no*, añadió en silencio.

—¿Durante el desayuno? —la mirada irónica de su padre no logró disuadir a Phineas.

—¿Por qué no? He decidido regresar hoy a Giddenhall, pero antes de partir deseo hablaros de Kitty.

—¿Qué tienes que decir de ella, salvo darnos las gracias? —los cubiertos de su padre quedaron suspendidos sobre el plato—. Celebramos un baile en su honor, aunque no pertenece a nuestro círculo. Otras familias la habrían rechazado sin miramientos.

—Habría sido… —Phineas se detuvo. Había estado a punto de decir que *habría sido una tontería*, pero eso no lo reconciliaría con sus padres—. Habría sido innecesario. Llegó con dinero, tiene buena cuna, y entregar la herencia a Bartholomew solo porque no apreciasteis la elección de esposa de vuestro hijo habría sido ir demasiado lejos, en mi opinión. No es como si también pudierais darle el título de conde.

Phineas dio un sorbo a su café caliente y amargo para darse ánimo.

—Hemos sido muy indulgentes con esta rareza tuya de casarte por debajo de tu nivel —dijo su padre—. No sé qué más quieres de nosotros.

Cortó la salchicha y se llevó un trozo a la boca con brusquedad, mientras su madre acercaba la taza de café a sus labios, sin beber, con el rostro inescrutable.

—Solo deseo notificaros que no aceptaré palabras despectivas sobre mi esposa, ni dichas en mi presencia ni en la suya. Si queréis desahogar vuestra decepción en oídos de amigos, nada puedo hacer para impedirlo —dirigió a su madre una mirada significativa—. No

quiero volver a oír lamentos por el hecho de que mi esposa deba tener prioridad sobre la hija de un duque casada con un barón. Mi esposa es vizcondesa, y algún día será condesa.

Phineas frunció el ceño, temiendo haberse excedido.

—No es que desee que eso ocurra pronto.

Volvió entonces la mirada hacia su padre, quien, para su sorpresa, no lo interrumpió con una réplica inmediata.

—Y sí, me dará un muy buen heredero, pero no deseo oír que solo la aceptareis cuando eso suceda. Si Kitty o yo volvemos a escuchar ese tipo de comentarios, no conoceréis al heredero ni a ninguno de los demás hijos que tengamos, porque no os visitaremos. En ese caso, la finca de Midlington tendrá que arreglárselas sola, padre, entre tú y tu administrador, con el conocimiento de que, eventualmente, caerá en mis manos para prosperar o arruinarse.

La puerta se abrió y Kitty entró en la estancia. Al percibir la rigidez de los presentes, sus ojos se tornaron cautelosos. Hizo una reverencia y, sin decir palabra, fue a por un plato al aparador. Miró a Phineas como si estuviera a punto de salir corriendo.

—Buenos días —dijo Phineas, y le sonrió cuando ella alzó la mirada. Eso pareció tranquilizarla, pues le devolvió la sonrisa junto con un saludo suave.

—Enseguida traerán huevos recién hechos —dijo lady Midlington, dando un sorbo a su café—. Si deseas esperar.

Kitty se atrevió a mirar a su suegra y luego a Phineas.

—Gracias, mi señora. Esperaré.

Se sentó y se sirvió una taza de té de una tetera que reposaba sobre la mesa. Phineas notó que le temblaban un poco las manos, aunque consiguió servirlo sin derramar ni una gota. Su esposa no podía saberlo, pero el comentario aparentemente benigno de su madre era una oferta de paz. No se disculparía, pero tampoco sería hostil.

Lord Midlington se puso en pie. Desde luego, su padre no iba a tomarse sus palabras a la ligera —Phineas no había esperado una victoria tan fácil—, pero pronto aprendería cuán en serio hablaba. Si

deseaba tener relación con su hijo y con sus nietos, tendría que aceptar a su esposa.

—Debo ocuparme de la correspondencia de hoy —dijo lord Midlington—. Tengo entendido que os marcháis. ¿Seguro que no os quedaréis por Navidad?

Phineas tragó saliva con cuidado, temiendo atragantarse con el bocado de pan que tenía en la boca. ¿Había oído bien a su padre, al dirigirse a *ambos*?

Sintió la mirada de Kitty y se giró hacia ella. Su sorpresa se reflejó en sus ojos.

—Habíamos acordado que nuestra primera Navidad sería en Giddenhall, ¿verdad? —ella asintió, y él volvió la mirada hacia su padre—. A decir verdad, debemos irnos. Hay mucho que hacer allí con las cajas de Navidad y el banquete para los inquilinos. Sin embargo, estaremos encantados de volver a Bath para la Noche de Reyes, si os parece bien.

Su madre frunció los labios y estudió el diseño azul acanalado de su plato.

—Deberíamos tener la habitación de invitados remodelada para entonces. Simplemente tenéis que avisarnos de cuándo llegaréis.

—Lo haremos —Phineas apenas podía creer que sus padres se hubieran dejado convencer tan fácilmente. ¿Solo había hecho falta que defendiera lo que importaba para que cambiaran de actitud? Tal vez no eran tan obstinados como siempre había creído. El tiempo lo diría, pero era un primer paso.

25



Kitty hizo que Sterling empacara los pocos vestidos que había usado durante su estancia. Su criada partiría primero junto con el nuevo ayuda de cámara de Phineas en uno de los carruajes prestados por el conde, lo que significaba que Kitty disfrutaría de un viaje tranquilo a solas con su esposo. La idea la llenaba de satisfacción.

Al comienzo de su matrimonio, Kitty no habría imaginado llegar a un punto en su vida en que su marido fuese sinónimo de consuelo. Lo mejor que había esperado era una tregua incómoda. La habría dejado atónita saber que su matrimonio no solo era algo a lo que se había acostumbrado, sino algo que se sentía como un hogar.

Se despidieron de lord y lady Midlington tras el desayuno y subieron al carruaje para hacer algunas visitas matutinas antes de emprender el regreso a su propiedad. Su primera parada fue en casa de Mary y Erasmus, donde los hicieron pasar al salón.

—Adelante. Me alegra ver que habéis vuelto de visita. Empezaba a pensar que no lo haríais nunca —Mary apartó el bordado para que Kitty pudiera sentarse—. Aunque pensábamos invitaros a otra cena. Erasmus está en casa esta mañana, así que estáis de suerte. Tendrá que salir esta tarde para supervisar unos envíos, pero ahora mismo trabaja desde su biblioteca. He dicho al lacayo que le avise de que estáis aquí.

Phineas se sentó junto a Kitty.

—No podemos quedarnos mucho —dijo él—. Tenemos otras visitas que hacer antes de partir hacia Giddenhall.

—¿Ya os marcháis? —Mary hizo un mohín—. Qué lástima. Sé que Erasmus pensaba presentaros a más de sus socios. Sería una verdadera desgracia que os fuerais ahora.

Kitty estaba acostumbrada a mostrarse conciliadora con su cuñada, pero no podía dejar pasar esto.

—Mary, mi esposo no es socio comercial de Erasmus. Es su cuñado. Venimos por visitas sociales, no para facilitarle el camino a Erasmus y sacar ventaja en sus negocios.

Mary tuvo la decencia de ruborizarse.

—No pretendía insinuar nada —respondió a la defensiva—. Solo pensábamos que a lord Hayworth le gustaría conocer a hombres influyentes.

Kitty intercambió una rápida mirada con Phineas.

—Mi esposo ya conoce a muchos hombres influyentes. No necesita conocer a más.

La puerta se abrió y entró Erasmus.

—Excelente. Estáis aquí.

Se adelantó para estrechar la mano de Phineas, ignorando por completo a Kitty.

—Pensábamos invitaros a cenar…

—Erasmus, no importa. Se dirigen a Castle Combe y no podrán unirse a nosotros para más compromisos sociales —Mary intentó capturar la atención de su esposo con una mirada significativa, pero él no pareció notarla.

—Es sumamente inoportuno que os marchéis ahora. No deseaba invitaros por compromisos sociales, sino por algo de mucha mayor importancia. Estoy negociando un acuerdo con ciertos hombres influyentes que desean especialmente conocerte. Si os vais ahora, mi trato corre peligro.

Kitty vio cómo su esposo se tensaba y, aunque deseaba salir de nuevo en su defensa, sabía que él preferiría hablar por sí mismo. Para su sorpresa, Phineas la rodeó con el brazo en el canapé y lo apoyó sobre su hombro. Los ojos de Mary se abrieron ante esa muestra de afecto.

—Me temo que no podré ayudarte en este asunto, y recordarás que nuestro acuerdo no incluía nada semejante. Deseabas casar a tu hermana con un título, y yo deseaba una dote que me permitiera desarrollar mi propiedad —miró a Kitty—. Admito que obtuve mucho más de lo que esperaba, pero sigo manteniéndome al margen de negocios. No se mencionó ninguno en el contrato —estrujó suavemente el hombro de Kitty.

El rubor se extendió por el rostro de Erasmus, tiñendo incluso las puntas rígidas del cuello de su camisa.

—No pretendía que hicieras nada en particular por esos hombres. Solo quería recordarte que mi relación contigo facilitaría este acuerdo. Sé cómo llevar mis propios asuntos.

—Sé que eres plenamente capaz de dirigir un negocio. Como dijo Carter, nadie que duplica la fortuna de su padre en pocos años puede carecer de talento empresarial —Kitty admiró la elegancia con la que Phineas halagaba a su hermano, y eso pareció apaciguarlo un poco—. Solo deseo señalar que el beneficio que obtienes de nuestra relación es de título y conexiones, no de servicios. Puedes dirigirte a mí como Hayworth y hablar de nuestra relación. Puedes comentar que Samuel regresará de visita…

—En cuanto a las visitas, me parece una idea excelente —Erasmus frunció los labios—. Tengo la intención de que Samuel se una a mí más adelante en el negocio, y será bueno que se lleve bien con los muchachos en Harrow. Conexiones adecuadas, y todo eso. ¿Cuándo podrías acogerlo?

—Regresaremos a Bath para la Noche de Reyes. Quizá podamos acordar encontrarnos aquí entonces, y lo llevaremos con nosotros cuando partamos hacia Giddenhall —dijo Phineas—. Si eso os parece bien.

El criado entró con la bandeja del té, y Mary se levantó para sacar las hojas de té del armario cerrado con llave.

—Me gustaría que hubiera cierta distancia entre Samuel y sus primos. La idea me parece muy adecuada.

—Olvídate de Sam y de nuestros hijos, Mary —dijo Erasmus con sequedad. Luego se volvió hacia Phineas—. Lo que más me importa

es que Samuel se relacione bien con sus compañeros en la escuela. Creo que puede lograrlo si se queda con vosotros.

Phineas apartó el brazo del hombro de Kitty y entrelazó las manos.

—Entonces nos entendemos perfectamente. Reconoceré públicamente mi relación contigo, y no volverás a importunarme organizando más cenas de negocios. Nuestras reuniones serán visitas familiares, con alguna cena ocasional cuyo propósito no sea cerrar tratos. Tendremos mayor participación en la educación de Samuel, porque sé que Kitty lo desea —añadió, como idea final—. Y a mí el muchacho me agrada mucho.

—Entonces tenemos un acuerdo —Erasmus asintió, quizá con demasiada premura, pensó Kitty. Tendría que asegurarse de que su hermano supiera cuál era su lugar en sus futuras visitas, y de que Samuel no se convirtiera en un objeto que Erasmus usara para sus propios fines.

Mary preguntó cómo prefería Phineas el té y preparó una taza al gusto de cada uno. Kitty cogió la suya y preguntó:

—¿Puedo ver a los niños? No tenemos mucho tiempo; debemos ir a otros dos lugares antes de dejar Bath.

—Tres lugares —corrigió Phineas.

Kitty volvió la mirada hacia Mary, quien asintió e hizo una señal al criado para que fuera a buscar a los pequeños.

—¡Kitty! ¡Phineas!

Samuel entró corriendo en la sala y se arrojó a los brazos de Kitty, mientras Erasmus miraba a Phineas con asombro.

—Te llama por tu nombre de pila.

Phineas sonrió y estrechó la mano de Samuel.

—Empezó con inocencia, y no tuve corazón para cambiarlo —luego se volvió hacia el niño, que había regresado a sentarse junto a Kitty—. ¿Te gustaría venir a Giddenhall con nosotros después de las festividades de la Noche de Reyes?

—¡Oh, sí!

Samuel se apoyó en Kitty, y ella alzó la mirada hacia Phineas con los ojos llenos de gratitud.

La puerta volvió a abrirse y Edward y Helen entraron corriendo, seguidos por la niñera con William en brazos. Se produjo el mismo bullicio de entusiasmo mientras todos se lanzaban hacia Kitty, quien exclamó sobre cada uno de ellos. William extendió sus rollizos bracitos hacia ella, y Kitty lo acomodó en su regazo con una caricia.

—Voy a tener que comprar una residencia permanente en Bath —comentó Erasmus.

Para Kitty fue un bálsamo escuchar el parloteo de sus sobrinos y sobrina, mientras Samuel permanecía tranquilamente a su lado, como si el cambio que le aguardaba al ir a la escuela ya hubiera comenzado a obrar en él. Le resultó imposible poner fin a la visita y, aunque sabía que Phineas deseaba marcharse, él mostró —pensó ella—, una paciencia extraordinaria antes de que finalmente se despidieran.

Kitty siguió a Phineas hasta el carruaje, que ya los esperaba, y la ayudó a subir y acomodó una manta sobre sus piernas.

—Creo que el asunto con tu hermano ha quedado bien resuelto.

—Sí —respondió Kitty—. Y Sam estaba extasiado con la idea de venir a visitarnos. No sé cómo agradecértelo. Fue una de las cosas más difíciles de aceptar al casarme. Le hará muchísimo bien quedarse con nosotros.

—Me agrada la idea de que Sam nos visite con frecuencia. Me recordará mis días en Harrow, que fueron felices, y llenará Giddenhall de vida.

Ella asintió, con una sonrisa en los labios.

—Y has sabido plantar cara a mi hermano. No tiene vergüenza. Para él, todo gira en torno a los negocios. Poco le importa deshonrarse a sí mismo o a cualquiera en el proceso.

Phineas se inclinó hacia un lado para mirarla con mayor comodidad.

—No creo que él sienta que se deshonra. Está tan absorto en hacer crecer su empresa que ningún reproche puede herirlo, por más que haya ido demasiado lejos. Pero me alegra haber sido firme por la paz futura. Cada vez sería más difícil pasar tiempo con tu familia si tuviera que soportar más cenas como la última.

Kitty soltó una risa.

—Sí, aquello fue bastante desafortunado.

Un silencio se instaló mientras el carruaje avanzaba sobre los adoquines. Kitty decidió continuar con su tono sincero.

—No me ha gustado que se me recordaran los términos en los que nos casamos —alzó los ojos hacia él—. Aunque sé que son perfectamente ciertos, es una forma tan desapasionada de hablar de nuestro matrimonio… Como si no hubiera habido sentimientos más cálidos de por medio. ¿Crees que algún día lograremos superarlo?

No habían recorrido mucha distancia cuando el carruaje se detuvo. Phineas frunció el ceño y miró hacia la puerta que el lacayo estaba a punto de abrir. Esta era una oportunidad para decir algunas de las cosas que Kitty anhelaba oír. Ella contuvo el aliento, esperando que hablara de otras razones para haberse casado, de los méritos que ella aportaba al enlace simplemente por ser quien era. Deseaba sinceramente que él los percibiera.

La puerta se abrió y el lacayo aguardó a que Phineas descendiera. Él vaciló un segundo y sostuvo la mirada de Kitty antes de inclinarse para murmurar:

—No, no siempre se hablará de nuestro matrimonio de esa manera.

Phineas bajó y entró en el edificio. Le había dicho a Kitty que no era necesario que lo acompañara, pues solo iba a tratar con su administrador el reemplazo de la señora Morley. Kitty aguardó, sabiendo que debía contentarse con la promesa que él había hecho, aunque no bastaba para darle paz. Ella quería más. Quería saber que su matrimonio podría convertirse en un matrimonio por amor. Acarició los suaves pliegues de su capa y observó la tela marrón contra sus guantes de seda color canela. No debía albergar demasiadas esperanzas.

Tal como había prometido, Phineas no tardó. Su siguiente parada era recoger los hábitos de montar terminados en casa de la señora Laurent, y Phineas envió al lacayo a buscarlos, pues había empezado a caer una lluvia helada. Cuando el paquete fue entregado, el carruaje reanudó la marcha.

—Solo una parada más antes de partir hacia Giddenhall —dijo él.

Kitty entrecerró los ojos.

—¿Cuál?

Phineas se volvió hacia ella con fingida sorpresa.

—Pues para visitar a Robert y Teresa Bromley, por supuesto. ¿No creerás que nos marcharemos sin verlos?

—¡Oh, sí! —exclamó ella—. Me encantaría tanto visitarlos una vez más. Ojalá viviéramos más cerca, para estrechar nuestra amistad.

El carruaje avanzó un corto trecho y se detuvo frente a la residencia de los Bromley. Los hicieron pasar de inmediato, y Teresa acudió al vestíbulo para recibirlos.

—Oh, ¿vais vestidos para viajar?

—Sí.

Kitty cogió las manos que Teresa le tendía.

—Regresamos hoy a Giddenhall. Tenemos mucho que preparar para la Navidad. Y, aunque me alegra volver, me habría gustado disponer de más tiempo para conocerte mejor.

—Eso puede arreglarse —respondió Teresa con calidez—. Pasad al salón. Phineas, sueles venir con frecuencia a Bath, ¿no es así? Solo tienes que traer a tu esposa cada vez que vengas.

—Sí, es cierto. Mi padre me involucra bastante en los asuntos de su propiedad. Volveremos, sin duda —Phineas vaciló y se volvió hacia Robert—. Tenías algo que querías enseñarme en el estudio, ¿verdad? Quizá podamos verlo ahora antes de dejar Bath.

Una breve expresión de desconcierto cruzó el rostro de Robert antes de responder:

—Oh, sí. Lo había olvidado. Por favor, sígueme.

Ambos salieron de la estancia, y Teresa invitó a Kitty a sentarse.

—¿Por qué regresáis tan pronto? Ah… mencionaste las cajas de Navidad y las festividades. Claro, debéis ir. ¿Quieres tomar un poco de té antes?

Kitty negó con la cabeza.

—Tomamos el té en casa de mi hermano antes de venir.

Teresa se inclinó hacia adelante.

—¿Quién es tu hermano? ¿Vive en Bath?

—No, vive en Bristol. Es Erasmus Stokes.

Kitty estaba a punto de añadir que probablemente el nombre no le resultaría familiar, cuando Teresa soltó un pequeño jadeo.

—¿Está relacionado con la compañía naviera Stokes?

Los ojos de Kitty se abrieron con sorpresa.

—Sí. ¿La conoces?

—Supongo que la mayoría la conoce, siendo una compañía tan grande. Mi hermano viajó en uno de sus barcos cuando regresaba de la India un año en que el clima lo había debilitado mucho. El capitán de ese barco cuidó muy bien de él, así que me siento especialmente en deuda con el señor Stokes… aunque, por supuesto, nunca he conocido personalmente a tu hermano.

Kitty sintió una cálida satisfacción al pensar que su hermano había podido prestar, aunque fuera indirectamente, un servicio a Teresa.

—Me alegra saber que el capitán cuidó muy bien de tu hermano. Y, aunque no debería hablar así de mi propia familia, temo que no sería prudente presentarte a Erasmus, por si pensara que eres una adquisición más para ampliar su distinguido círculo —Teresa soltó una carcajada, y Kitty no pudo evitar imitarla. Negó con la cabeza—. Él tiene la desafortunada costumbre de jactarse de todo lo que ha conseguido… y me temo que eso incluye a las personas.

Teresa rio suavemente.

—Yo probablemente sabría manejarlo, para ser sincera. Pero supongo que no intentaremos entrelazar más nuestros círculos.

Kitty suspiró y apoyó una mano sobre la otra en su regazo. Escuchó el murmullo lejano de sus esposos conversando en el estudio.

—No me digas que estás melancólica tan pronto en tu matrimonio —bromeó Teresa.

—Melancólica, no —Kitty sostuvo su mirada—. Pero, siendo sincera, desearía que Phineas y yo tuviéramos un matrimonio más basado en el amor del que tenemos. Se me recuerda sin cesar la distancia que media entre nuestras posiciones sociales.

Teresa la observó con la cabeza ligeramente ladeada, como si meditara sus palabras antes de pronunciarlas.

—No puedo afirmar que conozca muy bien a Phineas. Pero creo que es un hombre capaz de amar a su esposa. Solo necesita darse

cuenta por sí mismo, y cuando lo haga, estoy segura de que lo demostrará.

Kitty se encogió ligeramente de hombros.

—Sí, supongo que sí. Es solo que, tras haberme alojado con sus padres, he comprendido lo mucho que se parece a ellos. No es un hombre expresivo —le dedicó a Teresa una sonrisa un tanto tímida —. Probablemente sea otro ejemplo de lo distinta que soy de la nobleza. En la sociedad no se habla de cuánto se aman un esposo y una esposa.

—No, no se habla de ello. Pero siempre me he enorgullecido de no parecerme *demasiado* a la sociedad —replicó Teresa—. Y puedo decir por experiencia propia que los matrimonios por amor existen. No veo por qué habría de ser diferente con Phineas.

En ese momento, los caballeros entraron en la estancia.

—Teresa, querida, ¿conoces a algún ama de llaves competente que desee trabajar en Giddenhall? Hayworth necesita una en este momento.

Teresa reflexionó un instante, y sus ojos se iluminaron.

—Sí, de hecho, sí. ¿Recuerdas a la señora Ambley, que trabajó para la viuda Kentworth?

—La que falleció el año pasado —confirmó Robert.

—Esa misma. La nueva lady Kentworth quiso traer a su propia ama de llaves, de modo que la señora Ambley necesita un nuevo puesto. Mi ama de llaves me habló de ella la semana pasada. Se conocen, y prometí ayudar si surgía una oportunidad.

—Escríbele de inmediato —dijo Robert—. Salvemos a nuestra pobre Kitty de una finca mal administrada, donde Phineas atraviesa las sábanas raídas con el pie, las telarañas alcanzan proporciones gigantescas en los salones y la cena llega fría a la mesa.

—¡Cielos! —murmuró Kitty con una sonrisa—. En efecto, necesitamos ser salvados.

Phineas se situó junto a la silla de Kitty.

—¿Estás lista para marcharnos?

Ella alzó la mirada, sorprendida.

—¿Tan pronto? Pero aún no te has sentado con nosotras. Creí que era una visita social.

Phineas vaciló, con un gesto deliberado, y luego eligió una silla frente a ella.

—Y lo es. He permitido que mi prisa por regresar a Giddenhall se imponga. Sí, quedémonos un rato. Las sábanas raídas y las cortinas cubiertas de telarañas pueden esperar. Después de todo, los criados saben lo suficiente como para tener la cena preparada —él estiró las piernas y cruzó las manos sobre el estómago.

—Una cena, por supuesto, que llegará fría —añadió Kitty, volviéndose hacia Teresa con los ojos llenos de diversión.

26



El viaje de regreso a Giddenhall fue tranquilo, y no hubo rastro de la tensión que había acompañado su trayecto de bodas. Al mismo tiempo, tampoco había ningún rastro de interés que pudiera llevar a Phineas a pensar que Kitty acogería con agrado su abrazo una vez cerradas las puertas del carruaje. Para no ceder a la tentación, él se recostó en el asiento y cruzó los brazos.

—Espero que te estés acostumbrando a Giddenhall y que te agrade.

Kitty se volvió hacia él con una sonrisa dispuesta.

—Me gusta mucho. Está empezando a sentirse como un hogar.

—Hablaré con la señora Morley en cuanto lleguemos. Confío en que la señora Ambley pueda llegar sin demora. Creo que podremos arreglarnos unos días sin ama de llaves, pero no me gustaría prescindir de una por mucho tiempo.

Kitty se encogió de hombros.

—No me preocupa demasiado. Sé cómo dar instrucciones para que las cosas se lleven a cabo. Es cierto que una finca grande requiere más supervisión, pero creo que saldremos adelante.

Phineas apoyó la mano en el brazo de Kitty.

—Sí, estoy seguro. Sabes, hablé con la señora Morley antes de marcharnos y le indiqué que te tratara con mayor respeto.

Ella se volvió hacia él, sorprendida.

—¿De verdad? No noté ningún cambio en su comportamiento —suspiró—. Deberíamos darle una recomendación. No me parece justo que alguien padezca sin necesidad por mi culpa.

—Cada uno cosecha lo que siembra —respondió Phineas—. No me gusta tener un ama de llaves que se crea superior a su señora. Sin embargo, haré lo posible por complacerte y resolver el asunto de manera satisfactoria. La despediré, pero con amabilidad.

Kitty le dedicó una sonrisa que dejaba ver sus hoyuelos.

—Eso es muy generoso por tu parte.

Su conversación derivó hacia asuntos cotidianos, y una sensación de amistad se instaló entre ellos, algo que Phineas apreciaba y detestaba al mismo tiempo. Por un lado, se alegraba de saber que su matrimonio no se convertiría en el de sus padres: largos silencios, apenas tolerándose mutuamente. Por otro, bastaba una mirada a su esposa para que el anhelo lo consumiera y tuviera que apartar la vista. No se encontraba en mejor disposición para abordar el delicado asunto de la intimidad que al momento de su partida. Quizá alguna de sus cenas tranquilas resolvería el dilema.

Tal vez entonces podría acercar poco a poco la mano a la suya, rozar su rodilla…

Al llegar a la finca, la señora Morley aguardaba en el vestíbulo.

—Buenas tardes, milord —hizo una reverencia. Luego, como una ocurrencia tardía, añadió—: Y mi señora —no repitió la reverencia. Phineas intercambió una mirada con Kitty y se volvió hacia el ama de llaves.

—Que una criada lleve té a nuestras habitaciones. Y después de que me haya aseado del viaje, quiero hablar con usted en el estudio.

La expresión de la señora Morley se tornó inquieta, e hizo otra reverencia.

—Como desee, milord.

Se retiró, y Phineas y Kitty subieron la escalera juntos, como habían hecho antes de partir a Bath. Los criados con los que se cruzaban hicieron reverencias y murmuraron un «bienvenidos».

Phineas acompañó a Kitty hasta su habitación y le abrió la puerta. Apoyó una mano en su espalda.

—Esta vez, si el lacayo no te trae el baúl, ven a llamar a mi puerta.

Kitty rio.

—Aunque esta vez no será tan urgente. Tengo demasiados vestidos en el armario.

—Ven a llamar de todos modos —replicó él con fingida severidad, antes de dirigirse a su propia habitación.

Phineas oyó movimiento en la estancia contigua y se detuvo a escuchar, con una sonrisa. Tenerla en la habitación adyacente le producía una agradable sensación de dolor. En Bath había sido extraño y perturbador que se alojara en otro piso. Después de todo, era su esposa.

Tras tomar el té, Phineas fue al estudio y tocó la campana para llamar a la señora Morley. Ella acudió de inmediato.

—Milord, supongo que deseará un informe de todo lo ocurrido en su ausencia…

—No será necesario, señora Morley. Además, ese asunto suele tratarse con la señora de la casa. Y ese es precisamente el problema que tenemos. Lady Hayworth me ha dicho que no ha habido cambio alguno en su comportamiento hacia ella, incluso después de nuestra conversación.

La señora Morley frunció el ceño.

—No pretendo faltarle al respeto, milord, pero quizá lady Hayworth haya interpretado mis palabras y acciones de manera distinta a la intención que tenían.

Phineas negó con la cabeza.

—No permitiré que insinúe nada contra mi esposa, que es su superior social. Si ella dice que no se ha sentido respetada, es porque usted no ha mostrado respeto. Yo mismo he podido ver que no se ha dignado a hacerle una reverencia cuando hemos llegado— él dirigió una mirada a la pluma sobre el escritorio, cuya punta necesitaba afilarse—. La relevo de su cargo en Giddenhall, señora Morley. Se le entregará una recomendación, pero aun así deberá marcharse. No puedo tener criados que no sean completamente leales tanto a mí como a lady Hayworth. No se trata de elegir entre uno u otro. Deseo sus llaves —extendió la mano.

El ama de llaves lo miró con resentimiento un instante, luego desenganchó las llaves de su cintura y se las entregó. Cruzó la estancia con paso firme y, ya en la puerta, se volvió.

—No sé cómo se las arreglará sin mí, milord. Espero que no lamente este día. He servido en Giddenhall durante seis años.

—Y por eso le estoy dando una carta de recomendación; eso, y porque mi esposa me pidió indulgencia en su favor. En lo que a mí respecta, un sirviente que no sabe mostrar respeto a su señora no es un sirviente que valga la pena conservar —Phineas sacó una hoja de papel del estrecho cajón del escritorio—. Como he dicho, lady Hayworth cree que se le debería dar otra oportunidad. Y en cuanto a cómo funcionará Giddenhall sin usted, estoy seguro de que lady Hayworth sabrá arreglárselas perfectamente.

Phineas observó con satisfacción cómo el ama de llaves salía y luego se volvió hacia la pila de correspondencia que el mayordomo había dejado sobre su escritorio.

La cena se sirvió tarde y no se desarrolló con la eficiencia habitual. La criada estaba arrodillada junto al hogar cuando Phineas y Kitty entraron en el comedor, y apenas acababa de encender el fuego.

—Discúlpenme, milord y mi señora. La señora Morley no me dio instrucciones para encender el fuego en esta sala. Bexley me llamó hace apenas unos momentos para que me ocupara de ello.

Kitty se inclinó sobre la mesa para encender la vela.

—No importa. Pronto llegará una nueva ama de llaves y, mientras tanto, nos las arreglaremos. Mañana temprano convocaré una reunión abajo con todos los sirvientes y daré instrucciones sobre lo que debe hacerse y a qué hora.

La criada hizo una reverencia.

—Sí, mi señora. Informaré a los demás.

Phineas apartó la silla para Kitty, y el lacayo apareció con la sencilla comida antes de retirarse por indicación de él. Kitty bajó la cabeza, ocultando una sonrisa tímida.

—Espero que tu conversación con la señora Morley no haya sido demasiado desagradable.

—En absoluto —respondió alegremente Phineas, cogiendo una rodaja de patata con el tenedor—. No volví a pensar en ella ni un instante después de que se marchara.

—Phineas —lo reprendió ella con suavidad, de una manera que a él le agradó bastante. Cogió el tenedor y avanzaron en la cena con apenas algunos comentarios para romper el silencio apacible que los envolvía. Cuando sirvieron los postres, Kitty continuó—: Quizá podrías contarme un poco más sobre las cajas de Navidad y qué clase de preparativos haremos para la Navidad en la finca.

—Tenemos un tronco de Navidad guardado en algún sitio, creo. Por lo general, uno de los mozos de cuadra debería cortar uno nuevo cada año, y deberíamos conservar el del año anterior. Pero necesito comprobarlo, pues yo estaba con mis padres en Midlington. En cuanto a lo que deberíamos poner en las cajas de Navidad… La verdad es que debería habérselo preguntado a mi madre. Ella lo habría sabido.

—O yo a Teresa, que también lo habría sabido —replicó Kitty, mordiéndose el labio con expresión juguetona—. La señora Morley habría sido de gran ayuda en este asunto. ¿Hemos cometido un error?

—Ningún error —dijo Phineas—. Conservamos a los sirvientes que son respetuosos con su señora, a los administradores que no son perezosos…

—Y a los mozos de cuadra que no hacen propuestas indecentes —terminó Kitty por él.

Aunque estaban solos, Phineas se inclinó y murmuró cerca de su oído:

—Las únicas propuestas indecentes que recibas deberían provenir de tu esposo.

Sintió el calor del rubor de Kitty en cuanto lo dijo y resistió el impulso de rozar con los labios su mejilla. Ella miró al frente mientras respondía en voz baja:

—Entonces supongo que no sería una propuesta indecente, sino más bien… *decente.*

—Si estamos hablando de propuestas…

—¿No habíamos agotado ya ese tema? —observó Kitty con inocencia.

—Si estamos hablando de propuestas —continuó Phineas como si ella no lo hubiera interrumpido—, seguramente pronto debería presentarse una —una punzada de frustración hizo que su voz perdiera el tono juguetón cuando capturó y sostuvo la mirada de Kitty—. Creo que mis gestos te han dado plena prueba de mis sentimientos.

Kitty mantuvo la mirada fija en él, y hubo un instante de silencio antes de que respondiera:

—Seguramente mis gestos te han confirmado los míos.

Phineas cogió su mano sobre la mesa, intentando sonreír.

—Pero sabes, querida, que no son los gestos lo que necesito. Son tus palabras. Hice un juramento.

Ella alzó una ceja.

—Creo que ya te he dicho exactamente lo mismo. Son tus *palabras* las que necesito.

—Pero te di esas palabras en casa de tu hermano —ante la expresión de desconcierto de Kitty, Phineas explicó—: Dije que había recibido mucho más de lo que había negociado al tenerte como esposa.

Kitty lo miró sin moverse, perpleja.

—¿Esas… esas son las palabras con las que pensabas cortejarme?

Phineas se recostó en la silla, una alarma creciente golpeándole la conciencia. ¿Qué mayor ternura podía ofrecer que declarar públicamente su estima por ella? No pudo hacer otra cosa que asentir.

Kitty se puso en pie, y Phineas se levantó también de inmediato.

—Creo que estoy cansada después del viaje de hoy —dijo ella, dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Qué ocurre, Kitty? —la siguió y se adelantó para abrirle la puerta.

Phineas guardó silencio mientras pasaban junto a un lacayo que abandonó su puesto para retirar los platos del comedor. No se

pronunciaron palabras mientras subían las escaleras hasta la puerta de su habitación.

El silencio entre ellos era pesado, y Phineas buscaba desesperadamente la manera de animarla a hablar. Por fortuna, como no tenía la menor idea de por dónde empezar, no tuvo que sacarle las palabras.

—Espero emociones más profundas en nuestro matrimonio que —Kitty hizo una mueca—, un acuerdo satisfactorio. Y en cuanto a las palabras que deseas oír de mí… se me quedan atascadas en la garganta. Creo que temo que nunca te decidas a decir las palabras tiernas que yo deseo escuchar. Y si no las dices tú primero… —el corazón de Phineas se hundió. Conocía bien la sensación de tener las palabras atascadas en la garganta. ¿Y si le entregaba su corazón, se comprometía con palabras de amor, y un día la oía exclamar que era un hombre lamentable?—. Temo que siempre me quede con la duda —terminó Kitty.

Ella posó una mano en su brazo y se volvió para entrar en su habitación.

—¡Espera! —la palabra brotó de Phineas como arrancada a la fuerza, mientras el pulso le latía en la garganta por el miedo. No sabía si lograría pronunciar lo que debía, pero no podía permitir que Kitty siguiera creyendo que no albergaba sentimientos más profundos por ella.

Ella se volvió con expresión expectante, y él vio un destello de esperanza encenderse en sus ojos. Brillaban a la luz de la vela sobre la mesita del corredor mientras regresaba hasta donde él estaba.

—No imagines que, porque no soy un hombre de palabras fáciles… no siento nada por ti. De hecho —Phineas alzó la mano para acariciarle la mejilla, aunque su valor vaciló en el último instante—, te tengo en gran estima.

Se inclinó y la besó suavemente en los labios.

Los labios de Kitty eran suaves, carnosos, tentadores. Cuando Phineas se apartó, sus ojos estaban ligeramente desenfocados, como si él hubiera logrado atravesar sus defensas. Pero él había hecho un juramento… y, siendo justos, no le había dado lo que ella deseaba.

—Buenas noches, Kitty.

27



A la mañana siguiente, el corazón de Kitty latía con rapidez ante la idea de volver a ver a Phineas. Las expectativas de ambos se habían profundizado, y también lo habían hecho los riesgos. Pero cuando él salió de su habitación al oír cerrarse la puerta de la de ella, Phineas le dedicó una sonrisa afable y le preguntó cómo había dormido. En cuanto a eso, Kitty había dormido inquieta después de aquel beso, pero no había disminuido su deseo de oír palabras de amor de labios de Phineas. Colocó la mano en su brazo mientras bajaban juntos las escaleras, agradecida de que al menos pudieran compartir esa cercanía.

Después del desayuno, él propuso que salieran a cabalgar. Así comenzó una nueva costumbre: Kitty acompañaba diariamente a su esposo en sus cabalgatas y en sus visitas por la finca. Cada día se deleitaba estrenando un nuevo traje de amazona con la capota a juego que él le había comprado, solo por ver su reacción. Los ojos de Phineas se iluminaban de placer cada vez, y siempre encontraba una nueva forma de elogiar su aspecto.

Kitty iba adquiriendo mucha más destreza a caballo y ya podía montar sola utilizando el estribo de montar. Aun así, permitía que Phineas la ayudara. Creía que a él le gustaba sostenerle la mano para subir tanto como a ella le gustaba que se la sostuviera.

Los días transcurrían ocupados mientras preparaban las cajas de Navidad para los sirvientes y arrendatarios: incluían jamón,

mermeladas que la señora Morley había tenido la previsión de reservar, algo de ropa usada, dulces para los niños, galletas de mantequilla preparadas por la cocinera y una o dos monedas. La cocinera los había orientado sobre qué incluir, pidiendo disculpas por atreverse, ya que ella también recibiría una caja. Los sirvientes y arrendatarios las recibirían el día después de Navidad.

Cada noche, Phineas acompañaba a Kitty hasta su habitación después de la cena, y el «te tengo en gran estima» se convirtió en «te admiro», que luego pasó a ser «me deleito en ti». Y cada frase iba seguida de un beso que hacía que ella anhelara invitarlo a entrar, de no ser por un impulso casi infantil —que ni ella misma sabía explicar—, que la retenía.

—Es hora de recoger las decoraciones para Navidad —anunció Phineas el cuarto día después de su regreso de Bath.

Fueron a caballo, acompañados por el mozo de cuadra, que conducía uno de los carros montado sobre cuchillas para deslizarse sobre los escasos centímetros de nieve que habían caído la noche anterior. Llenaron el carro con ramas de hoja perenne que servirían para adornar cada ventana y puerta. Luego pasaron el resto del día llenando los rincones de la casa con adornos de la naturaleza, junto con cintas y fieltros que Kitty había encontrado guardados detrás de los manteles. Rieron cuando una rama de pino cayó de la barandilla y aterrizó sobre el casco de la armadura que había debajo, haciendo que pareciera que tenía trenzas.

Esa noche, después de la cena, Phineas colocó las manos sobre sus hombros y la miró a los ojos. El corazón de Kitty latía con dolorosa intensidad.

—Te aprecio profundamente.

La besó de nuevo, con más intensidad que las noches anteriores, hasta que el corazón de Kitty titubeó como la llama de la vela sobre la mesita del pasillo. Él se apartó, y ella tragó con dificultad, sintiendo un nudo de nervios en la garganta.

Como cada noche, Phineas se volvió y caminó hacia su habitación. Kitty abrió la boca para hablar, pero no supo cómo formular su petición. La puerta se cerró antes de que encontrara las palabras.

Al día siguiente, Kitty se despertó tarde, con los brazos y las piernas doloridos de tanto decorar. Había insistido en ayudar a Phineas y a los sirvientes a crear el paraíso de hojas perennes que ahora llenaba Giddenhall. El aroma a naturaleza los había acompañado por toda la casa, despertando en Kitty una nostalgia por algo que nunca había tenido. En la casa de Erasmus la Navidad se celebraba en pequeña escala, y sobre todo por los niños.

Hizo sonar la campana para llamar a Sterling, que llegó llevando agua caliente.

—Lord Hayworth me pidió que la despertara, mi señora. Dijo que se vistiera deprisa, porque hay visitas.

Kitty se había acercado al tocador y se levantó de golpe de la silla, alarmada.

—¿Visitas? ¡Y ni siquiera he desayunado aún! ¿Sabes quiénes son?

—No, mi señora —Sterling vertió el agua caliente en la palangana y se acercó para ayudarla a quitarse la camisola—. No lo mencionó. Pero dijo que se pusiera el vestido elegante.

—¿Qué vestido elegante? —preguntó Kitty, inclinándose para lavarse el rostro antes de enjuagarse.

Sterling le tendió la toalla.

—No lo sé, mi señora. Tal vez pensó que usted lo sabría.

El vestido más bonito que poseía Kitty era el que había llevado el día de su boda. Y quizá fuera un capricho, pero había algo en tener la casa decorada de Navidad con tanta naturaleza que la impulsaba a escoger precisamente ese. El bordado verde que recorría el corpiño color marfil resaltaría a la perfección. Kitty sonrió al tener un pensamiento fantasioso: se convertiría en parte del idílico escenario navideño.

—Este —dijo, sacándolo del armario y entregándoselo a su criada.

—Sí, mi señora —Sterling sacudió el vestido y lo extendió sobre la cama—. En cuanto la vista, le arreglaré el cabello.

Kitty se puso el vestido de novia, y Sterling le recogió el cabello en una serie de bonitos rizos que resultaban elegantes pese a la

rapidez con que los hizo. Luego Kitty se puso el collar que Phineas le había regalado y se pellizcó las mejillas para darles un poco de color.

—Bien, creo que esto es lo mejor que puede lograrse en tan poco tiempo. ¿Cómo me veo? —era algo extraño que Kitty preguntara eso a su criada, pues aún no habían desarrollado una relación más cálida que la de una eficiencia diligente por parte de la criada y solicitudes ocasionales por parte de la señora.

Sterling se llevó las manos a las caderas y ladeó la cabeza.

—Luce bellísima, mi señora… si me permite decirlo.

Kitty le dedicó una sonrisa y salió apresuradamente al pasillo. Casi esperaba que Phineas saliera de su habitación para acompañarla, como hacía ocasionalmente cuando la oía dirigirse al desayuno. Pero no apareció. Mientras bajaba las escaleras, oyó voces que provenían de la sala de desayuno.

¿Por qué habría hecho pasar Phineas a los invitados a la sala de desayuno en lugar de al salón? Era de lo más inusual, y Kitty no se sentía preparada para recibir a nadie sin haber comido algo antes. Debería haber pedido a Sterling que le llevara una bandeja a su habitación, aunque eso la habría retrasado aún más. Pero ya era tarde para lamentarlo.

Abrió la puerta de la sala de desayuno, y cuatro rostros se volvieron hacia ella. Los miró uno por uno, atónita.

Phineas se levantó y acudió a su lado.

—Sabía que entenderías a qué vestido me refería —murmuró.

Kitty apartó la mirada de los invitados y susurró:

—Sterling dijo que me pusiera el vestido más bonito, y aunque tengo otros casi igual de elegantes, elegí este por capricho.

—No, creo que fue instinto —Phineas la cogió de la mano y se volvió hacia los presentes, diciendo en voz más alta—: Está usted vestida con su traje de novia, mi señora, lo cual es de lo más natural cuando se asiste al desayuno de bodas.

Teresa Bromley, sentada al extremo de la mesa y luciendo una amplia sonrisa, se puso en pie.

—Robert, ¿no deberíamos levantarnos?

Le lanzó una mirada significativa, y él se incorporó con cierta torpeza y se inclinó ante Kitty. La otra persona en la sala, además de

los Bromley y su esposo, era Lucretia Dutton, que también se levantó y dijo con una sonrisa burlona:

—Mis mejores deseos para su feliz día, mi señora.

Robert hizo un gesto hacia las tazas de café sobre la mesa.

—Lord Hayworth debe de haber decidido que es demasiado temprano para brindar con vino, así que supongo que brindaremos con café. Aunque —inclinó la taza para mostrar que estaba vacía—, para un brindis, es preferible que haya líquido en el recipiente.

—El vino está en camino —dijo Phineas con una risita—. Pero sentíos libres de brindar con las tazas de café. El café también está en camino.

—Por los recién casados —proclamó Robert.

Teresa y Lucretia alzaron sus tazas vacías, riendo.

—Por los recién casados.

Kitty sonrió y sacudió la cabeza, conmovida por tal muestra de afecto, mientras Phineas le rodeaba los hombros con el brazo. Él se volvió para mirarla.

—Este es el desayuno de bodas que nunca tuviste, aunque quizá recibas un poco más de atención de la que pediste.

Teresa volvió a sentarse.

—Me temo que eso es inevitable cuando hay amigos a vuestro alrededor para desearos felicidad.

Kitty dirigió a su esposo una mirada divertida.

—¿Cómo lo organizaste todo? Ni siquiera tenemos ama de llaves. ¿Cómo lograste invitar a los Bromley? No tuvieron tiempo de prepararse.

—Demasiadas preguntas —Phineas besó la punta de su nariz—. Fue tan sencillo como hablar con Robert cuando nos detuvimos en su casa camino a Giddenhall. Avisé a los Bromley de cuándo celebraríamos el desayuno de bodas para asegurarme de que pudieran asistir, ya que eran quienes tenían el viaje más largo. Luego envié a un criado con una invitación a casa de la señorita Dutton, y tuvimos la fortuna de contar también con su presencia.

Kitty lanzó una mirada rápida al resto de la habitación.

—¿Y no vendrá nadie más? ¿Ningún… familiar?

La expresión de Phineas se volvió cautelosa, teñida de cierta aprensión.

—Ningún familiar. Pensé que querías algo sencillo.

Kitty dejó escapar un suspiro de alivio.

—Bien. Aunque espero que con los años nuestras relaciones familiares crezcan en paz, esto es… perfecto. Es exactamente como querría que fuera mi desayuno de bodas.

Phineas hizo un gesto hacia la mesa.

—Entonces, ¿me permites sugerirte que ocupes tu asiento?

Dos lacayos comenzaron a acercar platos, colmados de panecillos calientes, frascos de jalea y generosas porciones de mantequilla fresca. En lugar de colocarlos en el aparador, llevaron los platos directamente a la mesa, como si se tratara de una cena formal. Después acercaron huevos con jamón, café y té, y una olla de chocolate. Y el toque final —el pastel de bodas, repleto de frutas secas—, fue colocado ceremoniosamente en el centro de la mesa mientras Bexley supervisaba el procedimiento desde un lado de la estancia. Phineas sirvió café en la taza de Kitty y, con unos sorbos y un bocado de su panecillo, ella comenzó a sentirse revitalizada.

Llamaron a la puerta, y Bexley salió para atender, regresando poco después para asomar la cabeza por el umbral.

—El señor Carter desea verle, milord.

Phineas se puso en pie.

—Hazlo pasar.

Carter entró y se inclinó ante los invitados reunidos.

—Buenos días, milord. Mi señora.

Luego miró a los demás invitados, y sus ojos se detuvieron en la señorita Dutton, quedando su discurso momentáneamente suspendido. Kitty miró de uno a otro y reprimió una sonrisa. Lucretia estaba particularmente deslumbrante esa mañana, con un vestido azul que hacía juego con el color de sus ojos.

Phineas señaló a los demás.

—Carter, permíteme presentarte a nuestros invitados. Estos son los Bromley: el señor Robert Bromley y su esposa, Lady Teresa. Y esta es la señorita Dutton.

—El honor es mío —dijo Carter a Robert y Teresa. Luego, volviendo la mirada hacia Lucretia, añadió—: Encantado.

Ella se había puesto de pie y hecho una reverencia, y Kitty alcanzó a vislumbrar un leve rubor en sus mejillas. Hubo otra pausa, y entonces Carter pareció recobrar la compostura.

—Bien, debo retirarme. Me alegra poder encargarme de una parte tan importante de vuestro desayuno de bodas, pero no quisiera distraeros de la celebración.

—Me gustaría que te quedaras —Phineas se acercó a Carter, abarcando con la mirada a los presentes—. Pedí al señor Carter que trajera el vino, pero en realidad fue solo un pretexto para hacerlo venir. No es frecuente que uno desee invitar a su hombre de negocios a un desayuno de bodas, pero no tendría esposa; o al menos no *esta* esposa, de no ser por él —volviéndose hacia Carter, añadió—: Has sido fundamental para que este matrimonio se realizara, y mereces formar parte de la celebración.

Carter vaciló, pero tras otra mirada a Lucretia, accedió modestamente. Solo quedaba una silla libre en la pequeña mesa, y estaba junto a ella, así que la ocupó, intercambiando miradas tímidas.

La conversación animada llenó la estancia mientras comían, y Kitty observó con satisfacción la creciente cordialidad entre el señor Carter y Lucretia. Lucretia no parecía haber tenido muchas oportunidades de conocer pretendientes adecuados, considerando que su única temporada en Londres no había sido exitosa y que sus hermanas no habían hecho ningún esfuerzo por invitarla de nuevo. Quizá algo pudiera surgir de esto.

Aunque Phineas respondía a las sonrisas de Kitty con las suyas, se volvió más callado a lo largo de la comida. Parecía nervioso, aunque ella no entendía por qué tendría que estarlo. Había hecho un trabajo excelente reuniendo a todos para su celebración.

Hacia el final del desayuno, Phineas se puso en pie y ordenó al lacayo que llenara las copas de vino. Cuando estuvieron servidas, alzó la suya.

—Hasta este momento resultaba algo prematuro sacar el vino —comenzó—, pero ahora que vamos a cortar el pastel de bodas,

deseo brindar por mi esposa y por nuestros amigos, nuevos y viejos. Debo confesar que tenía una visión muy distinta del matrimonio antes de casarme. Mi objetivo era simplemente concertar una alianza sensata —Phineas cogió la mano de Kitty, y ella unió sus manos. Él sostuvo su mirada, con la copa en alto—. Lo que no esperaba era que se me concediera una esposa con más belleza y más *cualidades* de las que jamás hubiera podido soñar.

Phineas se aclaró la garganta, y un leve rubor tiñó sus mejillas.

—Lady Hayworth, usted es digna de un desayuno de bodas en el Pabellón Real, al que asistiera todo aquel de relevancia. En cambio, se le ofrece un desayuno en una pequeña finca en medio del campo, con la asistencia de todas las personas de valor. Y, de algún modo, no creo que eso le importe. Al contrario, lo único que usted desea es un esposo afectuoso y un hogar feliz. Prometo hacer todo lo posible para que este sea un hogar feliz. Y puede estar segura de mi afecto eterno.

Un coro de «¡Bien dicho!» llenó la estancia, y estalló un aplauso entusiasta para un grupo tan reducido. Phineas inclinó su copa y Kitty alzó la suya; sus miradas se encontraron mientras bebían.

Después de que todos degustaran el pastel y la conversación comenzara a disminuir, Bromley miró a su esposa y se puso en pie.

—Bueno, supongo que debemos regresar.

—¿Os dirigís a Bath? —preguntó Kitty—. ¿Habéis viajado temprano esta mañana solo para nuestro desayuno de bodas? —sus ojos se abrieron con asombro ante semejante muestra de afecto por parte de ellos.

—Sí, no podíamos faltar —respondió Teresa—. Pero creo que es hora de que los recién casados disfruten del resto de su vida matrimonial.

Kitty arqueó una ceja.

—No estamos tan recién casados, ya lo sabes.

Teresa simplemente sonrió con picardía.

Carter lanzó una mirada de soslayo a Lucretia.

—Y supongo que yo también debo marcharme. Señorita Dutton, si no vive lejos, estaré encantado de acompañarla hasta su casa.

Ella sonrió y se puso en pie.

—Eso me agradaría mucho. No está lejos.

Él le ofreció el brazo y, tras despedirse de Kitty y Phineas, se marcharon juntos.

Quedaron solo ellos dos.

28



—¿Qué le gustaría hacer ahora, mi señora?

La felicidad que se expandía dentro de Kitty disipó, de algún modo, parte de su timidez.

—Me gustaría invitarlo…

Phineas alzó la cabeza de inmediato, con los ojos muy abiertos. Esa expresión ansiosa provocó la risa de Kitty, quien le lanzó una mirada traviesa.

—Me gustaría invitarlo a dar un paseo a caballo, lord Hayworth.

—¿Un paseo? —los hombros de Phineas se hundieron cómicamente—. Un paseo… Muy bien, lady Hayworth —aspiró hondo y ejecutó una reverencia exagerada—. Será un paseo.

Kitty fue a cambiarse y se puso el último de sus nuevos hábitos de montar. Bajó apresurada hasta la entrada principal, donde Phineas la esperaba.

—Un sombrero muy favorecedor, mi señora —dijo él, con un brillo en los ojos que delataba su admiración.

—Alguien de gusto exquisito lo escogió para mí —respondió Kitty. Recibió complacida su mirada al pasar junto a él, rozándolo apenas, en dirección a las escaleras que llevaban fuera.

En los establos, el mozo recién contratado —de aire inequívocamente paternal—, tenía ya ensilladas sus monturas, y pronto Kitty y Phineas se encontraron conduciendo sus caballos por el sendero. Finos copos descendían del cielo gris y despejado.

Phineas señaló el prado a la derecha, cubierto por una ligera capa de nieve.

—Vayamos por aquí. Dentro de tres días veremos a los arrendatarios para las cajas de Navidad, y hay una parte de la propiedad, en el lado este, que me gustaría enseñarte.

Kitty lo siguió a través del prado, virando en una dirección que aún no habían tomado. Su caballo avanzaba con cautela sobre el terreno. Phineas miró hacia atrás y tiró de las riendas para que ella pudiera alcanzarlo.

—No te preocupes por la cuesta. Fawn puede con ella, y tú también.

—Empiezo a creer que sí —replicó ella—. ¿Adónde me llevas? Este no es el camino habitual.

—No lo es. Puede volverse resbaladizo con el barro, aunque hoy hace demasiado frío para eso. Requiere un poco más de destreza por la inclinación, por eso he esperado hasta ahora.

A pesar de la pendiente, Kitty se sentía gloriosamente cómoda en la silla. Aspiró el aire helado y contempló la hilera de pinos silvestres mientras se acercaban a la cima.

—Es magnífico.

—Me alegra que lo creas —podía oír la sonrisa en la voz de Phineas y supo qué expresión tendría antes incluso de mirarlo. La sonrisa quedó suspendida en su rostro cuando se volvió hacia él—. Te ves encantadora con ese rubor en las mejillas.

Kitty volvió a mirar al frente, elevando los ojos al cielo.

—No necesito más color en las mejillas, ni en ninguna otra parte. Bastante colorido tengo ya tal como soy—sonrió y volvió a mirarlo—. Este cabello mío, que Mary dice que es la causa de mi genio; sin tener en cuenta que el de Erasmus es mucho peor, es mi desgracia.

—No —replicó Phineas con firmeza—. No cambiaría nada. Eres magnífica.

Ante sus palabras, una oleada de calidez recorrió a Kitty justo cuando alcanzaban la cima de la colina. Con los labios aún curvados en una sonrisa, miró cuesta abajo, y su atención quedó prendida de una encantadora estructura encajada en el único roble que se alzaba entre los pinos.

PHINEAS CONTUVO EL ALIENTO. No era algo tan trascendental mostrarle a Kitty la casa del árbol que había descubierto poco después de heredar la propiedad. Nunca había sido invitado a Giddenhall de niño, así que esa casa no debería significar gran cosa para él. Sin embargo, encontraba encantadores los escalones que descendían desde la ladera hasta el gran árbol que sostenía la construcción. En un arrebato de capricho, había mandado restaurar la casa del árbol, aunque apenas podía permitirse el gasto en ese momento. Ya se imaginaba enseñándosela a su hijo o hija por primera vez, en cuanto fuera lo bastante mayor para subir escaleras.

—Es preciosa —había auténtico deleite en la voz de Kitty—. Sam no mencionó nada. Me sorprende.

—Sam no la vio. Pedí al jardinero que esperara hasta su próxima visita para enseñársela, para poder mostrártela yo primero.

—¿De dónde salió? ¿Tu madre tenía hermanos?

Phineas negó con la cabeza.

—Debe de ser anterior a mi abuela. No encuentro otra explicación, porque ella no habría autorizado algo tan fantasioso.

—Es fantasioso. Maravillosamente fantasioso. Puedo imaginar… —Kitty alzó la mirada hacia la parte superior del árbol, que no quedaba mucho más alta que donde ellos se encontraban, en la cima de la colina.

—¿Qué? —la instó Phineas.

—Puedo imaginar a nuestros hijos jugando aquí —le lanzó una mirada rápida, aunque no apartó la vista de inmediato. Phineas pensó que su corazón estaba ya tan rebosante de dicha que no podía acoger un ápice más cuando ella volvió la mirada hacia delante—. Y me encantan estos pequeños escalones. Mucho más seguros que una escalera. ¿Los traerás aquí? ¿A nuestros hijos?

—Por supuesto —la casa del árbol estaba hecha de madera pulida y cortada con esmero; tenía techo de paja e incluso una pequeña terraza que rodeaba la estructura. Estaba completamente satisfecho con ella—. Nada me gustaría más.

Permanecieron montados en la cima en lugar de descender por la otra cresta, donde los árboles crecían más espesos. A pesar de la belleza del paisaje, el frío pronto los hizo volver las riendas hacia casa. Para cuando dejaron los caballos al cuidado del mozo en el establo, la nieve caía ya en copos más gruesos.

—*Brrr* —Kitty frotó sus manos—. Estoy helada. Debo cambiarme el hábito por algo cálido y seco.

—Haré lo mismo —Phineas le rodeó los hombros con el brazo, guiándola por los tramos del sendero que temía pudieran estar cubiertos de hielo—. ¿Y luego qué haremos? —intentó que la pregunta sonara inocente, pero una comisura de su boca se curvó en una sonrisa.

—Oh… —el tono de Kitty era ligero y juguetón—. Quizá te invite —frunció los labios al pronunciar la última palabra mientras le dirigía una mirada rápida—, a tomar el té conmigo, esposo.

Él soltó una carcajada. Esa burla era un regalo inesperado que su esposa le había concedido. Nunca habría podido imaginar algo así cuando soñaba con tener esposa, y ello suavizaba la ligera frustración que le producía la lentitud de sus progresos.

—¿Así que ahora es «esposo»? Me gusta. Muy bien, esposa. Tomaremos el té.

Acordaron encontrarse en la biblioteca, donde los tonos suaves de la madera y las pequeñas ventanas con cristales divididos en paneles creaban un ambiente perfectamente acogedor para el té entre marido y mujer. El fuego crepitaba, y las barandillas junto a las estanterías estaban adornadas con ramas verdes. El aroma a pino impregnaba el aire.

—Ven a sentarte conmigo en este sillón —señaló un pequeño diván con reposabrazos que podía albergar a dos personas si estaban dispuestas a sentarse muy juntas.

Kitty se acomodó a su lado, y él sintió el calor de su muslo junto al suyo.

—Phineas —dijo con un suspiro—, estoy tan complacida con nuestro desayuno de bodas. Gracias por recordar mi petición y por cumplirla de manera tan magnífica.

El lacayo apareció con el agua caliente, y Kitty cogió la lata de té que había traído desde el gabinete del salón. El lacayo se retiró tras dejar la bandeja.

—Y gracias por enseñarme la casa del árbol que, estoy segura, volverá a utilizarse algún día.

—Mientras tanto, Samuel le dará buen uso —esto hizo que Phineas obtuviera una sonrisa agradecida. Kitty añadió las hojas al agua y removió, dejándolas reposar. Observó sus delicadas manos preparar su taza tal como a él le gustaba, y rodeó con cuidado sus hombros para no interrumpirla. Se inclinó y le susurró al oído—: Te amo.

Kitty no llevaba capota, y su cabello estaba recogido lejos de su rostro encantador. La única señal de que lo había oído fue la leve elevación de sus mejillas y un ligero temblor en su mano mientras removía el té. Le entregó la taza y bebieron en silencio, pero él pudo ver el placer que sus palabras le habían proporcionado en la forma en que sus ojos le sonreían por encima del borde de la taza. Un sorbo. Dos… tres.

Ella dejó la taza y se llevó un dedo al mentón, como si se le acabara de ocurrir una idea.

—*Mmm* —Phineas la sintió estremecerse ligeramente, y aunque sonreía, percibió un cambio sutil entre ambos. Dejó su platillo junto al de ella y esperó. Kitty mantuvo el rostro al frente, pero él vio cómo capturaba su labio entre los dientes y cómo se formaba una diminuta arruga entre sus cejas—. Ahora que hemos bebido el té, tendremos que pensar en algo más que hacer.

Phineas se aclaró la garganta.

—Muy cierto —no apartó la mirada de su rostro mientras aguardaba sus siguientes palabras. Apenas podía respirar.

—Supongo que pronto será la hora de la cena, y me gustaría escoger mi vestido —le lanzó una mirada tímida; su rostro estaba encendido con ese color que ella tanto detestaba, pero que a él lo tenía cautivado—. Para estar absolutamente segura de que mi vestido cuenta con tu aprobación, creo que te invitaré a ayudarme a elegirlo… si… —su expresión adquirió un leve tono de inquietud—, si lo deseas.

Phineas cogió su mano con cuidado y se giró hacia ella en el asiento.

—Me encuentro… —se detuvo, inclinándose para besarla suavemente en los labios. Luego se apartó apenas un milímetro para murmurar—, por primera vez en mis veintiocho años… —volvió a inclinarse, capturando sus labios con mayor insistencia, perdiendo poco a poco el control cuando ella respondió con igual fervor—, *sumamente* interesado en qué vestido se pondrá mi señora para cenar.

El rostro de Kitty estaba muy cerca del suyo, pero aún podía ver su sonrisa. Ella se inclinó y le devolvió el beso, antes de susurrar:

—Entonces, creo que deberíamos elegir uno sin demora.

EPÍLOGO



Phineas se detuvo ante la hilera de casas de los arrendatarios, donde el techo de la última acababa de terminarse. Sabía que Carter había vuelto al pueblo, y lo encontró conversando con el administrador sobre la transferencia de fondos para comenzar el drenaje del prado oriental y hacerlo más rentable. Había espacio suficiente en el pasto del sur para su rebaño de ovejas, y el prado del este podía transformarse en tierras de cultivo mediante la implementación de un nuevo sistema de drenaje.

—Carter, ¿has vuelto? —Phineas avanzó y le estrechó la mano, costumbre que solo habían adoptado recientemente desde que el cortejo de Carter hacia la señorita Dutton los reunía con mayor frecuencia.

Lucretia y Kitty se habían hecho grandes amigas, y la señora Dutton prácticamente se había desentendido de su hija, a quien calificaba de «desagradecida descarada, demasiado parecida a su padre», antes de volcar su atención en el prometedor futuro de sus hijas casadas y sus crecientes familias.

—¿La señorita Dutton sabe que estás en Castle Combe? —preguntó Phineas cuando el administrador se apartó para interceptar a los hombres que transportaban materiales de construcción.

—Fui a verla antes de venir aquí —Carter miró sus zapatos y luego hacia el prado, esforzándose por parecer despreocupado.

—¿Y su padre ha aceptado tu propuesta? —Phineas sostuvo su mirada, complacido de hallarse ahora al otro lado de la angustia de tener que asegurar esposa, ya fuera por arreglo o por súplica.

Carter alzó la mirada, sorprendido.

—¿Cómo lo has…?

—No lo sabía —Phineas rio y le dio una palmada en el hombro—. Pero lo sospechaba, y acabas de confirmarlo. Kitty pensaba que Lucretia albergaba grandes esperanzas de un desenlace tan feliz.

—Ah, ¿así que las damas hablaron de ello? —Carter no parecía molesto por la revelación.

—Las damas siempre hablan de ello —confirmó Phineas, complacido por una vez de apoyarse en la sabiduría adquirida en el matrimonio—. Te deseo felicidad.

Carter, hombre discreto, intentó disimular su alegría, pero no lo consiguió. Pronto siguieron caminos distintos. Phineas tenía prisa por regresar a la casa, pues solo disponía de unas pocas horas con Kitty antes de que Sam llegara tras su primer trimestre en Harrow. Ella había obtenido permiso de Erasmus para que su hermano fuera directamente a Giddenhall y pasara allí la Navidad antes de enviarlo a casa de Erasmus para la Noche de Reyes.

Phineas entró en el vestíbulo y divisó a un lacayo.

—¿Has visto a mi esposa?

El lacayo negó con la cabeza, y Phineas subió la escalera. Creía saber dónde podría estar: donde pasaba la mayor parte de su tiempo últimamente. Abrió la puerta con suavidad y contempló la visión de su esposa en el asiento de la ventana, mientras el tenue sol invernal iluminaba su rostro. Ella se volvió, con la mano posada sobre su vientre.

—Sabía que te encontraría en el cuarto de los niños —dijo Phineas en voz baja.

Se acercó y besó el abultado vientre de su esposa antes de coger su rostro entre las manos y besar sus labios.

—¿Dónde si no? —preguntó, alzando la vista hacia él.

La ayudó a ponerse en pie.

—Parecías melancólica —frunció el ceño con preocupación—. ¿No han comenzado los dolores?

—No, querido. No estoy melancólica… y no hay dolores. Solo intentaba recordar dónde había dejado la lana, pues había pensado hacer una alfombra para la casa del árbol. ¿No sería encantador? —Kitty apoyó las manos en su pecho y le sonrió—. Y el bebé no se atrevería a venir al mundo antes de que hayamos celebrado la Navidad.

Phineas cogió su mano y la besó.

—Carter ha hablado con el señor Dutton, ¿sabes?

—Lo sé —Kitty rio al ver la expresión sorprendida de Phineas—. Lucretia se fue de aquí ni quince minutos antes de que tú llegaras. Creo que formarán una pareja feliz.

—Y yo he tenido algo que ver en ello —dijo Phineas con una sonrisa cómplice.

—Oh… —Kitty le tocó suavemente el pecho con el dedo, riendo —. Solo un poquito. Ni remotamente tanto como él tuvo que ver con tu matrimonio.

—¿El mío? Yo gané a mi esposa de manera limpia y justa —Phineas decidió que no era prudente que su esposa permaneciera de pie y se sentó, atrayéndola a su regazo.

—¿Ah, sí?—Kitty sonrió delicadamente—. No serías siquiera consciente de mi existencia de no ser por Carter.

—Y tú no tendrías un matrimonio por amor de no ser por mí —insistió Phineas, con un brillo travieso en los ojos—. Para que sea un matrimonio por amor, una esposa necesita ser amada.

—Y un esposo también —replicó Kitty con vivacidad, besándole la nariz.

—No estás tan *poco* dispuesta a ser lady Hayworth como lo estabas antes —la provocó, seguro de su respuesta, aunque deseoso de oírla. Por eso, su contestación lo pilló por sorpresa.

—Oh, supongo que no tan poco dispuesta *como* antes, aunque en realidad no es algo tan importante para mí —Kitty se encogió de hombros, mordiendo la comisura del labio para contener la sonrisa.

—No seas tan juguetona, Kitty —Phineas la giró en su regazo para mirarla de frente, y a ella le costó contener la risa.

—A decir verdad, me importa muy poco ser lady Hayworth —insistió—. Pero estoy muy dispuesta a ser la esposa de Phineas.

Y como su esposa estaba perfectamente colocada para que Phineas demostrara cuán dispuesto estaba él también a ser el marido de Kitty, le recogió las piernas sobre el asiento junto a la ventana y la atrajo hacia sí, rodeándola con los brazos. Y se lo demostró.

OTRAS OBRAS DE JENNIE GOUTET

Crónicas de Clavering

Redención

Intrigas del corazón

El juego de buscar pareja

Las Crónicas de Clavering: Serie completa

Propuestas Memorables

Una Propuesta Desafortunada

Una Propuesta Sincera

Una Propuesta Atrevida

Propuestas Memorables - Serie completa

ACERCA DEL AUTOR



Jennie Goutet es la autora más vendida de doce novelas románticas de la Regencia, entre ellas las Crónicas Clavering, Propuestas Memorables y la serie Hijas de la Nobleza. Sus libros han recibido el primer lugar en romance histórico en los New England Reader's Choice Awards y han alcanzado el puesto número uno en la categoría Romance de la Regencia en Amazon. Han aparecido en BookBub y Hoopla, y están traducidos a cinco idiomas.

Jennie es una anglófila nacida en Estados Unidos que vive con su marido francés y sus tres hijos en una pequeña ciudad a las afueras de París. Su imaginación reside en la Inglaterra de la Regencia, donde sus romances están ambientados. Puede obtener más información sobre los libros de Jennie y suscribirse a su boletín informativo en su página web: jenniegoutet.com.